

Del autor de *La Clave Enoch*

ENRIQUE VILLEGAS

El **ASTRÓNOMO** *del* **VATICANO**

Mi nombre es Cesare Corsini, sacerdote encargado de la investigación de milagros y exorcismos. Todos me conocen desde siempre como «el astrónomo del Vaticano», y nadie me preparó para lo que iba a descubrir.



ALMUZARA

ENRIQUE VILLEGAS BECERRIL
El astrónomo del Vaticano

© Editorial Almuzara, 2017
© enrique villegas becerril, 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial Almuzara • NOVELA
Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA
Director editorial: ANTONIO CUESTA

www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Síguenos en redes sociales en @AlmuzaraLibros
[Youtube](#) · [Facebook](#) · [Twitter](#) · [Instagram](#)

ISBN: 978-84-16776-89-4

*Dedicado a mi mujer, Estela.
Voluntad y cariño. Paciencia. Belleza e inspiración.
Gracias, por tus innumerables horas dedicadas a nosotros.*

Hay un culto a la ignorancia en el mundo, y siempre ha existido. La cepa de anti-intelectualismo ha sido un hilo conductor que serpentea a través de nuestra vida política y cultural, alimentado por la falsa noción de que la democracia significa que «mi ignorancia es tan buena como tu conocimiento»

Isaac Asimov

Capítulo I. La generación perdida

Noche del 9 de noviembre de 1938. Múnich

La noche de los cristales rotos.

Eran las nueve treinta de la noche. La Gestapo daba luz verde a la llamada operación Reichskristallnacht. Hacía algunas horas que las distintas fuerzas del estado nazi habían comenzado un ataque diseñado contra los judíos en Alemania y Austria. La excusa, el asesinato el 7 de noviembre de 1938 de Ernst vom Rath, secretario de la embajada alemana en París por un joven judío polaco de origen alemán, Herschel Grynszpan. Poco tiempo tardó el canciller Adolf Hitler en ordenar la caza racial.

Apenas con las últimas luces del día, la infantería mecanizada y las fuerzas policiales del III Reich ocupaban las calles de los principales guetos judíos por toda Alemania. Tras la cortina de humo dejada por Grynszpan, nadie sabía verdaderamente el porqué de aquella barbarie, pero había comenzado un linchamiento multitudinario de los judíos y con ellos, la destrucción y el expolio de sus pertenencias más preciadas y ocultas.

Poco a poco la noche se abría paso, y ayudaba con una gran luna llena a los lobos del Reischtag que depredaban en silencio la libertad de los que no habían sido catalogados como raza aria. Aquel silencio fue desapareciendo, y fue sustituido por los estallidos de los escaparates a golpe de culata de rifle, fuego y granadas de mano. Al principio gritos aislados de mujeres atemorizadas desde sus casas, más tarde comenzaron los disparos sobre las espaldas del que huía aterrado.

Todo se forjó durante la fundación del Aneherbe por Heinrich Himmler. La sociedad para investigación y enseñanza sobre la herencia ancestral alemana. La inescrutable raza aria. Himmler dio poderes al nazismo más radical al hacer jefe de esta institución secreta a Edmund Kiss. Arquitecto que clamaba por sus estudios no demostrados en arqueología. Su hipótesis principal, la de la raza aria, la existencia de un pueblo prehistórico racial y lingüísticamente homogéneo del cual ellos eran los descendientes directos. Un loco más en el escalafón sobre el que se apoyaba el régimen nazi.

Ahora los postulados de Kiss se iban cumpliendo mientras atravesaba las calles incendiadas de Múnich en la parte trasera de un camión Krupp Kfz 69 que

montaba en la retaguardia un cañón de 37 milímetros. Al lado de Edmun Kiss un alto cargo de la Aneherbe, Wolfram Sievers, antropólogo y arqueólogo que tras la guerra sería juzgado por sus crímenes contra la humanidad en los campos de concentración en el llamado juicio de los doctores. Su sentencia, muerte en la horca. Poco podían vislumbrar de su agónico futuro los mandatarios de las SS, ya que en esos momentos se sentían omnipotentes. Serían víctimas precoces de sus propias atrocidades.

Delante, ocupando el asiento del copiloto el capitán de las SS Sigmund Rascher, catedrático de medicina en la universidad de Berlín. Este junto a sus dos acompañantes, serían los cerebros de los abominables experimentos con humanos en los campos de concentración nazis durante la segunda gran guerra.

La comitiva enfilaba la Jacobplatz de Múnich. La multitud a sus flancos, brazos levantados, horror en el alma, el reflejo del fuego de las casas en sus rostros, y un rifle que apuntaba constantemente a los torsos de los desvalidos. La estrecha calle atestada de militares y víctimas se abrió hacia la gran plaza. El Apocalipsis parecía guarecerse entre las callejuelas. El vehículo se detuvo y ni una palabra se escuchó de sus bocas mientras el cruel trío levantaba su mirada hacia el único edificio que parecía haber respetado el fuego. La sinagoga de Ohel Jacob.

—¿Seguro que es ésta? —dijo con seguridad el capitán Rascher—. Me he tomado muchas molestias para conservar esta zona de la ciudad. Pronto la gente se preguntará el porqué, esto nos da un escaso margen de tiempo para actuar.

Los dos dirigentes de las SS que ocupaban el asiento trasero se miraron con un matiz de desprecio hacia las palabras del jefe militar que Himmler les había impuesto. Ellos pensaban que tenían el rango suficiente dentro del nacionalsocialismo como para no observar los mandatos castrenses, pero sabían que Himmler era amigo personal del capitán Rascher, y este era su topo en aquella operación. Debían soportarlo si aquello era un pago suficiente para que su misión tuviera éxito. Aquella era una misión secreta encargada por una sociedad en la que se basaba el régimen nazi para justificar sus orígenes. Sievers y Kiss sabían que tenían en sus manos un mandato mucho más elevado que el del «simple» poder militar.

—Seguro mi Hauptsturmfürer (capitán) —respondió rápidamente Sievers—. Espero que hayan sellado todas las salidas y que el rabino se encuentre sano y salvo. Todo esto no serviría de nada si él muriera.

—¿Pone en duda la eficacia de la Wehrmacht? —dijo Rascher mientras retorció su cuerpo hacia atrás y clavaba su mirada en sus dos acompañantes en un violento ademán—. ¡Demonios!, ¡ni siquiera he sido informado de lo que venimos a hacer aquí!

El trío se mantuvo en silencio con mirada desafiante. Todos debían sobrellevar esta situación cuyo organigrama no hacía feliz a nadie. Pero el capitán seguía mandatos de Himmler, y los dos arqueólogos de sus descubrimientos al indagar en lo más profundo de sus creencias sobre la raza aria y los verdaderos orígenes de la humanidad. Aquella era una misión más importante que el muro de orgullo que parecía construir ante ellos el capitán de las SS. Debían ignorarlo y usarlo para su propósito. Lo último sería enfrentarse a él.

—Verá mi capitán —interrumpió Kiss conciliador, cínico—, este rabino es de vital importancia para nosotros. Son órdenes directas del Führer. Venimos a recuperar un documento de máxima importancia para el nacionalsocialismo.

Otra vez una pausa. Pero esta contrariamente a lo que había ocurrido antes, pareció aplacar algo los ánimos de Rascher.

—Bien, pues vayamos a hacer nuestro trabajo entonces.

El grupo comenzó a bajar del vehículo sin techo, sin embargo el frío no parecía alcanzarles ya que el calor de los incendios de alrededor había elevado la temperatura ambiente. Se dirigieron con parsimonia hacia la entrada de la sinagoga sin el estruendo del resto de la ciudad. La infantería alemana había bloqueado el acceso de todas las calles que desembocaban en la *Jacobplatz*. Ante sus ojos se elevaba intacta la única sinagoga de las más de trescientas que fueron destruidas esa noche a lo largo de toda Alemania y la vecina Austria.

Su entrada a través del gran pórtico fue anunciada por el ruido de la bota de infantería del capitán Rascher al chocar con el antiguo mármol del suelo. Ante ellos se abría el templo judío y en el centro el rabino y su familia arrodillados y con las manos tras sus cabezas. Nadie movía un músculo al ser encañonado por el rifle *Máuser K98* que empuñaban los ocho soldados de las *Wehrmacht*.

El grupo se acercó a los reos comandado por el militar, y éste permaneció unos segundos delante de ellos antes de comenzar a hablar.

—¿Éste es el rabino que buscáis? —dijo el capitán dirigiendo su mirada hacia Sievers.

Éste no contestó, se limitó a observarlo como el que observa a un tesoro, a un bien muy preciado. A quien debía darles la clave que ellos habían venido a buscar. Sonreía dando rienda suelta a la más profunda de sus insolencias.

—Sí, éste es el Rav Simón Bar—Natar.

—¿Rav? —después de esta pregunta Rascher consumió unos segundos pensativo—. Tenía entendido que su título era el de rabí, no el de rav. ¿No es así señor Sievers?

—No. Se equivoca capitán —respondió Kiss evitando de nuevo la mirada del

capitán.

Wolfram Sievers vivía uno de los momentos culminantes de su vida. Tenía delante a la última pieza de toda una vida de investigación sobre los orígenes del ser humano. De los que él reconocía como verdaderos. Le daba igual las interpretaciones megalómanas del Führer. Entre todos esos pensamientos clavaba sus ojos en los del rabino que comenzaba a sentir verdadero miedo por el conocimiento de sus agresores sobre sus creencias. Sievers decidió entonces dejar por sentado que conocían al detalle aquella situación que al propio capitán se le escapaba de las manos.

—Verá capitán Rascher, se les llama Rabí cuando son estudiosos del Talmud —la biblia hebrea— cuyo origen proviene de la escuela o costumbres galileas. La peculiaridad de este rabino es ésa. Su título —Rav— nos indica que es seguidor del Talmud babilónico, de origen en Asia menor, en Mesopotamia. El prefijo que usan en su nombre, «Bar» nos indica que sus orígenes son arameos, y no Ben como suele ser común entre los judíos que siguen la escuela del Talmud hebreo.

El capitán de las SS entendió tras la respuesta de Sievers que debía ser más cauteloso. Él no sabía nada de la realidad de aquella misión, Himmler lo envió ahí como espía de los hombres que el propio Führer había enviado en medio de la operación para exterminar a los judíos de las grandes ciudades alemanas y austríacas. Solo Sievers y Kiss conocían la importancia real de aquel hombre. Simón Bar—Natán. Tras sentirse despreciado, el capitán comenzó a dar órdenes en un tono rabioso.

—¡Llévenlo detrás! ¡A sus dependencias!, ¡a la calle con su familia!

Tras estos mandatos del capitán, los soldados de infantería cogieron de los brazos al delicado rabino que ya contaba con más de setenta años. Comenzaron entonces los gritos de su mujer e hijos y los llantos desesperados de sus nietos que eran levantados del suelo asidos por sus ropas violentamente. El caos se desató en la sinagoga. Brazos de hijos y nietos separados por los salvajes nazis, lágrimas de desesperación al saber que podían ser sus últimos instantes juntos, con vida incluso. Eran peleles a las órdenes de un régimen dictatorial. En aquel templo sagrado se estaba escenificando lo que ocurriría en la clandestinidad durante siete años más.

Mientras esto ocurría, los dos antropólogos y el capitán quedaron rezagados en el centro del templo. El militar parecía cerrar el paso a los dos científicos. Quería más información de la que parecía disponer en esos momentos.

—¿Qué hemos venido a hacer exactamente aquí caballeros? Sólo sé que el Führer está loco por todo lo que huelga a reliquia sagrada, ¿pero esto? ¿Buscar entre judíos una reliquia para Führer? Antes de seguir con esto deben darme algo

más de información si no quieren que les acuse de traición y colaboración con los judíos. Ya saben lo que eso puede significar para ustedes.

Sievers y Kiss se miraron brevemente y fue el segundo quien tuvo que dar la explicación si deseaban salir indemnes de aquella situación. aún siendo un ignorante, era el capitán quien tenía el mando allí les gustase o no. Sievers no tuvo otra opción más que desvelar un atisbo del génesis de su misión. Tras unos segundos su voz comenzó a resonar en la cúpula principal de la sinagoga.

—Verá capitán, nuestro régimen ha sometido a medio mundo a expoliaciones arqueológicas desde su constitución hace cinco años. ¿El por qué?, es simple, la búsqueda de nuestros orígenes como raza, como especie pura que nos diferencia de los demás. Somos mejores, más fuertes. Estas investigaciones en masa por todo el mundo nos han dado cantidades ingentes de información para soportar nuestras teorías acerca de la civilización aria, un pueblo puro avanzado con respecto a los demás. Una raza de humanos que hacía miles de años se separaron del resto para indagar en los pilares básicos de lo que hoy en día llamamos ciencia.

—¿Ciencia en un pueblo de hace miles de años? ¿A qué pueblo se refiere? Sepan ustedes que no comparto las burdas teorías del Führer acerca de nuestro origen único y su *Mein Kampf*.

—Quizás ahora sea usted el que es susceptible de ser denunciado a las autoridades por su traición hacia las ideas del régimen, ¿no, mi capitán? Si quiere saber escuche y cierre la boca. Aquí todos tenemos algo que ganar, usted un ascenso, quizás formar parte del estado mayor. Nosotros buscamos algo distinto, el tesoro de un pueblo que, lejos de su apariencia primitiva, nos podría dar la clave de nuestra existencia, la explicación definitiva sobre nuestros orígenes y lo que es más importante, su extraordinaria resistencia contra la enfermedad. Un eslabón en nuestro proceso evolutivo aún no descubierto y que nos podría dar las claves, la base científica que necesitamos para instaurar la hegemonía de la raza aria sobre el resto del mundo.

Sievers terminó de hablar y su final fue acompañado únicamente por el silencio. Una incómoda pausa que dejó al capitán Rascher descolocado.

—Bien —dijo Rascher armándose de su habitual tono militar—, veamos entonces que puede hacer por nosotros ese viejo. ¡Llévenlo a las oficinas! ¡A la parte trasera!

Los soldados llevaban a rastras las envejecidas piernas del erudito judío. Éste se sabía más cerca de su Dios en esos momentos. Estaba dispuesto a llevarse sus secretos con él, secretos aprendidos en su estudio del Talmud babilónico y los

libros ocultos que sólo se legaban a un rabino por generación. Un «Cohen». En este caso era él, y maldecía su suerte por ser tan fundamental para su pueblo. Sin embargo debía proteger a su familia.

La tranquilidad se instauró rápidamente a lomos de la intimidación de los militares. La calma sería pasajera en esa estancia detrás de la bóveda principal.

—Simón, se lo preguntaré sólo una vez. ¿Dónde está el libro?

Las palabras de Kiss resonaron en la pequeña cúpula que ocupaba la sección trasera de la sinagoga. Una pequeña estancia con un par de mesas y sus correspondientes sillas que usaban para las labores administrativas. No todo en la sinagoga era el adorno que se suponía en otras religiones. Allí parecían guardarse documentos antiguos, un gran archivo con papeles que rellenaban las estanterías que ocupaban toda la extensión de las paredes de la habitación.

—La Torah está en el Bimah si es lo que han venido a buscar. En nuestro pequeño altar ahí fuera, de donde venimos.

—No Simón, no. No juegues conmigo. La Torah es fácil de conseguir, puedo hacerme con cientos de ellas en cualquier sinagoga y quemarlas a mi antojo, pero sabes que pregunto por otra cosa que sólo tú posees.

—Desconozco a lo que se refiere —dijo Simón bajando desesperado su mirada y dirigiendo su mano derecha a su frente. Como si quisiera comenzar a orar por su vida.

Los rostros de Sievers y el Rav habían quedado a escasos centímetros. La tensión con los gritos de fondo que provenían de la calle era máxima. El Rav podía oír con desesperación los llantos de su familia. Él sabía que ese momento de su vida podía llegar. Su predecesor así se lo había encomendado a su muerte. Debía proteger aquel libro del cual negaba su existencia a los nazis, ellos no podían poseerlo. Sin embargo el quebranto de las voces de su familia en el exterior era una presión que no sabía si podría soportar mucho más tiempo.

—Verás Simón, no quiero llegar contigo a lo que hemos llegado con la gente que hay fuera de estas paredes. Tú eres un hombre ilustrado, heredero de tesoros de tu religión y de tu gente. Eres el guardián del legado de todo un linaje, pero ha llegado la hora de que des luz a ese pequeño tesoro. ¿Dónde lo guardas Simón?

Una pausa para que el viejo Rav seguidor de la corriente más antigua de su fe pensara en lo que era más importante para él. Una mirada de descaro hacia fuera por parte de Edmun Kiss que señalaba con ademán de su rostro hacia el exterior. Su gesto ofrecía un intercambio, el libro secreto por su vida y la de su familia. Estos aguardaban extramuros el veredicto del viejo Simón Bar-Natán. Debía decidir, pero también jugar la baza por la que los alemanes no permitirían su muerte si no les decía la localización de aquel libro sagrado, el primer libro de la

historia. El génesis de la escritura engendrado durante la prehistoria, donde leyendas y ciencia se mezclaban para dar origen a conceptos ya olvidados por nuestra civilización supuestamente más avanzada. Donde podríamos hallar el origen de la enfermedad y de la sanación.

Simón miró hacia el suelo. Su obligado silencio condenaba a su familia y le dejaba a él en una posición muy delicada.

—Bien, Simón. Tú así lo has querido —dijo Sievers impasible—. Capitán Rascher, habilite un camión de transporte y desmante todas estas librerías. Guárdelo todo y llévelo al campo de concentración de Dachau al norte de Múnich. Yo le esperaré allí.

Aun siendo el jefe de la operación, el capitán Rascher había sido ninguneado de nuevo. No quiso jugar más a aquel juego.

Por su parte Sievers y Kiss estaban visiblemente contrariados. El trabajo se les complicaba y veían peligrar la localización del libro donde encontrar las claves para ser más poderosos, más sabios, donde realmente habían quedado plasmados nuestros orígenes que desconocíamos hasta ahora.

Aquella noche concluyó con el amanecer gris del humo producto del fuego que había consumido lo que tanto nos había costado lograr durante siglos. La capacidad de los humanos de convivir y evolucionar en paz.

Fue una noche tortuosa donde se dieron cumplimiento a las órdenes de los arqueólogos del Reichstag. La familia del Rav fue separada en distintos campos de concentración y no se pudo encontrar rastro de ellos después de la guerra.

Al ingreso de Simón Ben-Natar en Dachau, no existía la experimentación con humanos en campos de concentración, sin embargo y tras su traslado a Auschwitz, pronto comenzaron, siendo Simón una de las primeras víctimas. El libro nunca fue encontrado.

La historia también llamada devenir que algunos llaman serendipia o simplemente destino, decidió que el médico llamado Josef Mengele fuera uno de los gestores del campo de Dachau primero y de Auschwitz después. Parecía que el rumbo del judío y del nazi se había unido a fuego.

En el año 1944 Josef Menguele desapareció de Auschwitz previendo la derrota nazi. En su huida solo una bolsa de infantería con papeles en su interior. Aquel campo de Dachau donde comenzó su plan de muerte fue liberado por el escritor y espía norteamericano J. D. Salinger.

Años después de la premonición de Mengele sobre el fin de la segunda gran guerra, éste emigró a Argentina. La protección sobre su identidad y atrocidades cometidas era extraña. Parecía existir una tolerancia a su salvajismo con humanos, parecía que la humanidad le había dado la espalda a la justicia con el holocausto. La hiena de Auschwitz había escapado.

En tierras de ultramar pareció prosperar extrañamente aún con el apoyo desde Alemania por parte de su familia y en los años sesenta fundó una misteriosa empresa farmacéutica, la Fadro Farm.

A pocos meses de su muerte por ahogamiento en una playa brasileña de Bertioga, la empresa fue adquirida por un desconocido inversor europeo.

Su nombre era Jonathan Morell.

Capítulo II. El descubridor de Num

Comarca del Guadalteba,
Norte de la provincia de Málaga, España.

—Pedro, ésa es mi última palabra, ¡Te he dicho que nada de prensa!, ¡somos arqueólogos!, perdona —una pausa—, disculpa, no quería gritarte, somos compañeros, las cosas no deberían ser así. Este asunto me tiene desquiciado —dijo José Ramos girando la cabeza un par de veces a la vez que hincaba su mirada en los papeles que tenía delante.

Pedro le miró con mezcla de pena y rabia porque sabía en el fondo que su jefe tenía razón. Pero su vasto instinto científico le decía que más pronto que tarde, su más reciente hallazgo debía ser comunicado a la opinión pública. Dicho de otra manera, no podría ser silenciado mucho más.

—Es un error, no puedes pensar que podremos mantener a la prensa al margen de este descubrimiento. El mismo hallazgo, las mismas grafías se están encontrando ya por toda Europa. Los yacimientos de valle de Neander, los de Hungría. El nuestro es el más avanzado. Pronto se filtrará, cualquiera de nuestro equipo se irá a algún bar de la zona y le pedirá a alguien que guarde el secreto. Vano secreto que hará que la noticia de este asunto corra como la pólvora.

—¿Qué quieres, que hagamos el ridículo?, aún no podemos decir nada, estamos esperando los resultados del *carbono 14* de Alemania. Tardarán tres meses más al menos. Te ruego que tengas paciencia. Sé que llevas toda tu vida detrás de esto. Tu hallazgo en las cuevas de Toledo, Despeñaperros, seguiste la pista hasta el sur, Lucena. Ahora aquí.

—¡Sí! ¡Y ahora no debemos parar! —dijo Pedro dando un puñetazo en la mesa a la vez que se levantaba bruscamente.

El doctor Cantalejo pertenecía a aquellas tierras desde que recordaba. Se crió y educó en este maravilloso entorno bañado por la humedad de la confluencia del mar Mediterráneo y Atlántico. Pronto emigró a similares tierras provincianas donde se sentía a gusto, más al norte. Pero todo cambió cuando vio la oportunidad de realizar su tesis sobre los primeros humanos encontrados al norte de Iraq. Allí pasó casi tres años de su vida y ya nada fue igual. Su carácter y todo lo que significaba un apego a una vida normal cambió.

—Con esa actitud no me ayudas a ayudarte. ¡Siéntate!, sigo siendo tu jefe a

pesar de tus salidas de tono.

Un nuevo cigarro que ayudaba a calmar los ánimos de Pedro. Por el contrario su jefe le miraba como suele hacerlo el que ha dejado el vicio recientemente. Mezcla de ira y ansiedad.

—Tú no lo entiendes. Aquí está ocurriendo igual que ya pasó en la antigüedad. Recuerda. Iraq, el inicio de la civilización. El desarrollo del conocimiento en los primeros homínidos que desarrollaron herramientas, los cabezas negras, la cultura de Jarmo y la de Halaf. Todas tenían ese punto en común, el que ahora tenemos entre nuestras manos y que queda demostrado en este yacimiento.

—¡No vuelvas a repetirlo! ¡Aquí se ha acabado esta conversación y no vuelvas a hablar del maldito punto en común hasta que tengamos los resultados!

Una vena se había hinchado en la sien del doctor Ramos. Pedro le miró comprendiendo que por el momento debía resignarse a los mandatos del profesor de arqueología. No le importaba demasiado. Él ya era alguien en este mundillo sin tener que apoyarse en su jefe. Tenía suficientes contactos, prensa, científicos, políticos y productores de televisión que conocía desde que arribó a tierras andaluzas. A su mente vino su amigo Carl Eisenberg y aquel maravilloso tiempo que pasaron en el Kurdistán iraquí en la cueva del Shanidar. No dijo ni una palabra. Se despidió de su jefe con la mirada y cerró la puerta con violencia. Sus pies se movían sin que se les hubiera dado el mandato de su destino. Él sabía que debía ir de nuevo a «su cueva». Un par de metros después escuchó otra vez la voz de su jefe a través de la puerta cerrada.

—¡Pedro! ¡Te lo ruego!, ¡No digas nada! ¡No puedes decir nada con todo lo que está ocurriendo con ese brote de enfermedades raras! ¡Te malinterpretarán y caerás en desdicha!

Un nuevo ademán de ignorancia del profesor de arqueología Cantalejo hacia esas palabras que reconocía como sabias, pero que iba a ignorar tarde o temprano. Estaba dispuesto a hacerlo a pesar del riesgo que sabía que asumía con su actitud.

No entendía bien por qué el destino le había traído hasta aquí. La raza neandertal fue empujada como ya lo hizo él motivado por las pistas que éstos dejaron. Hacia el sur, desde tierras del norte donde hacía frío, hasta el mismísimo peñón de Gibraltar —en la cueva de Gorham—, donde esa especie de homínido distinta de la nuestra vio su extinción. Una especie con alma y capacidades de relación social. Incluso con capacidad para fabricar joyas y ornamentos.

En los últimos años Pedro había encontrado pistas, más que pistas, pruebas que le decían el porqué de esa odisea que la especie neandertal supuestamente

inició en Centroeuropa. Miles de años en las mismas tierras y sin saber por qué, aquella especie inició una brusca senda hacia el sur. Poco tiempo después los pasos de esos homínidos les llevarían hasta estas tierras cálidas meridionales donde encontraría su fin para siempre.

Pedro se agachó en un momento de su paseo por el pantano. Allí el río moría en una pequeña playa de agua dulce. Sonrió sin dejar atrás un gesto triste e irónico al ver las escasas flores que aquel árido terreno podía engendrar. No pudo evitar exhalar uno de sus pensamientos entre dientes.

«Maravilloso paisaje, pero inadecuado para la vida de una estirpe como aquella. Aquí comenzó su fin.»

Se dirigió a su cueva, la cueva que él había descubierto hacia años como culmen de una investigación que ya duraba toda una vida. Bajó la primera sima por la interminable e inestable escalera metálica. Era lo único que su escueto presupuesto les permitía tener. Ya abajo, alumbró su entorno como lo hicieran sus queridos neandertales. Una tea hecha de pared de estalagmita en cuya concavidad había colocada grasa animal y una cuerda manufacturada con pelos de animal impregnada en ésta.

No deseaba escapar a los designios que el destino le había encomendado. Sus viajes, sus estudios y trayectoria eran paralelos a los dictámenes de la emigración que hacía milenios los neandertales hicieron hacia estas tierras. ¿Por qué una especie acomodada de Centroeuropa comenzó a migrar hacia el sur hasta que se extinguió como una muerte celular programada?

No nos dejaron demasiadas pistas, al menos aparentemente y para el resto de la comunidad científica. Las teorías del empuje de los sapiens y su dominación sobre «los otros», —los neandertales— parecían ser la respuesta oficial, pero Pedro sabía que la realidad era otra. Su cueva así se lo había contado. Así éramos los sapiens aún. Malvados, depredadores de nuestros semejantes. Caníbales por necesidad, para nuestra propia supervivencia. Pero había más encerrado en aquella simple historia de depredación entre dos especies de homínidos. Una mezcla de leyendas y hallazgos arqueológicos en las cuevas del lejano Shanidar, el mito del código prehistórico. Un código que daba respuesta a todas las preguntas.

Pedro pensaba con rabia en como nuestros ancestros los sapiens acorralaron a aquella raza de seres similares a nosotros que él adoraba. Lo que hoy en día significaría tener dos especies de humanos. Le gustaba el símil cánido, donde el dóberman sometió al pastor alemán y lo hizo desaparecer para ser la única especie que sobreviviera. Pero realmente nosotros —los dóberman— ¿éramos de

pura raza?, Pedro siempre receló de ese pensamiento oficial.

En su descenso por la sima de la cueva que el mismo descubrió se preguntaba a menudo si las almas de aquellos seres eran similares a las nuestras, ¿realmente serían nuestras almas especiales con respecto a las suyas? ¿Existiría alguna diferencia entre la concepción del «yo» entre ambas especies? Dos homínidos con distintas características, rasgos, herencia genética... Maravilloso pensamiento.

Recordaba sus hallazgos en Iraq acerca de la cultura de Jarmo y Halaf que investigó hacía años. Eso fue lo que le puso en la pista. Las inscripciones que el gobierno iraquí guardaba tan celosamente. De nuevo una cascada neural y una intensa infusión de adrenalina en sus arterias. Aquellos momentos eran los que le infundían la vida, y no las aburridas y estériles horas de despacho forzadas para cumplir el presupuesto que los políticos malhechores le imponían. Malditos expertos en estadística que no valoraban lo que era el trabajo a pie de campo. Los odiaba porque eran parte de los miles de comisarios políticos del régimen actual. Aquella gente no velaba por el sentido real de su trabajo allí, sino por una noticia en los periódicos que beneficiase a sus jefes. Un sectarismo que no dejaba avanzar la investigación.

Su mente divagaba sin cesar, debía centrarse. Pensaba en cómo esos trozos de carne bípedos, se transformaron de la noche al día, hace aproximadamente ocho mil años, en lo que consideramos como humanos modernos. ¿Fue Dios el que hizo la infusión de esas almas en sapiens? ¿Qué ocurrió con los Neandertales? ¿Podría aquel homínido distinto de nosotros tener alma? Según la ciencia actual sí para los primeros, pero no fue posible para los segundos. Los primeros seres con una civilización compleja en la Tierra. Era un honor para un arqueólogo haber podido trastear con esos restos líticos.

Su mente iba a mil por hora conforme se adentraba en la oscuridad de aquel enorme cubículo. No podía dejar de elucubrar, mezclar y concluir aquella vasta información que tenía dentro.

Hacía tan solo treinta mil años que los neandertales desaparecieron según las fuentes oficiales. Pedro quería reescribir los libros de historia con su hallazgo y dar como válidas las teorías que apoyaban que nuestra especie hermana neandertal sobrevivió más allá de lo que nos pensábamos. ¿Hasta nuestros tiempos? Eso sería más complicado de transformar desde la hipótesis a la tesis.

Pero faltaba la pieza que él estaba buscando desde hacía años. La clave que nos diría dónde comenzó todo, cuando comenzamos a ser lo que somos.

Recogió su tea hecha de un trozo de estalagmita correctamente golpeada y la acercó a su tesoro, un trozo de maxilar que un día perteneció a un niño que habitó estas cuevas. Un pequeño neandertal. Él y su jefe, así como todo su

equipo estaban esperando al resultado de las pruebas de *carbono 14* que le dirían la datación que según los estratos habían estimado en catorce mil años atrás. Él incluso esperaba algo más de esos análisis. Wolfgang le había llamado hacía unos días con información privilegiada desde tierras germánicas y estaba seguro de que aquello cambiaría nuestro concepto de humanidad. En la ciudad de Colonia, Alemania, estaban aquellos restos óseos, que debían esclarecer algo de legado genético de los europeos. Por ende, del origen del rudimentario sapiens que un día fuimos.

Miró a aquel maxilar con pena y a continuación giró la luz sólo acompañada por el repicar de las gotas del techo cayendo sobre un pequeño charco para observar otra zona del suelo. Allí se encontraban los restos óseos de sapiens que tanto les desconcertaron. ¿Sapiens y neandertales juntos más allá del 14.000? Ese descubrimiento por sí mismo ya era todo un hito en el mundo. Dos especies de homínidos con capacidad de pensamiento básico cohabitando el mismo medio y en el mismo momento.

Pero Pedro consiguió ocultar a ojos de sus compañeros el tesoro real que esa remota cueva ocultaba. Un enigma que estaba plasmado en una de sus paredes. Por el momento debía seguir siendo su secreto hasta que no contactase de nuevo con su amigo Carl Eisenberg.

A Pedro sólo le acompañaba el continuo crepitar del incendiario bramante. Solemnidad e intensa sensación de soledad. Acercó la tea elaborada a base de anciana concreción cálcica, y lo observó de nuevo con la misma inquietud del día en que la descubrió. Nadie se había percatado de su trascendencia, sólo podía ser Pedro. Sólo podía ser aquél que siguió el rastro de la mitológica migración desde la lejana Asia Menor, Europa central y desde Norte de la Península Ibérica hasta su extremo más meridional, donde la especie que tanto admiraba halló su fin. Pedro sabía que aquella inscripción era la clave de todo. Esos ancestrales dibujos significaban que aún vivían entre nosotros.

Capítulo III. La princesa Siskiyou

Ciudad de Eureka, condado de Humboldt.

Estado de California.

Finales de otoño de 2012.

Aún era de noche en un otoño que agonizaba por entregar su testigo al invierno a base de frío y lluvia. Los frentes del pacífico quedaban atrapados por las crípticas montañas Siskiyou, y solo se preocupaban de descargar su acuático lastre en aquella zona al norte de San Francisco. La tronada que acompañaba a las centellas, al fin daba paso a la quietud de la noche californiana.

Me encontraba en la habitación del segundo piso de mi casa situada en un barrio residencial de las afueras. Aún descansaba arropado por el continuo repicar de las gotas de lluvia en el balcón. La calle estaba en silencio, y el rumor que indicaba el inicio de la actividad comercial, no se atrevía aún a profanar un descanso que el carácter tranquilo de la costa oceánica consideraba como sagrado.

Dormía plácidamente sobre la cama de matrimonio —pero en soledad—, abrigado únicamente por una sábana a pesar de la fría noche. Desde lo más profundo de mis sueños, comencé a oír un ruido espantoso, que no tenía que ver en absoluto con el anticuado despertador comprado en unos saldos, ni con la tormenta que había envuelto mi descanso. Aquel sonido me alteraba ya en otras horas del día, cuando era reclamado por el editor del periódico de aquella tranquila ciudad.

Apenas podía mover mi brazo izquierdo por el sueño que aún me invadía, pero pude coger el móvil que reposaba en la mesa de noche, el cual chillaba sin cesar por ser atendido, hasta que di a base de golpes con el conmutador que lo hacía callar.

Tenía la visión especialmente borrosa, pero busqué mientras las gafas de cerca necesarias a mis cuarenta y ocho años. Con bastante dificultad pude encender la luz auxiliar y estructurar aquella lectura digital sobre un artefacto que odiaba profundamente. Al ver el mensaje vi que se trataba de un número desconocido para mí. Sin embargo había algo familiar en él. Prefijo de Maryland «410» que indicaba además que la llamada provenía del área metropolitana de Baltimore.

Sólo pude maldecir a modo de susurro con la ronquera del que lleva horas sin

hablar un, «pero... ¿qué cojones...?», dije mascullando y maldiciendo a quien tan temprano se atrevía a descolgar el teléfono.

—¿Señor Eisenberg?

—¿Sí? —contesté con voz rauca sin reconocer aún al remitente de la llamada.

—Soy el doctor Ralph Morell, del Instituto Nacional de la salud.

—Perdón, ¿quién?

—El doctor Morell, del laboratorio experimental de gerontología en Baltimore, señor. Le llamaba por los resultados de los análisis de las muestras de su hija.

Mi mente no era capaz de lubricar conceptos hasta que no conseguía despertar y llenar mis arterias con la necesaria cafeína. Recordaba a aquel doctor en biología con el que contacté por email, como con muchos otros en aquellos momentos de desesperación. La súbita enfermedad de mi hija me había dejado sin otra opción que lanzar al mundo un grito de socorro. Un auxilio que fue solicitado con la forma de envío de las muestras de sangre y raspado bucal de Caroline. Muchos otros con un problema parecido hicieron lo mismo. Ahora alguien parecía responder con algo más de interés del que sería lógico en estos casos. Su tenso tono de voz así lo indicaba.

La cortesía era lo único que guiaba mi atención. La concentración era aún escasa debido mi reciente despertar.

—Si claro, perdóneme. Es la primera vez que hablo con usted. No sabía quién era. Es temprano y aún dormía.

No quise ser mal educado, pero la sinceridad extrema aún formaba parte de mi estado somnoliento. Además no entendía como se me ocurrió contactar al instituto nacional de gerontología para la enfermedad de alguien que aún no había cumplido los dieciocho. La angustia era otra vez la respuesta. La casualidad en base a la llamada del doctor Morell, parecía ser la solución.

—Necesito verle señor, es importante. ¿Podría usted desplazarse hasta Baltimore? Parece que hemos encontrado algunas respuestas acerca de lo que le podría ocurrir a su hija. Pero no por teléfono.

Demasiado críptico. Aquellas actitudes aunque muy manidas, conseguían erizar el vello de mi brazo cada vez que las escuchaba.

—De acuerdo. ¿Cuándo tenía pensado que nos viéramos?

—Lo antes posible.

—¿Tan urgente es?, ¿Hay alguna mala noticia? —pregunté inmediatamente preocupado.

A continuación no se escuchó nada al otro lado de la línea. No hubo contestación, y aunque pasaron sólo un par de segundos, parecía que hubieran sido horas.

—No, no exactamente. Creemos saber de qué enfermedad se trata. Pero es algo extraño, señor Eisenberg.

—¿Por qué extraño? —pregunté aliviado tras dos años de espera para esa misma frase. La que nos daría algo de luz para iluminar el túnel en el que nos encontrábamos.

—Es una enfermedad compleja en relación con las muestras de los que tienen aparentemente su misma afección. Parece existir un componente en su posible tratamiento que podría resultar simple, tanto que resulta tremendamente extraño. Es algo nuevo. No puedo decirle más por teléfono. Su hija tiene cura, pero necesito verle en persona. Caroline tiene rasgos que la relacionan con genes que no son habituales en nuestra raza.

—¿Raza?, ¿a qué se refiere?

—No puedo decirle nada más. Nuestros directores han dejado de ser biólogos y médicos. La nueva situación, la nueva enfermedad. No nos han puesto a los más válidos como jefes, sino a los más inútiles. Son (simples) licenciados en medicina y biología que se han convertido en una especie de departamento de asuntos internos. Burócratas disfrazados con bata. La *poli* de la *poli*, ya me entiende. No nos dejan desarrollar nuestro trabajo como quisiéramos, y por supuesto el espionaje forma parte del suyo. Le espero en el laboratorio. Llámeme cuando llegue.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el doctor Morell con el matiz que otorga el apremio. Parecía que tuviera prisa por colgar el teléfono, y su tono había bajado en las últimas frases como si se sintiera escuchado.

—Gracias doctor Morell —dije sin más, algo abrumado por la actitud esquiva del biólogo.

Al fin había conseguido un clavo ardiendo al cual aferrarme. Toqué la tecla de finalizar llamada en la pantalla táctil del móvil con una mezcla de emoción y alegría. Al fin a alguien que no fuera sólo a mí, le preocupaba la desconocida enfermedad de mi hija hasta el punto de ser él quien tomara la iniciativa. Aquella iniciativa sin embargo parecía sacada de una película de misterio, pero hizo que saltara de la cama con la esperanza que venía aguardando desde que todo aquello comenzó.

Como siempre iría a ver cómo se encontraba Caroline, despacio, sin querer hacer ruido para no despertarla. Me encantaba verla dormida, en paz consigo misma. La calma que no podía alcanzar cuando durante la vigilia los dolores la acuciaban. Ningún padre querría ver en esa situación a su hijo. Y ahora había miles por todo el mundo sin saber qué hacer. Me dirigía por el pasillo hacia su habitación y me torturaba como cada mañana, pensando en cómo fue el inicio de todo.

Caroline era un ser peculiar, cariñosa, amable, entrañable. Sin embargo desde que nació, llamaba la atención su retraimiento sobre lo que significaba la relación social con quien no fueran sus padres. No era algo demasiado manifiesto, cualquiera lo hubiera llamado timidez, pero desgraciadamente los médicos lo llamaron «grado leve de autismo». Su vida transcurrió sin embargo dentro de unos márgenes lógicos en la normalidad. Más tarde todo comenzó con un desmayo. No le dimos importancia. Aquello sólo fue el preámbulo de su diagnóstico de diabetes a los trece años. Le siguieron los dolores abdominales y articulares, el cansancio frente a cualquier pequeño esfuerzo. Ya no podía ni ir al instituto.

La miraba desde la puerta de su habitación recordando en cómo nos habíamos transformado en una familia de dos. ¿Cómo pudo abandonarnos Alison? La enfermedad, la desidia por todo lo que suponía el compromiso. No lo entendía, y lo peor es que Caroline tampoco. Ella lo sufría en silencio resguardada bajo su paraguas de incomunicación congénita. Pero la tristeza se leía en sus ojos. Su madre, Alison, nos había abandonado nueve años atrás.

«Déjala dormir un poco más» me dije entre recuerdos y blasfemias interiores por su estado. Hoy tocaba de nuevo ir al hospital para nuevos análisis, exploraciones y fechorías médicas variadas. Sería un día duro. Nadie parecía saber nada acerca de su enfermedad, y mucho menos de su tratamiento. Los médicos sólo pudieron apuntar a que se trataba de una enfermedad autoinmune de origen desconocido. Genético. Sólo podrían tratar sus síntomas hasta el fatal desenlace del que nadie hablaba y del cual todos sabíamos.

Mi papel era hacer ahora de padre y de madre, y no sabía hasta cuando mi mente sería capaz de aguantar aquella situación. Sólo soy un hombre corriente, del montón, que se veía incapaz de llevar adelante todo lo que el destino había puesto en mis manos. Mi reciente aparición en programas televisivos de emisión nacional, y el éxito que habían obtenido en ciertos sectores, comenzaba a abrumarme. Me tenía que repetir este concepto a menudo. Humildad. Con cuarenta y ocho años había conseguido todo lo que se suponía, éxito, atención, dinero (no demasiado), e incluso un divorcio. Aquello último parecía ser típico de la sociedad cuando sus individuos se veían inmersos en la cuarta década de vida. Esos pensamientos venían a mí en cualquier situación.

Me disponía a hacer algo de café y preparar el desayuno a Caroline, y sin embargo sobre estas banales tareas el bombardeo de aciagos pensamientos era constante.

Mi profesión era la de periodista. Comencé como becario tras licenciarme escribiendo artículos en la sección de Ciencia del periódico local. Temática para minorías, pero alguien tenía que hacerlo. Comenzó siendo una imposición. Pero

después de treinta años, mi conocimiento sobre ciencias aumentaba y poco a poco fui focalizando mis esfuerzos, convirtiéndome en un experto sobre temas de prehistoria.

Hace unos diez años, mi trabajo llamó la atención de una productora de televisión en Baltimore, y ahora compaginaba la escritura como periodista, con la dirección y presentación de un pequeño programa sobre arqueología en la televisión pública. En mal día, en malas horas. Debido a la crisis mundial, no se podía vender la publicidad que teóricamente nos financiaría. Treinta mil dólares por un solo programa. La tan necesaria divulgación científica, quedaba únicamente para bolsillos poderosos. Al menos aquel reducto de ciencia, en forma de programa televisivo, estimulaba en lo que se había convertido nuestro trabajo en los medios de comunicación. El estamento periodístico, el cuarto poder, parecía haber recibido los mandatos del adoctrinamiento, no el de la información. Yo mismo había recibido presiones para tomar parte en uno de esos dos bandos de doctrina que los políticos imponían al mal llamado cuarto poder. Sin embargo, yo aún no estaba dispuesto a hacerlo.

Detestaba lo que esta sociedad había hecho conmigo. Me encontraba abocado a ser lo que era por imposición de los designios de la envidia. Curiosos de lo que no les importaba para hacer algo más interesante sus patéticas vidas llenas de frustración. Sin quererlo me había contagiado de ese sentimiento que me rodeaba y que ahora llevaba las riendas de mi vida. Nada que hacer. Nada por descubrir, sino lo que interesaba a esos bajos instintos de resentimiento para todo lo que no implicaba el éxito propio. Cuando éste llegaba debía ser tomado con prudencia para que no despertase en los demás la antipatía que irremediamente surgiría. Envidia, frustración, traición. Eran palabras que ahora se evocaban en cualquier mente con mucha más frecuencia que otras como honor, deber, voluntad, paciencia. Así iba el mundo. Al borde del colapso.

El teléfono no era precisamente santo de mi devoción, pero sin embargo en ese momento fue el necesario acicate para que esos pensamientos reiterativos de pesimismo se disipasen. Miré la pantalla con desgana. Vi con alivio que era mi editor, Vince Hunter.

—Buenos días, señor Eisenberg.

Vince usaba la falsa cortesía y respeto que daba el pronunciar sólo mi apellido, como si no nos conociéramos cuando quería algo. Siempre que me llamaba quería que le sacase de algún entuerto, o tenía un trabajo que parecía que únicamente yo pudiera hacer.

—Hola Vince, ¿qué es tan importante a estas horas?

—Tengo un par de trabajos para ti.

Su respiración, su tono de voz. Algo me decía que no era una llamada

rutinaria.

—Trabajo, bonita palabra en estos tiempos —dije con cierta sorna.

—Tenemos una noticia recién llegada de Reuters —Vince ignoraba así mi comentario anterior—. Parece que ha habido un hundimiento de terreno al norte de Iraq, cerca de una región llamada Shanidar, en el Kurdistán iraquí. Allí existen unas cuevas donde se hicieron hallazgos de esqueletos de homínidos hace más de cuarenta años. Neandertales, tengo entendido.

—Sí, conozco la historia —dije apoyando el teléfono sobre mi hombro derecho mientras me servía otra taza de café.

—¡Ya sé que conoces la historia! —dijo Vince con una mueca burlona pero irónica— ¿Por qué crees que te llamo a ti y no a un jovencito al cual manejaría como me diera la gana? Tu experiencia en aquellas cuevas es fundamental para hacer un buen trabajo.

—Bien, cuéntame de qué va esto —dije serio pero agradeciendo el cumplido por los que Vince no se prodigaba mucho.

—Parece ser que cerca de allí se extrae petróleo de grandes bolsas que llegan hasta el subsuelo de esa área al norte de Iraq. Esos «lagos subterráneos» de crudo están en la roca, y éstas se «exprimen» mediante presión de agua. Habitualmente no se dejan cuevas o grutas en sustitución del oro negro, pero esta vez parece que la bolsa era más homogénea y ha hecho que se hunda el terreno que estaba encima de las grutas que han dejado por su extracción.

—De acuerdo, ¿pero qué tiene eso de urgente? —dije conociendo que hasta ese momento no había más información que la de una reseña sin importancia en un periódico de tercera.

—Pues que en esas grutas se han descubierto más enterramientos de hombres primitivos. Tumbas ceremoniales distintas de las que ya se conocían. Hace tan sólo dos días del descubrimiento y ya hay filtraciones. Parece que hay algo serio en todo esto. Dicen haber descubierto una especie no conocida hasta ahora.

—¿Una nueva especie?, parece ser interesante —dije de nuevo con ironía, pero sin dar algo de crédito a aquella noticia que en el fondo deseaba que fuera verdadera.

Cada cierto tiempo aparecía alguien dando un grito al cielo diciendo que había encontrado una nueva especie de humano. Un nuevo homínido como icono de la explicación de nuestros orígenes. El que lo hacía conseguía su propósito. El de atraer a las masas y sobre todo a la prensa para poder publicar, cobrar por conferencias y por supuesto poder ser tomado en serio. Aquello solía ser sólo temporal. Siempre se descubría que era más de lo mismo. Pero el tiempo que tardaba el *carbono 14* en dar sus resultados era un periodo de invaluable incertidumbre para sacar réditos de falsas expectativas.

—Tómatelo algo más en serio, ¿quieres? Te mando a tu correo electrónico algunas reseñas. Preséntate en la productora, y quiero un artículo de mil palabras inmediatamente para el periódico. Escríbelo en el avión. Ya tienes los billetes para Álex y para ti, salís dentro de un rato desde el aeropuerto de Arcata hacia Baltimore. Una furgoneta de la cadena de televisión os esperará en el aeropuerto. Esto es más importante de lo habitual, hace tiempo que no manejamos una información así, y somos los primeros en saberlo, Carl. Debemos hacernos eco inmediatamente al menos con una columna en el periódico, pero tienes que ir preparando lo antes posible un programa monográfico. Estamos pensando en que te desplaces a Iraq. Allí tendrás la protección del ejército, todavía quedan unidades a pesar de la retirada programada del país. Sigue siendo un sitio peligroso, pero Reuters te quiere a ti, y lo más importante, financiará tu viaje hasta esas cuevas. Se han ofrecido desde el primer momento. No debemos desaprovechar esta oportunidad.

—Bien, llamaré a Álex ahora mismo y le pediré a Carmen, su mujer, que se quede con Caroline. Hoy es día de hospital. No va a ser precisamente una jornada agradable para ella.

—Ya, lo imagino. Espero que Caroline se mejore, ya sabes que os aprecio mucho.

—Gracias Vince, lo mismo digo.

—Bueno, recuerda lo del artículo, lo espero para cuando aterricéis. Cuéntame lo que te dicen en la productora cuando salgas de la reunión. Que tengáis buen viaje.

—Gracias Vince, te llamaré cuando sepa algo.

El editor tenía participaciones en la productora, no quería dejar pasar esta oportunidad. Era un tío trabajador, un amigo desde siempre. Había subido escalones hasta ser el editor jefe de un grupo de comunicación cuya empresa principal era el periódico, el Eureka Herald. De estatura media, pelo rizado, corto y rubio. Penetrantes ojos azules y sonrisa parecida a la del joker de Batman. Siempre conocía más información de la que sacaba a la luz. Su mirada se perdía en el más allá cuando la conversación no le interesaba. Presagio de un siguiente pensamiento o de ignorancia hacia quien tenía delante. Quién sabía lo que el espejo de su alma guardaba en sus numerosos reflejos. Era un tipo notable, inteligente como pocos, y era quien aún en estos tiempos nos mantenía a flote gracias a sus enormes esfuerzos. Este nuevo encargo seguro que era una de sus apuestas al viento. Pero me fiaba de él y yo era su hombre para hacer este trabajo.

No me gustaba llevar a cabo esas aventuras en soledad. El programa, los artículos, mis viajes a recónditos lugares donde investigar cuevas, lechos donde

reposaban restos humanos prehistóricos, esqueletos de dinosaurios, interminables entrevistas con arqueólogos cuyo conocimiento nos abrumaba. En fin, todo lo que supusiera una noticia. En todas esas pequeñas aventuras siempre me acompañaba Álex Zuckerberg. Que nadie se alarme, no tenía nada que ver con el inventor de mismo apellido de la red social más grande del mundo (la odiaba). Si se podía decir que sus antecedentes judíos eran comunes aunque no practicados. Su apellido no podía ocultarse ante ese pensamiento.

Ya en el salón y con el segundo café a medio tomar, marqué el número de su casa para invitar a Álex a un nuevo episodio de nuestras particulares hazañas. No me podía permitir el lujo de prescindir de él.

Si Vince tenía la sonrisa del *joker*, Álex era el Alfred de *Batman*, mi álter ego. Una persona llena de sentimientos, pero con una cabeza bien amueblada, la cual, era un tesoro allí donde nos encontrábamos por los recursos que podía atesorar. Alguien sin embargo temperamental, tenía un alma tan pequeña que no le cabían dos sentimientos a la vez, de ahí su manera radical de actuar. Pero él era mi amigo. A pesar de su carácter serio, era un hombre que había engordado su inteligencia a base de una experiencia brutal. No era amigo de quien no conocía, siendo capaz de la mayor de las groserías, pero no con quien él llamaba amigo. Viajes con su antigua productora a decenas de países habían hecho de Álex una persona más pausada, más lógica. Recónditos y misteriosas naciones del extremo oriente eran sus preferidas. Cámara en mano y acompañado siempre por su extensa barriga, su poblada barba y su maravillosa mujer, Carmen. Ambos, mi única familia por entonces.

Después de sólo un par de tonos, mi querido compañero de correrías descolgó el teléfono. Maldecía aquella pantalla que delataba al que llamaba. En este caso no me importaba demasiado.

—¿Qué tal Álex?

—¡Hola Carl!, qué alegría oírte, ¿cómo está Caroline?

—Bien, ya sabes, dentro de su normalidad. Hoy nos tocaba ir al hospital para hacer nuevas pruebas, pero me ha llamado Vince.

Tal y como ocurriera hacía unos minutos con el doctor Morell, una pausa. Un par de eternos segundos que estimularon su comprensión.

—¿Ya nos ha enganchado con otra historia?, siempre con sus exclusivas que no llevan a ninguna parte. Hoy es sábado, ¡Por Dios!

Su vehemente carácter surgía otra vez ante cualquier pequeño estímulo. Sin embargo Álex sabía leer entre líneas mejor que nadie, mi llamada a esas tempranas horas de un sábado. El requerimiento de Vince. Era fácil para él hilar lo que iba a pedirle a continuación.

—Verás Álex, esta vez dice que es diferente.

—¿Y tú le crees?, —dijo resoplando al final de su frase, como un nuevo signo de desprecio hacia Hunter.

—No lo sé, ni esta vez le creo, ni pienso que en otras ocasiones él lo haya hecho por fastidiar. Él sólo hace su trabajo. Vince echa el anzuelo a ver si pesca. Mi instinto me dice que esta vez podemos sacar una buena pieza.

—Bien, yo haré lo que tú digas. Ya sabes que me tienes para lo que quieras.

—Gracias. Ya lo sé.

—Bueno, entonces te hará falta que Carmen cuide de Caroline ¿no?

Carmen, un nombre común para una mujer nada común. Su nombre a pesar de tener origen hispano, no decía mucho acerca de su procedencia real anglosajona. Un simple capricho de sus padres. Carmen y Álex no tenían hijos. Pero más allá de sus deseos de maternidad, estaba el enorme cariño que ella dedicaba a mi hija.

—Os lo agradecería mucho. De verdad. Sois mi única familia. Una cosa, Álex. Tengo que hacer una visita personal. Un biólogo me ha llamado desde Baltimore, del Instituto Nacional de la Salud. Cuestiones de Caroline, ya sabes.

—No te preocupes, no irás solo amigo. Por cierto, ¿has visto la noticia en la prensa?

—¿Qué noticia?

—La del hundimiento de esas cavernas en Iraq.

—Eso es precisamente a lo que vamos a Baltimore. No quería decirlo aún, no a ti entiéndeme. No veo prudente hablar de ello por teléfono. Pero ya veo que la prensa se ha hecho eco pronto.

—¿Qué te ha dicho de ese tema Vince?

—Poca cosa, lo de siempre, que si había una nueva especie, que si habían descubierto algo nuevo, ya sabes. Palabrería, rumorología no sé si infundada.

—Nosotros ya hicimos un programa monográfico sobre ello, ¿Recuerdas lo que hay en esas cuevas? —replicó inmediatamente Álex.

—Sí, y eso es lo que me ha parecido más extraño. ¿Una nueva especie bajo las cuevas del Shanidar?, ¡Por Dios allí sólo hay neandertales! ¡Lo sabemos desde hace casi cuarenta años! —dije quejándome.

Entonces se produjo uno de esos silencios de Álex que no me gustó nada. Le dejé hacer. Esperé que continuara hablando.

—¿Conoces las teorías sobre el eslabón que falta para saber de qué homínido procedemos exactamente, no? ¿Podríamos estar hablando de...?

—¡Calla, calla!, no quiero que te dejes contagiar por lo de siempre. Serán cuatro pirados con afán de protagonismo. Entérate quién ha dirigido la primera excavación. Necesitamos saber si son gente seria. Hay cientos de universidades buscando esa pieza que falta.

—Bien, así lo haré. Por cierto ¿a qué hora nos vemos en el aeropuerto?

—A primera hora de la tarde, sobre las cuatro.

—Bien, te recogeré en tu casa y Carmen irá entonces con su coche para quedarse con Caroline.

—De acuerdo, hasta entonces.

Una breve conversación con un amigo que consideraba mi familia. Qué diferente eran aquellos tiempos de lo que se suponía que debía ser. Practicaba el insano ejercicio de la hipocresía con familiares en infaustas reuniones llenas de vanas sonrisas sin trasfondo real. Situaciones forzadas. Unas personas que teóricamente debían preocuparte pero que hacía tiempo que nuestros caminos se habían separado. Ahora sólo quedaba quien más cerca estaba. Aquellos que se transformaron en un momento concreto de nuestra vida y asimilábamos con la palabra familia. Álex y Carmen.

Todos estos pensamientos me habían mantenido ocupado. Ya había hecho la maleta. Me encontraba en mi dormitorio y el portátil reposaba encendido sobre mi cama. El timbre de aviso de un nuevo mail interrumpió el silencio del aseo diurno. Me acerqué para comprobar de quién se trataba. Estaba siendo una mañana poco habitual y ya empezaba a recelar de los minutos siguientes. Aquel mail lo había enviado el doctor Ralph Morell. Me extrañaba que insistiendo tanto en vernos y no cruzar más información por ninguna vía, me mandase ahora un mail.

En el cuerpo de aquel mensaje sólo una palabra, Aquilea. En el adjunto, un par de archivos. Abrí rápidamente el primero. Era una especie de mapamundi topográfico. No entendía su sentido. Daba igual, ya no tenía tiempo y ya lo estudiaría en profundidad cuando tuviera algo más de tiempo. Pero bien visto ¿un mapa?, ¿qué relación tenía un mapa con la enfermedad de Caroline? Tampoco entendía qué significaban aquellas misteriosas palabras del doctor Morell en nuestra conversación. Debía ir inmediatamente a su encuentro aprovechando aquel viaje a la productora. La vida de mi hija dependía de ello. Reenvié todos los archivos del correo electrónico de Morell a Álex para que se encargara de imprimirlos. Yo era de los que aún no dominaban bien la tecnología, y ni siquiera disponía de una impresora en casa. Álex como siempre era el encargado de hacer el trabajo pesado.

Mis rápidos pensamientos quedaron interrumpidos de súbito. Un desgarrador grito de Caroline desde su dormitorio me hizo sentir un calambre por mi espalda. Acudí corriendo desde mi habitación lo más rápido que pude. Nunca la había oído gritar así. Esto no era algo frecuente en nuestro, ya de por sí, extraño día a día.

Me la encontré en una esquina de su dormitorio en cuclillas, desnuda, con la mirada perdida. Sudaba profusamente como si se hubiera despertado de una

pesadilla eterna, aterradora. Temblaba. Repetía una y otra vez sonidos guturales ininteligibles. Quería decir algo, pero yo no conseguía extraer sentido a aquel rítmico rumor. Su escasa habla había disminuido su frecuencia e intensidad en los últimos años, pero éste ya no era un camino normal. Un recorrido que comenzaba a desviar definitivamente a mi hija de la senda de la cordura que nunca asió con suficiente intensidad.

Me acerqué suavemente no queriendo despertarla pues parecía que el sueño aún no la había abandonado a pesar de permanecer con sus ojos abiertos. Pude taparla con la delgada manta que usaba de adorno en su cama. Estaba tiritando como si el miedo más profundo la hubiera invadido. Sudores fríos y mirada al infinito. Repetía una y otra vez esos sonidos que me hacían dudar de si el mismísimo diablo hubiera hecho presa de su alma. La levanté con dificultad con la intención de llevarla a acostarse y tumbarla para que se calmase. Pero lejos de eso se quedó allí de pie, frente a mí, completamente rígida, mirándome fijamente, resistiéndose a ser conducida de nuevo hacia la cama.

En esta ocasión había algo más en su mirada. Con un tono de voz de profundos matices laríngeos escuché unas estremecedoras sílabas que no olvidaré en la vida. Me miraba con los párpados abiertos, enormes, enseñando todo el blanco de sus ojos y unas venas rojas que hacían justicia a la tensión que vivía en esos momentos. De repente exhaló una palabra.

—Kumara.

Repitió con un extraño acento.

—Kumara.

Sólo pude dejarme invadir por ese extraño escalofrío que se siente por el cuello cuando sabes que eres presa fácil de algún ente que te rodea, y no puedes hacer nada por evitarlo.

«Kumara», ¿Qué era aquello?

Tras aquella palabra, su ánimo pareció decaer. Más bien pareció aliviada, algo somnolienta. Buscó con la mirada su cama y se introdujo sin necesidad de ayuda en ella. Sus ojos que apenas asomaban entre las sábanas, quedaron entonces fijos en los huecos que dejaban en el ventanal las cortinas. La luz esquivaba los trozos de tela, y entraba a raudales formando una brillante columna oblicua. El sol de finales del invierno iluminaba el rostro de Caroline.

Una vez calmada intenté desechar aquella reciente imagen de pánico. El miedo en el rostro de mi hija, el terror en lo más profundo de mí al saber que la enfermedad podía estar comenzando a dar signos de su fase final. La etapa de una larga dolencia que se llevaría a mi hija por delante si yo no era capaz de hacer algo. Era extraño que pasasen los meses sin evolución en lo que era el problema, y sin tener noticias de su posible curación. Ahora en un solo día

parecía abrirse un nuevo horizonte para nosotros con la llamada del doctor Morell. Sin embargo el horizonte se cerraba a la vez con este inédito signo de enfermedad ¿Qué era lo que acababa de presenciar? ¿Una demencia producto de sus problemas renales? ¿Una alucinación como nuevo síntoma? ¿Qué era «Kumara»?

De cualquier manera yo no podía dar respuesta en esos momentos por mí mismo a esas preguntas, debía ir al encuentro del doctor Morell, mi última esperanza que aparecía cuando más lo necesitaba.

No quería presenciar la agonía de mi hija que tanto temía desde que todo esto comenzó. El que sería el último viaje para dar con la solución, había comenzado. Fuera cual fuera su resultado la cuenta atrás empezaba. Ella me necesitaba ahora más que nunca. Debía ser fuerte, tenía que seguir hacia delante, debía encontrar rápido una cura para Caroline.

Capítulo IV. El astrónomo del Vaticano

Plaza del colegio Romano.
Sede de la Orden de Jesús y del
Observatorio astronómico vaticano. Roma.

Cesare Corsini acudía de nuevo a reincorporarse a su puesto de trabajo. Tras un breve y solitario almuerzo en un restaurante cercano en la Vía del Corso, accedía a la calle principal de la colegiata rodeando la Fontana del Facchino, y desde la Vía Lata, hasta la Piazza del Collegio Romano. Aquella explanada en forma de coso parecía un dormitorio al aire libre, donde te sentías a pesar de estar en un lugar público, como en tu propia casa, resguardado por las fachadas de la Universidad que fundó hacía ya cuatro siglos, San Ignacio de Loyola, y como techo únicamente el azul del cielo que a bien tuvo de regalarnos el buen Dios.

El profesor caminaba lento, disfrutando de aquel paisaje urbano en el cual vivía desde que podía recordar. Su situación desde la infancia en una incluso de la Iglesia, le abocó sin remedio a alcanzar la pasión por todo lo que rodeaba a esa institución, y posteriormente a ordenarse sacerdote como era su destino. Así lo promulgaba su vestimenta asotanada y su alzacuello anacrónico en un siglo XX que parecía querer abandonar esos símbolos a favor de otros más mundanos, y por supuesto menos solemnes.

Las conversaciones de los estudiantes se podían escuchar producto de la resonancia de aquella plaza que parecía haber sido diseñada para albergar la mejor armonía que pudiera ofrecer una orquesta sinfónica. El edificio que quedaba frente al visitante, ofrecía su majestuosidad con la humildad que debía representar, el sentido para el cual fue construido: la educación y el conocimiento.

El religioso que se licenció en física y posteriormente escogió la especialidad en astronomía, se dedicaba a desvelar el encriptado de los métodos numéricos de la naturaleza. Después, por mandato de sus superiores, desvió sus esfuerzos hacia el retiro en el seno de la orden jesuita. Estos lo recondujeron hacia la psicología y a la promoción de la doctrina para la fe cuando Ratzinger abandonó su jefatura. El alemán siempre aspiraba a retos más elevados.

Durante su servicio en lo que hace siglos fue la Santa Inquisición, a Cesare le fueron encomendados los más variopintos servicios relacionados con esta

disciplina. Investigación de presuntos milagros para su licitación como tales, sesiones de hipnosis que se usaban en el tratamiento de trastornos psíquicos tras episodios de posesión. Colaboraba en ocasiones con exorcistas de todo el mundo al desentrañar el origen del demonio que hostigaba al creyente en cada caso. Curioso y desconocido trabajo el suyo. Su inteligencia fue vital para aquella decisión del cardenal Martínez, su mentor y mano derecha en la sombra de Benedicto XVI.

Somos lo que desconocemos de nuestro pasado, pues es una obligación del sabio evitar las sendas que nos condujeron hasta nuestros errores. Esa frase que aprendió en el segundo año de su tercera licenciatura, se le quedó grabada en una cabeza que por su enorme potencial, debía haber servido a otros intereses más importantes, pues así el mundo sería capaz de moverse más aprisa en su evolución. Pero lejos de aquella fachada, el legado de los jesuitas sabía que a pesar de no haber cumplido con unos designios superiores, mantenía en secreto la misión más importante para un ser humano tentado por el mal en aquellos tiempos.

Recordaba con furia los desmanes que cometieron con él las ovejas negras que formaban parte de su propia familia. Su físico aún se dolía de los abusos que tanto rencor sembraron en su cuerpo desde que acontecieron como recuerdo de lo que un día pudo ser una familia. El miedo, el desconocimiento y sobre todo la frustración, eran los que daban alas a casos como el suyo. Quién sabe si los destinos del profesor y de aquel cruel hombre no se hubieran cruzado, ahora su presente sería otro. Destino, era una palabra manifiestamente mentirosa para el que padecía el dolor en la actualidad, pero enormemente válida y poderosa para el que disfrutaba de la felicidad. Ahora el destino del profesor Corsini era aquel que la crueldad había forjado en su infancia, y en ocasiones se preguntaba si fue el mismo demonio el que lo puso en su camino para que con el tiempo también él se convirtiera en su hostigador. Ahora Ratzinger parecía caer en el abismo presa de múltiples historias como las de Cesare. Pero él a pesar de todo, no sería quien traicionara a su querida Iglesia.

Odiaba, aborrecía y maldecía a propios y extraños, a aliados y congéneres de su entorno y de su oculta misión. Pero ésta le llevaba sin remedio a concluir lo que la abominación le hacía sentir por aquel mundo. A pesar de aquel horrible recuerdo, y después de toda una vida, al fin parecía haber encontrado lo que necesitaba.

Su reducto de intimidad era un dormitorio de escasos doce metros cuadrados cuyos tabiques formaban parte de los muros de carga del edificio, pues a la vista quedaban las enormes piedras cuadrangulares de las que estaban hechos. Allí, cerca del telescopio y en la sala de observación celestial, pasaba su tiempo

estudiando y recordando lo que fue su primera pasión científica. Esta primera ocupación le dio su apodo. El doctor Corsini era *el astrónomo del Vaticano*.

Una llamada interrumpió su meditación. Con desgana atrapó entre sus dedos aquel artefacto del demonio llamado teléfono móvil.

—¿Doctor Corsini?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos de la secretaría del Estado Vaticano.

—¿Sí?

—El cardenal Martínez le requiere de inmediato.

Aquella llamada podía sorprender a cualquiera. Cesare no era menos que los demás en lo que a su capacidad de sorpresa se refería. Se había enfrentado al diablo cara a cara como emisario y soldado máximo de La Iglesia. Había pasado miedo, verdadero terror mirando a los ojos de las víctimas que el demonio había poseído. Miraba cada vez menos turbado a los ojos del mismísimo leviatán. Como alguien que iba conociendo con el tiempo. Se mantenía sereno aún en compañía del máximo de los infiernos, sin embargo, aquellas llamadas sacaban de sus casillas a cualquiera.

—Por supuesto, ¿Cuándo...? —no pudo terminar su pregunta.

—Ahora mismo. Alguien le estará esperando cuando atraviese la *Puerta del Príncipe*. Allí le indicarán. Le recuerdo que debe acudir de manera inmediata.

Aquella voz de intenso tono castrense desapareció interrumpida por un tono metálico del teléfono. Sin despedida ni vanas cortesías. La de ese día por supuesto no iba a ser una entrevista que quedase registrada en los libros de visitas oficiales en el Vaticano.

El astrónomo se puso en marcha cogiendo apenas la bolsa de piel raída por el tiempo que usaba en todos sus desplazamientos. Un crucifijo regalo de su maestro en exorcismos, Gabriel Amorth, agua bendita del Jordán, y los santos óleos por si el poseído fallecía durante el proceso. Escaso bagaje para un soldado de Cristo. Ahora aunque los llevaría consigo, no serían necesarios para visitar al Santo Padre, pero aquella era su costumbre. Su equipaje para enfrentarse con el más allá.

Apenas había colgado el teléfono y ya se veía en una pequeña caminata de apenas dos kilómetros y medio. Escuchaba sus pasos producto de la resonancia entre esas ancianas paredes mientras que se preguntaba quién era él, humilde siervo de Dios, para ser convocado por Su Santidad. Sólo veinte cinco minutos después de aquella misteriosa llamada, llegó a la Plaza de San Pedro donde se dirigió directamente a la *Puerta del Príncipe* que atravesó tras presentar sus credenciales como exorcista. Él sabía que aquellos papeles impresionaban por lo que decían de él. Un hombre acostumbrado a enfrentarse cara a cara al mal. Era

la punta de lanza de la institución en la que se encontraba. A la que representaba con orgullo. El proceso de acreditación de su identidad en edificios oficiales de la Iglesia, duraba poco debido a su cargo. Alguna ventaja debía tener. Nadie osaba a cruzarse en el camino *del Astrónomo del Vaticano*.

Cesare atravesó entonces el gran pórtico de la entrada. Aquella ilustre arquitectura, siempre le impresionó más que los casos de posesiones y extraños personajes a los que se tuvo que enfrentar. Aquella majestuosidad, lo que ese edificio simbolizaba, tenía el poder que ninguno de sus representantes humanos había tenido. Para él sólo existió uno, aunque no podía decirlo en público. Menos ahora que Ratzinger estaba en el poder. Juan Pablo II sí fue para Cesare el personaje sobrehumano que se le suponía al cargo de Papa de la Iglesia. El ya santo encarnaba como nadie lo humano y lo celestial que la figura de un Santo Padre debía presentar por los cuatro costados. Aquella opinión no era sólo de Cesare, ya muchos recelaban del teólogo que accedió por la puerta de atrás desde la congregación de la Doctrina de la Fe, hasta sostener el báculo de Pedro. Sin embargo Cesare admiraba la pelea frontal que Ratzinger enarboló contra el comunismo en los ochenta. Nadie conocía el origen de esa inquina.

Cesare estaba en sus pensamientos cuando miró de frente. Unos metros más adelante una figura con manos entrelazadas, sotana negra y cinturón encarnado, esperaba a Cesare. La gente se cruzaba entre ambos, pero la mirada de su anfitrión había quedado fija en él.

—Padre, acompáñeme por favor —dijo el que parecía ser todo un cardenal con la encomienda de la custodia *del astrónomo del Vaticano*.

Su voz era la que hacía unos minutos le había ordenado acudir a esta siniestra cita. Cesare sólo asintió con el respeto que debía tener hacia un superior. Pero él sabía que algo no iba bien. Ahí era él el importante y no el cardenal que le hacía las veces de guía. Inmediatamente después supo que aquello no era una visita ordinaria. Se dirigieron hacia el nivel 1 acometiendo una estrecha escalera de descenso tras una puerta cerrada con llave. Los sótanos de la Santa Sede. Los misteriosos intestinos de un edificio que nadie parecía conocer. Todos los que los habían visitado negaban la mayor cuando eran interrogados por ello. Él nunca había accedido a aquel sótano donde se encontraba la biblioteca más secreta e inaccesible del Vaticano. Cesare decidió sonsacar algo de información al cardenal.

—Eminencia, ¿puedo preguntar hacia dónde vamos?

—Puedes preguntarlo, hijo, puedes preguntarlo.

Un silencio vehemente e ignorancia, como respuesta de venganza ante su papel de mero chófer por aquellos corredores solitarios y oscuros. Al cardenal sin nombre no le había gustado la encomienda de la secretaría de su santidad.

Cesare estaba en medio del fuego cruzado que existía entre los poderes internos de las entrañas de cualquier institución tan poderosa como aquella. Aquel cardenal que lo acompañaba era Bertone. Un papable al que no le había sentado nada bien su papel de segundón tras el último cónclave.

Tras dos solitarias y oscuras galerías que Cesare nunca había visitado, dieron con la última fase de su camino. Dos enormes soldados de la guardia vaticana custodiaban un último y lúgubre acceso. Su paseo parecía terminar frente a una puerta de madera con múltiples ornatos apostillados. Ésta tenía un gran cerrojo que no era más que adorno ante el verdadero que se ocultaba detrás. Unos cierres controlados por ordenador, y multitud de contraseñas que se cambiaban cada seis horas. A un lado del pórtico, una rejilla que escondía un pequeño auricular y un conmutador para comunicarse con el interior que el religioso purpurado pulsó.

Nadie contestó, sólo el murmullo de fondo que confirmaba que alguien había escuchado la señal. Entonces su extraño acompañante acercó su rostro.

—Cardenal Bertone.

El cardenal Bertone, el actual Secretario de Estado de la ciudad pontificia. Sus conocidas rencillas con Martínez explicaban esa actitud vehemente, soberbia.

Sin más palabras comenzó a oírse un chirrido proveniente de las bisagras de la enorme puerta de acero. Unos pequeños soplidos por las juntas superiores se dejaron escapar. Sin duda indicaba que cualquier cosa que fuera lo que custodiaba aquella puerta, estaba sometida a distinta presión y temperatura constante.

Ante ellos se abrió una gran sala con antiguos arcos en el techo que delimitaban el espacio de seis galerías diáfanas a cada lado. Su función de ornamento en el techo había justificado su existencia hasta nuestros días. Esos arcos parecían perderse en el horizonte del subsuelo del vaticano, no podía identificar el final de aquella cripta abovedada. Ante ellos dispuestos en hileras, unos enormes cubículos de vidrio. Incontables como los arcos de la bóveda, seis a cada lado y en lo profundo, hasta lo que la vista podía dar. Cada una de estas habitaciones transparentes, contenían seis grandes librerías y una gran mesa con ocho sillas en cada uno. Innumerables recipientes de cristal que contenían el saber más antiguo y secretos de la humanidad desde el principio de los tiempos. Cesare estaba en el archivo secreto del Vaticano. Donde el que fue el astrónomo, deseó siempre estar y consultar los documentos privados de Galileo. Apenas a unos metros de él. Tan cerca, pero tan lejos.

Cesare se detuvo a admirar todo lo que estaba frente a él. El cardenal Bertone se había adelantado hasta la fila número ocho.

—¿Padre? —dijo con impertinencia ante el retraso del profesor Corsini.

Lo miraba de reojo.

—Sí, eminencia, disculpe.

Pocas eran las palabras que quería cruzar esa extraña pareja. Bertone se limitó a teclear una serie de seis números en un conmutador dispuesto en un lateral de la puerta de vidrio que daba acceso a la sala número ocho. Los cierres cilíndricos que hacían pensar en que accedía a una caja fuerte, se abrieron con un ruido seco. Antes de entrar Cesare se percató de que existía otra puerta en el extremo más alejado de la habitación. Aquello la distinguía de los demás habitáculos.

—Adelante.

Bertone le dio paso con una irónica sonrisa. Dentro le esperaba un personaje conocido para él. El cardenal Martínez, su mentor. Un cura de acomodada familia española para el cual no fue difícil ascender por los caminos de la élite de la Iglesia. Sus contactos con el Vaticano e incluso con el máximo de los jesuitas, al que algunos apelaban con miedo, el papa negro, le impulsaron hasta ser el hombre de confianza de Ratzinger. Su orientación hacia temas relacionados con la parapsicología, milagros, exorcismos y todo lo que supusiera el más allá, siempre había sido un misterio. Pero allí estaba como máximo mandatario de hombres santos que dedicaban su vida a eliminar el demonio de las vidas del rebaño de Cristo. Igual de misteriosa fue la elección de Cesare como su hombre de confianza.

—Hola Cesare, me alegro de verte. Veo que llevas bastante tiempo apartado de tus menesteres.

El cardenal Martínez sujetaba entre sus manos uno de los libros de Galileo que tanto le hubiera gustado consultar a Cesare. El *Sidereus Nuncius*, el primer tratado de astronomía basado en las observaciones con un telescopio. Lo mostraba sin pudor. Un símbolo más del poder que el cardenal podía tener sobre el astrónomo ahora reconducido a labores de exorcista. Aquel gesto de su eminencia no era azaroso. Le recordaba con un cilicio en su cerebro que Cesare era su subordinado.

—Sí. Pocos son los casos que hay que investigar en estos tiempos. He pasado dos meses en la sede de mi congregación, de nuestra congregación, quería decir —dijo Cesare mostrando cierta ignorancia hacia el libro y sin abandonar los juegos de palabras que tanto le gustaban.

Aunque ambos partieron del seno de la sede, sus caminos eran dispares. El cardenal optó por el poder, Cesare sabía que era un siervo de Dios al servicio de la erradicación del demonio. Sus capacidades les podían haber hecho iguales, sus motivaciones les separaban abismalmente.

—Tengo una doble misión para ti. Solo tú puedes encargarte de este asunto. Necesito un hombre discreto, inteligente y con los conocimientos que tú ahora posees.

—Estoy al servicio de su eminencia. Como siempre.

—Bien. Han surgido problemas con este extraño brote de enfermedades extrañas. Iré al grano directamente. Estas raras afecciones no son nuevas, Cesare, siempre han existido. Forman parte de lo que somos desde el principio de los tiempos. La Iglesia ha tenido constancia de ellas desde siempre por medio de los escritos que se guardan en esta habitación.

Martínez giró su cabeza hacia arriba y a los lados majestuosamente para indicar lo vasto del conocimiento que le rodeaba. Dirigía su mirada en silencio, acompañándola de un gesto de sus manos, hacia esos tesoros incunables que apresaban entre sus páginas el origen de la ciencia. Aquella era la única enciclopedia que existía que abarcaba nuestra historia desde el inicio de los tiempos.

—Por este conocimiento estamos sometidos a muchas presiones Cesare. Por ello, deberás ir a recoger unos documentos a Alemania por encargo de Su Santidad. Estos tienen vital importancia. La entrevista que tendrás no será fácil. Ellos tienen constancia de tu persona y quieren conocerte. No hemos podido más que plegarnos a sus deseos en este punto.

—Pero, ¿por qué yo, eminencia?, ¿quién soy yo para cargar con esta cruz?

En el otro extremo de la estancia acristalada, las librerías con incunables atestaban la pared transparente. Parecía existir un hueco entre esas dos librerías dispuestas en paralelo y perpendiculares a su vez para el observador. Para su sorpresa, una voz comenzó a narrar una historia no solicitada por Cesare que esgrimió un rostro sobrecogido, como hacía tiempo que nada conseguía. Conocía aquella voz.

—Cesare, hijo mío. Quizás yo pueda contestar a esa pregunta. Tengo que contarte una pequeña historia para que seas capaz de afrontar de la mejor manera lo que tenemos que encomendarte. Nací en una Alemania convulsa, los años treinta vieron el reforzamiento del nacionalsocialismo. Con catorce años, cursando mis estudios como seminarista fuimos reclutados a lo que el II Reich llamó las juventudes hitlerianas.

—¿Santo Padre? —dijo Cesare llenándose del coraje necesario para dirigirse directamente a su superior con más poder.

Una figura asomó entre la penumbra de las librerías del fondo de la habitación. Sotana blanca. Sentado en una silla de ruedas que mostraba lo que no se quería hacer en público. La falta de fuerzas para seguir en el trono de Pedro. No hubo respuesta a su genérica pregunta.

—Pero ¿qué quieren exactamente de mí? —dijo Cesare dirigiendo ahora su aturrida mirada hacia Martínez. Sin embargo no fue él quien siguió con aquella conversación.

Benedicto XVI a pesar de su agotamiento, continuó con la iniciativa de la entrevista.

—Tú eres un hombre de ciencia, un erudito colmado de bienes. Posees el don de la paciencia y también el de la voluntad forjada a fuego entre estas cuatro santas paredes. Aún eres joven, pero has demostrado tus cualidades. Eres necesario para nosotros por esto, y porque desde siempre te has criado en el seno de la Iglesia, no tienes familia y no será fácil que tu encomienda se filtre por esta razón más allá de los muros de nuestra Iglesia. ¿Verdad Cesare?

La voz se quebraba a cada palabra, parecía que le faltase el aliento. El cansancio y la edad eran muy patentes en aquel anciano sin rostro pero de silueta reconocible. Quería dar fe con su presencia de lo importante de aquella misión. Sin embargo quedaba exento de la oficialidad mediante aquella representación al margen de lo común. Oculto entre tesoros cuya forma eran hojas de papel.

—Pero Su Santidad, ¿qué puede hacer un hombre con mi dedicación por aquellos que padecen estas enfermedades?

De nuevo no hubo respuesta directa a la pregunta del astrónomo. La voz siguió escenificando en base a un guion previamente establecido aquella representación. Un guion del cual Benedicto XVI parecía no querer desviarse ni un ápice.

—Parece que han existido filtraciones por parte de antiguos médicos del Reich que estuvieron implicados en digamos... experimentos. Estos, a su muerte, han hecho público en ciertos círculos, que sus hallazgos en campos de concentración producto de sus bárbaros experimentos, tenían ciertas similitudes con los encontrados recientemente en yacimientos arqueológicos de hombres prehistóricos. Esos círculos que se suponían herméticos han sido intencionadamente violados, y sus secretos han sido aireados. Conocerás el reciente asesinato del general de los Jesuitas en España ¿no?

—Sí, Santidad. Terrible, todos estamos consternados.

El jefe de la orden jesuita no coincidía siempre con los de quien encabezaba la Iglesia de Cristo. De hecho parecía existir una lucha en la sombra, nunca reconocida entre ambas cabezas visibles. Ratzinger no deseaba entrar en ese juego ahora. Su Santidad omitió sin más el comentario de pésame de Cesare.

—Esos documentos los custodiaba él desde hacía años como ya lo hicieron sus predecesores. Ahora no están en las manos correctas y necesitamos que vuelvan donde deben estar, en donde las manos inadecuadas no puedan alcanzarlos.

El rostro imperturbable de Cesare comenzó a dudar. No comprendía bien quién era él para estar ahí con tan noble presencia, y sobre todo con la encomienda de hacer de espía para el mismísimo Vaticano. La voz parecía

agotarse por el esfuerzo que estaba realizando. Pero no se detuvo ahí, debía seguir enumerando al doctor Corsini cuáles debían ser sus siguientes pasos.

Ratzinger hizo una pausa, tras la cual su voz se tornó aún más profunda, por instantes tristes, pero con un trasfondo marcial, castrense, rígido y con matices de lamento.

—Yo estuve en unos de esos campos de concentración. Fui ayudante de los que decían llamarse a sí mismos científicos. Algunos eran buenos hombres sí, pero aquella barbarie les fue cambiando hasta que se transformaron en monstruos. Sus experimentos estaban ausentes de cualquier ética y por supuesto no existía nada de humanidad en sus actos. Llegó un momento en el que no se podían diferenciar de la tortura.

—Existió un punto de inflexión al inicio de la guerra. En Dachau ingresó un rabino en el cual las SS parecían tener especial interés. Querían extraer de él una información sobre antiguos legados arqueológicos. Nadie parecía saber exactamente el qué, pero todos lo acosaban conociendo su importancia. Ese rabino parecía descender de lo más profundo de las genealogías mesopotámicas, y todo indicaba que guardaba un secreto, unos documentos que nunca nadie encontró. Un códice antiguo, el primer libro de la historia. Las torturas fueron el fin a esas leyendas. Aunque aparentemente todo lo que el rabino ocultaba aparentemente se perdió, comencé a notar que algo había cambiado el proceder de los nazis. Estoy seguro que algo extrajeron del viejo hebreo, pues las torturas y experimentos más crueles comenzaron entonces.

Cesare estaba abrumado. El mismísimo Ratzinger le estaba contando partes de su biografía secreta. Una biografía que seguro no había relatado a nadie en años y que de salir a la luz, quebraría los cimientos de la institución de la cual ostentaba su jefatura. Ratzinger parecía querer liberarse de aquella pesada carga con su relato. Cesare siguió escuchando obediente el monólogo de su superior.

—Esa horrible manera de actuar sin embargo legó a estos médicos unos grandes conocimientos. El traspasar la línea de la ética tiene consecuencias trágicas para los protagonistas del tratamiento, pero unos enormes réditos en forma de conocimiento científico para sus autores. Ésa es la base de la ciencia que poseemos hoy en día. Fue muy llamativo para quienes lo presenciamos, la coincidencia entre la llegada y tortura del rabino, y el inicio de lo que hoy en día se llama holocausto. Todo experimento médico debe tener unos límites en lo que a la ética se refiere, pero todo científico sabe que cuanto más lejos se llegue, más esclarecedores serán sus resultados. Ésta parecía ser la premisa de aquellos médicos de las SS los cuales no miraban a sus congéneres como tales, sino como simples sujetos de estudio a su merced. Créeme Cesare cuando te digo que allí, hace más de setenta años, se descubrieron infinidad de conceptos que ahora

consideraríamos como modernos. Todo se silenció entonces y formó parte de una trama industrial farmacéutica que gobernaría la salud de la humanidad durante las siguientes décadas. Estos científicos nazis fueron el germen de la industria farmacéutica actual. Sus conocimientos basados en una experiencia fatal en los campos de concentración nazis fue lo que les permitió avanzar más que el resto del mundo. Unos dieron su vida y perecieron de manera inhumana, bárbara e injusta durante esos fatídicos días. Pero entregaron su vida en pos de la ciencia, para que ésta avanzase. El problema es que desde entonces estos avances están en manos de la cerrazón. En aquellos que un día decidieron prescindir de la ética y humanidad del medio elegido para conseguir un fin. Se descubrieron muchas cosas. Incluso algunas que aún no se conocen. Patentes que los laboratorios tienen encerradas en cámaras de seguridad en Suiza y otros países en espera de la amortización de las actuales. Cuando éstas se agotan, pasan a las siguientes, tengan utilidad o no. Pero en el génesis de esta historia existe una trama anterior, una historia que engendró una limpieza étnica hacia quien portaba los genes que un demente consideró como impuros. Esto ahora no te importa Cesare, pero ya irás descubriendo poco a poco de qué se trata exactamente.

Cesare decidió interrumpir a la magnánima voz. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Me está diciendo que los nazis conocían el desenlace de la guerra y transformaron su potencial bélico en industrial? ¿Que toda la limpieza racial de los nazis tenía otro propósito que no era únicamente erradicar a los judíos de Europa?

Sólo se escuchó una pequeña pausa. Un intervalo de silencio para asentir sin decirlo a la pregunta del astrónomo. Aquella voz que comenzaba a convertirse en un débil hilo monótono, siguió con su exposición.

—El desarrollo de las vacunas, de los antibióticos que han ido ampliando nuestra esperanza de vida en los últimos cincuenta años. Pero también se descubrieron cosas demasiado importantes como para que el mundo las conociera. La población no está preparada para saberlas. Entre estas paredes de cristal se guardan documentos que datan de eras que el hombre no conoce. Apenas una decena de personas en todo el mundo conoce su existencia. La Iglesia las custodia en un grupo reducido de sacerdotes, frailes y monjes desde el principio, desde que el báculo de Pedro tomó el mando en esta Santa Sede. Desde entonces guardamos estos secretos de lo que somos en realidad, de lo que la especie humana no debe saber para descubrir el origen que no entenderá al ser desvelado. La ciencia nos gana terreno en este sentido, y estos secretos se van desvelando por los descubrimientos genéticos y yacimientos arqueológicos.

Durante la segunda guerra mundial, estos secretos quedaron al descubierto por la fuerza que la Alemania nazi ejerció sobre Italia, el duce Mussolini y el envío de escuadras por parte de Hitler al Vaticano al comenzar la segunda gran guerra. Otto Rhan, Steinschneider, y hasta el mismísimo Himmler profanaron estos secretos. Entonces tuvimos que ceder. ¡Maldito Mussolini, hipócrita del pacto de Letrán! Nuestro cometido fue contener la rabia de millones de almas católicas contra el nazismo mediante nuestro silencio sobre todo lo que sabíamos que estaba ocurriendo en tierras centroeuropeas. Yo mismo fui testigo y me arrepiento a la vez que disculpo la actitud de mis predecesores. Ahora la historia se repite. ¿No te has hecho las mismas preguntas que el resto del mundo con respecto a las enfermedades que están surgiendo? ¿La gran pandemia? ¿Por qué hasta ahora no han surgido estas enfermedades?, la respuesta es simple hijo mío. El mundo ha comenzado a moverse. Antes la endogamia no permitía que los genes que estaban dormidos surgieran y vieran la luz. Esos genes llevaban ocultos en nuestro código genético durante milenios y ahora por la hibridación motivada por la civilización global están surgiendo. Eso fue lo que descubrieron ya en los años cuarenta los médicos al servicio del régimen nazi. Ahora quieren lo mismo, quieren nuestro silencio sobre lo que está ocurriendo con su poder. Con lo que significa que la industria de la investigación mire para otro lado cuando se trata de salvar a niños que solo traerían gasto y más problemas. Ningún beneficio. Una eutanasia masiva por defecto.

—Padre, ¿me está diciendo que la Iglesia ha estado pactando silencio por silencio con el nazismo hasta nuestros días?

Martínez levantó su mirada para observar con lástima a su discípulo. En base a aquella pregunta no podía saberse quién era ya el maestro. Tras una breve pausa, se siguió escuchando aquella voz desde las sombras.

—Hijo mío, el pasado es algo inamovible, pero interpretable. Debemos dar la versión correcta de la Historia. Nunca fuimos ángeles, pero tampoco fuimos demonios, ésa es la verdad.

Ahí se acabó la interpelación de aquella voz. No volvería a escucharla nunca más. Al menos en la clandestinidad. Su silueta pasó de nuevo a la oscuridad que custodiaban las dos librerías del fondo de la estancia. El cardenal Martínez tomó de nuevo la palabra.

—Hemos encontrado a un niño. Un alma anciana que habita entre nosotros. Tuvimos conocimiento de su existencia por el padre Gabrielle Amorth, exorcista de nuestra diócesis desde hace más de cuarenta años. Pero éste no es un trabajo para la vieja escuela, ni para un hombre anciano como yo. Los jóvenes debéis solucionar nuestros problemas. Así es la vida y las sendas que nos marca el Señor.

—Eminencia usted no lo recuerda, pero yo fui discípulo del padre Amorth.

—Bien. Sí, ahora que lo dices, lo recuerdo. Hemos enviado también al exorcista y parapsicólogo Fortea, el de Barbastro. Él te ayudará a profundizar más en este caso. Él ya está allí y ha comenzado con el consentimiento de los padres del niño los interrogatorios y la regresión.

—Pero regresión ¿a qué? —preguntó curioso Cesare.

—A lo que fuimos en un momento de nuestra historia. Estas regresiones están dando sus frutos. Pero tú eres ahora el alumno más aventajado de lo que un día fue el padre Gabriel Amorth.

—¿Pero qué...? —dijo atónito Cesare.

—Este niño objeto de estudio, es uno de los niños enfermos de la gran pandemia. Éste ha comenzado a hablar en un extraño y desconocido dialecto. Sus padres pidieron ayuda a la iglesia católica ya que pensaban que esta parte de su enfermedad no era algo normal. Quizás pensaban en una posesión demoníaca. Acertaron en que aquello no era algo normal pero erraron en lo que se refería al demonio. El padre Fortea comenzó a realizar unas suaves sesiones de regresión. Según las primeras informaciones estamos ante un alma anciana. Lo que fuimos en un principio. No debo decirte nada más. Ambas misiones están íntimamente relacionadas y parece ser mandato de Dios que hayamos descubierto ambas a tiempo. Confío en que tú puedas descubrir y sacar más información de este niño. Es crucial para el destino de la Iglesia y de la humanidad que descubras qué nos tiene que decir aquél que vivió el despertar de nuestra conciencia como hombres. el Santo Padre te necesita. Hay quien quiere traicionarlo por su pasado y sacar a la luz lo más oscuro del nuestro. Debes ser rápido.

El cardenal Martínez se había convertido en la mano derecha de Ratzinger desde que este accedió al cargo de Papa, y como éste ya hiciera en su momento, se ocupó de elegir a los miembros del colegio cardenalicio para que llegada la circunstancia, su voto se inclinase hacia aquél que los nombró. Ocurrió entonces cuando el alemán fue elegido, y sin duda ocurriría después. Pero ahora le quedaba poco tiempo a Benedicto XVI, Martínez lo sabía aunque aún no quería condenar al máximo de la orden de la Santa Inquisición.

—En esta carpeta encontrarás los documentos que necesitas. Entre ellos encontrarás el relato de una entrevista que ocurrió en Dachau entre el sargento Ratzinger y el Rav Simón Ben-Natar. No hay que decir que son documentos secretos y que nos implicarían a todos en un escándalo del que no podríamos salir si su contenido se hiciera público. Cesare nuestro dinero y nuestro poder están en manos de las acciones de la industria farmacéutica. No tengo que decirte lo que ocurriría si ellos decidieran hacernos daño. Nos lo quitarían todo. Sé discreto Cesare pues hay alguien más que tiene esos papeles dentro de la

Iglesia y somos muchos los que pujamos por tenerlos. Guarda estos documentos y úsalos correctamente para llevar a buen puerto nuestros propósitos.

Inmediatamente le entregó una carpeta de piel marrón claro con signos de sequedad en su superficie. Se parecía a la que el mismo Cesare llevaba desde siempre.

—Cesare, una última cosa.

—¿Sí, eminencia?

—Hay alguien más. Hay una chica con similares capacidades que las del niño que ahora investiga el padre Fortea. Deberás seguir donde él lo ha dejado. Te darán más instrucciones a tu llegada a Norteamérica.

No hizo nada más. Se limitó a seguir las directrices de su mandato de obediencia y a retirarse haciendo una pequeña genuflexión hacia el fondo de la sala de donde procedía aquella conocida voz. Se escuchó el sonido de apertura de los cierres de la puerta que no dejaba ver la enorme librería, y a continuación observó la silueta del cardenal Martínez empujando una silla de ruedas por el lúgubre pasillo del fondo. Cesare se quedó solo en aquella sala. Se dirigió lentamente, pensativo hacia el libro de Galileo que Martínez había dejado intencionadamente sobre la mesa. Quizás como premio por su asistencia a esa reunión. Quizás como quien pone un caramelo al alcance de un niño para acallar su llanto. Sin cogerlo lo acarició con la yema de sus dedos. Sus pensamientos iban a mil por hora.

¿Por qué él? ¿Por qué un astrónomo reformado a la disciplina de la parapsicología de la iglesia era al que se le encomendaba tan trascendental misión?

Aquello no era algo habitual, se le había encomendado la misión que alguien en su puesto hubiera considerado como un privilegio para ascender los escalones de la curia. Pero nada más lejos de sus intenciones.

Cesare se estaba enfrentando a lo que sería el cometido que supondría un punto de inflexión para la humanidad. El de conocer el porqué ese brote de enfermedad que diezmaba a una parte de la población, a los inocentes, estaba relacionado con lo más profundo de nuestros orígenes como especie. Los conocimientos *del astrónomo del vaticano* serían la herramienta necesaria para desvelar aquel misterioso enigma.

Capítulo V. La herencia de Morell

En nuestro despegue se podía ver en el horizonte, la delgada línea que separaba el mar de la tierra. Desde el cielo parecía un entorno precioso, magnífico. Bolígrafo en mano y con un papel desnudo delante, me disponía a comenzar el artículo encargado por mi editor. Pero no podía retirar la mirada de aquella maravillosa vista. Vince debería esperar o encargarle el trabajo a otro. En aquellos momentos me daba igual.

Mi tierra, el mítico oeste americano. Vivíamos en un pequeño pueblo en la costa norte de California. Eureka. Curioso nombre tomado de la expresión de un genio de la antigua Grecia. Aquella ciudad era refugio de bohemios librepensadores, actores de la cercana Hollywood, y de personajes tan diversos como figuras de la lucha libre. En definitiva niños ricos, caprichosos que aumentaban la renta per cápita de nuestra pequeña ciudad. Una extraña y peculiar simbiosis.

Allí nacieron las generaciones que desembocaron en la mía desde que teníamos constancia. Así lo decidimos con mi única hija, Carol. No podía ser de otra manera. Todo fue feliz hasta la separación de mi mujer. Ella desapareció y sólo sabíamos de ella una vez al año, por un nimio rastro en forma de nota de felicitación navideña. Por supuesto sólo dirigida a nuestra hija. Llevaba desde que Caroline enfermó sin hacerlo. Desde entonces la mala suerte parecía haber sido una invitada no deseada entre las paredes de nuestra casa.

Sus síntomas comenzaron hace algunos años. Ningún médico del Hospital St. Joseph en Eureka, fue capaz de encontrar las relaciones adecuadas entre sus múltiples síntomas, para decirnos qué le ocurría. Ningún diagnóstico certero fue emitido. La desesperación de un padre, me llevó a contactar con quien tuviera a bien responder mis correos electrónicos enviados a dispares instituciones que trabajaban en la investigación sobre enfermedades raras. Años de espera e inútiles tratamientos de los síntomas que iban apareciendo. Pero nada que frenase la enfermedad en sí. Una enfermedad desconocida.

Mis pensamientos sobre aquella maldición eran diarios. La melancolía y la angustia me estrangulaban como una serpiente constrictora alrededor de mi cuello. Pero Álex siempre estaba ahí para disipar los malos ratos.

—¿Cómo haces para llevarlo todo adelante Carl? —interrumpió Álex que

ocupaba el asiento de al lado en el avión.

—¿A qué te refieres? —respondí inmediatamente.

Yo sabía bien lo que quería decir, sólo buscaba su sinceridad como amigo. Una sinceridad y amistad que necesitaba, y siempre venía de su mano. Exploraba su mente en busca del pensamiento que yo quería oír.

—Ya sabes, es complicado. Tu separación, la enfermedad de tu hija, tu trabajo. No sé cómo puedes hacerlo.

—Es cuestión de establecer una rutina, a todo te acostumbras. No he querido rehacer mi vida personal. Sabes que no hubiera podido querer a otra mujer como quería a la mía. Cualquier persona que entrase en mi casa tendría que cargar con lo que supone Caroline, y eso no podría hacerlo la primera que me encontrara por la calle.

—¿Sigues enamorado de tu mujer?

Una mirada como respuesta. Una mueca en las comisuras. Ésas que sólo dos amigos de verdad pueden entender. No hacía falta nada más. Él prefirió desviar mi atención hacia el trabajo. La cuerda en el terreno del amor no debía ser tensada más. Álex se había percatado de ello, se limitó a abandonar ese hilo de la conversación y seguir haciendo de mi psicoanalista. Aquel tema no debíamos tocarlo más.

—¿Y cómo haces para poder escribir?

Pensé en aquella pregunta que me habían hecho innumerables veces. Yo no entendía el porqué. Aquello surgía sólo de la punta de mis dedos. Esta vez preferí ser algo más original en mi respuesta y que ésta estuviera a la altura de quien ahora me la hacía.

—Escribo en las esquinas de mi existencia, donde quedan espacios vacíos y nada cuadra. Ahí es donde saco tiempo aprovechando esos pequeños huecos. Ahí es donde realmente puedo ser yo mismo.

—Entiendo —dijo mi querido amigo con el mejor gesto de comprensión que su rostro sabía expresar.

Él me había dado pie para aquella conversación. Ya estaba bien de hablar de mí. Álex quería seguir compartiendo charla, pero de alguna manera teníamos que comenzar a hilar el guión de lo que sería nuestra noticia.

—¿Sabes?, de repente alguien que no recordabas aparecía en tu vida y te da un vuelco a todo. Te cuenta una historia familiar que tú no sabías y tu concepción de las cosas y de lo que eres cambia por completo. Ésa es la historia que intentamos conocer tu y yo. Nuestra historia y el apego y pasión que tenemos a nuestro pasado es lo que nos lleva a ser lo que somos.

—No te sigo, Carl —dijo Álex con cara de póker.

—Nosotros intentamos ser esa persona que conoce una historia que la

humanidad hasta ahora desconocía sobre ella misma. Intentamos reescribir la historia de la civilización con los hallazgos que estudiamos y publicamos. Pero cuidado, Álex. Nos atacarán por ello. Tú ya lo has vivido anteriormente y esto que Vince nos ha encargado, puede ser una de esas aventuras que generen «ruido», y por supuesto, envidia. Debemos ser cautelosos.

—Qué pecado más impune el de la envidia ¿no? —dijo Álex con una sonrisa en referencia a múltiples enemigos de ambos granjeados a fuego a lo largo de los años.

—Sin duda. A principios del siglo XX se esforzaron tanto por hacer una sociedad en la que todos fuéramos iguales, y sin embargo siempre habrá envidia. Nunca seremos iguales. No debemos ser iguales. El avance nos exige que seamos diferentes desde el mismo día de nuestra concepción. Bonito pero complicado axioma. Parte de un sofisma que por el momento la humanidad no puede completar.

Álex se quedó en silencio. Sólo asintió con un leve gesto y giró su cabeza hacia el ventanuco por el que se veía el cielo. Daba gracias a Dios de tenerlo a mi lado para poder sacar a la luz lo que yo era en realidad, en lo que en parte me había moldeado la vida desde mi separación. Un cabrón huraño que ocultaba esa horrible faceta para seguir viviendo en paz un día más entre mis congéneres que odiaba en su mayoría. Sin embargo tenía que seguir esgrimiendo una sonrisa cuando me cruzaba con ellos. Maldita hipocresía.

No me gustaba la gente. Siempre había demasiada allí donde fuera. Aquello me hacía pensar en la inevitable regulación que la naturaleza, como sabio ser supremo debe hacer. Debía hacerlo. Debía regular aquella especie que se disparaba, y ponía en peligro aquel entorno regalado en la sombra de los tiempos por un ente desconocido. Caras inmersas en un aura de desesperanza. Tristeza, degeneración, obesidad. Egoísmo. Aquellos eran los rasgos de la superpoblación que me rodeaba. Nada deseable por cierto. Pero no sabía si ese fenotipo era lo que definía aquella civilización que, a ojos de cualquiera, hubiera parecido en decadencia. No había otra salida. Aquella regulación llegaría inevitablemente de la mano de cualquiera de los jinetes del apocalipsis, y lo haría pronto. ¿Lo estaba haciendo ahora con esa pandemia de enfermedad desconocida? ¿Por qué estas enfermedades parecían afectar sólo a los inocentes y no a los que hostigaban a nuestro mundo? El mal vivía entre nosotros y ese apocalipsis sospechaba que no tardaría en llegar. La naturaleza debía actuar.

Como Dios cuando decidió castigar a la humanidad con el diluvio, ahora sería igual, de la misma manera. Seguro con violencia. Así esperaba y deseaba que ocurriera. Ya lo hizo en otras ocasiones con especies, incluso humanas, que abandonaron para siempre la faz de la tierra. Los neandertales. ¿Elegiría Dios

llegado ese momento a sus preferidos?, ¿los tocaría con su dedo magnánimo? Por los antecedentes que teníamos en la historia de nuestra civilización, ésta no parecía ser una opción para nosotros que superpoblábamos la Tierra y la esquilábamos a pasos agigantados. La naturaleza debía actuar pronto, me repetía a mí mismo una y otra vez.

Mis pensamientos ocuparon todo el trayecto. Nada de sueño ni de escritura. Sólo mirar por la ventanilla y elucubrar estúpidas teorías sobre nuestros orígenes y sobre nuestros posibles finales. Pensaba en la encomienda de Vince, y en el informe que la productora iba a hacernos en apenas unas horas sobre el hundimiento de unas cuevas en Iraq.

Soledad. Echaba de menos a mis amigos que se habían convertido en lo que hace décadas se presumía como familia, considerando ese concepto como alguien que te quiere y te protege. Eso sólo lo hace quien lo demuestra cuando menos te lo esperas. Alguien que siempre está ahí con una llamada desinteresada o una mirada de cariño a tu alrededor cuando apenas intuyen que más la necesitas. No se considera familia a quien no desea el contacto contigo. Inevitablemente esos pensamientos me llevaban a recordar de nuevo a mi ex-mujer. Qué extraña esa ignorancia hacia mí. Qué extraña transición del todo a la nada tras sólo unos instantes.

Intenté retirar de mi cabeza ese triste recuerdo de abandono. Era extraño. Pero de repente recordé aquella primera llamémosle, misión, que me fue encargada en un territorio cercano al hundimiento de cavernas del Shanidar iraquí. Caroline aún no había nacido. Solo conocía a la que sería mi futura esposa hacía menos de un año, y tuve que hacer las maletas para pasar unos meses en aquella remota región. Un documental sobre los primeros hallazgos de neandertales así me lo exigía. Ahora ocurría otra vez. Qué extraño.

Por entonces no existían las facilidades ni las comunicaciones de la actualidad, y lo único que podíamos hacer era pasar bastante más tiempo del que sería necesario hoy en día para hacer el mismo trabajo. Allí había un tipo con el que hice una gran amistad. No recordaba su nombre. Por entonces no existían las redes sociales ni nada que me mantuviera en contacto con aquel personaje de origen español. Recordaba sus crípticos mensajes y conversaciones a la luz de un quinqué de petróleo en lo más profundo de las entrañas de tierras iraquíes. ¿Pedro...? ¡Mierda!, no recordaba ni su nombre. Pero era extraño que de repente hubiera venido a mi mente proyectado por ese hallazgo del Shanidar que mi editor me había confiado. A pesar de perderse entre mis neuronas los datos personales de aquel personaje, éste venía a mí con un cariño enorme. Un compañero de aventuras. Un personaje que nunca debí dejar aislado en un rincón de mi cerebro.

—Ya estamos llegando, Carl —interrumpió Álex—. ¿Has conseguido dormir?

—El que tú te pases dos tercios de tu vida durmiendo no significa que los demás lo hagamos —dije sonriéndole para que mi indirecta no le molestase demasiado.

—Pues que sepas que no pienso dar tregua. Estoy deseando llegar al hotel, ducharme y meterme en la cama de nuevo.

—Álex, hazme un favor. Ve tú a la productora. Yo voy a ir a entrevistarme con Ralph Morell. Necesito verle y que me diga qué puede estar ocurriendo. Lo entiendes ¿verdad?

Una pausa de comprensión de Álex, que completó con un gesto afirmativo de su cabeza.

—Claro. No te preocupes, lo comprendo. Llámame al móvil cuando termines te estaré esperando en el hotel.

A veces pensaba en cómo me daba cuenta de las cosas según avanzaba el tiempo. Cosas que por mucho que lo intentase no podía comprender antes. ¿Madurez...? ¿Estado superior...? ¿Estudio...? No lo sabía. Como un cura que se trasladaba del Nuevo Mundo a la vieja Europa, tenía que escuchar los pecados del rico, los que dejaban mi mente aún más turbada. Sentía la ausencia de afecto, algo de apego al menos, sin embargo podía ser el más deseado, un recién estrenado soltero. En aquellas esquinas de mi existencia parecía ver la puerta de Tannhauser, el culmen de una vida a la vez que el declive total. Sentía que algo estaba a punto de ocurrirle a mi vida o al menos así lo deseaba fervientemente. Sólo me quedaba acudir a la consulta del loquero que seguro al verme indicaría algún antidepresivo. No hacía falta más que echarme un escueto vistazo para darse cuenta de ello. Pero no estaba dispuesto. Prefería luchar y ser parte a la vez de esos sentimientos que me aplastaban como una losa, y me espoleaban en una extraña lucha interior, que al fin y al cabo, lo único que conseguían era derruir más y más mis cimientos.

Siempre estaba a la búsqueda de mi Némesis, alguien con quien contrastar este enorme carácter. Hollaba el horizonte de mi sociedad particular. Ésa que tenemos todos y fuera de la cuál no existe el mundo, en busca de algo con lo que contrastar mi búsqueda. La desesperación me apresaba de nuevo.

Compulsivamente me dirigí a una última visita al baño del avión, cerré la puerta con ahínco y me miré al espejo con la respiración entrecortada, rápida e incompleta a cada suspiro. Mi pelo oscuro hacía que el implante del cabello fuera anterior y por mucho que quisiera, el flequillo se dirigía irreflexivo hacia delante, haciendo que mi mano se dirigiera continuamente como el reflejo de un adolescente a probarlo y quitarlo de delante de mi visión. Mis ojos siempre con

la forma de una hoz, entrecerrados para ver mejor, para intimidar o sentirme más seguro. Como la prisión de mi personalidad.

Yo era uno de esos personajes que se te antojan huraños cuando tu mirada se cruza con la suya, siempre huidiza y escapando de lo que él pensaba que podría ser alguien que pudiera luchar con su mente, o quizás ayudarle, daba igual. No establecía contacto con cualquiera. Seguramente producto de una timidez educada para no serlo, y obligada a participar de una sociedad que no le gustaba.

No lo sabía o quizás sí, pero me había convertido en un aventurero que escudriñaba restos arqueológicos por todo el mundo. Nada más lejos de mis comienzos. Había conseguido el sueño de todo hombre, el poder dedicarse a una profesión lejos de su titulación original, más cerca de su pasión, ésa que nadie conoce porque prende dentro de ti como un fuego perenne. Había conseguido ir detrás de mi propio yo encarnado en la búsqueda del origen de lo que somos. Aquel discurrir me acompañaba allí donde fuera. Mi fiel amigo. Mi otro yo que nadie parecía conocer. No quería que nadie lo conociera. Y se vendría conmigo a la tumba. Hasta ahora no había encontrado a nadie que complementase esos sentimientos.

Allí, en aquel baño, se acabó otro episodio de derrotismo, las luces de abrocharse el cinturón de seguridad se encendieron. Sudor, calor y opresión asfixiante, pero la temperatura ambiente nada tenía que ver con aquello. El aterrizaje ocurrió sin más como siempre indica la rutina.

La furgoneta de la productora nos esperaba. El conductor el mismo de siempre. Nada del glamour ni autógrafos a la entrada. Sólo dos desconocidos que abandonaban la terminal de llegadas del escueto aeropuerto de Baltimore, y subían a un vehículo.

Accederíamos a la gran urbe por la autopista 195 para dejarla apenas unos cientos de metros después e incorporarnos a la 295. La noche y las luces me hicieron retraerme de nuevo a lo inevitable, sufría por Caroline, aunque sabía que estaba en buenas manos. Álex me conocía bien y de vez en cuando me miraba esperando que yo no me diera cuenta de que lo hacía. Vigilaba mi semblante por si éste recrudecía en aflicción. aún no deseaba derrumbarme a pesar de estar con la compañía adecuada para hacerlo.

Ya estábamos llegando a la productora, y necesitaba ir a casa de Ralph Morell para que pudiera aclararme algo acerca de nuestra conversación de apenas hacía unas horas. No podía dejar atrás aquel encargo de la productora que parecía sacado de una película de Hollywood, sin embargo la prioridad debía ser Caroline. Álex pareció darse cuenta de mi ansiedad.

—¿Carl?

—Sí.

—Dime la dirección del doctor Morell. Yo iré a la reunión y luego te cuento. Te llevará el chofer de la productora, ¡qué coño! ¿No cobra por kilometraje? a él le vendrá bien ¿no? —dijo Álex con una sonora sonrisa que hizo tambalear su prominente grasa abdominal.

Álex sabía arrancarme una sonrisa cuando no había de donde extraer. En una sola maniobra me ayudaba para quitarme trabajo de encima y por otra parte me ponía en la puerta de la casa del doctor Morell.

—Gracias, Alex. Vamos al laboratorio de gerontología experimental, en el centro de investigación biomédica en el 251 de Bayview Boulevard —dije dirigiéndome al chófer, que maldijo mi indicación con una mueca de desagrado.

Aquello le haría perder al menos diez minutos. Pero a pesar de no querer molestar nunca a nadie con mis necesidades, en esos momentos todo era distinto y notaba como mi percepción de las cosas comenzaba a cambiar. Mi prioridad era Caroline.

Tras cinco minutos de carreras motivadas por la prisa del conductor, nos detuvimos en una gran avenida flanqueada por la Universidad John Hopkins a un lado y por el laboratorio experimental al otro. Allí se gestaba el futuro biomédico de la humanidad. Un centro de conocimiento donde construir los muros que contenían la enfermedad y nos hacían ser más eternos, menos vulnerables. Engañar a la muerte con subterfugios científicos. Las generaciones que nos precedieron, no tuvieron tanta suerte.

La oscuridad parecía hacer presa del lugar. Tranquilidad y medias luces en los amplios aparcamientos. Nadie por las aceras.

—¿Qué número de la avenida me dijo? —dijo el conductor.

—El 251.

—Bien, estamos al principio de la travesía, no estará lejos.

Conforme íbamos avanzando en esa penumbra de caminos de asfalto cerca ya de las once de la noche, pudimos ver que algo ocurría. A lo lejos apenas a trescientos metros tras una pequeña curva, comenzamos a ver unas luces que cualquiera relacionaría con la autoridad. Delante de un edificio de habitaciones destinadas a ser el refugio de los científicos ratones de laboratorio, se había establecido un cordón de seguridad policial. Las azuladas luminarias giratorias de los coches negros y blancos, acompañaban un caótico devenir de hombres uniformados.

Salí apresuradamente de la furgoneta para situarme delante de la cinta de plástico amarilla que la policía había situado allí para que nadie interrumpiera su trabajo. Me temía lo peor. Por alguna extraña razón, sentía que aquel alboroto estaba relacionado con mi visita. Algo terrible parecía haber ocurrido.

Del pórtico del edificio de ladrillo visto, sacaban un cuerpo inerte envuelto

por una sábana y atado por dos bridas amarillas para que no cayera al suelo. Antes de introducirlo en la ambulancia cuyo rótulo delantero rezaba coroner, descubrieron el lienzo blanco para que lo que parecían ser sus compañeros de trabajo, lo identificasen. Varios individuos se agruparon en torno a aquella camilla.

Un intenso grito, seguido de un sollozo por parte de una mujer que inmediatamente se llevó las manos a la cara, era el preámbulo de una horrible escena.

Pude ver aquel cadáver. Alguien parecía haberse tomado su tiempo en lo que sin duda era un horrible crimen. Un asesinato con saña. Aquel cuerpo inerte había sido cubierto por algún tipo de untura negra como el tizón. La espesa capa de lo que aparentaba ser brea, brillaba con las luces de la penumbra. Su rostro a pesar de los escasos diez metros que nos separaban se quedó impreso en mi mente. Sus ojos estaban abiertos en un gesto de terror, y el rigor mortis se había hecho presa de él haciendo que su aspecto fuera aún más horrible. Su mandíbula permanecía abierta, y enseñaba los dientes como en el gesto del último esfuerzo por respirar.

La consecución de aquellos aterradores momentos estaba a punto de concluir. La policía preguntaba por la identidad de aquél que acababa de perder su vida. Los oficiales señalaban hacia la vivienda donde había sido encontrado, y enseñaban fotos que parecían haber tomado del apartamento del difunto. En ese momento me acerqué para poder oír algo de aquella conversación.

Tras unos momentos de confusión uno de los interrogados asintió con la cabeza, y a continuación pronunció un nombre.

—Ralph Morell, es el doctor Ralph Morell —repitió con profunda tristeza. Lloraba.

Mis averiguaciones que parecían llevar a la solución para la enfermedad de mi hija, empezaban y concluían allí. No era posible que quien parecía tener la llave de la vida de Caroline había sido asesinado.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Álex con el hálito entrecortado—. Mi amigo miraba aceleradamente la escena con sus ojos que no cesaban de moverse para no perder detalle.

—Acaban de hallar el cadáver de Ralph Morell.

—Pero ¿no era él con quien debías encontrarte hoy?

—Sí, era él, pero debo quedarme por aquí. Necesito saber algo más, necesito preguntar y conocer qué era lo que tenía entre manos, averiguar cuál era su trabajo y su motivación para llamarme a mí apenas veinticuatro horas antes de su asesinato. Puede que ambas cosas tengan algo que ver.

El policía que tomaba declaración a los supuestos compañeros de Ralph

Morell, les miraba atentamente con cara seria, párpados contraídos en un gesto de pesquisa y sospecha continua hacia todo lo que le rodeaba. De repente una mirada hacia atrás de un policía que tomaba notas apresuradamente en su libreta. Una mirada de sospecha tras quizás escuchar alguna de las palabras de mi conversación con Álex. Aquel policía se dirigió con paso lento hacia nosotros.

—Álex, ve inmediatamente a la reunión, luego te llamaré.

—Pero... ¿Seguro que quieres...?

—¡Vete, Álex! —dije ante la proximidad del agente.

Mi amigo me miró con cierto recelo, pero comprendiendo lo que yo pretendía. Alejarle de allí. Necesitaba que en la reunión de la productora hubiera alguien de mi confianza, yo, por razones obvias, no podía asistir. No quería que tras escuchar el agente nuestra conversación, pensara que teníamos algo que ver con lo acontecido. Estábamos en un país en el que los representantes de la autoridad no se andaban con tonterías.

—Buenas noches.

—Buenas noches, agente.

—¿Era amigo o conocido del fallecido?

—No —dije en una escueta interlocución.

—¿Qué hace aquí entonces?

—Soy periodista, hemos recibido el soplo de que algo había ocurrido —dije aquello con una media sonrisa, buscando automáticamente mi acreditación como profesional de la información.

Aquel automático y rutinario circuito neural podría haberme salvado de pasar de mero observador a ser interrogado. Le entregué aquel trozo de papel plastificado con toda la seguridad que pude conservar, y manteniendo una sincera sonrisa de colaboración con la autoridad. Mi papel en aquella escena estaba servido. El policía observó con cautela mi carné. Parecía satisfecho con la explicación.

—Bien, haga su trabajo pero no moleste ni traspase el cordón de seguridad.

—De acuerdo, agente, ¡buen servicio! —dije con vergüenza ajena por aquel cursi comentario.

Había ganado el primer asalto, no sin despertar el recelo de la policía. Tras aquella escueta pero tensa conversación, una mano se posó en mi hombro izquierdo interrumpiendo cualquier proceder mental.

—Señor ¿Eisenberg?

—Sí, soy yo... —dije en un automático, pero poco prudente, ademán de sinceridad.

En ese momento pude ejercer una pausa para echar un rápido vistazo, y

decidir cuál sería mi interjección hacia aquella figura. Las luces del cercano coche de policía enfocaban directamente hacia mí. Me deslumbraban y entrecerré mis ojos. Sólo las interrumpía la silueta de aquél que preguntaba por mi identidad. Una silueta anacrónica, negra como la brea que cubría el cuerpo de Morell. Asotanada como la época más rancia del puritanismo europeo. ¿Un sacerdote? Las luces del vehículo sobresalían a ambos lados de la figura y me deslumbraban. No podía ver su rostro.

No sin dudas me dirigí con seguridad a aquel misterioso personaje que no encajaba en nada con aquella escena nocturna. O quizás fuera él quien encajaba perfectamente y no yo.

—Dígame padre, qué desea.

—Es usted el señor Carl Eisenberg ¿verdad?

—Sí, ya le he dicho que sí —dije sin miedo por mi insolencia, imprudente y altivo.

—Mi nombre es Cesare Corsini. Soy sacerdote de la Iglesia católica. Estaba deseando conocerle —me dijo con un intensa sonrisa que los religiosos emplean para contactar y abrir su alma, y así conseguir que los demás abriéramos la nuestra—. Creo que usted tenía pendiente una conversación con el doctor Morell ¿verdad?

—¿Pero cómo...? ¿Cómo lo sabe? —dije entrecortado.

La sola posibilidad de que alguien aparte de Álex supiera algo de mi visita al centro de gerontología experimental, conseguía erizar el vello de mi antebrazo. ¿Cómo conocía aquel religioso el sentido de mi presencia allí? Presentía que pronto, él mismo me lo iba a dejar claro.

—Verá Carl, ¿puedo llamarle por su nombre verdad?, supongo que estará confundido por mis palabras. No se preocupe, nada ocurre. Tuve la oportunidad de entrevistarme hace unas horas con el doctor Ralph Morell. Puede parecer extraño, y se pueden extraer varias conclusiones. Yo no he tenido nada que ver con este trágico incidente si es lo que se viene a su mente.

La defensa sin solicitarlo ponía aún más en un papel sospechoso al sacerdote. Su aspecto no era el habitual en estos tiempos para un religioso. Su sotana y alzacuellos y su aspecto juvenil, vital y fuerte como para manipular un pesado cuerpo como el de Morell.

—Padre, ¿qué vino a hacer usted aquí?

—Verá señor Eisenberg, la Iglesia no sólo se dedica a la propagación de su fe. Tenemos ovejas de nuestro rebaño que han invertido su vida en la investigación, en la ingeniería y en ocupaciones tan diversas que de enumerarlas, sería imposible terminar esta noche.

—¿Qué quiere decir?, ¿que son como espías de la fe? ¿Qué significaba Ralph

Morell para usted?

—No, no lo entienda mal. Ralph era una persona en la que nuestra institución confiaba, le dimos cobijo desde su infancia en el seno de la Iglesia.

—¿Era religioso el doctor Morell?

—No —dijo esgrimiendo una leve sonrisa—, él pertenecía a un grupo de gente aferrada firmemente en su fe, pero quieren dar respaldo con su conocimiento en la ciencia a todo lo que Dios ha creado. Ellos están dispuestos a compartir con nosotros estos conocimientos para que seamos nosotros los que demos la orientación correcta a sus hallazgos. Un gran descubrimiento puede transformarse en nefasto si su uso no es el adecuado ¿no cree?

—¿Y qué tiene que ver el Doctor Morell con ustedes? ¿Qué se traía entre manos? —interrogué de nuevo con evidentes matices de nerviosismo.

—El doctor Morell proviene de una familia acomodada de Baltimore cuyas relaciones con la alta sociedad digamos... llegan hasta nuestros superiores. Ha sido fácil que siguiéramos su carrera y sus hallazgos hasta llegar aquí.

—No se ande con rodeos, por favor padre.

—Bien, procuraré no extralimitarme en mis comentarios, pero si vamos a ser compañeros de viaje en esto, debo confiar en usted señor Eisenberg.

—¿Compañeros de viaje?, perdone padre pero creo que se está tomando demasiadas licencias conmigo. Deberá ser más explícito si quiere que esta conversación llegue a buen puerto.

El sacerdote me estaba llevando a su terreno. Él sabía más de mí de lo que yo pudiera conocer de él. Aquello comenzaba a ponerme visiblemente nervioso.

—De acuerdo, señor Eisenberg —dijo Cesare cambiando su semblante hacia la seriedad. Parecía haberse sentido atacado y por primera vez algo más vulnerable—. Verá, el doctor Morell lleva más de quince años investigando estas enfermedades raras, y nosotros somos los que financiábamos sus estudios. A cambio conseguimos orientar éstos hacia donde la gente necesita. Pensamos que era mejor financiar un estudio para conseguir un tratamiento o un novedoso diagnóstico, antes que tener que desembolsar cantidades enormes para comprar patentes de medicamentos, y así poder curar a enfermos de todo el mundo. Aunque no lo parezca, ésta es una manera de cambiar las cosas, y la Iglesia está contribuyendo a que el poder en ese aspecto cambie de manos.

—¿Me está diciendo que la Iglesia tiene negocios en la industria farmacéutica? ¿A qué cambio de manos se refiere?

Cesare exhaló con pesar y miró un par de segundos al oscuro cielo de Baltimore. Aquello rompía claramente con su voto de obediencia y el de la clandestinidad de los actos de una institución dedicada a la curación del alma.

Pero entendió que ocultarle a Carl esa información no haría más que enturbiar su relación, y no podía permitir que eso ocurriera por lo que a continuación debían hacer juntos. Le miró fijamente y continuó.

—Me refiero, al cambio de poder que nos rige a todos desde hace más de medio siglo. El poder de la sanidad, de la curación, de nuestro destino. Lo que nos ha hecho menos mortales desde el principio de la creación. La medicina, señor Eisenberg. Yo no los llamaría negocios Carl, son inversiones que debemos tener. ¿De dónde cree que en la actualidad surge el poder? ¿De la fe?, no me haga reír, yo soy sacerdote, pero estoy en el mundo y sé de lo que va esto. La Iglesia sabe que debe urdir con extremo cuidado una tela de araña para que su poder, que en otro tiempo fue la fe individual de cada alma cristiana, se siga manteniendo gracias al conocimiento y el capital que puede generar éste.

No podía creer lo que estaba oyendo. Yo estaba acostumbrado a enfrentarme con personajes de distinta manufactura. Al final siempre te dabas cuenta que los hierros de los que estábamos forjados, siempre eran los mismos. Pero aquel hombre con anacrónica sotana parecía ser diferente. Era un hombre ilustrado, enormemente sabio a pesar de su juventud. Debía guardar cuidado de mis pasos ante él, pues parecía saber manipular bien a la gente. Conocía bien las limitaciones de su profesión y de la institución a la que representaba, y no parecía instigar su alma el hacerlo público. Decidí entonces dar uno de aquellos pasos adelante, y ser yo entonces el que manipulase de alguna manera aquella situación a mi favor.

—Bien, entonces podrá decirme de una vez qué pintaba usted en casa de Ralph Morell a estas horas, y justo antes de que lo asesinasen —hice una pausa para que el cura viera mi énfasis sobre mis siguientes palabras—, y espero padre, que comprenda que en su respuesta espero ver un atisbo de explicación acerca de lo que el doctor Morell sabía sobre mi hija.

Había lanzado mi órdago, ahí se vería quién era en realidad aquel lúgubre personaje. Cesare suspiró de nuevo. Comprendía que ya no era él quien llevaba todo el peso de la conversación. Debía ser más explícito y dejarme algo de margen si quería que yo colaborase, o como me había dicho antes, que fuéramos compañeros de viaje, pero ¿a qué viaje se refería con eso?, esperaba con ansia saberlo tras la próxima respuesta del cura.

—Verá, Carl. Antes de irme el doctor Morell me habló de su hija, de Caroline. Me contó que era un caso especial, que él se dedicaba a esto desde que todo comenzó y pensaba que estaba en un callejón sin salida. Él supo de Caroline por consultas que sus médicos realizaron a colegas de la Johns Hopkins. Sin embargo poco después recibió su llamada, las muestras de su hija, su historia y síntomas de su enfermedad. Caroline supuso un vuelco total a su investigación.

Ralph Morell me contó que estaba estudiando a miles de sujetos afectados por ese brote de enfermedad que parecía ser congénita, de nacimiento. Que una noche estaba comparando las muestras de cientos de sujetos y hubo una coincidencia. Parecía existir una coincidencia genética simultánea de su hija Caroline con un niño de unos cinco años. La primera sincronía era por su enfermedad común. No he podido comprender bien de lo que se trataba, y me dijo que le había enviado unos archivos a su mail que podían explicar todo. ¿Aún los conserva?

—¿Y la segunda coincidencia? —dije obviando su pregunta.

Cesare esperó de nuevo un par de segundos. Parecía no querer hablar más, y que le costaba expresar especialmente aquella cuestión.

—La segunda cuestión, Carl, es que puede haber una coincidencia familiar.

—¿Familiar? ¿A qué se refiere?

—Su hija y ese niño de cinco años, parecen tener genes comunes, ambos relacionados con el sistema inmune o HLA, que no se encuentran en nuestra especie.

—¿Cómo? —dije abrumado—. Aquello parecía ser una sentencia de muerte para Caroline.

—Son genes ancestrales, rasgos genéticos especiales que sitúan a estos dos individuos como claves para conocer algo más sobre estas enfermedades raras, pero eso no es todo. Genes que no aparecen en nuestra especie, pero sí en otras que dejaron de existir hace miles de años.

Estaba abrumado. Un sollozo interior comenzó a exprimir sin permiso mis glándulas lagrimales, y no pude hacer otra cosa más que llevarme la mano al rostro para esconder la tristeza que venía de nuevo a mí como una losa de mil toneladas. ¿Qué le ocurría a Caroline? ¿Cuál era aquel ancestral secreto que se escondía en su código genético? Cesare pareció leer mis gestos y una de sus manos se dirigió hacia mi brazo en un gesto de consuelo.

—Hay algo más. Y aquí es donde yo intervengo desde mi profesión. El niño de cinco años ha comenzado a hablar en un dialecto incomprensible. Estamos trabajando con él mediante sesiones de hipnosis. Regresiones hacia lo que parece ser que un día fue su alma. Sus padres estaban desesperados y acudieron a la Iglesia para que diera solución a lo que ellos llamaron en principio una posesión demoníaca, pero nada más lejos de la realidad. Esto procede de lo más profundo de la herencia genética de este niño. Tenemos razones para pensar que Caroline puede comenzar en cualquier momento con el mismo síntoma.

Levanté mis ojos para observarle con incredulidad, ¿qué me estaba contando aquel personaje sacado de una novela de Edgar Allan Poe? No sabía qué decir, pero Cesare parecía que sí. El siguió hablando, esta vez con algo más de

solemnidad, más cerca de mí. Buscaba mi complicidad.

—Dígame, Carl, ¿ha empezado Caroline a hablar en un idioma extraño? ¿A expresarse de manera incomprensible?

Recordé inmediatamente el episodio en el dormitorio de mi hija. «Kumara». Aquella palabra que pronunció vino a mi mente como un clavo en mi cerebro. Aquel sacerdote sabía más de lo que allí me estaba explicando. Corsini tenía la respuesta a su pregunta. El códice prehistórico comenzaba a ser relatado por la boca de alguien vivo. De nuestro presente.

No pude responder. Súbitamente se detuvieron a nuestro lado dos vehículos negros que parecían sacados de una película de altas conspiraciones estatales. Pero allí nadie puso pie en tierra. Nadie requirió al cura Cesare. Fue él quien con su mirada dio por concluida aquella entrevista a pie de calle, y se preparó para su despedida. Mi silencio pareció dar respuesta a su última pregunta.

—Carl, debe venir conmigo. Mañana, a primera hora. Le recogeré en su hotel.

—Pero ¿cómo sabe...? ¿Dónde...? —mi pregunta se vio interrumpida por una contestación prematura del cura Corsini.

—Sabemos muchas cosas, ése es nuestro trabajo. Mañana me acompañará y conocerá el primer capítulo de esta historia de primera mano. Esta cerca de aquí. En unas horas conocerá al niño en el que confiamos para resolver parte de este entuerto junto a su hija. Ésa es mi profesión, adentrarme en el alma del torturado, del que sufre y necesita un tratamiento más allá de la medicina moderna. El tratamiento de lo que somos en esencia. De nuestra alma. Mañana conocerá a Steven. Prepárese, no va a ser fácil, es duro hacer una regresión en un niño y ver su rostro quebrado por sentimientos que no caben en un cuerpo tan pequeño. Sentimientos primitivos, de adultos que se enfrentan a la mismísima muerte. Sentimientos de dolor y padecimientos que nos llegan por boca de un niño de siete años. De alguien que existió hace miles de años, y está aprisionado en la cabeza de Steven. Presenciará una regresión, un proceso de hipnosis que nos llevará a conocer lo que encierra este misterio en realidad.

—Pero, no puede dejarme así —dije entrecorriendo un sollozo de desesperación—. No puede decirme que tiene la clave de todo y ante el cadáver del doctor Morell que también me dijo lo mismo, y ahora marcharse sin más ¿es que no ve que mi hija se está muriendo?

Me di cuenta que estaba llamando la atención. Me encontré asiendo al cura por ambos brazos, y seguramente aquella actitud había despertado la curiosidad de la policía de Baltimore que aún custodiaba el cordón de seguridad que se había establecido frente a la casa de Morell. No podía meterme en un lío que me extrajera más tiempo del necesario para dedicar a aquel nuevo problema relacionado con la enfermedad de mi hija.

Dejé tranquilo al sacerdote y exhibí un rostro de arrepentimiento a la vez que murmuraba la palabra clave en esos momentos, —disculpe—.

—No se preocupe, entiendo su malestar. Comprendo cómo se debe sentir.

—Usted no comprende nada. Usted no es padre, no siente el dolor ajeno de un hijo como el suyo propio. No sabe lo que es querer morir si eso sirve para aliviar el dolor de un hijo.

—Lo siento, señor Eisenberg. Lo siento de verdad. Pero no olvide que estoy aquí para ayudarle. Adiós, Carl.

No pude ni abrir la boca mientras veía desaparecer al cura Corsini dentro de aquel vehículo. Todo era miedo e ignorancia, incertidumbre e inquietud. La ansiedad de nuevo me hacía sentir vulnerable, me hacía comprender que el peligro se cernía irremediabilmente sobre Caroline.

Tras unos minutos en soledad vi como se llevaban el cuerpo de Ralph Morell. Di aquel episodio por concluido y llamé al servicio de información para que me enviaran un taxi. Aquella conversación había durado más de lo que pensaba. El tiempo había transcurrido rápido, era ya más de medianoche.

Ya en el hotel, consternado por la muerte de alguien que podía haberme dado la clave de la curación de Caroline, pensaba con el trasfondo de los ronquidos de Álex en todo lo ocurrido.

Pronto saldríamos del país con rumbo a la tierra que vio nacer a la civilización actual, de la que todos procedíamos y que era el espejo en el que debíamos mirarnos si queríamos comprender nuestro pasado. De nuevo acudiría a aquellas peligrosas calles del norte de Iraq, como hacía casi veinte años, en una posguerra en la que podíamos hallar la muerte. Pero mañana tenía una excursión no programada con un personaje desconocido ¿Quién hacía eso?, te dejabas asaltar en la calle por un religioso y al día siguiente te ibas con él a un sitio que tampoco conocías. Sonaba muy raro. Pero estaba desesperado. La coincidencia de la muerte de Morell, y la asistencia del tal cura Corsini mientras retiraban el cadáver, parecía demasiado sospechosa.

Estaba claro que él no había tenido nada que ver ¿o sí? Las dudas y la inseguridad me asaltaban. Pero de alguna manera el sacerdote conocía la existencia de Ralph Morell, incluso le había financiado durante años y probablemente conocía todo su trabajo. Pensando en eso recordé de repente el mail que me envió el pobre doctor. Aquel momento me había hecho olvidar todo. Salté de la cama para coger mi portátil intentando no despertar a Álex, aunque sería más bien sus ronquidos lo que lo despertarían si éstos seguían en aumento.

Álex había hecho el trabajo que le pedí. Había imprimido todos los archivos y

los había dejado encima de mi ordenador custodiados en una rechinante carpeta verde. Los cogí para echarles un vistazo. Mientras se cargaban los programas para ejecutar los archivos, pensaba de nuevo en nuestro próximo viaje. No había tenido tiempo de despedirme de Caroline, la dejé allí, durmiendo en su cuarto. Me aliviaba, sin embargo, pensar en que Carmen estaba con ella, pero pasaría al menos una semana sin verla, y el resultado de los análisis de hoy podían revelar un nuevo empeoramiento.

Al fin se cargaba el programa de correo y podía escudriñar los correos de Morell. Parecía no existir información, al menos que fuera comprensible para mí, mapas topográficos, química avanzada de vida orgánica no animal. Palabras extrañas como sesquipertenos, magnoliophyta, azulenos, HLA, genética avanzada del sistema inmune... palabras de imposible comprensión para mí. Comencé a mirar las páginas que había impreso Álex para ver si conseguía entender algo mejor aquel galimatías. No entendía nada, sólo sabía que tenía que pedir de nuevo la ayuda que se me había negado con la muerte del doctor Morell.

Me encontraba en uno de los brainstorming más intensos de mi vida, y veía como todo daba vueltas a mí alrededor. Siempre se venía a mi cabeza música en los momentos cumbres de mi vida, ahora escuchaba el Take me home de Phil Collins, ése era mi deseo, ir a mi casa abrazar a mi hija, y observar una sonrisa que no se presentaba en su rostro desde la infancia. Llévame a casa. Ése era mi deseo, que todo desapareciera y de pronto poder encontrarme allí con ella y con mi mujer. Nada había cambiado para mí, pero no era verdad. Todo se derrumbaba bajo mis pies.

Pero ¿cómo sabía Cesare lo de mi viaje a Iraq? Lejos de ser yo quien tomase la iniciativa, me había convertido en un pelele de aquel cura que parecía estar conectado con las más altas esferas de poder de nuestro tiempo. Conocía muchas cosas, tenía en su poder demasiada información. Me sentía como una pieza más de un puzle que comenzaba a tomar forma, pero no para mí. Esperaba que al menos mi misión lejos de mi tierra y de mi hija, fueran la clave que aquel cura necesitaba para ayudarme a curar a Caroline.

Las alas del tiempo se habían desplegado, debía dejar atrás las piedras que tenía en el corazón. La cuenta atrás para salvar a Caroline había comenzado.

Capítulo VI. El legado de Simón

¿Cuál es la razón por la que constantemente nos preguntamos por nuestros orígenes? Yo puedo tocar con mis dedos parte de la respuesta a esa pregunta. El hombre se siente huérfano cuando toma verdadera conciencia de sí mismo. Desea saber de dónde procede, qué o quién fue el que lo engendró en sus orígenes más remotos. Irremediablemente el miedo lleva en alas a esa pregunta.

La mayoría de nuestros rasgos se han transmitido de padres a hijos desde que el hombre es hombre, mezclándose, pero apareciendo en una u otra generación igualmente. Pocas veces se han dado cambios suficientemente importantes como para modificar nuestro nombre como especie. Los grandes movimientos migratorios están detrás de esos cambios. La mixtura. Cuando eso ocurría, lo hacía además en base a la impronta de nuestro pensamiento. Nuestra inteligencia ha ido avanzando fuera cual fuera la especie que el humano, al fin y al cabo fue, según el periodo evolutivo que sufrió. *Cro Magnon, Habilis, Erectus*. Esas huellas de lo que somos pueden ser rastreadas a lo largo de ese recorrido, mediante el cual, podremos comprender además el camino del pensamiento de nuestros antepasados.

El arte paleolítico fue el primer registro de nuestra historia en un código lingüístico que mi familia custodia desde hace miles de años. Gracias a esos registros ancestrales de pensamiento, podemos comprender qué tipo de ideas concebían. El misterio se encuentra ahí, en comprender cómo las sociedades ágrafas plasmaban esas ideas. El primer código. La humanidad lo ha ignorado y en ocasiones ocultado por miedo a descubrir lo que realmente somos. El inicio más remoto de la escritura. Esos conceptos deben ser sacados a luz para quien pueda tener la conciencia suficiente para darle buen uso.

Mi padre me legó esos símbolos, y él a su vez los recibió del suyo. Todos fuimos educados en la rama babilónica del Talmud. ¿Casualidad? El estudio a lo largo de los siglos ha sido lo que nos ha desvelado su verdadero significado. Así, comprendiendo lo que entrañaban esos ancestrales caracteres, pude acceder a la reconstrucción de la concepción que nuestros antepasados tenían del mundo, de ellos mismos y de todo lo que les rodeaba. La clave de su supervivencia

El poder que ha surgido de la maldad nazi quiere ese código. Espero ser lo suficientemente fuerte como para soportar los embates del leviatán que surge en

estos convulsos tiempos. Debo destruir este código, no dar cuenta de ello para que caiga en las manos equivocadas. No sé cuánto tiempo podré resistir a las torturas entre estas cuatro paredes situadas en este infierno en la Tierra. En cada instante de mi padecimiento recuerdo a mi familia de la cual desconozco su paradero. Algún día este secreto debe ser suyo.

Al esconderlo ahora pongo una venda en los ojos a la ciencia, pero sólo temporalmente. Espero que en un futuro un conocimiento más avanzado pueda descubrirlo llegado el momento. Ahora debo hacer desaparecer el secreto que un día se ocultó en cuevas y recovecos de lo más profundo de nuestro pasado, en las entrañas de la tierra. Un secreto que puede dar a la humanidad la clave de la lucha por su supervivencia frente a la enfermedad y la muerte.

Ahora debo ocultar el código de *Num*.

(Carta del Rav Simón Ben-Natar encontrada oculta en su celda en el campo de concentración de Dachau por el escritor y espía norteamericano J. D. Salinger. Actualmente se custodia en el Museo del Holocausto de Nueva York).

Capítulo VII. ADN

—Tenías razón Pedro —dijo el doctor Gerhard Weniger—. Aquí queda demostrada tu teoría. Ya no es una simple hipótesis. Enhorabuena.

El doctor Cantalejo había recibido una temprana llamada de teléfono de su colaborador y amigo Gerhard. El doctor Weniger era profesor del Neandertal Museum, un bioquímico clínico que había dedicado su vida al servicio de la paleo medicina. Análisis genéticos comparativos que exponían la relación entre las diferentes especies que nos precedieron en el tiempo. Pocos eran los intrincados arcanos de nuestros orígenes moleculares, que le quedaban por desvelar al doctor Weniger. Él consideraba a nuestros genes como parte de lo que somos y necesitamos transmitir a otra generación, para de alguna manera, seguir existiendo en el cuerpo de otro ser. Con respecto a eso, no se equivocaba.

—Comprenderás que el *carbono 14* es una prueba muy burda. Sólo identifica un resto de homínido y lo sitúa en una franja de la historia con más o menos precisión. Su situación exacta depende del estrato en el que aparece, los restos líticos que encontramos alrededor de los sujetos de estudio, las pinturas. Puede ser tan imprecisa la búsqueda que tenemos entre manos, que necesito algo más. Por eso te mandé los otros restos y que hicieras pruebas de su composición con el espectrómetro.

—Sí, ya las tengo terminadas y no entiendo bien el por qué me haces estudiar esto. De los restos de cráneo y otros huesos no he podido extraer nada, pero sí de los dientes. Ahí hemos encontrado secuencias completas de ADN que sí hemos podido estudiar.

—¡Lo sabía!, ahí tenía que haber algún resto de ADN que pudiéramos analizar. ¿Has podido secuenciar los principales genes de rasgos fenotípicos? ¿Color del pelo?, ¿de su piel?, ¿genes relacionados con rasgos morfológicos especiales?, ¿prognatismo?

Pedro fusilaba con sus preguntas al teléfono que así nervioso, con ansia, como si pudiera exprimirlo y obtener así respuesta a sus preguntas. Miraba por la ventana el precioso amanecer de la comarca del Guadalteba. Luces rojizas que se reflejaban en el cercano pantano repleto de vida. Pedro encendió un nuevo cigarro para calmar la angustia producto de su innata curiosidad.

El doctor Cantalejo quería obtener la prueba final, el rasgo genético, el más

íntimo que relacionase a su hallazgo en la recóndita cueva de la sierra de Málaga, con los neandertales hallados en sus otras expediciones. Pero había más. Él pensaba que aquellos que encontró hacía años en Iraq, tenían una relación familiar con los que se postraban apenas a unos metros de él, con la peculiaridad de que éstos eran los últimos, los que recibieron la cruel herencia de la extinción. Pedro pensaba que desaparecieron en tierras andaluzas por alguna extraña razón que él sospechaba, y que su cueva se ocupó de desvelarle sólo a él. En las pinturas que halló en la pared de una sima que sólo él conocía y que tenían mucho en común con los elementos que un día recogió en una lejana cueva de Iraq.

Su conclusión estaba basada en aquella extraña enfermedad que asolaba a un pequeño porcentaje de la población. Una dolencia de la cual alguien que leía en el pasado, podía tener la clave del futuro para millones de personas. Necesitaba una última prueba que corroborase sus plausibles teorías. En las pinturas y aquellos dientes de neandertal de la cueva de Ardales, parecía estar la clave de todo.

—Sí, tranquilo, te pasaré todos los resultados. Tenemos positividad para prognatismo, unos extraños ojos verdes y pelo de color claro, algunos incluso con los genes recesivos del pelirrojo. Desde luego no son rasgos habituales para una raza primitiva. Hay algo más en esos restos Pedro. Hemos hecho de rutina el tipaje HLA.

—Perdona, Gerhard. ¿Recuerdas que soy arqueólogo? No comprendo demasiado bien lo que me quieres decir. He publicado sobre estudios de ADN sólo como colaborador y como apoyo antropológico, pero de eso que me hablas no sé nada más que un vago concepto. Refréscame la memoria por favor.

—Disculpa, tienes razón. Si sabes algo de genética te será fácil. Simplemente son unos genes situados en los cromosomas 6 y 14 que nos indican la identidad del sistema inmune de su portador. Es una identidad única, una característica muy específica que nos ayuda a conocer algo más de los rasgos de enfermedad que pudieran estar predeterminados en ese individuo. Nos ayuda a trazar incluso estirpes familiares y discernir entre padres e hijos. Para que te hagas una idea de sus posibles aplicaciones, se usa en los trasplantes para identificar la posibilidad de rechazo entre donante y receptor del órgano.

—De acuerdo, me lo has dejado bien claro, pero, ¿de qué sirve en nuestro caso este análisis del HLA?

—Veras, como te decía, se hace como rutina entre las muestras de individuos que nos llegan al laboratorio al margen de la petición original. En su análisis de frecuencias hemos descubierto similitudes que son imposibles. Parecidos que no

deberían estar ahí, es como tener una visión imposible en un escenario que no existe.

—Me estas asustando Gerhard, ¿puedes ser un poco más preciso?

El doctor Cantalejo odiaba aquellas actitudes. Él sabía que existía alguna relación, que había algo más en esos análisis e incluso algo más en restos que rodeaban aquellos dientes. Odiaba tener que hacerse el tonto en conversaciones con quien debía confiar. El doctor Weniger era su amigo y colaborador desde que se conocieron en el Kurdistán iraquí. De nuevo vino a su cabeza su extinto amigo Carl Eisenberg. Las frías noches de las solitarias montañas del este del país, alrededor de una hoguera, habían forjado el principio de su amistad. De la camaradería de un grupo de científicos que estaban escribiendo separados la historia de nuestro pasado. Ahora él le traicionaba con lo que pensaba que era una verdad a medias. Una mentira parcial para que Pedro pudiera tener algo más de tiempo para construir una teoría que pondría patas arriba nuestro mundo. Con lo que no contaba Pedro es que aquel sentimiento no era mutuo, y Gerhard si estaba dispuesto a compartir sin miramientos sus análisis, teorías e investigación.

—Pedro, las muestras de Neandertal que me enviaste para *carbono 14*, tienen rasgos genéticos de población actual caucásica, en concreto sus frecuencias de haplotipos, de HLA, tienen una extraña relación con poblaciones humanas europeas. Para ser más precisos, con nuestras enfermedades. Dolencias actuales cuyos portadores exhiben el mismo tipo de HLA que los que he encontrado en los genes de los neandertales que me enviaste.

Un silencio estremecedor pausó aquella conversación entre distintos países. Pedro no podía creerlo, pero la emoción hizo presa de él al conocer que sus hipótesis que aún no había compartido con nadie, eran ciertas. Aún sin saberlo, Weniger había descubierto «su verdad a medias».

Aquellas pinturas de la Sima de la Paloma en Ardales, no eran más que pistas dejadas por unos seres de una raza distinta a la nuestra que no sabía nada de genética y apenas tenían tecnología. Eran su biblioteca, su enciclopedia para que los que los sobrevivieran pudieran saber qué ocurrió. En su cabeza se dibujaba la imagen clara de la pintura que un día un Neandertal trazó sin saber por qué. Pero aquello no era más que el legado para que milenios más tarde Pedro pudiera comprender el mensaje. Aquello era un moderno mail que había viajado en el tiempo hacia el futuro para que quien tuviera ojos, pudiera verlo. Ahora eran los ojos de Pedro los que lo veían claramente y sabía lo que aquel mensaje significaba. Era su legado plasmado en una pintura. Era la clave del futuro de millones de almas.

La ciencia del siglo veintiuno había descifrado aquel mensaje. La enfermedad que se pensaba ajena a aquellas poblaciones, época llamada por historiadores «la

edad de oro» (por suponer la ausencia de patología), había quedado ahora descartada por los exámenes del doctor Weniger. No existió aquella edad de oro que catedráticos enseñaban equivocadamente aún en las facultades de medicina. La enfermedad siempre había estado presente, y cada problema requería su solución.

—Estos rasgos genéticos no tienen nada que ver con los de nuestros orígenes, y que ya tenemos secuenciados. Los restos de ADN de Etiopía, los del origen de la humanidad de Sudáfrica, no sé por dónde debemos ir. Esto es realmente algo nuevo, ¿qué vas a hacer ahora, Pedro?

El doctor Cantalejo no podía articular palabra. Otra tóxica aspiración. Continuaba con su mirada épica a través del ventanuco del centro de arqueología mientras escuchaba las palabras con eco de Gerhard.

—Lo siento amigo, por el momento no puedo compartir mis hipótesis. Lo entiendes ¿verdad?

Otro silencio de comprensión entre dos científicos separados por sus teorías, pero sin embargo unidos por sus motivaciones. Gerhard comprendió las intenciones de Pedro.

—Sí, desgraciadamente sí, pero escribiremos juntos ese artículo ¿no? —dijo Gerhard en tono de broma para relajar la negativa de Pedro a compartir sus hallazgos.

—Por supuesto, Gerhard, no lo dudes.

—¿Y tu siguiente paso?

Pedro recurrió de nuevo al silencio. Aquél que le daba el tiempo suficiente para ordenar sus ideas y frenar su impetuosa mente. Confiaba en aquél con el que estaba hablando, pero consideraba por encima de todo a la teoría que hostigaba su tranquilidad. Weniger era su amigo desde que todo comenzó hace más de veinte años. Desde que los primeros análisis de enfermedad paleolítica fueron descubiertos. Desde que su viaje a la vieja cueva del Shanidar Iraquí le hizo ver que podía existir una clave de supervivencia en nuestro presente estudiando nuestro pasado. Desde que coincidió con su amigo Carl Eisenberg que le ayudó a encontrar aquellas claves que le llevaron a estar donde se encontraba ahora.

El norteamericano estudió codo a codo con Pedro aquellos restos en su investigación, y su celo le llevó a encontrar la fuente de la curiosidad que ahora seguía encendida pero que, desde que se apartó de su lado, no fluía con la misma intensidad.

Aquel pensamiento le llevó a la irremediable conclusión que debía ser. Debía comenzar un nuevo viaje hacia aquel misterioso lugar donde comenzó la civilización. Ese misterioso país con las primeras cuevas que presenciaron la luz

de la tecnología más primitiva, era la clave.

—Ahora debo contactar con un amigo. Un amigo que hacía años que no veía. Él sabrá lo que hay que hacer.

—¿Pero... quién es?, ¿por qué...?

—Tú ya lo conoces Gerhard, es Carl Eisenberg.

—Sssssí... lo recuerdo, un tipo notable —dijo dudando en su respuesta por el tiempo que había transcurrido—, un periodista reconducido a labores de investigación, pero que nos ayudó a aclarar con su tesón muchas de las cuestiones de entonces, ¿pero por qué recurres a Carl otra vez?

Pedro no pudo contestar. Otra mentira a su amigo que nunca se perdonaría. En su interior bullía la imagen de las pinturas dejadas por los Neandertales en su cueva. Esas imágenes se mezclaban con las que un día vio en una cueva prohibida del norte del Kurdistán iraquí. Sabía que debía contactar de nuevo con Carl Eisenberg por lo que un día ocurrió allí. Por las pruebas que se dejaron a medio descubrir y que ahora aclararían el origen de una especie. La nuestra. Pruebas que incluso podrían desvelar la cura a todas las enfermedades. Nos darían lo que los médicos que sí sabían de medicina, llamaban el quórum. Un abstracto concepto aún no descubierto pero sí oteado. Su conocimiento otorgaría la cura a todas las enfermedades. Era un alto rédito ante cualquier esfuerzo. Pedro estaba dispuesto a hacer lo que fuera posible ya que parecía ser el único que conocía la verdadera importancia de aquel descubrimiento. Comprendió que debía volver a ver a Carl.

El formó parte junto a Pedro de un grupo de estudio que viajó a aquellas tierras lejanas hacía años. Nadie sospecharía ante una nueva incursión. Sin embargo dejaron sus nombres grabados en los registros de los servicios de seguridad Iraquíes. Debían ser muy cautelosos.

Carl era periodista y podría conseguir visados y pases rápidamente. Pedro era un arqueólogo no conocido en la opinión pública, y no podría conseguir dinero ni permisos para ir de nuevo a Iraq. Aunque fuera egoísta, preparaba mentalmente su quid pro quo con su viejo amigo Carl. Tras esto, Pedro preparaba su coartada de cara a Weniger.

—No sé qué decirte frente a esa pregunta, Gerhard. Quizás porque el camino que tomamos hace años vuelve a trazarse. Un camino que nunca debió interrumpirse. Él tiene algo en su cabeza, debe volver al lugar donde todo fue descubierto. Aquellos tiempos fueron especiales, únicos. Llámalo nostalgia, llámalo como quieras pero debemos reunirnos de nuevo. No sé por qué. Debemos iniciar un viaje. Revolver nuestro pasado y empezar de cero esta nueva historia. Todas las pruebas encajan querido amigo, tú me has dado la luz que necesitaba en estos momentos en los que creía encontrarme en un callejón sin

salida

—Pedro, necesito seguir explorando las posibilidades que tienen estos restos neandertales.

—¿Sí?

—Quiero hacer un estudio de ADN mitocondrial.

A Pedro le encantaban estas conversaciones con sus colegas. Era como hablarle a un espejo y encontrar las respuestas en base a un enfrentamiento dialéctico simple. Las respuestas fluían en su privilegiada mente producto del razonamiento de esos diálogos. Una nueva luz se prendió en su cabeza.

—Hace años que no estoy relacionado con esto, cuéntame algo más por favor.

Su pregunta no fue al azar. Pretendía seguir con su proceso deductivo haciendo cuestiones a Gerhard que le permitieran llegar a conclusiones que él sólo pudiera usar. Sin duda el doctor Weniger acostumbrado al proceder de Pedro, se prestaría a ello una vez más.

—Es un pequeño trozo de ADN que sólo las mujeres transfieren a sus descendientes. Ése pequeño trozo de ADN contenido en un corpúsculo celular, las mitocondrias, que sólo las transmiten las mujeres a sus hijos. Tú, por ejemplo, no tienes el ADN mitocondrial de tu padre, ya que como te he comentado, los varones no ceden ese ADN a su descendencia, sólo las mujeres.

—¿Y su utilidad?

—¡Mucha!, piensa que estamos obviando en el estudio genético de poblaciones a la mitad de los individuos, ya que eliminamos del estudio a los varones, sólo vemos el ADN mitocondrial y buscamos a las mujeres. Piensa que así se halló el concepto de Eva, la primera mujer en África de la cual todos parecemos proceder. Analizando cientos de miles de muestras de ADN mitocondrial por todo el mundo, encontramos rebuscando en nuestro árbol genealógico que todos descendemos de un pequeño grupo de habitantes del norte de Etiopía de hace millones de años.

—Bien, queda claro, ponte a ello, espero con verdadera impaciencia esos resultados, podrían decirnos muchas cosas.

—De acuerdo, sólo una última cosa, Pedro, ¿Recuerdas aquellas secuencias que analizamos de Iraq? Parecen similares, tienen algo en común.

—¿Qué quieres decir?

—Verás tengo que rescatar esos resultados de mi base de datos, tengo que volver a estudiarlos, pero recuerdo que el origen es el mismo.

—¿Origen? ¿A qué te refieres?

—Pienso que los neandertales de la cueva del Shanidar en Iraq, son ancestros de los que tenemos aquí, pero aquellos tienen una peculiaridad. Al compararlos con la población actual hay coincidencias con nuestro HLA, nuestro mismo

sistema inmune. Lo que a ellos les hacía vulnerables a la enfermedad puede ser común a nosotros. Sus defectos en lo que a su sistema de defensas se refiere, parecen ser similares a los nuestros. Sin embargo aquellos neandertales sobrevivían y transmitían sus genes, y nosotros no podemos ayudar a los que enferman de esa extraña dolencia. Hay alguna clave que se nos está pasando y que los neandertales conocían.

Aquella revelación era lo que el doctor Cantalejo estaba esperando desde hacía años.

Asió el teléfono con fuerza, cerró sus ojos y elevó su cabeza en un ademán de logro, de victoria, sintiéndose el ser más aventajado de la Tierra en esos momentos. Alguien desde un laboratorio estaba respaldando sin saberlo sus disparatadas teorías. En base a ese descubrimiento, ya no lo eran tanto. Pero debía seguir guardando silencio. Pedro decidió que su mentira a medias no debía usarse con Gerhard, su elección fue confiar en él. Esperaba que su amistad que había perdurado todos estos años, fuera la custodia del secreto que el doctor Cantalejo había ocultado incluso a ojos de sus jefes. Cogió aliento y exhaló armándose de valor.

—Un último favor, Gerhard.

—Dime.

—Comprobarás que alrededor de los dientes de neandertal se formó una calcificación en su base, donde el diente contacta con la encía.

—Sí, había reparado en ello, es como un anillo blanquecino, en otros dientes se presenta en placas. Pensaba que era su forma normal.

—No, fíjate bien. Son restos de alimentos que se han conservado ahí como ya lo hicieran en estómagos de Cro Magnon congelados durante la última glaciación en las montañas. Podemos estudiar algo más. Necesito que aparte de los análisis de ADN mitocondrial, te pongas con estos restos de alimentos en los dientes y le des trabajo al espectrómetro. Necesito saber a qué corresponden esos restos

—Pero ¿para qué?

—Descuida, te lo diré en su momento, ahora no puedo decirte nada. Esperaremos a tus resultados.

—Bien, lo haré pero espero que esto nos lleve a algo Pedro, es un trabajo descomunal ¿Sabes? Esto puede llamar la atención de mis jefes, de los tuyos. Nosotros no somos más que peones.

—Por poco tiempo Gerhard, por poco tiempo. Espero saber pronto de ti y de tus análisis, mantenlos entre el secreto que se merecen, sabes que confío en ti Gerhard.

—De acuerdo, Pedro, así lo haré, descuida. Espero que me digas qué está ocurriendo cuando los análisis estén terminados. Espero que en ellos encuentres tus enigmáticas respuestas.

—No lo dudes, Gerhard. No lo dudes. Gracias por todo amigo.

Las últimas palabras de Pedro fueron pronunciadas con un tono bajo, con un matiz mezcla de congoja y alivio. Con la expresión del que conoce que inicia un viaje eterno, un trayecto infinito que puede llevarle a conocer una de las muchas llaves que nos llevan a la humanidad a abrir un nuevo futuro, una llave que nos abriría las puertas de un nuevo conocimiento.

Pedro necesitaba en esos momentos los referentes que en el pasado le llevaron a comenzar con todo. A Gerhard, a Carl Eisenberg. Tenía que contactar con él, una extraña voz en su interior cuyo origen no conocía, así se lo decía. Ahora debía ser su único objetivo, el de acudir donde todo comenzó, donde se infundió la luz de la tecnología y del pensamiento que llevó a una especie como la neandertal a descubrir cómo enfrentarse a la enfermedad. En las lejanas montañas del Shanidar Iraquí, al norte, en el Kurdistán.

En sus cábalas continuaban las pinturas de su cueva, los análisis que corroboraban sus aparentemente disparatadas teorías que aún no había compartido con nadie. Sin embargo el doctor Cantalejo sabía que en las manos de aquellos que nos precedieron hacía miles de años estaba la llave. Pedro sabía que de ello dependería nuestro futuro como especie. Ahora no podía detenerse, sus esfuerzos debían orientarse de nuevo hacia donde todo comenzó. Hacia donde un día un homínido llamado neandertal decidió plantearse la primera pregunta emanada de un cerebro racional. Aquella cuestión fue el principio del poder del género Sapiens, el primer rasgo de curiosidad. Esa primitiva curiosidad podría servir para salvar hoy en día millones de vidas. El hombre de neandertal se preguntaba en cómo podría él eludir su destino frente a la enfermedad, y en definitiva en cómo evitar a la mismísima muerte.

Capítulo VIII. El Paleobiólogo

Érbil, Iraq.
Marzo de 1992.

Yo observaba a mis compañeros con el miedo confinado en la mirada. Álex nos cerraba la retaguardia con paso ligero sin dejar de vigilar los oscuros recodos a su alrededor. Pedro, no era ajeno a aquel sentimiento de peligro, tapaba su cara con el pañuelo kurdo para evitar la curiosidad ajena, mientras atravesaban caminando con prisa uno de los túneles a través de la pared principal del Tell de Érbil. Un prehistórico muro, un terreno sobre elevado donde se construía desde hacía siglos sobre los estratos de generaciones anteriores. Capa sobre capa desde que en la civilización hubo registro manuscrito de los acontecimientos que, por entonces, transformarían el futuro. Nuestro presente.

Nos adentrábamos en el arrabal más peligroso de una ciudad convulsa, en proceso de profundos cambios. Estábamos en medio de aquel momento y en nuestro reciente papel de prófugos, no sabíamos si íbamos a salir con vida de aquellas calles. Nos encontrábamos en la capital de lo que sería el futuro estado del Kurdistán. Apenas unos meses después Érbil sería la protagonista de la virtual escisión del estado de Iraq proclamando un parlamento independiente del de Bagdad. Desde allí los ojos de Sadam se posaban sobre aquella región fronteriza con Turquía, al norte, con rabia y escuchando en su perturbada cabeza tambores de guerra. Una guerra de facto que nos hacía pensar que cualquier día allí sería el último. No en vano en la aldea de Halabja, apenas a un par de kilómetros al sur desde donde nos encontrábamos, el dictador Hussein asesinó en los años ochenta a más de cinco mil kurdos con sustancias químicas desconocidas hasta la fecha. La contienda con Irán había terminado hacía sólo cuatro años, la guerra del Golfo apenas uno, todo aquel trémulo pasado había dejado la economía del país devastada. Todo aquello era un cóctel que no invitaba nada más que a la violencia. Explosiones, ruido de disparos lejanos. A veces muy cerca. Teníamos suficientes razones para sentir el miedo calándonos los huesos.

Atravesamos la atávica muralla del Tell apenas sin dirigirnos un par de monosílabos para que nadie escuchara el acento anglosajón. No debíamos desvelar nuestros rasgos occidentales. Algo nos acechaba y no sabíamos

exactamente el qué. Nuestros rostros quedaban ocultos por las chilabas, y el pañuelo bicolor rodeaba toda la cabeza y parte de nuestro rostro. Asíamos fuertemente nuestras bolsas de piel que nos acompañaban allí donde fuéramos y donde guardábamos tesoros «prestados» de los cercanos yacimientos arqueológicos del Shanidar donde habíamos vivido los últimos meses. En el lugar donde ya vivieron nuestros ancestros. Ahora eran nuestros furtivamente, pero había más ojos puestos en aquellas reliquias. Quizás los ojos de las autoridades locales, que ya habrían notado nuestra ausencia y con ella, la de tesoros de los primeros humanos primitivamente civilizados que ellos protegían celosamente.

Las calles de la vieja Érbil, la ciudad más antigua del mundo con civilización de manera continuada desde hacía más de cuarenta y cinco siglos. Una humanizada atalaya llena de historia, de leyendas y de una vida que continuaba a raudales desde que una especie bípeda decidió tomar conciencia de sí misma. Sus montañas en el este así lo habían alumbrado desde hacía apenas unos meses cuando se anunció al mundo la existencia de una nueva especie de homínido. Algo nuevo, algo sin descubrir y cuya sola existencia dotaba de un extraña aura de misticismo a aquella tierra que necesitaba poco para ser tomada como el anfiteatro de un cuento, que narraba nuestra historia desde lo más oscuro de los tiempos. Pero por entonces nadie podía augurar que esa especie podría decir en el futuro algo más que lo que se suponía con su propia existencia.

Un rumor, sólo un rumor sobre la realidad de una civilización prehistórica avanzada. No tanto en sus herramientas que eran superadas con creces por el hombre de cromañón, pero si en un aspecto que se pensaba desterrado para un humano que vivió supuestamente hasta hace treinta mil años. Unos hallazgos de una especie paralela a la humana con capacidad de erudición más allá del sapiens que era su coetáneo. Un susurro científico que corrió como la pólvora, para que todo el mundo pensase que la piedra roseta de la evolución había sido encontrada.

Ese descubrimiento nos llevó a hacer las maletas a los más dispares personajes alrededor del mundo. Arqueólogos, paleobiólogos e incluso un periodista científico como era yo. Personajes sin un aparente apego a la vida. Viajar a estas latitudes en estos momentos podía ser un pago muy elevado. El de nuestro propio pellejo.

Iraq, donde se asentaba la vieja Mesopotamia. Donde la civilización tomó el cetro iluminado del conocimiento. Pisábamos tierra sagrada, así lo sentíamos los que éramos capaces de ver la importancia de la historia de aquellos magníficos enclaves.

—Carl, ¿sabes dónde vamos exactamente?

Pedro susurraba y ocultaba sus palabras a la distancia prudencial, sólo hablaba cuando descendía el número de personas a su alrededor. Aquello era un mercado, moscas, puestos de carne purulenta y verduras con picotazos de aves, que los vendedores se encargaban de tapar con la penumbra de aquellas calles que parecían sacadas de oscuras fortalezas medievales. Arcos de piedra y adobe. Ropa tendida sobre nuestras cabezas que confundían los rostros que nos observaban.

—Sigue andando Pedro, no hables. Sigue hasta la plaza central, hacia la mezquita. Ahmed nos citó en un café que está en la fachada este de la gran fuente. Allí, a la vista de todos estaremos supuestamente más seguros. ¡Aprieta el paso y no sueltes la bolsa!

Nuestros miedos estaban motivados por la importancia de lo que teníamos entre manos. Sabíamos que las autoridades que nos concedieron la licencia para indagar y excavar en la cueva del Shanidar al este, tenían los ojos puestos en nosotros. Todos conocíamos nuestras obligaciones para no tener problemas.

Teníamos acceso ilimitado aunque vigilado permanentemente, pero no debíamos extraer nada de aquella cueva. Sin embargo nuestra traición a aquellas reglas era un pago que estábamos dispuestos a afrontar. Álex y yo no lo entendíamos aún bien, pero según Pedro el descubrimiento merecía asumir este riesgo, y ahora debíamos contactar con quien supiera más que nosotros acerca de aquellos hallazgos. Nos sentíamos observados y acechados. Los pasos iban rápidos, como si quisiéramos escapar de una amenaza que asumíamos cierta. En aquellas calles cualquier momento podría transformarse en el último. Las autoridades locales no se andaban con tonterías.

—¿Cogiste todas las muestras Carl?

—Sólo las de los tres primeros cuerpos. No pude con la última, el vigilante estaba cerca, sólo dejé las que estaban más cerca del puesto de vigilancia, las que corresponden al Shanidar IV.

—¿Dejaste las del cuarto neandertal?

—¡No pude hacer otra cosa Pedro! —dije deteniéndome un momento a la vez que nuestros tensos y sudorosos rostros quedaban a apenas unos centímetros—. No importa —interrumpió Pedro—, tengo las fotos y las muestras de la sima oculta. Con eso debe ser suficiente.

La tensión del momento pasaba factura a nuestra reciente pero profunda amistad. No sabíamos si volveríamos a encontrarnos, pero sin duda aquellos momentos que pasamos excavando en la fría noche de las montañas del este de Iraq, habían unido unos lazos que nunca se soltarían. Ambos sentíamos en nuestro interior la frustración de poder haber tenido en las manos una pieza más del complejo engranaje de la evolución humana. Seguramente no podría

recuperar aquella pieza clave nunca. Pero había otras dentro de aquellas mochilas que llevábamos con nosotros. Álex y yo no éramos arqueólogos, pero Pedro nos había apuntado que en las paredes de aquella cueva había algo más. En los últimos días, sabedor de nuestra futura maniobra de hurto, el arqueólogo español se dedicó a fotografiar con mucho mimo hasta el último detalle de las paredes de la cueva. Rostros, figuras e incluso de unas extrañas marcas que el hombre de neandertal grafió hace miles de años en las láminas de piedra cálcica.

Pedro, Álex y yo, dos norteamericanos y un doctor en arqueología del viejo continente. Ése era nuestro pequeño grupo de amistad en aquel extraño lugar. Llevábamos dos meses viviendo en tiendas de campaña en la falda de la montaña Bradost, en los oscuros montes Zagros que hacían de frontera natural entre Irán e Iraq al este.

Cuando le dije a mi mujer que un simple periodista iba a adentrarse en estas tierras a documentar un importante hallazgo para la agencia Reuters, en su cabeza se hizo el concepto de un terreno árido, desértico. Siempre los tópicos eran producto de la ignorancia. Aquellos montes no habían dejado de producir vida desde hacía miles, millones de años. Esas tierras eran un caldo de cultivo perfecto para que organismos complejos como los del homínido pudieran alimentarse, crecer y por supuesto, evolucionar, pero ¿hasta qué punto podían hacerlo aquellos seres llamados neandertales y supuestamente primitivos? En la mochila de Pedro estaban las respuestas a aquellas preguntas que tantas veces nos hicimos desde que llegamos allí.

Tras una intrincada red de estrechas y sinuosas callejuelas, al fin se abría ante nuestros ojos la plaza central de Érbil. Una gran fuente y avenidas con escasos vehículos nos daba algo más de tranquilidad. Estaba anocheciendo y aquellas calles no estaban dispuestas a ofrecernos mucha más calma que la que teníamos ahora. Seguro todo empeoraría con el crepúsculo que ya nos pisaba los talones. En el costado de la plaza, a nuestra derecha, veíamos de lejos nuestro objetivo. Un local llamado Café de la luna, donde habíamos quedado con un experto que Pedro pudo reclutar haciendo un par de llamadas a su base de trabajo en un remoto yacimiento prehistórico, el Sidrón, en España. Ethan Conway era nuestro objetivo allí, el doctor en paleo biología Conway, un viejo que había vivido los últimos años en aquellos parajes investigando los secretos que podían encerrar los fósiles de animales y plantas.

Ahmed, el jefe de excavadores, nos esperaba en los oscuros soportales de la fachada del café. Ocultaba su cara, nervioso como si intuyera la presencia de sus futuros captores por colaborar a la extradición de piezas arqueológicas. Aquel encuentro nos costó trescientos dinares iraquíes de nuestra ya escasa asignación. Parecía mucho, sin embargo aquello superaba por entonces unos míseros cien

dólares que pagamos entre Álex, Pedro y yo.

Una vez entregado nuestro precio para la entrevista nos precipitamos en el interior de aquel café infecto. No había luz eléctrica. Las mesas se repartían hasta el fondo del local en reservados que hacían pensar que aquello era algo más que un simple bar. Un lugar para hacer tratos con la mafia local y para fumadores de opio. Armas compradas al mismo bando al que los rebeldes debían enfrentarse. Drogas para endulzar el sufrimiento de la población. Cualquier cosa que supusiera un delito parecía forjarse entre aquellas paredes. Llamábamos mucho la atención en la entrada, pero la situación se tornó de repente cuando fuimos reclamados por una figura de un reservado a nuestra derecha.

—Hola amigos, por favor, sentaos a mi mesa.

El americano nos esperaba sentado en el suelo tras algunas cortinas de seda que caían burdamente atadas a pérgolas de madera en el techo. Su silueta se vislumbraba a través del delgado tejido. Estábamos encantados de abandonar nuestro papel de protagonistas de todas las miradas del local. Suponiendo que aquel era nuestro científico loco al cual legaríamos nuestros secretos, nos acercamos hacia su mesa.

Lo primero que hizo fue ofrecernos té y la burbujeante pipa de agua que tomaba entre sus labios a menudo. Estaba apoyado cerca de una esquina con viejas capas de yeso que caían por la pared, rodeado de cojines y una pequeña consola de apenas un palmo de altura sobre el nivel del piso. Allí reposaba la tetera y un par de vasos de vidrio amarillento medio vacíos. La gente paseaba desde la luminosa entrada hasta el oscuro interior por nuestro lado sin dejar de observarnos.

Ethan Conway. Ropas amplias, con abertura superior de tipo árabe, pelo blanco y largo, torso muy delgado y perilla dejada a propósito para no desentonar con el oscuro ambiente que los rodeaba. La lúgubre luz entre las cuatro paredes de aquel bar. Algo nos decía en nuestro interior que estar allí con el viejo profesor nos iba a traer problemas.

Según le habían contado a Pedro en su escueta conversación telefónica para buscar a este personaje que les ayudase, el tal Ethan había adoptado en los últimos años todas las actitudes del islam. Al·lahu—àkbar. Nos prevenían especialmente de su cercanía al actual régimen de Bagdad y de su pasado como investigador principal para una importante empresa farmacéutica. Ahora vivía alejado de todo, pasando desapercibido y siguiendo una vida de nómada entre las arenas del desierto del norte, y las primeras estribaciones de las montañas Bradost. Había muchos intereses detrás de su pellejo. El gringo parecía haber sufrido una transformación total. Su atuendo, costumbres, vestimenta, incluso su tez que presumía de un tono oscuro y seco. Tostado por el sol de Asia menor. Él

no tomaba esos hábitos para querer pasar desapercibido. Aquél era su ánimo y su manera de vivir ahora. No se sentía iraquí, ni norteamericano, sólo vivía según lo aquel entorno le podía ofrecer, y a él parecía encantarle aquello. Sin embargo las noticias que nos llegaban de aquel personaje no eran las de alguien que diera algo a cambio de nada. Debíamos tener mucho cuidado.

—Nos vemos en mal momento —dijo el viejo Ethan—. Por las calles de este viejo imperio se masca la violencia. No tardaremos mucho en entrar en guerra civil. Pero no quiero molestarles amigos míos con comentarios agoreros. Cuéntenme. Me cuesta creer que no hayamos coincidido, ya que nuestros trabajos trazan líneas tangentes. ¿No, doctor Cantalejo?

La difícil pronunciación de aquel extraño apellido ibérico, consiguió turbar algo la pose serena y extremadamente segura del doctor Conway. Por su mirada y tono de voz, Ethan parecía conocer a Pedro y su trabajo allí.

—Verá, señor Conway —contestó Pedro tomando la iniciativa—, hemos pasado la mayor parte de nuestro tiempo más al norte en los emplazamientos de homínidos prehistóricos del Shanidar, en la circunscripción de Shaqlawa, al norte de la ciudad de Harir. Allí establecimos nuestro campamento hace más de tres meses y hemos pasado todo el tiempo trabajando. Nos dejamos ver poco, sólo para acudir de vez en cuando a la ciudad, comprar provisiones y hacer una llamada a nuestras familias para que sepan que seguimos vivos.

—¿Vida dura la de los montaraces no? —dijo Ethan apurando una profunda calada de su pipa de agua.

—Sí. Este año la nieve aún no nos ha dejado, pero los porteadores y los encargados de la excavación, nos permitieron acomodarnos con ellos en unas pequeñas chozas de madera y adobe. Hemos conseguido pasar el final del invierno sin congelarnos.

—¿Y el ejército?, ¿os pone las cosas fáciles?

Aquella pregunta nos puso de nuevo en alerta. El viejo profesor parecía seguir un guion con su interrogatorio, sus palabras se escuchaban seguras, manifiestamente aprendidas.

—Aun no hemos tenido oportunidad de comprobarlo, simplemente seguimos sus reglas —dije sin dejar contestar a Pedro.

El profesor Conway miró entonces a nuestras mochilas. Pedro cometió el peor de los errores, el de asirla con más fuerza entonces, como si la mirada de Ethan fuera a llevarse lo que contenían en su interior. Aquel torpe además no pasó desapercibido para el paleo botánico.

—Por como cuidáis lo que tenéis en vuestras sacas de piel no pensaréis que habéis seguido escrupulosamente esas reglas ¿no?

No pudimos más que dar la callada por respuesta ante esa tajante aseveración.

Ya éramos suyos. Miré instintivamente la entrada del local mientras nos servían unos vasos de turbio té iraquí. Al menos aquello sirvió para evitar una nueva respuesta a la impertinencia de Ethan. El profesor siguió hablando.

—Veréis, queridos amigos —dijo Ethan encendiendo una vela en el centro de la mesa y sujetando con la otra mano la pipa de agua—, llevo más de diez años en estas tierras investigando múltiples yacimientos que surgen cada cierto tiempo. Aquel en el que estáis es un lugar especial. Un sitio que oculta grandes misterios, pero hay muchas manos que quieren sus tesoros, aunque yo diría que esas manos lo que desean es que nadie coja esas reliquias. Prefieren que todo se quede allí.

—¿Qué quieres decir? —dijo Pedro rápidamente.

—Que nadie desea que lo que ocultan esas paredes de roca de las cuevas del Shanidar salga a la luz. ¿Qué tenéis vosotros?

Otra vez un pequeño silencio incómodo. Preferimos no contestar directamente a la interpelación de nuestro nuevo colega. Yo no estaba tan seguro de que lo fuera realmente.

—Verás, Ethan, conocerás la historia que sitúa la muerte del individuo neandertal llamado Shanidar III como una muerte violenta ¿no?

—Algo sé sobre el tema. Estudié esos restos antes que vosotros y decidí que aquello no merecía la pena más allá que lo que la botánica de la zona podía ofrecerme. Pero sigue con tu historia, quizás pueda aclararos algo.

Entre líneas, aquellas palabras contenían bastante más información que las que a primera vista parecía. El viejo parecía querer abrirse a nosotros, pero primero debíamos darle algo más. Yo seguí con mi discurso para averiguar hasta donde quería llegar el profesor Conway.

—Bien, Ethan. Sabrás que la cueva del Shanidar es un sitio muy hermético y continuamente vigilado por la guardia republicana. Sin embargo nadie desde que la cueva fue abierta a los investigadores a nivel mundial ha podido estudiar con la precisión que nosotros hemos podido.

—¿Y bien? —dijo Ethan exigiendo una explicación.

—Hemos descubierto que las heridas que llevaron a la muerte a este individuo, el nombrado como Shanidar III, fueron infligidas por un tipo de flecha pequeña. De tipo arrojadizo, de las que sólo los sapiens tenían por entonces. Se lanzaba con un instrumento que hacía palanca sobre la flecha que se llamaba azagaya.

—¿Y?

—Pues que eso es lo que la comunidad científica siempre ha creído. Pero no es así. Verás, Ethan, en los restos de la novena costilla del neandertal, encontramos que la lesión tenía un callo de fractura completo.

—Pedro, no te sigo.

—Un callo de fractura completo significa que el individuo que padeció esa herida ya había cicatrizado completamente. Y por eso no murió de aquella lesión enfrentándose supuestamente con sapiens, con nuestros propios ancestros.

—¿Qué ocurrió entonces? —dijo Ethan ciertamente interesado por aquella historia.

La noche era ya cerrada sobre el cielo de Érbil. Pocos parroquianos quedaban cerca de nosotros en el interior de aquel oscuro café. Ahora parecían abandonar en masa el local e ignorar nuestra presencia allí. Pedro y Carl se miraron para buscar además la aprobación de Álex. En ese momento miraron a su alrededor y Pedro extrajo de su cartera un trozo de piel en el que parecía envolver objetos preciosos.

—Lo que ocurrió, Ethan, es lo que venimos a preguntarte.

Pedro cesó en su interlocución. Miró fijamente al viejo profesor de botánica y de manera parsimoniosa abrió su mochila de piel marrón claro que mantenía hasta ese momento pegada a su pecho. Miró de nuevo a su alrededor y cambió ligeramente su posición para dar la espalda al pasillo de tránsito del café. De su interior extrajo lo que parecían ser trapos blancos, tela deshilachada y doblada sobre sí misma con un grosor que hacía pensar que algo había en su interior. Lentamente fue abriendo aquel improvisado recipiente de objetos robados en la cueva del Shanidar. Cuando aquellos objetos vieron la luz, los ofreció a Ethan para que los observara.

—Esto... esto... no puede ser, Pedro. Los símbolos que sabemos existen, pero esto... ¿Dónde lo habéis encontrado?

—Suponía que te interesaría. Los encontramos entre los ropajes del Shanidar IV. Ethan, necesitamos tu opinión y la necesitamos ya. ¿Qué nos puedes decir acerca de esto?

Aquel trazo raído ocultaba a ojos de expertos unos tesoros de incalculable valor. Ethan los miraba con ansia, con la perturbación de no haber sido él quien descubriera eso antes. Con la indignación y la vergüenza de saber que el paleobiólogo no había hecho su trabajo de investigación antes que Pedro y yo. Sólo había unas flores, unas raíces y unos tallos verdes, semillas. Algo que no se asemejaba con lo que cualquiera hubiera llamado tesoro. No eran joyas ni oro, ni cualquier otro material metálico llamado precioso. Pero la luz intelectual se despertó en Ethan y él sabía que estaba contemplando probablemente el mayor hallazgo de la arqueología desde que aquella se transformó en ciencia.

—Veréis —dijo Ethan entrecortado—, esto... esto... es inusual. No tenemos documentación de nada parecido en el mundo. Esto explica el porqué de la supervivencia, el inicio de la concepción de la propia existencia, lo que nos hace

humanos. Esto que tenéis aquí es el primer intento de la historia de modificación de la naturaleza. Es el primer indicio de medicina.

—No es sólo eso, doctor Conway. Es algo más.

Ethan abrió sus ojos, aquello comenzaba a interesarle de verdad, se sentía miembro de aquella expedición hacia nuestros orígenes que él había buscado toda su vida improductivamente. Entonces comenzó a exhalar, a susurrar unas palabras que se escapaban a la comprensión de todo el grupo.

— *Lamb, Bet, Fet, Okh, Uth, Num...*

El silencio se había hecho con aquel antro. Sólo se podía escuchar un pequeño rumor de fondo de algunos vasos chocando los unos contra los otros en el fregadero lejano. La tensión aumentó en el grupo que no sabía lo que Ethan tenía en su cabeza. Desconocían lo que esos símbolos significaban. Solo Pedro Cantalejo mantuvo sus ojos abiertos, impregnados en una emoción intensa. Pedro y Ethan sabían algo más de aquel código que aparecía escrito en aquellas fotos de las paredes de la cueva del Shanidar. Yo ante mi ignorancia fui el primero en interrogar torpemente acerca de aquel galimatías.

—¿Qué es eso, Ethan?, no comprendo su significado.

El doctor Conway mantuvo la ignorancia hacia mí y se limitó a mirar a Pedro. Tras unos segundos de incertidumbre Ethan tomó de nuevo las riendas de la conversación.

—Creo que esas palabras deben sonarle de algo ¿no, doctor Cantalejo?

Pedro estaba embotado, no podía creer que Ethan conociera esos símbolos que él había ocultado tanto tiempo y que le habían llevado por distintas cuevas por toda la península ibérica. Era un camino que había recorrido infructuoso, pero ahora parecía encontrarse al inicio de aquel recorrido. El origen de todo. Y el doctor Conway parecía tener la clave. En la mente de Pedro la sima donde halló también esos símbolos y sobre todo la cueva de Gorham, donde parecía estar el final de aquel camino. Pedro se vio en un callejón sin salida, no podía descubrir aún ante sus amigos Álex y Carl sus cartas.

Ethan comenzó a hablar como si hubiera desvelado el secreto, pero allí sólo Pedro y él conocían el verdadero significado de sus palabras.

—Permitidme que parafrasee a un genio del siglo veinte. Asimov. Este bioquímico mantenía en sus libros de divulgación, la teoría de la autorregulación de las especies. Postulaba que si el ritmo de crecimiento de la raza humana seguía duplicándose cada treinta y cinco años, en el año 2600 sería de 630.000.000.000 millones. Pero Asimov se equivocaba. No contaba con la manipulación artificial de la longevidad. La tecnología médica hará que este crecimiento sea aún mayor con el paso de los años. Más longevidad, menos enfermedad, más supervivencia. Esto que acabáis de descubrir es el primer punto

de inflexión de la historia para conseguir engañar a la muerte. Pero llegará un momento en que nuestro planeta no ofrecerá entonces espacio para albergarnos a todos, os digo ahora lo que nos ofreció con su conocimiento el viejo Isaac Asimov, La humanidad no querrá entonces perpetuarse, no se atreverá o no deberá, digo simple y llanamente no puede perpetuarse de manera infinita. Lo que habéis encontrado es el primer signo de manipulación ante el destino de la humanidad. ¿Encontrasteis estos restos cerca del cadáver?

Pedro decidió contestar en un arrebato de ira contenida. No deseaba dar más luz de la que necesitaban en esos momentos sus hallazgos, pero tenía un único disparo en ese tema. Tenía delante a quien quizá podría ser la única persona en el mundo que le diera la clave para la comprensión de todo lo que había descubierto hasta ese punto de su vida.

—Y no sólo eso. Como antes has dicho, en las paredes estaban tiznados además estos símbolos. Tú suponías que no íbamos a encontrarlos, pero aquí están profesor Conway. Hemos conseguido acceder a la última sima, a la más sagrada y profunda. Donde la custodia de la guardia republicana es más intensa. Conseguimos burlar su vigilancia por un momento, hacer algunas fotos y copiar a lápiz esos símbolos secretos. Ahora quiero respuestas Ethan, ¿qué son estos restos orgánicos? ¿Qué significan esos símbolos?

Un ruido de pasos llamó la atención del grupo que comenzaba a sentir la tensión de una extraña paz en su entorno. Parecía que alguien vigilaba. No estaban solos como aparentaba la situación. Debían sacar toda la información posible a aquel viejo genio anacoreta recluido por voluntad propia en ese lejano país. No debían permitir que se llevase su conocimiento a la tumba. Ethan consciente de la situación comenzó a susurrar su respuesta. Sus antecedentes como investigador principal de una misteriosa empresa farmacéutica en los años setenta, estaban seguro detrás de aquella presencia que podía sentir como la de la policía local que de nuevo le acosaba.

—Son las flores de una planta y lo que parece ser un rudimentario idioma escrito basado en cuatro o cinco letras madre.

Eso era lo inaudito. La mente humana, incluso la más primitiva, no estaba preparada para encerrar un complejo sistema de vocablos y mucho menos escritos. Los sapiens no, pero ¿y nuestra raza hermana los neandertal? Parecía por aquel hallazgo que sí. Lo lógico hubiera sido la representación iconográfica por medio de dibujos de conceptos de la caza diaria, tareas domésticas incluso dibujos sobre los enfrentamientos entre clanes, pero aquellas letras eran algo muy distinto. Daba escalofríos simplemente el observarlas, el pensar como unos seres que apenas exhalaban gruñidos por una laringe no preparada para la locución, eran capaces de albergar en sus mentes conceptos tan complejos como

el de un rudimentario alfabeto. Pero hay algo más. Algo que es lo que realmente habéis venido a buscar.

—¿A qué te refieres Ethan?

—Habéis venido desde muy lejos buscando respuestas a lo que significa este eslabón evolutivo encontrado en un tiempo y en un lugar que no le corresponde. Aquí se engendró la magia de la evolución. ¿Cómo sobrevivió una raza de humanos fuera de su tiempo? Mirad esas semillas, esas raíces y plantas. Son únicas. La raza neandertal no solo desarrolló ese tosco alfabeto que ahora sabemos que es el primero conocido, sino que con esa capacidad de raciocinio consiguieron además saber cuáles eran sus limitaciones orgánicas.

—¿Puedes ser un poco más explícito? Nuestros conocimientos de paleo biología son escasos.

—Tenéis delante lo que se podría considerar la primera farmacia compleja que ayudaba a los neandertales a sobrevivir. Estos parecían tener enfermedades como nosotros, padecían aflicciones que llevaron a miles a la tumba. De repente y sin saber por qué, comenzaron a proliferar y a expandirse hacia el norte y Europa del este. La clave está en esas plantas que habéis encontrado. Eso era lo que les permitía vivir, y fueron recorriendo el camino de vida que representaban esas plantas para su supervivencia. En ese camino fueron aprendiendo, y dejaron en las simas más profundas aún no exploradas, sus historias en paredes de roca mediante esos antiguos símbolos.

Pedro mantuvo la mirada férrea en Ethan hasta que no pudo aguantar más y repitió:

—*Lam, Bet, Fet, Okh, Uth, Num.....*

Un par de segundos de pausa en los que las miradas se desafiaron de nuevo, entonces Pedro siguió pronunciando:

—*Ajh, Nan, Ret, Gis.*

Los ojos de Ethan se abrieron de par en par. Por primera vez desde el inicio de nuestra conversación parecíamos haber superado los conocimientos del paleobiólogo. Ahora era él el que deseaba esa información de Pedro, pero yo me sentí engañado y miré a Pedro con cara de incredulidad. Ethan no sabía que contestar, pero éste era su turno.

—¡Eso es imposible! —dijo Ethan riendo—. ¿Me planteáis que hubo una especie coetánea nuestra que se extinguió antes que nosotros y que tenía unos conocimientos más avanzados?, venga hombre, ¡no me hagas reír!, pero... ¿de dónde has sacado el resto de los símbolos?

Pedro no tardó en contestar, aquello era ya un enfrentamiento en toda regla entre dos mentes avanzadas. El rostro desafiante de Pedro comenzó a mostrar sus mejores armas. Unas que incluso sus propios compañeros no conocían.

—Aquí tiene las pruebas. Dos de las pruebas que necesitábamos para explicar que no somos originales. Somos depredadores, no sólo de carne para nuestra propia existencia, sino depredadores de conocimiento. No fuimos capaces de desarrollar nuestra propia manera de comunicación ni nuestra medicina. Plagiamos, copiamos y extirpamos ese conocimiento de una raza a la cual desplazamos y fuimos exterminando poco a poco desde Asia menor hasta el extremo oeste del continente europeo. Los acorralamos en una cueva al sur de la península ibérica. Allí no podían hacer más que morir. No había más tierra seca por donde escapar, la glaciación había concluido y las aguas subieron de tal manera que el acceso hacia el continente africano se hizo imposible.

Pedro aún no sabía que en el futuro encontraría más pistas que le pusieran en el camino correcto. Ahora podía explicar más de aquella raza, de su existencia, incluso de nuestros orígenes, pero los hallazgos de aquella cueva que no pudimos extraer completos, le pusieron en el camino entonces de otros descubrimientos que harían saltar por los aires nuestros cimientos como cultura, como especie. Aquellas letras significaban mucho, pero más allá de aquel enorme hallazgo, Pedro sin saberlo tendría en sus manos la clave de la extinción. Yo entonces di rienda suelta a mi curiosidad.

—Entonces ¿no sabéis lo que significan esos símbolos? ¿Me estáis diciendo que tenéis entre vuestras manos el que puede ser posiblemente el idioma más antiguo conocido y que no sabéis lo que puede significar? ¿Y a esas plantas por qué le dais tanta importancia?

Pedro y Ethan se miraron como si pensarán lo mismo. En las mentes de ambos estaba la respuesta a esas preguntas que aún no estaban dispuestos a compartir. Fueron apenas un par de segundos, y al pronunciar esas palabras, una mano recorrió la cortina translúcida que les daba una falsa apariencia de intimidad. La mano de la autoridad local. Ethan confirmaba así sus sospechas anteriores.

—¡Caballeros! —dijo el doctor Conway con una sonrisa irónica mirando al militar cuya mano apoyaba en la cartuchera— Ya veo que la empresa de Morell hace su trabajo.

El paleobiólogo, guardó un par de segundos de silencio. Miró a sus amigos y decidió aclarar la situación antes de que fuera hecho preso. Nosotros nos preguntábamos quién era ese tal Morell que Ethan acababa de nombrar. ¿Una nueva pista del doctor Conway? Sospechaban que pronto lo sabrían.

—Estos caballeros de la guardia republicana son seguro mercenarios a sueldo de la empresa del difunto Jonathan Morell. Me buscan desde hace tiempo y creo que ahora debo acompañarles. Su presencia aquí me debe haber delatado, amigos míos.

Ethan se puso en pie y fue cuando el sargento le asió un brazo a lo que él

respondió violentamente intentando zafarse. Aquello produjo una escaramuza que el doctor sabía que no podía ganar, pero se resistía. Quería acabar la conversación con nosotros. Éramos los que debíamos continuar la misión que a él le había llevado toda una vida. Atrapado por los brazos, resistiéndose a la zarpa de la ley, se contoneaba y convulsionaba. Quería terminar aquella conversación. Pedro tenía las claves que él necesitaba, pero también tenía otras. Entonces no pudo más y refugiándose en el desconocimiento del idioma anglosajón por parte de los ignorantes guardias republicanos comenzó a gritar.

—¡Pedro!, tienes todo lo que necesitas. ¡Ve al valle de Neander, acude a la sima de Teba! ¡Ese lugar junto a la cueva de Gorham es la etapa más avanzada del código!, ¡allí encontrarás el código de *Num* que comenzó a escribirse aquí! ¡Sólo así podréis descifrar el libro! ¡Mira el documento que te he entregado antes! ¡Continuad con mi labor y no dejéis que las empresas que mandan a sus lacayos para enmudecernos, puedan con nosotros!

Nos quedamos petrificados al ver que nuevos fusiles nos encañonaban. No podíamos mover ni los brazos ante el miedo de vernos en aquella situación imposible. Las palabras de Ethan querían decir que estaba fingiendo. Él también había descubierto el código en sus investigaciones en la cueva del Shanidar.

Pedro se armó de valor y se levantó a la vez que le gritaba a Ethan.

—¡Ethan no te resistas!, ¡No te resistas o te matarán!

El doctor cesó repentinamente en su forcejeo y clavó sus ojos en Pedro mientras una sonrisa se reflejaba en su cara, y sus ojos se enrojecían conocedor de su destino. Con un triste lamento del imán de la mezquita cercana como único sonido de fondo, Ethan contestó a Pedro. Una mezcla de tranquilidad en su mirada, sin embargo con ira y profundo rencor hacia quien en el fondo le capturaba. Jonathan Morell.

—Todos morimos, mi querido doctor Cantalejo. Esto es un juego amañado.

De nuevo se repitió la escena de forcejeo. Ethan Conway, el paleobiólogo que había descubierto el código lingüístico que nunca debió existir daba la llave de la verdad a Pedro para que éste siguiera investigando. Sólo pudieron ver su cuerpo arrastrado hacia el exterior y el sonido de un vehículo que cerraba sus puertas para llevarse al doctor Conway. Nunca volvería a verlo nadie.

Antes de dejar el cubículo del bar que habían ocupado con Ethan, Pedro miró los dos vasos que estaban antes de que ellos llegaran. Alguien había estado hablando con el paleobiólogo antes. Alguien que le había traicionado. Se vería abocado a entrar en un nuevo juego para completar sus sospechas de aquel código, y el estudio de esa especie de homínidos. El neandertal. A ojos de la opinión pública todo eran huesos y cuevas, pero algunos investigadores privilegiados como él sabían que había más. Eran piezas fuera de su tiempo,

objetos que supuestamente no existieron. Que no debían existir para que la humanidad se comprendiera a sí misma. De salir a la luz esos hallazgos, todo cambiaría. En sus manos estaba que aquella información fuera a parar a las manos correctas. El paleobiólogo Ethan Conway acababa de entregar su vida por ello.

Capítulo IX. El exorcista

Carretera I-70W. Baltimore oeste.

Eran las cuatro de la tarde. Llovía y el cielo estaba gris. El cura que me había abordado la noche anterior pasó a recogerme obediente en el hotel. Sigo sin comprender cómo sabía todo de mí. La dirección de hospedaje y la enfermedad de Caroline.

Sin cruzar ni una palabra más que un escueto buenas tardes, Álex y yo nos introdujimos en el vehículo y éste se puso en marcha. El asentimiento de Cesare sobre la presencia de Álex fue suficiente para vernos montados en un vehículo tipo ranchera de color negro que formaba parte del parque móvil de la Iglesia en Norteamérica. Aquella no era una misiva habitual para aquel transporte. De llevar a actos oficiales al Obispo de Boston, había pasado a encargarse de un equipo que estudiaba precipitadamente y por necesidad casos al borde de lo sobrenatural para poder salvar el cuerpo, que no las almas, de las ovejas de la Iglesia. La noche se vislumbraba a través de los cristales tintados.

Empleé toda la mañana en intentar descifrar los documentos del doctor Morell. Álex me explicó que los archivos originales tenían un subprograma que impedía su ejecución más allá de un cierto punto. Sólo dejaba imprimir aproximadamente una décima parte, y a continuación una nueva interfaz pedía una clave. Ralph Morell no me había proporcionado ninguna contraseña. Era extraño si su intención era ayudarme, pero parecía más bien que deseaba ocultar algo entregándome a mí esos documentos.

Tras unos minutos, pensativo, en silencio y con el tal Corsini a mi lado, decidí romper el hielo.

—Dígame Cesare, ¿a dónde nos dirigimos?

—No puedo decírselo, pero tampoco ocultarle el camino con una venda en sus ojos. Vamos a ver al niño Steven Wolf.

—Pero, ¿quién...?

—Tranquilo Carl, es el niño que le dije que había presentado las mismas características de su hija. Pero para usted allí habrá una sorpresa más. Le ruego que se serene y esté tranquilo.

Estaba harto de tanto misterio. Iba, si era necesario, a bombardear cortésmente al cura con las preguntas que fueran obligadas.

—¿Qué es lo que les hace ser tan especiales?

—Verá, mi trabajo lejos de lo habitual, es más rutinario de lo que parece. Me enfrento al demonio cuando me encargan un exorcismo y la investigación así lo comprueba. Pero esto es distinto. Más bien, esto dista mucho de ser un caso normal para mí. No estoy acostumbrado a enfrentarme con personas que poseen almas ancianas. Estos no acuden de manera rutinaria a la consulta del terapeuta. Son entes con almas muy avanzadas, de un nivel de madurez extremo. En las regresiones demuestran un poder atávico, algo que raramente llega hasta nuestros tiempos, créeme Carl, consiguen que el vello se erice a cada palabra.

—Pero, ¿cómo sabe...?

El cura estaba tan ansioso como yo, pero no demostraba ningún signo de nerviosismo pues no me dejaba terminar mi interrogatorio a cada paso que intentaba dar yo.

—A este tipo de personas podemos reconocerlas por ser seres humildes, sin querer que su labor se conozca, y siempre enarbolan el altruismo como motivo de conducta. Son personas delicadas y extremadamente sensibles, creativas y alejadas de este mundo que se cae a pedazos. La característica fundamental de este tipo de almas es su introspección. Puede que estemos ante el caso más extremo de alma avanzada. La que pudo ser una de las iniciales. La que perteneció a un homínido que conoció por primera vez la luz intelectual. El reconocimiento de la existencia propia. De ahí su probable autismo. Podemos estar delante del barro primordial que un día Dios iluminó con el conocimiento. La primera alma infundida en un homínido por la mano del Creador. Un caso único, Carl —dijo Cesare mirándome directamente a los ojos. Su mirada evocaba algo místico. La seriedad se apoderaba de su cuerpo, de su semblante e incluso sus ademanes eran ya otros.

Después de aquellas palabras todo fue muy deprisa. Dejamos las vías del norte desde el centro por la estatal *1 oeste* para atajar la autovía *695 Northwest Expy* que nos dejaría en el parque militar de Gettysburg, según me dijo Cesare. El cura que pareció dejar claro que no deseaba hablar más, comenzó a teclear sobre un ordenador y estudiaba en alto los documentos que comentaba continuamente con su asistente. Cesare era joven, demasiado joven para tener un asistente puesto por la todopoderosa Iglesia Católica.

Algo debía haber hecho el desdichado para que se le encomendase esta misión clandestina. Nadie podría saber nunca que la institución que fundó Pedro hacía más de dos mil años encargaba aclarar el futuro de la humanidad a un cura que investigaba temas sobrenaturales, y en ocasiones apoyados en la más ortodoxa ciencia. Él parecía ignorar mi tensión y llevaba muy bien su pesada carga. Cesare no me había dicho nada, pero nadie era tan tonto como para no saber que

la cabeza que estaba detrás de aquel encargo era la más alta. Aquel cuyo baldaquino fue el único en no caer en el último cónclave.

La carretera terminaba para nosotros en un estrecho camino asfaltado y sin arcén que tomamos con el consecuente balanceo del coche. Mi teléfono móvil me avisaba un par de kilómetros atrás de la falta de cobertura. Repentino, extraño como todo lo que me rodeaba. Las magníficas coníferas centenarias ocultaban el trayecto no mucho más allá de los veinte metros. Era un sitio misterioso, con la niebla baja comenzando a formarse. La bruma de la tarde que no nos dejaba ver. Como un símil de lo que ocurría en esos momentos para mí. Estaba ciego, no sabía en qué podía terminar aquel encuentro, no sabía ni siquiera quienes eran mis compañeros de viaje a excepción de mi querido Álex.

Habíamos estado viajando cerca de hora y media. La noche ya se cernía sobre nosotros. Tras el interminable camino lleno de recovecos se alzaba una valla y un puesto de seguridad privada que adivinaba a lo lejos una gran mansión. Nos detuvimos un momento para que el conductor enseñase unas credenciales y nos dejaron pasar. Lo que no era normal es que en aquel paso además de la seguridad privada hubiera marines con chalecos antibalas, M16 y cara de enfado. De ninguna manera era algo normal.

Entrábamos en el camino de aquella casa de campo al norte de Boston. Solo coníferas que rodeaban una escasa porción de terreno libre de árboles. El equipo de investigación también era escaso en número. El profesor Corsini, Álex y yo. Así lo había querido esta vez Cesare, que nos conducía a través de caminos de tierra tras abandonar un par de kilómetros atrás la carretera comarcal. Cuando parecía que el bosque iba a tragarnos, comenzó a despejarse el camino, enseñándonos una majestuosa casa de campo de dos alturas más buhardilla. Sólo un vehículo en la entrada. La noche era ya cerrada.

Le había dicho a mi editor que retrasara el viaje a Iraq sólo un día. Aquello casi me cuesta el despido. Sería extraño que el jefe prescindiera de su hombre de confianza, pero en aquellos tiempos que corrían, nada era seguro, todo era volátil. Nadie era imprescindible. Estaba seguro de que aquella volatilidad de creencias, fe, economía y confianza, acabaría por colapsar nuestra civilización. Y en un plazo breve de tiempo. A regañadientes, mi editor me dio veinticuatro horas que con los años me daría cuenta de que serán cruciales en mi vida. Fundamentales, decisivas y culminantes.

Bajamos de la enorme ranchera escoltados con la continua mirada de nuevos marines que custodiaban la entrada de la mansión. Nos rodeaba la nieve allí donde mirásemos, y también la fría y desconfiada mirada de los servicios de seguridad. Nadie hacía tal despliegue si no era por algún cargo oficial de alto rango del gobierno. Muy alto. Aquello comenzaba a escamarme.

Atravesamos el pórtico que daba a un gran salón. Silencio a pesar de las personas que nos flanqueaban. A ambos lados existían grandes estancias cuyo fin era el de servir de salón, comedor y por su extensión, de salas de fiestas privadas. Delante, unas escaleras que Cesare nos apremió a subir. Primera planta. Llena de dormitorios con largos pasillos que vigilaban esta vez agentes de paisano que no paraban de hablar por minúsculos intercomunicadores que guardaban asidos a sus muñecas. Unas nuevas escaleras. La buhardilla era seguro nuestro destino. Al subir encontramos una puerta doble custodiada por dos agentes de seguridad. Ahí fue donde obtuve la confirmación. Aquel asunto de las enfermedades raras, o había trascendido a niveles que nadie podía imaginar, o era un asunto del gobierno. Alguien quería extraer información que fluyera hacia los despachos del Pentágono. ¿Pero qué tipo de información referente a un simple niño enfermo podría interesarle al gobierno? Cesare me miró con seriedad antes de abrir las puertas.

Vimos una enorme sala abuhardillada de más de noventa metros cuadrados diáfanos. Un grupo de gente, unos diez, se agolpaban en la esquina derecha, pero evité sus miradas para explorar la estancia. Al lado del grupo, una pequeña mesa parcialmente cubierta por una cortina y las sombras, que a propósito cubrían el semblante de alguno de sus ocupantes. Los rostros se ocultaban intencionadamente en la oscuridad.

Una enorme cama con un ventanal oblicuo que estaba orientado hacia el noroeste. Una gran mesa de estudio y en una esquina una televisión con multitud de juegos de videoconsola tirados a su alrededor. Los habían usado recientemente. Una silla de espaldas a nosotros. Alguien la ocupaba, y Cesare me hizo un gesto para que nos aproximásemos.

—Hola, Steven —dijo casi con un susurro y sonrisa Cesare.

—Hola —dijo el niño sin devolver la mirada que no apartaba de la televisión.

Era un niño de unos siete u ocho años, con un cabello fino y lacio de reflejos rubios que cubría toda su cabeza, y caía hacia sus ojos casi tapándolos. De nariz respingona y labios carnosos, piel blanquecina y ojos marrones penetrantes. Su cabeza tenía una forma peculiar. Sus arcos supraciliares eran prominentes, la frente hundida hacia atrás y la zona occipital se alargaba haciendo que su cráneo pareciera grande para su edad. Sin embargo era un ser bello, era una criatura preciosa. Ahí afloraron mis más básicos instintos de paternidad. Su mirada y facciones me eran enormemente familiares. El hijo varón que nunca tuve. Cesare interrumpió ese momento de enorme emoción. No sabía por qué Steven había producido en mí esa sensación.

—Perdónale, Carl, es un niño especial. Es un encanto. No habla mucho pero es pura bondad.

Cesare pronunciaba estas palabras a la vez que percibí que alguien se aproximaba a mí por la izquierda. Noté entonces que Álex presionaba sobremanera mi brazo derecho. Le miré, ¿qué ocurre? —pensé—. Él señaló con la mirada envuelta en pánico a mi izquierda. Ojos abiertos y enormemente sorprendidos. Cuando levanté la vista se me heló el corazón. No podía moverme. Fueron los segundos más largos de mi vida. Mis ojos se humedecieron.

Era Alison.

Pero, ¿qué hacía ella aquí? Llevaba más de diez años sin verla, y ahora se presentaba en una situación tan compleja como ésta para hacerla aún más difícil.

Dios, qué guapa estaba. Mi corazón se había aletargado durante años por ella. Desde su ausencia. La odiaba, pero no podía hacerlo en esos momentos. No con ella de nuevo frente a mí. Alguien se aproximó a su espalda y puso ambas manos sobre sus hombros. Comenzaba a entender algo. Supuse que era su marido, su pareja actual. El mundo se me vino encima de nuevo como el mismo día que desapareció. Comprendí que aquel letargo iba a ser infinito. Pero la primera pregunta no había obtenido respuesta.

—Hola Carl —dijo ella con cariño.

Se aproximó aún más a mí y me dio un abrazo. Me hubiera fundido con ella en ese momento. Un sollozo se escapó de mi boca y cerré los ojos fuertemente para no dejar caer una lágrima. Por entonces todo fue muy traumático, y ahora Alison obtenía mi perdón. Ella parecía haber sentido lo mismo. Fueron muchos años juntos. Así lo percibía yo. No quería que se acabase nunca ese abrazo, pero al fin pude separarme sin dejar de cogerle ambas manos. Mis ojos estaban enrojecidos.

—¿Qué haces aquí, Alison?

—Steven.

—¿Cómo?

En ese momento me sentí mareado. No podía ser lo que su respuesta intuía. Cesare se aproximó a mí viendo que era demasiada información, y comenzó a aclararme lo que allí ocurría. Cogió mi brazo con cariño. Me había convertido en el ser más vulnerable después de Steven en aquella sala, y aquello no había pasado desapercibido para nadie de los que me rodeaban.

—Steven es el hijo de Alison. Ella es su madre, Carl.

Alison había desaparecido, sin saber exactamente el porqué, hacía unos nueve años. Caroline tenía sólo ocho y me dejó al cargo en solitario de una niña que necesitaba a su madre más que nunca. El fin de nuestra historia como familia. Ahora Caroline tenía un hermano que había comenzado con los mismos síntomas que ella. A pesar de estar quebrado por dentro por la presencia de Alison y ver la cara de Steven, el que debía haber sido nuestro hijo, tenía que

pensar en Caroline. Su enfermedad. Quizás Steven tenía algunas claves guardadas en los recovecos de su alma que nos desvelasen alguna cura para mi hija. Cesare interrumpió mi ausencia mental mirándome directamente a los ojos.

—Debemos comenzar.

Entendí que Cesare quería pasar página pronto en aquel episodio. No deseaba que nadie se centrara en viejas rencillas que nada tenían que ver con nuestro objetivo principal allí aquella noche. Miró a Alison buscando su aprobación, y la emoción hizo presa de ella como si hubiera presenciado antes lo que estaba a punto de ocurrir. Steven se levantó obediente de su silla y acompañó a su madre que lo arropaba continuamente con sus brazos. Cesare se detuvo un momento conmigo.

—Carl, lo siento. No podía adelantarte nada, si no quizás no hubieras querido venir. No sabía cómo ibas a responder. Entiéndelo por favor.

—Lo entiendo —respondí mirando aún la esbelta figura de Alison.

—Steven comenzó hace un año con los mismos síntomas que Caroline ahora. Este niño vivía en la diócesis de Boston donde el contacto con la Santa Sede es, digamos, más estrecho. En cuanto los padres de Steven notaron los primeros síntomas, aparte de acudir al hospital, pidieron ayuda a su párroco. Poco tardaron las noticias en traspasar el océano hasta el Vaticano. Aquí vive el padre Gabriel Amorth, el exorcista —dijo Cesare mirando hacia un anciano sacerdote que se mantenía de pie junto a la cama—, y por su intermediación, este caso se detectó antes que el de tu hija, del cual hemos tenido noticia por medio del difunto doctor Morell. Hoy nos acompaña además el padre Fortea, el que está llamado a ser el siguiente número uno de los sacerdotes dedicados a extraer información del alma humana. Gabriel Amorth es muy mayor. Yo mismo fui enviado por esta razón aquí.

—No entiendo nada —dije dejándome llevar de nuevo por la emoción a la vez que tapaba mi rostro con la mano.

Mientras tenía lugar nuestra conversación, Fortea y Amorth se ataviaban con la indumentaria sagrada para realizar aquella regresión. El alba, una camisola blanca con encajes que llegaba hasta los muslos. La estola al cuello que debía protegerles de las fuerzas del más allá si las cosas se torcían. Los santos óleos, agua bendita y una rudimentaria cruz hecha con palos de tierra santa entrelazados con una rudimentaria cuerda. No era la función de un exorcista realizar una regresión, pero ayudaría su enorme experiencia. Sobre todo si las cosas se complicaban. El silencio comenzó a establecerse en la sala. Steven se tumbó en la cama como parecía estar acostumbrado a hacer.

La gente que estaba en la mesa parcialmente oculta por las sombras, pareció tomar posiciones. Sólo una figura que se mantenía a oscuras no podía ser

vislumbrada. Permanecía sentado. Los demás se mantuvieron de pie en torno a él. Extraño comportamiento.

Únicamente se oía el comienzo de algunos rezos en latín que Fortea parecía emanar de lo más profundo de su alma. Como un rezo en una oscura y antigua sinagoga, su voz comenzó a transformarse en un canto, en un lamento que resonaba y erizaba el vello de mi cuerpo. Sentía miedo. El ayudante de Cesare acudió a la entrada haciendo que la luz de la estancia casi desapareciera. Sólo quedaba la lámpara de la mesita de noche que alumbraba el rostro de Steven desde su lado derecho. Éste había cerrado los ojos y reposaba boca arriba con las manos entrelazadas. Tranquilo y ajeno al miedo que yo comenzaba a sentir.

Entre los rezos de Fortea y Amorth que parecían terminar, Cesare se situó al lado de un trípode con una cámara de vídeo en su extremo. Yo me coloqué a su lado, a los pies de la cama. Cesare comenzó a hablarle al micrófono. Querían documentar todo aquello.

«Transcripción de las palabras de un individuo de sexo masculino de 8 años de edad. Su nivel de madurez con respecto al otro individuo de estudio — Caroline— es inferior. Aunque su personalidad anciana se trate de un hombre de la edad de piedra, el individuo narra con cierta perspectiva y maneja conceptos que pueden resultarnos extraños para un ser con sus supuestas características. Todo ha sido grabado en vídeo y será remitido a los archivos en Roma. Ninguna copia adicional ha quedado registrada»

Estábamos en el momento, el lugar y la compañía que sabía, no volvería a tener en la vida. Estaba delante de alguien del pasado que ahora resucitaríamos mediante la hipnosis.

El extraño recuerdo del encargo de mi editor sobre unos neandertales aparecidos por el derrumbamiento en las cuevas del Shanidar en Iraq estremeció mi corazón. No podía ser casualidad. El siguiente escalón sería Caroline. ¿Estaría yo dispuesto a verla sufrir como seguro lo haría el pequeño Steven? Así debería ser en base a la historia de Cesare. No tenía muchas más opciones. Mi nuevo amigo, el cura Corsini, comenzó a susurrarme al oído.

—Este caso que vas a ver puede ser similar al de Caroline. Es un niño con un grado de autismo leve. Está diagnosticado por los médicos del síndrome de *Asperger*. Habla más bien poco, apenas hila cuatro palabras para comunicarse con los familiares que más confianza le generan. Es un ser espontáneo, por momentos insolente debido a su extrema sinceridad. Cuando entramos en la regresión todo cambia.

Entonces me miró fijamente a los ojos. El sudor comenzaba en su frente.

Cesare me preparaba para escena siguiente.

—¿Estás dispuesto a enfrentarte con lo que somos? ¿Con lo que fuimos y puede salvar la vida de tu hija?

Asentí a duras penas. No dudé con la mirada. Las palabras simplemente no salían de mi boca. Gabriel Amorth comenzó su labor con una voz grave. Sus vibraciones hacían temblar la habitación. Un nuevo rezo que hizo que otra vez un escalofrío recorriera mi espalda. La oscuridad lo envolvía todo.

«En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, invoco a todos los Ángeles y a los Santos. Invoco la protección y ayuda de San Miguel, el Arcángel líder de los Ejércitos Celestiales; de todos los Arcángeles y Ángeles. Invoco en el Nombre de Jesús la bendición, protección, y ayuda de todos los Patriarcas, los Profetas, los Confesores, y las vírgenes y mártires. Tú que eres doctor y médico de nuestras almas; te pedimos y te invocamos: ¡Has vana, expulsa, y pon en fuga a toda potencia diabólica, toda presencia y maquinación satánica! El Señor es mi Salvador y no tendré temor de lo que pueda hacerme el hombre; no tendré temor del Mal porque Tú estás conmigo, tu eres mi Dios, mi fuerza, mi Poderoso Señor.

Señor Dios Todopoderoso en el Nombre de Jesús te pido mi liberación y la liberación de todos los que sienten la influencia del Maligno en sus vidas. Cristo ha vencido al Demonio en la Cruz.

¡Saca al enemigo fuera de mi vida para tu honor y gloria!

En el Santo Nombre de Jesús cúbreme con tu Preciosa Sangre, Jesús, libera a tu siervo de Satanás ¡libéralo Señor! »

Las palabras de Gabriel resonaron gritando al final haciendo que el silencio posterior fuera terrorífico. Habían emplazado al demonio a que no interrumpiera aquella sesión de hipnosis. Así lo hacían siempre. Alison y su padre al parecer así además lo habían pedido como profundos creyentes en la fe católica. El padre Fortea pareció dar el final del rito pronunciando unas palabras en latín:

Kyrie, rex genitor ingenite, vera essentia, eleison.

Kyrie, luminis fons rerumque conditor, eleison.

Kyrie, qui nos tuæ imaginis signasti specie, eleison.

Christe, Dei forma humana particeps, eleison.

Christe, lux oriens per quem sunt omnia, eleison.

Christe, qui perfecta est sapientia, eleison.

Kyrie, spiritus vivifice, vitæ vis, eleison.

Kyrie, utriusque vapor in quo cuncta, eleison.

Kyrie, expurgator scelerum et largitor gratiæ; quæsumus propter nostras offensas noli nos relinquere, O consolator dolentis animæ, eleison.

Otra vez el silencio. Ahora era el turno de Cesare que avanzó desde los pies de la cama lentamente hasta sentarse en el lado de la luz. Corsini comenzó a interrogar.

—Hola, Steven. ¿Cómo estás?, tranquilo, estás con tu amigo Cesare. No te va a pasar nada. Sólo queremos hablar contigo.

El chiquillo que mantenía los ojos cerrados asintió sin abrir la boca. Todo parecía ir bien.

—De acuerdo. Quiero que ahora te concentres, sigas con los ojos cerrados y recuerdes cuando vestías otra piel, cuando no eras Steven. Cuando tu nombre era Nuba.

El rostro de Steven comenzó a cambiar. Parecía dibujar un llanto, apretaba sus ojos y comenzaba a moverse. Cesare esperó unos segundos interminables, lo calmó con sus manos para que tuviera referencias en su cuerpo actual.

—Hola, Nuba. ¿Estás con nosotros, Nuba?

Cesare repetía intencionadamente una y otra vez el nombre de aquel ser prehistórico que había vuelto a la vida en el cuerpo de un crío del siglo XXI. Lo repetía para hacerle venir entre nosotros para que Steven desapareciera temporalmente, y fuera Nuba el que nos hablase.

—Sí —respondió el niño tras unos interminables segundos, aquello hizo que abriera los ojos de par en par, enrojecidos.

—Hace frío.

—¿Sí, Nuba? ¿Tienes frío? ¿Dónde estás?

—Estoy en la caverna. El invierno es largo. No hay comida.

—¿Tienes hambre, Nuba? ¿No tienes nada para comer?

—Sí, tengo hambre. Pero hay cuerpos. Podremos comer pronto. Mi padre está herido y mi hermana ha desaparecido.

Después de estas palabras, Steven comenzó a retorcerse de nuevo. Su fuerza parecía venir de un sitio extraño, Cesare lo sujetó cariñosamente, a la vez que intentaba calmarlo. Una lágrima cayó por su mejilla. Estaba afectado por algo. Corsini casi no podía con aquel niño que sólo rozaba los treinta kilos. De nuevo pudo calmarlo y el sacerdote continuó.

—¿Qué le ha ocurrido a tu padre?

—Los otros han venido de nuevo, otra vez nos han atacado, pero esta vez han huido. Son más rápidos, pero nosotros somos más fuertes. Comeremos lo que

queda de sus cuerpos para pasar el invierno. Mi padre ha resultado herido y se han llevado a mi hermana. Kumara.

Un nuevo escalofrío recorrió mi espalda, esta vez con mayor intensidad. Había pronunciado la palabra que mi hija ya hizo antes. Kumara.

Aquel niño comenzó a mirarme. Todos quedaron como estatuas presas del miedo, pues Steven mantuvo su cuerpo tumbado en reposo mientras giraba parsimoniosamente la cabeza hasta dar con mi mirada. Sus ojos se abrieron aún más, y se clavaron en los míos. Impenetrables, infinitos y que reflejaban la historia que ocurrió hace miles de años. Su expresión era serena, me sentí examinado en vez de observado.

Su mano se movió entonces lentamente hasta que se dirigió hacia mí y extendió sus dedos como pidiendo ser asida. Yo no sabía qué hacer. Su madre comenzó a llorar silenciosamente tapándose la cara para no interrumpir la escena. Los ojos de su padre se humedecían sin comprender el porqué de aquel ademán hacia un desconocido. Kumara era mi hija Caroline. Su hermana. Steven sin duda veía aquel nexo en su mente.

La situación se había vuelto difícil, pero todos los presentes confiábamos en el maestro de ceremonias Cesare.

—Tranquilo, Steven. Kumara volverá. Tu padre la traerá.

Steven miró entonces a Cesare.

—Los que se van nunca vuelven —susurró con una mueca de intenso dolor en su alma—. Su labio inferior se plegaba hacia arriba y comenzaba a exudar unas lágrimas en sus ojos.

Su cuerpo se retorció de nuevo. La fuerza volvía a manifestarse en él. Sus músculos de tensionaban sobremanera. Se revelaba contra aquello que un día ocurrió.

—¡Mi padre morirá!, ¡no hay *Num!*, ¡No hay *Num!*

—¡Tranquilo, Nuba!, dime ¿qué es *Num?*

El ayudante de Cesare se acercó a mí para decirme susurrando que ése era un concepto que hasta ahora nunca habían oído. Lo anterior que habían podido obtener de Steven eran nimiedades. Era la primera vez que parecía contar acontecimientos de su vida cotidiana, y parecía que mi presencia había activado el recuerdo de Kumara que también era nuevo. La que parecía ser su hermana.

Cesare repitió la pregunta.

—Nuba, ¿qué es *Num?*

Steven mantuvo el silencio emitiendo pequeños jadeos. Entonces ante la sorpresa de todos contestó en tono bajo:

—*Lamb, Bet, Fet, Num.*

Álex y yo nos miramos de repente. Aquellas eran las palabras que un día el paleobiólogo Ethan Conway y Pedro Cantalejo pronunciaron en un remoto bar de Érbil en Iraq. Ya no había casualidades. Eran las palabras de un niño neandertal. De una especie extinta que ahora pugnaba por salir de nuevo a la luz. Como un rayo, me vino la idea de hablar de nuevo con mi antiguo amigo Pedro Cantalejo.

El cura estaba impresionado. Se veía en su rostro. Estaba escuchando una especie de idioma incomprensible, unos vocablos de una laringe prehistórica. Pero nadie conocía su significado. Corsini insistió.

—¿Qué es *Num*?

Steven se incorporó sentándose en la cama ante la sorpresa de todos. Abrió de nuevo sus ojos y comenzó a gesticular. Movía su mano en círculos, de arriba a abajo, en todas direcciones. Dibujaba como si lo hiciera en la pared de su cueva. Como lo haría un niño de su edad, por entretenimiento en nuestros días. Cesare inquirió con gestos a su ayudante para que trajera papel y lápiz. Lo puso a la altura de las manos del niño que realizó unos trazos. Todos miramos con ansia aquel papel que de repente cedió de las manos de Cesare. Había escrito un símbolo incomprensible. En ese momento comenzó a hablar.

—Debemos aprenderlo, es nuestra salvación. Debemos aprenderlo para sobrevivir. ¡Ya no hay *Num*! ¡No hay *Num*! ¡Moriremos!

Steven se desvaneció entonces sobre la cama cerrando de nuevo sus ojos. Unas gotas de sangre en su fosa nasal derecha comenzaban a emanar. El grito de su madre nos estremeció a todos. Cesare la miró inmediatamente y le impidió acudir interponiendo su mano. El papel cayó a un lado de la cama y nadie pareció hacerle caso por el momento.

—Está bien, tranquilo —apaciguó—, todo va a terminar ya. Lo vamos a dejar por hoy.

—¿Steven, estás ahí?

El niño no contestaba. Después de sus últimas palabras notamos que algo no iba bien. Su cuerpo comenzó a contraerse. Se le enrojeció su rostro y arqueaba su cuello hacia atrás. Las venas en su cuello se congestionaban y empezó a gritar, primero en tono agudo y después en un tono monótono y grave que no correspondía con su edad.

Algo no iba bien. Los rezos de los exorcistas parecían no haber espantado al ser que cíclicamente se interponía en el contacto con el más allá. Se escuchó un murmullo de la gente que procedía de la mesa tras las cortinas. En la sombra. Incomprensible. Estaba congelado, el ayudante de Cesare procedió a comentarme los acontecimientos de lo que él si estaba acostumbrado.

—Parece ser que las cosas se complican. Es un alma anciana. Estas son más

vulnerables. Fueron las primeras que Dios puso sobre la tierra. Su cuerpo dejó de ser hace poco el barro primordial del que habla la Biblia. Hace poco que su cerebro por la infusión del alma se ha transformado en humano. Dios acababa de poner su mano sobre ese cuerpo. Una de las primeras almas. Es más vulnerable a espíritus errantes que proceden del mismísimo infierno.

El cuerpo de Steven se retorció de nuevo, su espalda se arqueaba convulsa, y de repente vimos lo que nunca pude imaginar. Sus llantos graves se transformaron en un sonido muy elevado que resonó por toda la buhardilla. Aquel cuerpo infantil comenzó a levitar.

El espacio que antes había ocupado en la cama apareció vacío, desaparecía en el espacio comprendido apenas unos centímetros por encima de las sábanas. Ahí sus movimientos se detuvieron y permaneció inmóvil, sólo interrumpido por unas contracciones a la vez que exhalaba unos gruñidos que pertenecían al más allá.

Cesare permaneció a su lado, inmóvil, rezando en silencio movía sus labios. Rezaba para que el alma de un inocente no se hiciera presa del Satán que rondaba aquella sala como respuesta a la conexión ancestral que habíamos establecido.

El padre Gabriel Amorth y Fortea se adelantaron situándose a ambos lados del niño por delante de Cesare. Estaban acostumbrados a estas situaciones, su actividad aumentó a la vez que escupían agua bendita por los contenedores de plata que portaban en sus manos. Avanzaron rodeando la cama. Se dieron cuenta que debían luchar contra Satán. Entonces comenzaron a gritar ambos, desesperados, como un soldado que lucha sin cuartel frente a los enviados del infierno.

;;;Invoco la protección y ayuda de San Miguel, el Arcángel líder de los Ejércitos Celestiales, expulsa, y pon en fuga a toda potencia diabólica, toda presencia y maquinación Satánica!!!

;;;El Señor es mi Salvador y no tendré temor de lo que pueda hacerme el hombre; no tendré temor del Mal porque Tú estás conmigo», Tú eres mi Dios, mi fuerza, mi Poderoso Señor!!!

;;;Saca al enemigo fuera de mi vida para Tú honor y gloria!!!

;;;En el Santo Nombre de Jesús cúbreme con Tú Preciosa Sangre Jesús, libera a tu siervo de Satanás libéralo Señor!!!

Aquel cuerpo permaneció inerte unos centímetros por encima de la cama, agitándose, girando en ambas direcciones. Sólo se oían los sollozos de su madre

y no pude más que contemplar aquella escena del más allá con la inmovilidad que producía en mí el terror.

Entonces el pequeño Steven cayó fulminado sobre la cama. Fortea y Gabriel Amorth habían hecho su trabajo. Sin embargo el horror de lo que habíamos presenciado no se evadía. El silencio sepulcral era síntoma de aquel hecho sobrenatural que habíamos presenciado. Lo que nunca quisimos creer aunque en ciertos medios televisivos se nos enseñaba. Aquél era el trabajo de diario *del astrónomo del Vaticano*. Éste que había permanecido al lado de Steven le hizo una señal de asentimiento a su madre. Ésta corrió hacia el niño y lo abrazó. Cesare Corsini había vencido esta vez. Se dirigió entonces a mí y comenzó a hablarme.

—Si ocurren estas cosas es porque en su interior existen genes, que como discos duros emanan el recuerdo de la impronta que inevitablemente ha ido ocurriendo durante los milenios. Es un alma anciana, muy vulnerable. No pensábamos que esto le ocurriera a Steven, pero yo sabía que podría ocurrir. Abrimos caminos en la mente del regresado que son inhóspitos, y en ocasiones se cruzan en ellos las almas de los torturados y también la del mismísimo demonio.

—Entiendo Cesare —dije sin mucha convicción—. ¿Pero qué haremos ahora?

—Ahora debo irme a tierras lejanas a seguir cumpliendo con mi misión. Pronto iré a visitar a Caroline. Debo obtener tu permiso.

—Lo tienes. Avisaré a Carmen, la mujer de Álex para que te ayude en lo que necesites.

—De acuerdo. Nos pondremos en contacto con ella pronto.

Tras estas palabras aquellos personajes de las sombras del fondo de la habitación, se levantaron. Mantenían una posición extraña. El grupo parecía querer rodear a una persona que se mantenía en medio de todos. Las luces no se encendieron hasta que ellos no desaparecieron. No pude identificar a nadie. Intenté interrogar a Cesare acerca de la identidad de ese grupo. El cura entendió mis intenciones pero me respondió moviendo su cabeza negativamente. Quise evitar entonces cualquier movimiento torpe por mi parte, y seguí interrogándole para saber qué información podía sacar de él.

—¿Dónde va a ir ahora?

—Antes de ir a ver a tu hija, debo ir a otros sitios. Tengo mandatos que la Iglesia quiere que haga. Lejos de aquí y lejos de mi país. Acabo de recibir el encargo.

Asentí sin saber qué responder a ese arrebato de sinceridad de Cesare. Quizás lo hizo porque su siguiente misión no le gustaba o simplemente porque se sentía más cerca de mí tras el episodio anterior.

Allí permanecía Alison, abrazando y consolando a Steven. No quise molestarla. Seguro que no sería nuestro último encuentro. Miré a su marido y me despedí con un movimiento de la mano. Seguí a Cesare escaleras abajo. Seguía sin entender qué información querían extraer exactamente de aquellas regresiones. De Steven y seguro más tarde de Caroline. Cesare no quería que yo supiera todas las cartas que tenía escondidas. Recelaba de todo. De cualquier manera ponía la vida de mi hija en sus manos, y en las del difunto Morell. No tenía dudas de que aquel cura no le tocaría ni un pelo. Era todo un soldado de Cristo que estaba convencido de su labor. Creía firmemente en lo que hacía. Pero sin embargo, seguía sin fiarme de que no me hubiera dado toda la información que necesitaba, como por ejemplo ¿quiénes eran nuestros compañeros en la buhardilla de la mansión? ¿Quién era ese personaje que salió apresuradamente de la sala que los militares protegían armados hasta los dientes? Verdades a medias.

Esta vez al subirme en la furgoneta, elegí el asiento posterior. Cesare me daba la espalda. Aproveché ese momento de supuesta intimidad. Conecté el móvil que por cierto no había tenido cobertura durante toda la estancia en aquella casa. Al fin conexión de datos al llegar a la carretera nacional tras un cuarto de hora de camino. En el mismo punto en el que se fue la cobertura anteriormente. Aquella falta de cobertura, parecía ser obra de inhibidores de señal inalámbrica. Me estaba volviendo paranoico. Abrí los mapas y el programa de navegación. Busqué mi geo localización. No lo podía creer.

Algo se me escapaba, veía como llegado el momento no podría tomar mis propias decisiones. Tenía que aliarme con aquel cura que me asaltó en casa del difunto Morell la noche anterior. Debía tomar las riendas de aquella situación estudiando lo que Ralph Morell me había dejado. Debía desplazarme a Iraq al día siguiente, sospechaba que allí había algo que me podría aclarar algo más acerca de esta indescifrable realidad. Recordaba a Pedro, mi lejano amigo español del Shanidar. Nuestra entrevista con Ethan Conway. «Busca *Num*» le dijo a Pedro antes de su captura. Todo aquello parecían ser piezas de la misma trama. Todo comenzaba a encajar en mi cabeza.

Volví a mirar con miedo el aparato que me indicaba mi situación geográfica. Nuestro encuentro con el más allá había tenido lugar en la residencia de verano del presidente de los Estados Unidos. Habíamos presenciado al demonio en Camp David.

Capítulo X. El Ángel de la muerte

Playas de Sao Paulo. Estado de Santos. Brasil
7 de Febrero de 1979.

El viejo de sesenta y un años paseaba buscando el parapeto de su parasol. La tumbona de madera acolchada se situaba a unos metros de la orilla que humedecía con cada tranquila oleada los pies del lector. Era una playa preciosa inmersa en un momento idílico. Había pocas personas a su alrededor, sólo una familia que parecía haber llevado al abuelo para que tras una vida de trabajo, conociera al fin la playa, y se le concediera un baño del que no había disfrutado nunca.

De vez en cuando, el lector dejaba sobre su desnutrida barriga el libro abierto para no perder la página, miraba a un lado a otro disfrutando de la brisa y del calor de verano austral. A través de las oscuras gafas de sol, observaba con una sonrisa la escena familiar. A su edad pensaba continuamente en su situación. Algo atenazaba la mente de aquel hombre presenil que había construido una vida de película, una vida que lejos estaba de culminar. Llevaba la ira en su corazón. La venganza estaba en su mente.

Él era una persona de ésas, hecha a sí misma, sin la ayuda de nadie, a base de esfuerzo. Su familia era originaria de la vieja Europa. Su padre, un judío que procedía de un shtetl en la ciudad de Sudargás en la frontera polaco-lituana, que por entonces pertenecía al imperio ruso. Un pequeño poblado que agrupaba en guetos a los judíos para su protección en un convulso siglo veinte prebélico. Su madre, única superviviente de la guerra en su familia, cambió su nombre al morir su padre Solomon, por el de Miriam abrazando definitivamente el judaísmo. Semillas de una planta cuyas raíces cercenaría sin piedad el partido nazi.

Su familia importaba chacinas y quesos de Europa hacia el Nuevo Mundo, realmente era una posición acomodada, pero el rendimiento académico del que hoy era ya casi un viejo no era el adecuado, y su padre decidió enviarle a su tierra natal para que aprendiera el negocio familiar. Algunos postularon que también para aprender las costumbres de una raza como la suya, de la que descendía desde que había registros. Entre Polonia y Viena pasó los últimos años de la década de los treinta donde convivió con una familia judía de la que

después de la guerra no se supo nada. Una nueva semilla de rencor. Un amor de adolescencia que Hitler evaporó, y que marcó una cicatriz en el corazón del lector.

Ahí comenzó su fobia e inspiración para escribir relatos que después causarían sensación en todo el mundo. La inspiración sobre su principal personaje de su novela más conocida *Holden Cauldfield*.

El repaso por su vida era inevitable entre aquel silencio y ante la encomienda de lo que había venido a hacer allí. Aquellos pensamientos estaban cambiando su estado de ánimo y destapaban poco a poco la mascarada que se empeñaba en atrapar en su rostro. No sólo era su misión, sino que existía la ira, rabia. Venganza. Él no era solo un lector, era el escritor. El que había escrito entre multitud de novelas y cuentos, personajes reales que sufrieron la maldad y el acoso por ser quiénes eran en los tiempos convulsos de mediados del siglo veinte. Por eso su retiro, por eso su animadversión hacia todo lo que ocurrió.

Ya eran casi las seis y media de la tarde y el caluroso ocaso comenzaba a dar sus primeros coletazos. El sol amarilleaba la escena dando al horizonte un reflejo inigualable. El lector seguía observando la escena del baño familiar. Era el momento de actuar. Se levantó parsimonioso y dejó con tranquilidad las gafas de sol y el libro sobre la tumbona.

El viejo delgado se acercó al ver que el abuelo de la familia se adentraba en aguas de poca profundidad, quizás le daba miedo pensar en que se ahogaría, pero lo extraño es que su familia no fue tras él. El encuentro se producía poco a poco, y el lector se encontraba ahora a escasos metros del abuelo de pelo cano.

La escena que pudo ser, cambió con un solo ademán, una sola mirada del lector hacia la familia que comenzó pausadamente a recoger sus cosas y a abandonar la playa lentamente. El abuelo se quedaba a solas con el lector. Éstos no miraron hacia el dúo bañista que parecían asumir su destino. El que debió ser hacía décadas. El abuelo Josef miraba hacia el mar con el agua rozándole la ingle. Escasa profundidad para que supuestamente no ocurriera ningún percance, pero sin embargo suficiente para que aconteciera una desgracia.

Lentamente el lector se acercaba haciendo un leve ruido de chapoteo a cada paso. Josef había vivido tanto o más que el lector. Miraba hacia el infinito del mar. Sabía que aquel momento que había temido por tantos años se acercaba. Josef se percató de su destino y sin darse la vuelta comenzó a hablar, mirando con sus ancianos ojos entrecerrados hacia el horizonte del atardecer. Mar en calma y los reflejos rojizos del sol tocando la tranquila superficie acuosa. Sólo la desvalida y ronca voz de Josef turbó el crepitar del agua.

—¿Has venido a dar cumplimiento a los cabos sueltos de la guerra?

Jerome David Salinger, el lector, permaneció inmóvil, sin sentimientos en

aquella playa ocupada ahora por dos personas únicamente. No respondió inmediatamente a su pregunta, le dio unos segundos en los que ya se conocía su respuesta. Sólo un esplendoroso Cadillac negro que ocupaban dos hombres trajeados igualmente de negro y con gafas de sol, estropeaban aquella magnífica soledad. A una distancia prudente, separados por un par de cientos de metros de arena y bajo el cobijo de unas palmeras. Observaban la escena por si algo no salía según los planes de la agencia.

Jerome esperaba disfrutando del momento con una agonía, sin embargo, que atrapaba su corazón. Sentía remordimientos y pena al recordar aquel sobrio y aterrador pasaje que se encontró al abrir las puertas alambradas del campo de concentración de Dachau. Con un hilo de voz comenzó a responder a aquel asesino que sin embargo se merecía una respuesta.

—Dejaste algunos cabos sueltos efectivamente.

Josef se giró hacia Jerome. Al fin cara a cara, de nuevo lo que fue y que ahora sólo eran miradas, pero qué significaban el enfrentamiento entre dos maneras de entender la vida que ya hacía mucho que habían dejado de existir. La barbarie contra la defensa de la democracia y de la igualdad de oportunidades. Pero Jerome sabía que eso no era del todo verdad, y sospechaba que hacía décadas venía siendo usado por sus superiores desde que fue reclutado para los servicios de anti espionaje al finalizar la segunda guerra mundial. La coraza de bondad de los que habían ganado la guerra se destapaba poco a poco, y sus soldados en la sombra comenzaban a salir de la mentira en la que estaban inmersos.

—Ahora que todo termina, supongo que puedes contarme esos cabos sueltos sin miedo a que se filtren de nuevo.

Josef dijo esas últimas palabras sintiéndose extrañamente cómplice de su hostigador. La guerra seguía siendo la misma, pero ahora nadie empuñaba el rifle. Todo se había convertido en una fría contienda de inteligencia y secretos de estado. Esos dos hombres sabían casi todo de los entresijos que forjaron nuestro complicado mundo tras aquel conflicto.

—Bien. Creo que te lo has ganado. Te recordare un nombre que seguro sigue en tu mente. Simón Bar Natán.

El abuelo se dio la vuelta hacia el lector. Los párpados de Josef se abrieron de par en par y su boca comenzó a exhalar el aire de sus pulmones que batían sus secreciones hasta hacerlas audibles como jadeos de desesperación. Josef consiguió calmar su ánimo ante aquel nombre que había permanecido en el olvido desde hacía más de treinta años. Sin embargo no pudo articular palabra. Jerome David continuó.

—Tú diste las pistas para encontrar el libro. Tú fuiste el soplón de los servicios secretos para torturar hasta la muerte a un inocente. Comunicaste su

paradero al siervo de Himmler, Wolfram Sievers y éste sólo tuvo que azuzar a los perros de presa de las SS para que lo capturaran y pusieran en tus manos.

Josef Menguele seguía sin articular palabra. Con rostro orgulloso pero de alma quebrada en esos momentos que no comprendía ni dominaba. Al fin alguien parecía hacer algo de justicia.

—Comprenderás que esto no debe quedar así. Buscabais el secreto en aquel libro que ahora parece que nadie encontró. Sólo jugasteis a las cartas con miles de cuerpos judíos y de otras razas, para ver si os encajaban las piezas que torpemente os daba Simón Bar Natán.

El viejo Josef interrumpió aquel monólogo. Su rostro comenzó a tensarse lo suficiente como para hacer frente iracundo a Jerome David.

—¡Calla!, ¡no sabes nada!, ¡silencio!

Josef pronunció aquellas palabras expulsando por su boca algunas gotas de saliva. No podía dominarse. Se creía aún el dueño de la verdad y de la bondad de sus actos, y los justificaba continuamente en su cabeza para no tener que coger un trozo de soga y colgarse del cuello hasta morir asfixiado. Esos pensamientos le habían atenazado demasiado en los últimos años. Se sabía con un secreto que su interrogador no debía conseguir. Quería irse con ellos hasta la tumba. Sabía que ese momento llegaría pronto. Él sin embargo siguió justificando sus actos de barbarie.

—Soy médico. Pocos podían decir eso entonces. En el partido sólo había cabida para fanáticos creyentes de arcaicas teorías sobre los orígenes de nuestra raza llamada aria. Eran unos locos pero yo vi la oportunidad de hacer algo más. Tenía los medios y cientos de miles de cuerpos sobre los cuales investigar. ¿No te parece un buen caldo de cultivo para que la ciencia médica avanzase en unos años mucho más de lo que lo hizo en milenios? ¡Soy un científico!, ¡no un asesino!

Sus palabras parecían aprendidas como un violento monólogo repetido en su cabeza una y otra vez. Parecía que había esperado ese momento desde siempre. Su juicio que al fin llegaba.

—No me interesa tu palabrería. Sabes a por lo que vengo, Josef. Tú lo tienes. Has aprovechado sus conocimientos para fundar tu ridícula Fadro Farm. No sé en qué forma, si es el libro original o son sus apuntes robados a golpe de culata de rifle sobre el rostro de Simón, pero vas a darme lo que he venido a buscar. Tú ya no le puedes sacar más jugo a esos datos que llevas manejando decenas de años, pero quizás el resto de la humanidad sí.

—Puedes coger todo lo que tengo. Te será de poca utilidad. Ya no está en nuestras manos. Hay alguien superior controlando esos hallazgos. Todos los informes han sido enviados durante años a Europa. Allí está lo que buscas. No

aquí.

Las miradas se cruzaron desafiantes. Ambos sabían las mentiras del otro. Nadie daría su brazo a torcer. Menguele sería incapaz de enviar a un grupo de desconocidos en Europa todo lo que contenía aquel libro. Él quería ser el descubridor de todo. Ahí la justificación de su empresa, la Fadro Farm. Grandes descubrimientos científicos exprimidos de aquel libro que un día ocultó el Rav Simón Bar Natán.

Segundos de tensión que terminaron con un puñetazo seco hacia el rostro del que un día masacró a millares de judíos, sometiéndolos a las más bajas prácticas médicas de horror y tortura. Josef Menguele cayó de rodillas con el rostro a un lado y su sangre comenzando a gotear en la superficie del mar desde su boca. El agua le llegaba entonces por el pecho. Jerome esperó, disfrutó de unos segundos de venganza que necesitaba. Se sentía de nuevo usado. Su familia de la lejana Austria, la de acogida que tanto quería estaba por fin a punto de ser vengada y con ella, miles de almas atormentadas que pululaban por un cruel purgatorio. Notaba como esas almas volaban encima de ellos en esos momentos en los que se iba a dar fin a una vida. Vida por vida, venganza por barbarie, diente por diente como el antiguo testamento del que nunca debimos abandonar su doctrina. Ya era tarde para apiadarse.

Jerome miró a un lado y a otro, y al ver que sólo el equipo de apoyo de la Agencia Nacional de Inteligencia vigilaba, miró de nuevo a Josef y asió su cuello sin que al parecer éste opusiera la consecuente resistencia. Extraña desidia y aceptación de una muerte violenta que había predicho durante años. Jerome David agarraba con fuerza a la vez que se repetían los jadeos, esta vez aún más fuertes y se combinaban con la saliva para comenzar a echar espuma mezclada con sangre por las comisuras. Otra vez el jadeo y tras pocos segundos, la inmovilidad, la inmersión, el ahogo y la muerte.

—¡Los muertos matan a los vivos!, ¡Los muertos matan a los vivos! —repitió Jerome sin miedo a ser oído, mientras sujetaba con fuerza la cabeza del que un día urdió con ella asesinatos en masa.

Con lágrimas en los ojos apretaba aún el cuello del anciano. Se daba cuenta de su error al dejarse llevar por su vendetta personal anteponiéndola a los intereses de la CIA. Debía haberlo interrogado hasta hacerle vomitar todo lo que sabía.

Pocos años más que él. Pero sin embargo la tristeza lo sobrecogió, pensando en que el destino podía haber sido otro si no hubiera primado su sed de venganza sobre lo que se cernía sobre la humanidad. Los siguientes años darían certeza a su error. Su corazón latía apresuradamente y al fin consiguió retirar sus manos del cuerpo inerte de aquel asesino.

Su cabeza debía reorganizarse. No era la primera vez que desde el inicio de la

guerra fría había hecho algo así, pero esta vez era distinto. Daba cumplimiento a la venganza que esperaba en su corazón desde los años cuarenta. Sin embargo no había conseguido nada de información que era la premisa de su estancia allí. La Fadro Farm había sido investigada en numerosas ocasiones por la CIA, sus números de cuenta, transferencias a bancos donde Josef Menguele era el titular con el pseudónimo de Wolfgang Gerdhard y pasaporte falso de Suiza desde empresas fantasma en Alemania. El entramado era demasiado complicado, y la única persona que podía aclarar algo yacía muerta delante de Jerome David bajo las aguas. Sólo tenía una pista, el holding de empresas que estaba a nombre de un tal Jonathan Morell. El mismo hombre con el que debía citarse unas horas después para, según órdenes de la agencia central de inteligencia, darle el libro que Salinger debía quitarle a Josef Menguele. La agencia le había encargado que toda la información que recopilase, fuera entregada tras la eliminación de Menguele al tal Jonathan Morell. No debía esperar más. Tenía una cita que sabía no podía retrasar. Parte del encargo había sido cumplimentado pero no era todo.

Recobrando parte de la crueldad que un agente encubierto de la CIA debía poseer, miró tranquilamente a un lado y a otro, viendo que no había nadie en los alrededores, hizo un gesto afirmativo hacia el coche negro que esperaba en el paseo. Miró vehemente el cuerpo sin vida de Menguele, y lo hundió con su pie hasta que salieron de su boca y nariz las últimas burbujas de sus pulmones. Al menos eso le daría unos minutos para dejar la playa sin llamar demasiado la atención.

La agencia daría un buen pellizco a la familia de Menguele por hacer de cómplice y ceder la información necesaria para aquel asesinato. La promesa de una venganza con sangre haría las veces de garantía de silencio. Para la historia todo quedaría en un simple infarto de un viejo durante un baño. Otro episodio de la historia de la humanidad que culminaba cruelmente. Como aquel lobo de las SS merecía.

Parsimoniosamente, como si nada hubiera ocurrido, recogió sus cosas y se introdujo en su Cadillac blanco. Aquella cita con Morell debería esperar. Tenía que ir de nuevo a donde Menguele vivió. Escudriñar algún dato que se les hubiera escapado. Se dirigió hacia el centro por la *Rua Aleixo García*, desde allí tomaría la *BR-101*, un camino lleno de recovecos hacia el barrio de Embú, el suburbio de Sao Paulo donde vivía Menguele en la Estrada do Alvarenga. Cien kilómetros para pensar, reordenar sus ideas y sobre todo buscar las claves que debía aportar a los servicios de inteligencia.

Simón Bar Natán era un rabino judío, quizás el más importante de todos los tiempos por la trascendencia de lo que tenía entre sus manos y el momento que vivió. Por quien debía enfrentarse y guardar su secreto. Jerome David Salinger

sabía que sus órdenes no eran mandato directo de la agencia, sino de quien pagaba las facturas y platos rotos de un país que rozaba constantemente la deflación. Las grandes empresas y holdings que movían dinero, petroleras y armamentística financiaban al torpe gobierno a medias republicano y demócrata. Pero esta vez Jerome conocía el nombre de aquella compañía que estaba detrás de toda la operación. Novatech no era una petrolera sino una sociedad dedicada a la industria farmacéutica, el poder económico emergente más poderoso de nuestros tiempos incluso por encima del petróleo. Una sociedad que no dejaba trazas de su existencia a su paso, y que había comprado recientemente la farmacéutica de Menguele, la Fadro Farm. Ahí comenzó su rápido ascenso en valor de acciones y rentabilidad de sus nuevas y sorprendentes patentes. Detrás estaban intereses hacia un secreto que sólo Josef Menguele conocía, y que se trajo bajo el brazo con la forma de un libro robado a un rabino en un campo de concentración. Los dueños de aquellas compañías farmacéuticas modernas lo sabían y lo querían a toda costa. El *Ángel de la Muerte*, siempre les negó su existencia. Jonathan Morell y su Novatech eran razones suficientes para que Menguele no se negara a darles lo que necesitaban. Pero esta vez tuvieron que extraérselo en las mismas puertas de su muerte. Sin embargo, Salinger pensaba en porqué el gobierno norteamericano y su CIA estaban detrás de aquella operación de extracción de documentos de los nazis, más de treinta años después del final de la guerra. Extraños socios, extrañas alianzas. Burla para la humanidad por parte de sus dirigentes.

Con estos pensamientos llegó Jerome a casa del difunto Menguele. Casas bajas de piedra burdamente enlucida y de mala calidad. Un suburbio infecto donde malvivía entre la pobreza el que un día cargó un vagón entero de tren con lingotes de oro que provenían de la fundición de prótesis dentales de judíos.

La puerta de delgada madera estaba encajada con un cerrojo que no se tenía en pie. Fue fácil para Salinger abrirla con un pequeño empujón y obtener acceso al comprobar que nadie le observaba. Cerró cuidadosamente el frágil pórtico, tras comprobar la ausencia de atención no deseada. Cuando entró vio que aquello era la imagen de la desolación. Ropa sucia por todos lados, sillas descuadradas, viejas, restos de comida con una nube de moscas encima. Era la representación del caos de la mente de un perturbado que observaba a diario el túnel de luz al final de su vida.

No disponía de mucho tiempo, debía acudir a su cita con el premio que se suponía. Tenía que buscar el libro, pero ¿dónde? Jerome comenzó a revolverlo todo, con aquel desorden pasaría un poco más desapercibido. Llevaba allí más de un cuarto de hora y no había encontrado nada. Entonces se detuvo en un ademán de desesperación. En el centro del dormitorio. Con jadeos por el esfuerzo se

sentó automáticamente en la cama que no dudó en cruzar los pocos muelles sanos que le quedaban. Menguele no mentía, allí no había nada. Pero Jerome no era una persona conformista. No le hubiera ido bien en su trabajo si lo hubiera sido. Pensaba en los años que Menguele pasó en Dachau, en cómo pudo relacionarse y aprender algo de los reos a su cargo. Entonces se le encendió la mecha que le proporcionaría la solución. ¿Cómo guardaban los presos sus pequeños tesoros a ojos de la Wehrmacht? Aquello Jerome lo aprendió en su registro en el campo de concentración que le tocó liberar en el 1945.

Era casi una constante en todas las celdas. Siempre había un recoveco excavado en una pared, a veces a la vista de todos, donde sería difícil que los soldados sospecharan. Otras veces donde nadie podía verlo. Debía buscar un hueco donde hallar los restos de aquel tesoro del *Ángel de la Muerte*. Él, aunque mintiera, no sería capaz de deshacerse nunca de aquel libro. No sería capaz. No se lo daría ni a los propios nazis que en el fondo detestaba, a favor de la más abominable práctica médica que ellos mismos amparaban.

Se puso en pie y comenzó a registrar indicios de líneas de fractura en paredes y suelos. Lo volvió a escrudñar todo, cuadros, sillas, pero nada. Si Josef aún guardaba aquel libro, se había preocupado de guardarlo convenientemente. Al fin había dado su brazo a torcer, desesperado se mantenía en silencio en medio de la habitación. Un profundo silencio para calmar su alma. Fue entonces cuando una de las sillas que había descolocado en su registro cedió y cayó de costado produciendo un profundo escalofrío en la espalda de Jerome. Estaba solo en aquella habitación y lo lógico hubiera sido pensar que era producto de su búsqueda previa. Pero acababa de asesinar al dueño de aquella humilde casa. Al que un día asesinó a su vez a millones de almas relegándolas a un destino trágico en el limbo. Jerome detestaba lo que no se podía demostrar con la ciencia, pero por primera vez en su vida sintió la presencia de algo intangible junto a él en ese momento. De nuevo el destino. Quizás un alma que volvía para purgar sus pecados.

Armándose de valor se dirigió hacia aquella silla, la puso de pie y fue entonces cuando se dio cuenta de que había en la pared una línea que le había pasado desapercibida antes. Él había revisado esa parte de la pared pero no entendía cómo no la había visto. Otra vez un escalofrío al pensar en que pudo ser el mismo Menguele arrepentido el que le mostraba ahora el camino. Con ansiedad sus uñas se dirigieron hacia la pintura desconchada de la pared, sus movimientos comenzaron a hacerse cada vez más intensos y la húmeda arena de la pared caía al suelo. Empezó a vislumbrar una tapa de madera guarecida con yeso del mismo color que el resto de la pared, de unos veinticinco centímetros de longitud por otros diez de ancho que no dudó en retirar con menosprecio. Allí

estaba el tesoro.

Envuelto en un trozo de tela cuyo color original fue algún día el blanco. Convenientemente sellado con un grueso cordel que parecía tener mil años. Ése era el momento en el que al fin el libro cambiaría de manos, aunque Jerome dudaba de que aún fueran las correctas. La tentación hizo que deshiciera el nudo para echar un vistazo. Lo abrió con cuidado. Sus páginas estaban llenas de preciosos dibujos con multitud de colores de tonos homogéneos hechos con antiguas tinturas. No comprendía el idioma, parecía un antiguo hebreo que él reconocía de sus tiempos en la sinagoga. Pero era extraño, no había significado en esos trazos supuestamente hebreos. Era una transcripción de ese idioma en base a poco más de diez o doce letras raíz. Los dibujos hacían hincapié en grupo de flores, flores aparentemente simples de hojas amarillentas y en algunos hongos. No comprendía nada. Entendió entonces que debía hacer su trabajo e ignorar una vez más sus motivaciones personales.

Debía tener cuidado en la entrega de esa información. Había ocultos poderes de dominio sobre fuerzas que él no comprendía. Fuerzas de un enemigo desconocido. Aquel era un feroz enemigo que custodiaba el poder de otorgar la salud o la enfermedad. Ahora herederos de conocimientos ancestrales al poseer ese libro que tanto cuidó en su vida el difunto Josef Menguele. Él no consiguió dar con las claves para dar la correcta interpretación de aquellos símbolos que parecían un código. Una serie de claves para descifrar su significado.

Jerome pensaba esto a la vez que deshacía su camino hacia el Cadillac, que no se preocupó en aparcar unas calles más allá de la casa de Menguele. Allí no debía tener quien le siguiera para vigilar sus pasos.

El escritor tomó el final de camino que le llevaría al encuentro con el hombre designado por la agencia para recibir tan insólito tesoro. Conducía, pero a la vez observaba de vez en cuando el libro que reposaba en el asiento del copiloto. No quería entregarlo, pero así debía ser. Tras un par de kilómetros llegó a la playa de la bahía de Sao Paulo, se desvió a su derecha para entrar hacia una pequeña cala más recogida que la anterior, más íntima y seguro con menos ojos que pudieran ver aquel encuentro en un pequeño bar hecho de cañas sobre la misma arena de la playa. Se bajó tranquilamente del vehículo, como si fuera un turista distraído que se había perdido y buscaba algo de entretenimiento con forma de etilismo en aquel precioso paraje. Sus actos no debían denotar lo que llevaba bajo el brazo ni lo que guardaba en su mente.

Apenas cuatro mesas y unas sillas de delgada madera contaban el atavío de aquel antro. Sin ventanas ni paredes, nada más que la protección de palos y cañas que se caían de viejas en el techo y algún costado. En el centro de aquel bar le esperaba un personaje con bigote, elegantemente trajeado de blanco con

sombrero a juego y que fumaba sin parar. Jonathan Morell.

Éste miró fijamente la entrada del bañista. Pantalones cortos aún húmedos por el agua de la playa. Zapatillas a la chancla y una camisa cubana. Cubría su rostro parcialmente con un sombrero de paja y gafas de sol. En su mano, un rústico paquete que seguro contenía el viejo libro que tanto ansiaba tener. Jerome se acercaba a la mesa dejando el rastro de sus pisadas. Ahí se forjaba el mundo, así se trazaban los caminos de la humanidad. Un agente encubierto de la CIA con secretos recuperados de las manos de un asesino nazi. Un importante empresario de un entramado de empresas que perdían la pista de la persona entre la burocracia inventada por abogados. La invisibilidad absoluta para el ciudadano de a pie.

Una mirada fue suficiente para que la invitación a sentarse a su mesa fuera efectiva. Jerome tomó asiento, pidió una cerveza y ambos guardaron un incómodo silencio hasta que el barman la sirvió. Ninguno de los dos deseaba más interrupciones.

—¿Está todo hecho? —preguntó el hombre trajeado sin ni tan siquiera presentarse ni decir un simple hola.

—Aquí tiene —dijo Jerome entregando el libro que arrastró unos centímetros sobre la mesa hacia Morell—. No entiendo muy bien de qué va todo esto. Soy un simple instrumento del gobierno norteamericano, pero por lo que sé de esta operación, pronto sabremos algo de los partidarios que aún quedan del nazismo. La muerte de Menguele traerá consecuencias. Espero que este libro merezca la pena y que haga buen uso de él.

Jonathan le miró sorprendido y con una mueca de insolencia. Apuró el pequeño vaso de whisky mientras se secaba el sudor del cuello con un pañuelo. Jerome no atisbaba ni un ápice de lo que significaba aquel libro. Tampoco sabía ni él, ni el gobierno de EEUU, a quién entregaban exactamente el libro. Estos sólo sabían que Jonathan les sufragarían guerras en lejanas repúblicas y pagaría las nóminas de sus funcionarios durante años. Era la contraprestación de aquel libro por parte de la que podía ser por entonces la persona más poderosa del mundo.

—Usted ya sabe quiénes somos, ¿verdad?, pero como espía no puede decir nada.

—Novatech —respondió Salinger con un gruñido de rabia—. Los salvadores de la humanidad —añadió en tono irónico a la vez que apuraba su cerveza hasta la mitad.

Jonathan pareció olvidar el último comentario.

—Efectivamente. Veo que hace correctamente su trabajo. Así, sabrá que el control de los recursos que figuran en este libro tiene que hacerse

ordenadamente. No podemos dejar que cualquiera sepa estos secretos. Aquí se contienen los orígenes, lo que nuestros antepasados descubrieron para sobrevivir sin medicina moderna, y que no dejaron escrito en ningún sitio más que en este libro. Aquí se encuentra la receta de nuestros fallos en la creación. Lo que nos hace falta para sobrevivir ante enfermedades que aún no comprendemos del todo. Al fin y al cabo nuestra tara genética que nos hace enfermar.

—¡Cábalas de dementes! ¡Ahí no hay nada más que palabrería y superstición! ¿No creen que en manos de los nazis alguien le hubiera sacado algo de jugo?

—No mi querido amigo, se equivoca —dijo con una gran sonrisa.

Morell encendió otro cigarrillo con una gran sonrisa para darse unos segundos y regodearse con la profunda ignorancia que llevaba en alas la curiosidad de aquel espía estadounidense. aún siendo Morell una de las personas más ricas y poderosas de la civilización moderna, debía ser cauteloso. Jerome David Salinger no dejaba de ser una de las mentes más preclaras de nuestra época. A Morell le gustaba aquel juego de titanes. Acabó su whisky e hizo un gesto para que le sirvieran otro. Decidió responder a Salinger para medirse con él.

—Piense en que el mundo solucionase todos sus problemas de salud, ¿superpoblación? ¿Cómo íbamos a alimentar a todo un mundo que no enferma ni muere? Por otra parte ¿sabe el dinero que generan los derivados de estos principios activos adulterados para que no tengan todo su poder de curación? Alargar la vida útil de un producto y lo que cuesta su patente, haciendo que no tenga todo su poder de curación es altamente rentable. Esto debe salir a la luz conforme vayamos solucionando antes esos problemas. Mientras habrá toda una industria ganando dinero. Mucho dinero.

—Pero me está diciendo que las farmacéuticas como la suya tienen la solución a miles de problemas de salud, la capacidad de curar enfermedades y ustedes, ¿no las sacan a la luz?, ¿están condenando a millones de personas!

Jerome pronunció esas últimas palabras con un tono lo suficientemente elevado como para llamar la atención de los parroquianos. Esas dos personas se conocían en la distancia pero nunca se habían visto la cara mutuamente hasta ahora. Ambos debían ser muy cautos. Era demasiado peligroso. El gobierno norteamericano estaba detrás de aquella operación secreta que culminaba una venganza de miles de muertos en Centroeuropa hacía ya casi cuarenta años. Para unos era una venganza pero no sabían realmente dónde se metían dejando los legados de profundos conocimientos médicos y científicos en manos de alguien que no tenía escrúpulos para amasar dinero dejando sin tratamiento efectivo a millones de personas. Holocausto tras el Holocausto. Algo estaba a punto de ocurrir, pero nadie sabía cuándo ocurriría ni tan siquiera si iba a ocurrir. Sólo la mano del destino era la que estaba escribiendo con tinta de avaricia aquel

episodio de la historia desconocida de la humanidad. El ciudadano de a pie seguiría padeciendo los efectos de la avaricia de algunos hombres. Avaricia de poder y dinero a expensas de ocultar la solución a los problemas de salud para otorgar al mundo soluciones parciales e inefectivas. Cuanto más tardasen en sacar a la luz la solución definitiva a los problemas de salud más ganarían ellos. Sin embargo aquella maniobra también era parte de la selección natural. Un artificial control de población.

—¿¡Es que no va a contestar!?! —inquirió de nuevo Salinger a Morell.

—Síntese. Le contaré algo. Un episodio que conozco por las investigaciones que hemos financiado durante años para poder seguir la pista de este libro.

Salinger tomó asiento. Quería conocer el final de aquella historia que Morell parecía estar dispuesto a narrarle.

—El eminente paleobiólogo Ethan Conway es el que dirige nuestras prospecciones por todo el mundo y es quien ha recabado toda esta información. Tras averiguar todo lo que le voy a contar, simplemente desapareció y aún no sabemos nada de él.

Jerome estaba a punto de estallar. Si por él hubiera sido, acompañaría a aquel personaje que tenía delante a la playa para repetir con él la maniobra que hacía unas horas realizó con Menguele. Pero su curiosidad era más poderosa, y decidió atender a aquel cruel personaje que ahora nada se diferenciaba de los que un día también quisieron poseer el libro.

—Desde que el hombre comenzó a tener conciencia de sí mismo, ha intentado vivir más, ser más fuerte, curar sus heridas más rápido que los demás. Eso le daba la diferencia con respecto a tribus cercanas que de otra manera se convertirían en sus depredadores. Todo fue muy lento, el hombre llamado sapiens no realizó ningún cambio sustancial en lo que podríamos llamar la medicina de esos tiempos. Todo cambió cuando apareció una raza distinta en Asia Menor hace unos 230.000 años, donde un día estuvo la antigua Mesopotamia. Donde se encuentra el moderno Iraq. La especie neandertal.

—Aquella raza de homínidos era distinta a todo lo conocido hasta el momento. Eran unos seres muy robustos, de arcos supra orbitarios prominentes, sin mentón y con la mayor capacidad craneal que había existido en un homínido hasta entonces. Estos desarrollaron unas costumbres distintas como especie similar a la nuestra. Pero por lo que podemos saber por las últimas investigaciones antes de que el doctor Conway desapareciera, su caso no fue el único. Tenían unos recursos prácticamente ilimitados, se curaban sus heridas y su longevidad llegó a más de cincuenta años. Créame, para una época donde la esperanza de vida eran los treinta era todo un hito. Lo más importante de todo según el doctor Ethan Conway, es que aquellos homínidos sabían dónde estaba

su talón de Aquiles. Sabían qué buscar y dónde encontrarlo para perpetuar su supervivencia.

—¿Me está diciendo que había una especie de hombre prehistórico que no eran nuestros ancestros, y que tenían avanzados conocimientos de medicina?

—Su afirmación es inexacta, pero puede ser una interpretación de lo que acabo de contarle. He dicho que eran una especie distinta a la nuestra pero no que no descendamos de ellos. Eso sin ser verdad, es inexacto.

—¿Y qué relación tiene este libro con lo que me acaba de contar?

—El doctor Conway no sólo descubrió estas, podíamos llamarlas, medicinas de la especie neandertal, sino que además consiguió acceder a las grutas más profundas de la cueva del Shanidar en Iraq. Allí fue donde todo comenzó. En aquellas paredes inaccesibles y en ausencia de toda luz, una noche descubrió unas tinturas que reconoció como grafismos. Símbolos que podían pertenecer a un atávico idioma. El idioma que probablemente se usa en este libro.

—¡Están todos locos!, ustedes nos están usando para obtener sus reliquias sagradas que contienen la clave del dinero que amasan, pero a la vez se ceban con el sufrimiento humano. La de la gente que podrían curar y mueren por su desidia y avaricia.

—Así es, señor Salinger. Así es. Pero éste es el mundo que tenemos. O somos depredadores o presas.

Jerome no podía aguantar más. Se levantó dando un golpe en la mesa.

—Espero que un día usted se convierta en la presa. Lucharé por ello.

Las miradas se cruzaban como si fuera a comenzar una lucha a muerte hasta el día del juicio final. Pero la batalla no era física. Con aquella mirada se citaron para una guerra en el futuro, una contienda mental que seguiría hasta nuestros días.

—Allí le estaré esperando.

Jonathan Morell pronunció esas últimas palabras con un intenso tono de desafío, retiró su sombrero para saludar, guardó su tesoro bajo el brazo y se fue ante el asombro de Salinger.

Ahí acabó aquella entrevista. En ese momento el escritor Salinger tomó la vía del retiro. Nunca más se le dio la autoría de ningún escrito. Nunca más trabajó para la agencia. Se sintió culpable el resto de su vida por haber entregado el libro a Jonathan Morell.

Unos meses después, el 24 de diciembre de 1979, tendría lugar el inicio de una guerra motivada por aquel descubrimiento. Lejos, en las montañas de Afganistán. El imperio ruso, llamado entonces soviético, comenzó una invasión desde el norte y los Muyahidines resistieron por el dinero que les entraba a raudales desde Norteamérica. Comenzaron entonces a abrirse corredores de

refugiados hacia Irán, donde Estados Unidos tenía su particular guerra con este país en el conflicto de los rehenes. Un conflicto deseado por los norteamericanos para justificar su presencia por aquellas latitudes. Pero no fueron los únicos, hubo otros corredores en otros lugares. La Agencia Nacional de Inteligencia estaba detrás de aquellas maniobras de control de pasos. Marionetas gubernamentales cuyos hilos eran manejados por grandes empresas a su conveniencia.

Escaramuzas en tierras lejanas y misteriosas. Su origen secreto fue el descubrimiento de un libro ancestral en las playas de Bertiooga cuyo penúltimo dueño fue Josef Menguele.

Capítulo XI. El vuelo del halcón

Primera parte

Aeródromo de Laškar Goh.

Oeste de Irán. 13 de marzo de 2012.

La vida era más dura lejos de casa. Parecía que a aquellos lugares no llegaba más que la guerra. Ni el demonio se atrevía a pisar sus dominios. Eran lugares inhóspitos, con las huellas de la batalla impresas en sus arenas desde hacía décadas. Milenios.

Llevaba más tiempo del necesario apartado de su trabajo habitual. Norteamérica, Alemania, el Vaticano, demonios, dementes y simuladores. Y ahora, al extremo más profundo de Asia menor donde campaban a sus anchas crueles soldados que estaban a las órdenes del mercadeo de la adormidera. Sospechaba que no sería mi último viaje hacia sitios ilocalizables, y seguía sin comprender el porqué, pero comenzaba a sentirme usado por quien me encomendó esta misión hacía poco más de un año. Las órdenes me llegaban con cuentagotas, en un sobre lacrado que decía debía destruirse a fuego en cuanto fueran aprendidos sus mandatos.

Acababa de aterrizar en un avión privado en un aeropuerto de mala muerte al oeste de la ciudad de Laškar Gāh, en Afganistán. El río Helmand nos flanqueaba por el oeste. Éste daba nombre a la provincia. Al este, Kandahar, base de operaciones de la ISAF británica durante la operación Herrick. Estaba en el centro de una de las zonas más convulsas de los últimos decenios en todo el mundo.

Nada más pisar el asfalto de la pista de aterrizaje, miré hacia atrás. Todavía se veían las huellas de haber borrado apresuradamente aquel símbolo de la cola del aeroplano. Una tiara, la pontificia. Dos llaves. Las que abrían las puertas del cielo. Pero cíclicamente yo tenía que acudir al infierno. Mientras, así con fuerza la empuñadura del maletín en mi mano entregado por un inexpresivo funcionario del servicio secreto vaticano, al hacer escala en el aeropuerto de Dubai. Secretos, intrigas a las que no estaba acostumbrado. Ya comenzaba a cansarme. Ahora tocaban esos recónditos países para entregar dinero a quien no conocía y no sabía para qué sería usado en verdad. Abrir un corredor entre repúblicas

islamistas para el paso de refugiados de guerra. Me sentía como un pelele, el tonto de la clase que lavaba los trapos sucios y era el chivo expiatorio en esos tiempos convulsos.

El cardenal Martínez me había encargado esta misión como parte de lo que ya tenía entre manos. El supuesto exorcismo de dos niños del cual nadie sabía a ciencia cierta su diagnóstico. Reconducir los esfuerzos de su padre para encontrar el libro perdido y los secretos de Jonathan Morell y el loco de su hijo, el difunto investigador. Parecía estar volviéndome loco, y me preguntaba continuamente cuándo me iban a decir toda la verdad en esta historia. Seguro que no sería mi mentor, del cual comenzaba a recelar. A esas alturas no podía fiarme de nadie, ya eran varias mentiras encadenadas. Yo no sacaba provecho de aquellos oscuros tratos y me preguntaba por qué la curia no publicaba a bombo y platillo aquella maniobra de supuesta beneficencia. Era extraño que un acto de esa magnitud que daría buena publicidad a la Iglesia no fuera puesto en los medios por interés. Mucho me temía que lo averiguaría pronto.

Como parte del trato de entrega debía dirigirme por mis propios medios a una pequeña aldea en medio de un terreno desértico más al oeste de la posición actual. Unos doscientos kilómetros lejos de aquí, para dirigirme a las afueras de una ciudad fronteriza llamada Zaranj. Para ello tuve que alquilar un vehículo todo terreno, y deshacer parte del camino a través de una pequeña cadena montañosa para incorporarme a la carretera nacional en Gereshk. De allí a Delaram, y al fin camino recto a través de una polvareda inagotable, buscando la aldea maldita de Zaranj. Antes, a unos cincuenta kilómetros de ésta, debía desviarme. No dieron más instrucciones.

Allí estaba, obediente como siempre. Fiel cumplidor de todo lo que se me ordenaba como parte de mi voto de obediencia, sin referencias en un océano de arena fuera cual fuera la dirección en la que mirara. Solo, como siempre lo había estado desde mi incorporación al seminario en la vieja Lombardía. Nunca pude prever este destino por mucho que elucubrase.

No me dieron más instrucciones, pero esperaba una nueva sorpresa que me llevaría a mi destino final. Efectivamente y según el contador del automóvil, apenas quedaban unos cincuenta kilómetros para Zaranj, y en el margen izquierdo de la carretera se apostaban dos furgonetas tipo pick up. Ambas con dos soldados a cuestas en la parte descubierta. Una de ellas montaba un cañón antiaéreo. No se podía decir que fueran gente que quisiera pasar desapercibida. Sólo hacían su trabajo para el cual habían sido contratados. Recoger a este infiel y sacarle de la vista de cualquier satélite espía norteamericano.

Me dispuse a aparcar como lo hubiera hecho una abuelita en el centro de

Oxfordshire, a veinte por hora y sin despertar los recelos de los guardianes del desierto. Apagué el motor con un ruidoso giro de llave y comencé a escuchar el sonido del viento del desierto que comenzaba a soplar levantando aún más polvareda. Bajé del vehículo con mucha calma. Seguían en silencio, la situación comenzó a ponerse tensa. Aquel viento me hizo cubrirme la cara con el brazo. Apenas se veían las furgonetas de los afganos que el señor de la guerra local había enviado para recibir su dinero.

Encontré algo de tranquilidad al ver entre la nube de arena como se miraban entre sí y se veía en sus caras las muecas acerca de mi indumentaria en un dialecto incomprensible. Un siervo de Dios vestido de negro y con alzacuellos. ¿A quién se le ocurría hacer eso? Nadie me había informado de las condiciones tan adversas. Yo no era un traficante de armas ni un camello de Detroit. Nadie me había preparado para esto. Era mi primera vez.

Ahí, al lado de mi camioneta, de pie, aguantando los embates de la fina arena que ya hacía daño en mi piel por la fuerza con la que me impactaba. Veía poco a través de aquella cortina de la naturaleza. Pero todo cambió. Los cuatro soldados que habían fijado con mayor fuerza sus turbantes a su rostro al unísono, bajaron de un salto de sus pick up y se dirigieron hacia mí. No pude más que dar un pequeño paso hacia atrás con mi pie derecho. El miedo me apresaba y no me dejaba reaccionar, no debía reaccionar. Se acercaban e hice un gesto con mi mano derecha en su dirección haciéndoles entender que el dinero era suyo. No fue suficiente. El primero de ellos, el que antes llegó, me propinó un sonoro puñetazo que escuché en lo más profundo de mi cerebro y caí al suelo inconsciente.

Ahí donde se confundía la rosa de los vientos. Cerca del abismo de Dudael, donde todo en un principio fue vida y guerra, donde el misticismo se mezclaba erróneamente con la cruda realidad que vivía en esos momentos. Desorientado, maniatado y escupiendo sangre que llegaba a mi boca desde la profunda herida de mi ceja izquierda. Comenzamos a movernos. Sólo podía ver los pies de mis captores que se afanaban por sujetarse en la superficie abierta de la furgoneta a través de los agujeros de metralla de la carretera. Con la incertidumbre de no saber si ése era mi fin.

Poco tardaríamos en llegar a lo que parecía ser su campamento. No sé el tiempo que pasé inconsciente, pero al menos fueron unos veinte kilómetros desde que puse el pie en tierra. Conseguí bajo la mirada de los afganos sentarme aún con el coche en marcha. Nada en trescientos sesenta grados a la redonda, nada excepto unas luces lejanas, una pequeña agrupación de bombillas como la de un camping de jóvenes en medio de un bosque de Maine. A ciencia cierta querían pasar desapercibidos. Nos acercábamos aún más a lo que parecía ser un

campamento y pronto la pick up se detuvo. Eran tres tiendas dispuestas una al lado de la otra. La de en medio era la mayor de todas, con palos que sujetaban un pequeño toldo a la entrada. De varios metros, unos cinco o seis de diámetro cada una. Aquellos soldados sabían hacer bien su trabajo. Actuaban como si su mente fuera la de su jefe. No hacían falta órdenes, ni ninguno de sus actos era cuestionado por su patrón. Sabían perfectamente qué hacer.

Debajo de aquel toldo nos esperaba de pie el artífice de todo. El imán de su religión de violencia, el mercenario que había luchado en mil y una batallas. El señor de la guerra que controlaba aquel pedazo de tierra seca en los confines de la civilización. Un personaje seguro cruel y de escasos escrúpulos. Debía andarme con mucho cuidado si no quería perder mi vida además del pago que llevaba encima de diez millones de dólares. ¿Por qué no habrían enviado a otro que tuviera experiencia en este tipo de transacción? No entendía bien en como el Vaticano se metía en una operación pseudomilitar de protección de refugiados, rozando incluso lo que sería declarado ilegal por Naciones Unidas. A mi cabeza venía una y otra vez la imagen del cardenal Martínez. Su mirada inquietante en aquella ahora lejana entrevista en la biblioteca secreta del Vaticano, guardaba como un tesoro algo más.

—¡Traedlo dentro!, seamos hospitalarios con nuestro huésped —dijo aquel personaje en un correcto inglés.

Con esas palabras quería dar a entender que yo no era un rehén. Pero no podía ser otra cosa. Ahí soltaron mis ataduras con sólo una mirada del que ahora mandaba.

—Que pase y se asee un poco.

Me pusieron delante de una pequeña cómoda con un plato descascarillado que contenía agua. Ahí pude lavarme los restos de sangre seca. A su lado un espejo de mano que reflejaba la imagen contusionada y amoratada de mi sien izquierda. Mierda. No podía estar más expuesto a lo que esta gente quisiera hacer conmigo. Ahí me di cuenta de mi verdadera posición.

—Siéntate infiel —dijo el que parecía ser el jefe, no sin una mueca de burla al hacer ese comentario que sabía que molestaría profundamente a un cura de la Iglesia católica.

Aquél era un hombre fornido. Su aspecto era atlético, con grandes hombros y cintura delgada que vislumbraba por su casaca de piel ceñida. Llevaba una corta barba que parecía bien acicalada para que su longitud no fuera la de más allá de los tres o cuatro días. Lo suficiente para no desentonar. Un pañuelo blanco tipo palestino rodeaba su cabeza y atrapaba el pelo algo rizado de color negro azabache. Unos profundos ojos verdes que se clavaban en el alma eran los secuestradores de mis actos.

En silencio tomé asiento en el centro de aquella tienda. En el suelo se disponían multitud de cojines multicolor bordados con hilo dorado. Sólo unas pequeñas mesas redondas que no levantaban más de quince centímetros del suelo, se levantaban cerca de lo que se suponía era el lugar que debíamos ocupar. Tumbados como animales, a la antigua usanza del mundo islámico. Como el padre Abraham pasó sus años en el desierto. No había diferencia de tiempo. Aquello me había retraído a los inicios de nuestra historia. Ése no era mi medio natural.

—Bien, no quiero ser descortés pero tenemos que ponernos mano a la obra. Mi nombre es Darab Tehrani, comandante de este pequeño ejército que se empeña en mantener la paz en este remoto lugar. Supongo que en ese maletín has traído el dinero para la operación ¿no?

No sabía qué contestar. Cualquiera palabra fuera de tono seguramente haría que mi garganta fuera degollada en milésimas de segundo. Sin embargo parecía haber cierto tono de respeto hacia mí. Había algo que no me cuadraba. Tras pensar un par de segundos comencé a contestar.

—Espero que estos diez millones de dólares sean suficientes por el momento. No podemos llamar más la atención. Bastante difícil es ya el tener que ocultar estas transferencias a ojos de la hacienda mundial. Es lo único que me han dado. Soy primerizo en estos negocios.

— ¡Pero qué hipócritas son! ¿Diez millones para mantener el *status quo*? ¿Sabe usted lo que ha subido el precio de un viejo Kalashnikov? Hace muchos años que el honor desapareció de las entrañas del sagrado edificio que ustedes llaman el Vaticano.

Cien mil demonios se despertaron en mi interior. Yo que había soportado el embate del mismísimo Satanás en numerosas ocasiones. No sabía quién tenía realmente delante, pero lo más profundo de mi convicción religiosa, hizo que saltara antes esa afirmación.

—¡No le consiento que se refiera a la Iglesia en ese tono!

En esos momentos me vi de pie, en la tienda de un señor de la guerra en medio del desierto del sudoeste de Afganistán. Rodeado de mercenarios de piel oscura cuyo rostro sólo evidenciaba la muerte en sus pupilas. Asesinos que portaban espadas y cuchillos. No dudarían ni un segundo en usar sus afiladas armas si su jefe no hubiera extendido su mano derecha en pos de la paz.

—Ssss... ssss... —siseó con confianza Darab Tehrani—. Tranquilo europeo, tranquilo.

Permanecí de pie, inmóvil, desafiante. Por unos instantes me sentí mártir y recordé las historias legadas por antiguos escribas medievales acerca de las torturas a santos. No me apetecía nada. Alguien en contra de mi voluntad me

había convertido en un simple administrativo que viajaba con el aura de espía. Lo que no cuadraba en esa concepción sobre mí mismo era que mis jefes eran los que elucubraban esas misteriosas órdenes entre las sombras que dejaba el trono de Pedro. Había algo más que no podía comprender en aquella maniobra del cardenal Martínez.

—Hágame caso, siéntese. Se lo voy a pedir sólo una vez, Cesare.

Pasaron un par de segundos que necesité para procesar la información del momento. Miraba con rabia a las dagas a medio extraer de sus fundas y que con seguridad si veían la luz, acabarían rasgando mi garganta.

—¡¡¡Siéntese!!! —ordenó Darab levantándose con furia y elevando notablemente la voz—. ¡Le estoy prestando el resto de su vida!, ¡ahora siéntese! —dijo feroz esta vez. Una gran vena se hinchaba en su sien.

Aquello era la morada de un señor de la guerra. Un nómada de tez afilada que de vez en cuando se paseaba por los suburbios más ricos de los países de Europa que más le gustaban. Allí era un ser rico, poderoso y encarnizadamente atractivo para las damas. Aquí podía disfrutar viendo cómo se despellejaba en vida a un enemigo sin tan siquiera inmutarse. Ésa era la fachada que emanaba Darab Tehrani. Era un tipo de cuidado.

—Veo que tiene agallas. Eso es algo que respeto. Le contaré algo como compensación por cómo le han tratado mis camaradas. Como usted sabe eminencia (ésta última palabra en tono levemente jocosos, pero intentando buscar su aprobación, conciliador) después de la caída de las Torres gemelas se inició una cruzada como no hubo ninguna desde la edad media. La cruzada se llevó a cabo contra el mundo musulmán.

Asentí aún enfadado por el pequeño conflicto anterior. La tensión no había disminuido mucho, pero me presté a hacer de oyente de los dispendios de un asesino a sueldo.

—Usted, Cesare, es un hombre inteligente y culto. Conocerá a la organización norteamericana USAID ¿verdad?

—Sí, es la agencia de EEUU para el desarrollo internacional —respondí a regañadientes.

—Bien, veo que sus jefes hacen su trabajo al enviarle a usted (una sonrisa y un sorbo de su vaso de té). Pero ahora le contaré algo que no sabe. Dicha agencia antes de la invasión de Iraq y Afganistán, ya había adjudicado a cinco grandes empresas norteamericanas la reconstrucción de todo lo que se iba a destruir en los bombardeos, hospitales, almacenes, puertos, puentes, etc... Éstas iban a enriquecerse por la guerra, ¿como hacemos nosotros!

Darab se pavoneó de aquel comentario mirando a un lado y a otro a sus

asalariados con ambas manos abierta hacia arriba como si aquello fuera divertido. El intercambiar la muerte por un papel verde. ¿Qué precio tendría para aquel jeque de la guerra la vida humana? Yo estaba a punto de averiguarlo. La risa de mi anfitrión pareció enmudecer de repente y su tono se transformó en lúgubre.

—Las cinco empresas contactadas por la USAID eran Halliburton Company (a través de Kellogg Brown & Root), Bechtel Corp, Parson Engineering, Lewis Berger Group y Fluor Corporation. Estas cinco empresas estaban profundamente arraigadas en el gobierno y sus contribuciones al mundo político sumaban más de cincuenta y cinco millones de dólares, el sesenta y ocho por ciento, era destinado al partido republicano. ¿Sabe usted que, como consecuencia de esta maniobra, la deuda externa de EEUU se incrementó desde los seis hasta los dieciséis billones de dólares en el año 2004? De ese pastel comieron sólo los poderosos. Los adjudicatarios encontraron los mayores beneficios de la historia que el contribuyente norteamericano pagó de su bolsillo. El petróleo que se pensó fue el mayor botín, quedó en un segundo plano y fue cedido a manos privadas de las principales compañías petrolíferas, que pagaban las campañas de reelección republicana.

—Eso es algo conocido. Puede leerse en cualquier revista especializada. ¿Qué pretende al recordarme ese pasaje de nuestra historia?

—Bien. Veo que está atento. Pues verá, Cesare, mediante estos jugosos contratos de las empresas constructoras, el beneficio sobre los grandes excedentes que dejaba el petróleo, se fueron desvaneciendo. Eran inferiores aunque el crudo fue la primera motivación de la guerra. Entonces fue cuando se obligó a hacer una reforma de la ley en Iraq que dejó paso libre a las petroleras extranjeras para la explotación de los campos de crudo existentes. Ese fue el principio de la invasión comercial que fue incluso más voraz que la militar. En el gobierno norteamericano se lucraban con ese negocio. Grandes políticos ahora empresarios como Dick Cheney que dirigió la Kellogg Brown & Root recibieron millonarias indemnizaciones, llamémosle, de jubilación para dejar paso libre a otros personajes en su puesto.

—No sé a dónde quiere llegar con todo esto.

—¿No sabe qué sociedad fue la que manipuló desde las alturas del gobierno estadounidense para forzar todos estos cambios en las altas esferas de poder empresarial? Me defraudaría si no lo supiera. Creo que tengo delante a un hombre muy inteligente, ¿no es así, Cesare?

Comencé a mirar con cierto respeto a aquél que podría haberme ajusticiado y haberse quedado con el dinero sin pensarlo dejando mi cuerpo para las alimañas del desierto. Él quería darme toda esa información aunque aún no sabía el

porqué. Era un hombre culto y bien informado. Seguro que tenía amigos en las alturas a pesar de tener la apariencia de un pastor.

—Verá, todas esas empresas tienen un origen común. Son un holding cuyo accionariado mayoritario pertenece a una sola organización que nada tiene que ver con el mundo de la extracción de crudo ni con la construcción.

Dudé unos segundos, pero la respuesta sólo podía ser una. Le seguí el juego y dije lo que era evidente.

—Novatech —respondí dejando ver que yo también conocía los entresijos de aquel complot mundial que se alimentaba en programas de televisiones de tercera a altas horas de la madrugada—.

—Exacto. Novatech, la farmacéutica. Verá, Cesare, esta empresa tiene grandes intereses en estas tierras. Los ha tenido desde su fundación en el año 1979. Primero Afganistán, después Irán y al fin desde el año noventa en Iraq. Se puede decir que es la verdadera causante de los conflictos en Oriente Medio en la segunda mitad del siglo veinte. El gobierno norteamericano solo era su instrumento. Tanto es así que fuera lo que Novatech lleva buscando aquí desde hace treinta años, necesitaba extraerlo por algún puerto de salida, en un país convulso. Así lo hizo mediante su filial Halliburton en el año 2003 haciéndose con el único puerto de aguas profundas de Iraq, el Umm al Qasr, en el Golfo Pérsico, al sureste de Basora por cuatro mil ochocientos millones de dólares. Nadie en el mundo tiene ese poder adquisitivo excepto la farmacéutica Novatech.

Darab hizo un apequeña pausa y le dio un pequeño y sonoro sorbo su té, y entonces continuó su monólogo.

—El gobierno Bush, calculó que la guerra podría llegar a costar 3 billones de dólares. Pero EEUU sabía que tenía detrás a Novatech para sufragar esa invasión y así ganarían todos. Los EEUU, el petróleo, las constructoras, la reconstrucción, los socios de la alianza, pequeños contratos para reparar la maquinaria de guerra y parte de la inversión petrolífera. Pero nadie hasta ahora conoce cuál era la inversión de Novatech en ese conflicto.

—Pero ninguna empresa podría pagar tal cantidad. Tres billones de dólares. Eso no puede pagarlo nadie —repetí.

—Una sola empresa no —dijo sonriendo ante mi ignorancia—. Novatech no es una sola empresa, sino que ha ido comprando poco a poco diversas organizaciones y empresas más pequeñas hasta que ha conseguido hacerse con el control mundial de la distribución farmacéutica en el mundo. Nadie conoce esto hasta este punto. Hay un verdadero monopolio en la fabricación de medicamentos. Y si no hay competencia, lo que esta empresa fabrique será con lo que se trate la enfermedad. No hay más. Nadie puede desarrollar nuevos

medicamentos pues no hay nadie más. Cuando una empresa farmacéutica se crea, ahí está Novatech y se hace con el control accionario y con sus laboratorios. Créame que en el mundo nadie más que Novatech puede desarrollar medicamentos.

Unos momentos de duda, de tensión y de incredulidad por todo lo que me estaba contando. El frío aire de la noche del desierto hacía que el fuego chirriase con intensidad, y su calor se disipara como mi fe en esos momentos. ¿Cómo podía permitir esto el buen Dios? Pero nada de esto tenía que ver con Dios, sino con la crueldad de los hombres.

—Pero aquí queda una pieza sin encajar —repliqué—. Está bien que el vaticano use su dinero para garantizar la paz para un grupo de miles de refugiados hacia Iraq. En Europa sus insignificantes guerras nos dan igual. Pasan desapercibidas en telediarios de madrugada. Pero lo que quiero que me explique, ya que nadie me lo ha comunicado, es el por qué se han fijado las autoridades eclesiásticas precisamente en esa zona donde está situado ese campo de refugiados, ¿cómo lo llamó? ¿Során?

Darab sonrió como respuesta. Le encantaba jugar al ajedrez con sus invitados. Un juego de inteligencia dialéctica y de conocimiento del pasado con quien sabía no conocía aún toda la trama de la historia. En ese momento, Darab cayó en la cuenta de que Cesare en realidad era un simple monigote. El Vaticano lo había enviado para una misión rutinaria, pero además alguien dentro de ese entramado eclesiástico estaba usando a Cesare como su hombre de paja. ¿Qué querían realmente de él? Comprendió que él también podría estar siendo usado por el mismo que le mandó a Cesare. Debía ser muy cauteloso.

—Bien Cesare, usted viene a ofrecerme diez millones de dólares de las arcas vaticanas para que garanticemos la paz en el corredor que va desde Piranshar en Irán, hasta Során en Iraq, para los refugiados de nuestra, digamos, pequeña escaramuza.

—Sí, pero sigo sin entender las motivaciones de mis superiores.

—El cardenal Martínez fue su predecesor en estas misiones de entrega de fondos. Él conoce todo lo que aquí ocurre. Ahora quiere que usted lo sepa todo.

Me quedé helado. Con los ojos abiertos, sin poder parpadear. Martínez estaba al tanto de todo. No comprendía nada. No sabía si el envío de mi mentor hacia aquel lejano país fue para que conociera algo más en relación a la misión que originalmente se me había encomendado, o porque realmente estaba en el complot de la compañía farmacéutica. Seguiría por el momento siendo un enigma.

El semblante de Darab había cambiado. Me pidió que me levantara. Salimos fuera de la tienda por la parte posterior esta vez. Mi brusco anfitrión me

acompañó casi arrastrándome, con cierta ira en sus gestos. Se le notaba cansado, harto de esa situación. Se sentía usado como yo.

—¿Ve este cañón? Es un cañón específico de proyectiles de seguimiento termodirigido para los helicópteros apaches norteamericanos. Y se preguntará ¿qué hace aquí un instrumento de guerra así? Los norteamericanos están lejos, no les importan estas ciudades fronterizas ni lo que hacemos, sin embargo tenemos que tener estas armas porque sentimos su aliento en el cuello ¿sigue sin entender lo que le quiero decir?

Darab comenzaba a subir su tono de voz.

—¡Nos dejan en paz cuando no agredimos los intereses ocultos de esas grandes compañías occidentales, pero cuando acuden a nosotros lo que llamamos irónicamente su competencia, justifican una escaramuza y nos ponen en el culo a los helicópteros apache y a una división de marines! Nos hemos citado aquí porque necesitamos ser discretos. Aquí controlamos el paso de Laškar Gāh hacia Irán, el mercadeo de la adormidera a nuestro antojo, no tenemos enemigos, no existe la competencia. Trabajamos para una única empresa. Aquí todo es sencillo. Los intereses pertenecen a los mismos contrabandistas que trabajan para la única empresa farmacéutica que controla la síntesis de alcaloides en el mundo. Pero necesito llevarle donde las cosas no son así. Donde todo es algo más peligroso de lo normal. Donde no podemos ver los fusiles que nos disparan. Donde los hombres que aquí nos contratan y confían en nosotros, allí nos traicionan sin piedad. Todo es así desde la revolución de Saur en el año 1978 y nadie sabe el porqué.

Tras este arrebató de ira yo no podía articular palabra. Pero Darab pareció tranquilizarse de nuevo, le seguí en su paso hacia el interior. Hacía frío, era ya casi medianoche. Comenzaron a servir algo de comida caliente que agradecí de nuevo en silencio, y Darab ocultando su rostro entre las sombras de las velas comenzó a hablar con un tono lúgubre.

—Sabe usted que por estas tierras practicamos la cetrería desde hace siglos — dijo señalando a una majestuosa ave que reposaba en un retorcido tronco que había sido enclavado en el suelo—. Eso es un halcón imperial. Éstas son las aves más veloces del reino animal.

Entonces Darab se acercó a mí, a escasos centímetros. Su rostro evidenciaba tensión y profunda creencia ante sus palabras.

—Únase a mi Cesare. Venga conmigo para tratar de desentrañar este misterio. Venga conmigo para volar más rápido que Novatech. Venga conmigo y convirtámonos en halcones de caza.

El vuelo del halcón. Segunda parte

Afuera de la ciudad de Során, frontera irano-iraquí

Antes de salir de Afganistán, Darab me dio una chilaba que ajusté con una especie de cuerda de color marrón a mi cintura, y un turbante para tapar mis rasgos dejando ver únicamente una franja que enseñaba mis ojos. Nuestra huida cruzando Irán en la noche fue gracias a un jet privado, cuya propiedad quedaba sólo en la confundida mente de mi captor y ahora socio Darab. Aterrizamos en un aeródromo oculto entre las montañas, aún soberanía iraní, pero no lejos del norte de Iraq. El Kurdistán. Allí nos esperaban los soldados de Darab. Sin descanso comenzamos nuestro viaje por tierra.

La noche comenzaba y me vi inmerso en una oscuridad como nunca la había vivido. A lomos de un caballo que apestaba, sin silla de montar, sólo me separaba del mulo que me llevaba por una manta. Al galope hacia unas luces lejanas, extrañas. Protegía mi atuendo. No era lugar para *el astrónomo del vaticano*.

Fueron unos instantes muy extraños donde me sentí al fin después de meses algo libre, sin las ataduras de la mitra de Pedro. Me veía capaz de cualquier cosa. Pero aquello no duraría mucho tiempo. Según me dijo Darab, en minutos llegaríamos al campamento que estaba en la parte occidental de la montaña Jabal Karukh. En aquellos páramos todo se perdía. Lo que éramos, nuestra fe. No éramos las mismas personas. Los tiempos se mezclaban llevándonos por los mismos escenarios que los primeros habitantes de estas tierras pudieron ver con sus propios ojos. Ocupábamos el mismo espacio que ellos en esos momentos, sólo nos separaban unos miles de años. La cuarta dimensión.

Viajamos toda la noche para no ser vistos en nuestro desplazamiento. No cruzamos ni una palabra en ese momento, sólo el galope y el susurro del frío viento que cortaba nuestra piel. Al final de la noche Darab y su lugarteniente cruzaron un par de miradas que no me pasaron desapercibidas. El amanecer nos sorprendía a nuestra derecha, las primeras luces descubrían al trote de nuestros caballos un páramo inigualable. Aquel lugar, la frontera de Irán con Iraq, evocaba a cualquiera la imagen de una roca desnuda y estéril. Nada más lejos de la realidad. Aquello parecía un lugar que había sido tapizado con los colores de un caldo de cultivo especial. Tampoco era un parque de Londres, pero para lo

que se suponía, la hierba nos rodeaba. Pequeños arbustos crecían a nuestro alrededor haciendo que la arena que dejamos atrás se transformase en tierra húmeda y fértil.

Una nueva mirada de Darab a su lugarteniente. Mi espalda comenzó a ponerse tensa. Sin tener oportunidad para poder hacer nada más, nos detuvimos y me obligaron a bajar del caballo. De nuevo violencia, de nuevo el cambio de actitud amistosa de Darab. Pensé en que al menos esas violentas maneras de comunicarse eran para protegerme, aunque yo no entendía aún el porqué. Rápidamente dos soldados comenzaron a maniatarme y otro me puso un grueso pañuelo en mis ojos. No podía ver nada.

—Perdóneme Cesare —dijo Darab—. Parecía por el tono de su voz que realmente sentía aquella actitud—. Esto sólo es por su protección. Aquí no sabe cómo moverse, sus próximos movimientos los decidiremos nosotros. Debemos acceder a este lugar con la mayor discreción posible. ¡Tapadle la boca también!

Lo siguiente fue subirme de mala manera a la parte trasera de una furgoneta. Similar procedimiento al que ya sufrí en Afganistán. Comenzamos entonces un viaje que no duró demasiado, no más allá de veinte minutos, y en él sólo pude escuchar mis pensamientos.

Me vi obligado a bajar del vehículo aún con el pañuelo en los ojos, las silenciosas órdenes de mi nuevo amigo eran claras. No era necesaria la palabra. No entendía bien por qué me mantenían maniatado y sin poder ver lo que tenía a su alrededor. Quizás la respuesta estaba en mi lógica resistencia al secuestro. La sangre seca de mi comisura era testigo de ello. Sólo se oían las pisadas sobre la dura tierra mezclada con pequeñas piedras que daba paso al norte del Kurdistán, a las arenas del desierto del sur. Mi extraño amigo Darab se dispuso a un lado mientras oía como el resto de la comitiva se separaba del vehículo y encendían unos cigarrillos.

Parecían haber hecho este trayecto antes, había tranquilidad en las maneras de proceder de aquella mísera gente que manejaba de igual manera jets privados, y vivían en las condiciones más infrahumanas en la noche del desierto. Así era su vida, la de los señores de la guerra. La de los mercenarios cuyos hilos eran movidos por lejanos y crueles ejecutivos dirigentes de empresas fantasma, y carentes de todo honor. Darab quería con esa visita dar por terminada aquella situación. No se dejaría manipular más ni dejaría en manos de aquellos que manejaban el mundo desde la oscuridad a aquellos refugiados. Él sabía la verdad de toda la historia, la que ahora se disponía a desvelarme.

Tras una silenciosa hora de caminata por pendientes, riscos y sendas empolvadas, Darab se colocó a mi lado izquierdo. Con un rápido movimiento, con un estruendoso sonido entre aquel silencio sacó su letal cuchillo afgano. No

podía verlo pero me estremecí al pensar que aquel podía ser un buen lugar para morir. Instantes después mis ataduras cayeron al suelo. Al fin tranquilidad y una mirada cómplice. Más tarde, cuando reposaba en su cinto, pude observar que aquel cuchillo media unos veinticinco centímetros. Tenía una extraña forma parecida a la de una pequeña hoz y mango de madera con incrustaciones de nácar, lo guardaba desde siempre. Él quería mantener sus costumbres.

Darab procedía de una aldea de la tribu afgana Banochi, ubicada en la zona del paso Jaiber (Khyber), que une Afganistán y Paquistán. Sabía bien lo que eran los crímenes de guerra, y el abuso del poderoso sobre los túteres que eran los pueblos agrícolas de aquella área. Compartía la desesperación de los que se postraban apenas a unos metros de ellos. Ésa era la razón de haber traicionado lo que representaba su ocupación actual desde hacía años. Él se había pasado al otro bando, el que manejaba el contrabando y ponía en manos de una u otra facción las armas necesarias para derrocar gobiernos. Ahora me enseñaba los secretos que necesitaba para desentrañar ese profundo misterio de la humanidad que le trajo a tierras tan lejanas.

—Esta es la cruda realidad, amigo Cesare —dijo Darab interrumpiendo el amargo silencio.

Decidí entonces destapar mis ojos tras notar que las palabras de Darab eran conciliadoras. Me encontraba en una sobre—elevación de terreno. A ambos lados veía una línea de montañas que dejaban a sus pies un extenso valle, donde parecían asentarse multitud de personas en tiendas de campaña. Al fondo las colinas se transformaban en montañas que teñían de frío blanco sus cúspides.

—¿Dónde nos encontramos? —pregunté sin apartar la mirada de aquel extraño campamento.

—En el Kurdistán Iraquí, al norte del país, donde la guerra aún es más cruda que en ningún lugar del mundo. Donde la realidad se hace patente en el sacrificio de estas vidas que tienes delante. Es el campo de refugiados de Során, en la frontera de Irán con Iraq.

Allí estaban, en un campamento cuya gerencia pertenecía a una agencia dedicada a la protección infantil. Ese tipo de campamentos de refugiados eran rara avis. No figuraban en ninguna guía de las principales organizaciones llamadas ONG, ni tan siquiera en Naciones Unidas. Todo el mundo parecía haberle dado la espalda a ese lugar remoto. La desinformación interesada había hecho que aquel emplazamiento no existiera a ojos del mundo civilizado. Sin embargo, el legado del Vaticano lo tenía delante. Un sitio donde los desplazados de guerra eran confinados. Pero Cesare aparte de las cuestiones lógicas que surgían en la mente de cualquiera al contemplar tanta miseria, dudaba del porqué de su presencia allí. Debía ser cauteloso sin embargo. Darab parecía

extrañamente cercano y quería ser amable con él. Cesare era un hombre inteligente y sospechaba que estaba siendo usado de nuevo para propósitos muy distintos de los cuales la Iglesia le trajo hasta allí.

Columnas de personas avanzaban silenciosas por dos flancos de aquel enorme campamento. La del lado este se perdía entre dos elevados riscos de montañas. Otra al lado oeste. Miles de personas. Desde nuestra posición al sur, podíamos ver al este como una hilera de refugiados se dirigía desde un estrecho paso entre dos colinas hacia el valle donde se encontraba el campamento de exiliados. Cargaban algo a sus espaldas, también fardos y paquetes en rudimentarios carros hechos de madera. El tiempo parecía haberse detenido y estábamos viendo el transporte por tierra que podía haber sido hace miles de años atrás. Cesare dejó correr su curiosidad. Ya no le importaba nada. Sus preguntas lejos de ser cautas con su supuesto captor estaban ausentes de toda prudencia.

—Pero, ¿qué transportan? ¿Esto no es un campo de refugiados?

Darab hizo una pausa, un momento de silencio que daba a entender los peores augurios.

—Esto Cesare es lo que hemos venido a hacer aquí. Esto es lo que su institución ha hecho y protege con todas sus fuerzas a la vez que le da la espalda. Sólo lo pueden hacer durante la noche. De día es más fácil que los satélites espías puedan detectarlos y así incluso poder enviar drones de vigilancia nocturna. Lo importante es no llamar la atención. Campos de refugiados pequeños. Sin que a ninguna ONG importante le merezca la pena desplazarse hasta aquí para ayudar a menos de diez mil personas. Hasta esas organizaciones tienen sus intereses económicos —dijo Darab riendo con ironía.

—¿El Vaticano ha hecho este campo de refugiados?, no tengo noticia de nada así. Yo debería saber algo de esto. Al fin y al cabo mi cargo no es el de un simple sacerdote. Pertenezco a la alta curia y este tipo de cosas se discute en plenos a los que asistimos periódicamente. Nunca he oído hablar de este lugar.

Darab me miró con sus profundos ojos verdes claros. Su barba de varios días y el pañuelo atado para que su negro pelo no cayera sobre la cara hacían que cualquiera pensase que estaba hablando con un delincuente. Los músculos se podían vislumbrar por sus ropajes, era un tipo ciertamente peligroso. En esos momentos Darab era un asesino arrepentido. Un moderno San Dimas que daba a conocer los secretos de la Iglesia a uno de sus miembros. A uno que quizás pudiera cambiar las cosas, a alguien que tuviera fuerzas y voluntad para cambiar el mundo tal y como lo conocíamos. Cesare sin embargo aún estaba lejos de conocer todas las piezas que llevaron a la humanidad a ser como era. A conocer el porqué del devenir de la historia en las últimas décadas. Todo provenía del encuentro entre varias fuerzas tras un terrible conflicto a mediados del siglo

veinte. Cesare no dejaría la cara de sorpresa que ahora tenía en mucho tiempo.

—Ni oír hablar nunca de él. Es gente como nosotros la que se encarga de ello. Somos los guardianes de secretos de países, estados corruptos y como es éste el caso, de multinacionales que quieren acaparar todo el mercado de ciertos productos. Nuestras empresas, a la que yo sirvo y a la que usted pertenece, están aliadas en este asunto.

Guardé silencio. Necesitaba asimilar lo que inmediatamente percibí como una mentira. No podía creer las palabras de un delincuente que mataba por dinero. Ahora no. Pero ¿qué perdía él mintiéndome? Sus palabras no carecían de veracidad, todo cuadraba. El relato de Ratzinger como génesis de su misión, la regresión de Steven, pero ¿de qué hablaban en verdad todos ellos? Habría algo más que desconocía y que no tardaría en averiguar.

—Pero ¿por qué ahora te pasas al otro bando? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Mis pilares se derrumban, necesito pruebas que me demuestren que es todo esto y den respaldo a lo que me cuentas.

—Lo tendrá. Póngase esto.

Darab me entregó una vieja quibla de color blanco muy desgastado, y un largo pañuelo que una vez ataviado correctamente haría las veces de turbante. Una vez colocadas las ropas encima de la asió con fuerza la parte final de su tocado cubriendo el rostro. Sus facciones caucásicas no pasarían desapercibidas en aquel lugar. Todo transcurrió en silencio. Cuando terminé, miré con tristeza a Darab Tehrani. Buscaba que se equivocase. Buscaba alivio para mi lamento. Para el quejido de mi alma que se había roto por las palabras de mi nuevo amigo. Lo más profundo de mis creencias. No podía pensar ni siquiera que esa institución a la que tanto había amado desde era sólo un aprendiz en la inclusa de la Iglesia, me hubiera estado manejando durante todo este tiempo. Mis prioridades cambiaban a la vez que comenzaba a sentirme un ser extraño. Alienado de lo que siempre había sido la concepción de mí mismo.

¿Estaría a punto de presenciar aquel favor por favor con el que Ratzinger no quiso ser explícito? ¿Me había ocultado el mismísimo Papa información para usarme como títere en todo este embrollo? Esperaba que al menos ese títere en el que me había convertido no quedara sin cabeza en el futuro. Esto colocaba a Martínez de nuevo en el principio y final de toda sospecha.

Darab se adelantó hacia el descenso. Tras unos metros, oteó el horizonte y se volvió hacia atrás para girar su brazo en un gesto de seguimiento. La comitiva se puso en marcha inmediatamente. El afgano, dos soldados que habían dejado atrás sus AK-47, se habían colocado camufladas debajo de sus ropajes las Glock 9mm, y yo. Todo en silencio, como espías que conocían muy bien su trabajo. Como asesinos a sueldo sin rencor por lo que pudieran hacer o habían hecho.

Unos tres kilómetros nos separaba de nuestro destino. Poco a poco nos fuimos aproximando aprovechando las primeras luces del día. De otra manera hubiéramos sido fáciles de ver. Era un amasijo enorme de tiendas, mezcla de harapos y desechos humanos varios, infestados de moscas y con el silencio de la miseria interrumpido únicamente por el griterío de niños jugando con algo parecido a una pelota de fútbol. Los rayos de sol rojizos bañaban las primeras actividades de la familia en la que se había convertido la población de aquel remoto lugar perdido de la mano de Dios.

El grupo aprovechó aún la penumbra y el trajín de colocación y organización de los últimos fardos que se habían transportado durante la noche, para cruzar parte de las primeras calles que se habían formado alrededor de las tiendas y casas de trapo.

Aquello era una maniobra muy peligrosa. Darab me indicó con la mirada un par de milicianos con metralletas en bandolera. Asentí y Darab contestó con un susurro.

—Son mercenarios como nosotros. Mercenarios contratados con dinero procedente de holdings de diversa procedencia. A eso vamos, a que compruebe con sus propios ojos quiénes son los jefes de todo este montaje.

Desde el escondite en la periferia del arrabal, encontramos un momento de calma antes de abordar los siguientes almacenes que Darab quería inspeccionar. Allí decidí aprovechar el supuesto momento de tranquilidad y hablar cara a cara con el mercenario.

—Pero ¿por qué haces esto Darab? ¿Qué te lleva a desenmascarar a quien te paga?

—Verá Cesare, hace unos dos años estábamos en este mismo paso fronterizo donde nos encontramos ahora, cerca de la ciudad de Során al oeste de Irán, llevábamos ya varios años a sueldo de Novatech y mis contactos en esa empresa florecían a buen ritmo. Pero de vez en cuando nos vemos inmersos en alguna pequeña escaramuza con ladrones locales que no saben para quién trabajamos. Intentaban robar parte de la mercancía. En un visto y no visto, nos encontramos en medio de un fuego cruzado con muyahidines y todo un pelotón de marines de los EEUU que recibió el soplo de Novatech para que apoyase nuestra posición. En esa escaramuza salió gravemente herido mi hermano.

Darab señaló entonces a uno de los soldados que escuchaba de cuclillas a su lado apoyando su rostro en el cañón de un AK-47. El único que no había dejado su rifle. Nunca se separaba de él. Éste me miró y esgrimió una sonrisa burlona con su cara arrugada contra el fusil.

—Éste es mi hermano, Arezo Abdullah. Su nombre lo adoptó en detrimento del antiguo tras ese ataque. Significa esperanza y esclavo de Alá. Pues veré

Cesare, su herida era muy grave, y tras ser llevado a uno de los campamentos de EEUU, fue tratado, pero aquella herida en el pecho no mejoraba. Tras un día las noticias de los médicos eran que ya nada se podía hacer por él. Por entonces yo no sabía qué mercancía era la que estábamos protegiendo, me daba igual. Sólo me importaban las ingentes cantidades de dinero que nos pagaban. Pero aún sin saberlo no podíamos ignorar que trabajábamos para una empresa farmacéutica con un enorme poder. Toqué entonces todos los contactos que tenía en esta empresa, pero todos me dieron la espalda. Yo sólo quería salvar la vida de mi hermano. Una noche, desesperado, me dirigí a caballo hacia el corredor de refugiados, quería averiguar de qué mercancía se trataba. No quería ser visto, me refugié entre las sombras y accedí al almacén principal. Se apilaban miles de sacos. Rasgué uno con mi cuchillo y fue entonces cuando me vi sorprendido por un tipo haraposo y desnutrido que miró hacia un lado y a otro para comprobar que estábamos solos. Yo no entendía su idioma pero lo cogí de sus ropas para intentar sacarle algo de información. Le señalaba compulsivamente hacia el saco que yo había roto con mi cuchillo. Fragmentos de flores caían junto a una especie de polvo amarillento. Entonces él respondió en un dialecto que conocía, el persa, *La flor de Alá*. No sabía qué significaba aquello. Se llevó los dedos a la boca y después hacía una mueca de dolor señalando unas cicatrices que tenía en el torso. ¿Qué era aquello? No podía esperar más, pronto nos descubrirían y no deseaba verme envuelto en más problemas de los necesarios. Sólo me importaba mi hermano. El viejo cogió un puñado de aquel amasijo de restos vegetales y tomó mi mano vaciando el contenido de la suya. Yo conocía poco de su idioma, pero algunas palabras fundamentales y unidas a sus gestos, comprendí que era una especie de medicamento, de cura para algo. Se señalaba continuamente sus heridas y hacía el gesto de beber. Sacó de un hatillo que llevaba una lata oxidada y señaló mi mano que contenía esas hierbas. Agua, fuego... Pronto comprendí de lo que se trataba. Salí de allí apresuradamente mirando con profundo agradecimiento a aquel anciano. Guardé lo que me había dado haciendo una rudimentaria bolsa con mi pañuelo, y monté en mi caballo que azucé como si lo llevara el demonio. Al llegar al hospital acudí a la cama que ocupaba mi hermano, jadeaba con los últimos estertores de la muerte. Acudí al puesto de enfermería y les arrebaté un poco de agua caliente que guardaban para hacer té. Con mezcla de ira y desgana, desesperado y sin saber bien lo que hacía, recordé al viejo y mezclé aquellas flores con un poco de agua en una taza. Se la di con mucha dificultad y tras beber media taza casi al extremo del ahogo, cayó rendido y se desmayó. Pensé que ya había llegado su momento. Pero tras sólo seis horas despertó y la fiebre cedía. Le rogué a las enfermeras que no contasen nada de lo que habían visto y le di la otra mitad de la taza. En un par de días estábamos

fuera del hospital con las curas habituales. Me di cuenta que sólo era un siervo del dinero, un pelele al servicio de Novatech. Todos me dieron la espalda, nadie quiso ayudarme con tal de no desvelar su secreto. Esto no puede quedar entre el silencio de la guerra que justifican para extraer esta medicina. Una medicina que parecen no comercializar, por el contrario la mantienen oculta. Extrañamente no desean ofrecer al mundo esta cura que parece ser milagrosa, que parece ser lo que desde que somos hombres ha sido usado para curar la enfermedad. ¿Ve las enormes columnas de humo del centro del campamento? Es donde quemar lo que ellos llaman su excedente. Sólo una pequeña cantidad llega a la vieja Europa, donde tienen sus fábricas. Pero esa parte la desconozco. No sabemos qué hacen con ello.

Me quedé petrificado ante esa historia. Siempre pensamos que la industria, la tecnología y el conocimiento estaban al servicio de la humanidad. Pero me equivocaba una vez más. Todo estaba al servicio de la motivación principal: del egoísmo que existe desde que el hombre fue hombre. El dinero, el poder y el dominio de lo que le rodea. Incluso el Vaticano había obviado los mandatos de Pedro. Se había dejado chantajear. Su silencio por un favor desconocido para mí. Pero, una medicina supuestamente milagrosa les daría mucho dinero ¿Por qué Darab decía que no la comercializaban? Eran conceptos contradictorios. Pronto lo averiguaría todo. Era cuestión de tiempo. Primero debía saber qué tenía Darab que mostrarme.

Giré la cabeza ante la mirada con una media sonrisa de Darab. Él sabía por qué me había traído hasta allí. El por qué en ese momento en concreto. No sabía cuándo en aquel viaje iban a cesar las sorpresas. Aquel personaje que estaba certero en sus aseveraciones.

Poco más tuvimos que hablar. Esperamos a que el guardia armado acabase su ronda por este lado del campamento, y accedimos corriendo hasta la parte posterior de una de las tiendas de tela. Darab se sentía en su medio natural, la piratería. Asió de nuevo su cuchillo y rasgó aquella raída tela que nos dio paso hacia el interior. Ocultábamos nuestra presencia, pero mi corazón parecía que iba a salirse de mi pecho. Ni en mis escasos sueños de libertad hubiera podido imaginar esto.

Eran tiendas enormes, de unos cuatro metros de alto y al menos quince de ancho. Sólo estaban hechas para hacer indistinguible a quien observase desde el exterior que dentro había mercancías y no humanos que necesitaban ser ayudados como se suponía en aquel campo de refugiados. Fardos, enormes bultos empaquetados con una tela similar a la de las tiendas y asidos fuertemente por un cabo grueso. Cada uno medía aproximadamente un metro cúbico. Tres hileras de cuatro fardos cada una por cada tienda. Hasta el techo, lo que pudiera

caber: otras cuatro. Enorme depósito de un arsenal químico cuyo destino era la guerra de dominio del mercado de una empresa farmacéutica. Poder, dinero, de nuevo un campo de batalla moderno en el que se libraban las antiguas guerras.

Darab no deseaba tampoco permanecer allí más de lo debido, él estaba acostumbrado, pero también sabía que si pasaba allí mucho tiempo, podría ser el último. Si para un señor de la guerra era un sitio peligroso no podía imaginar cuánto podría serlo para mí. Rápidamente rompió uno de aquellos fardos y extrajo un pequeño paquete blanco de plástico. Parecía uno de aquellos paquetes de las películas en las que se guardaba la droga. Darab me miró y a continuación miró a aquel paquete. Lo guardó en su chilaba y súbitamente se hizo en su mirada el temor. Un movimiento de su dedo índice hacia su boca. Silencio. Alguien se acercaba. Desde la hilera a nuestra izquierda donde se agazapaba el hermano de Darab, su compañero nos hizo una seña mirando hacia el pasillo a la vez que extraía un cuchillo semicircular parecido al de Darab. Las venas se tensaron en su antebrazo, apretaba el mortal arma con fuerza y apretó los dientes.

Yo, *el astrónomo del vaticano*, creí morir de horror, yo que me había enfrentado al mismísimo demonio incorpóreo, ahora lo veía reflejado en la mirada de los que me protegían.

Ruidos de pisadas sobre la arena entre las hileras de pacas con lenta cadencia que hacían entrever la proximidad de uno de los guardias. Su trabajo de vigilancia en paz le iba a llevar hasta la muerte. Con un rápido movimiento desde su posición inicial en cuclillas, Arezzo se levantó y asió al soldado por la cabeza sin dejar tiempo a la reacción de su víctima. Una mano en la boca, la otra debajo de su mandíbula que sólo enseñaba la empuñadura del cuchillo con forma de media luna. Su brazo teñido de rojo y los movimientos convulsos de las piernas del soldado. De nuevo el terror en mis ojos que cerré inmediatamente, los apreté fuertemente y exhalé una rápida plegaria por el difunto.

En ese caos me armé de valor y aprovechando que la concentración de mi grupo estaba en Darab, cogí uno de aquellos paquetes y lo guardé a la espalda. No sé por qué lo hice, ni siquiera de si debía, pero por algún designio del extraño destino que ahora recorría, tuve aquel impulso.

Era el momento de irse. Ya teníamos nuestro botín. Todo fue muy rápido a partir de entonces, recuperamos el camino que habíamos hecho hasta llegar a las tiendas y debíamos escapar unos kilómetros para no ser detectados. Tras unos cientos de metros en silencio, pronto nos sentimos seguros y comenzamos a poder recuperar el aliento necesario para hablar. Entre jadeos por el esfuerzo en nuestro ascenso, fui el primero en disparar, estaba lleno de preguntas.

—Darab, ¿por qué un corredor hacia una república islamista? ¿Encontraran

allí paz?

Mi amigo me miró impávido, como si pensara que yo no había entendido nada. Pero era la vida de los refugiados más allá del polvo que habíamos encontrado, lo que más me importaba. El respondió de inmediato con una mueca de contrariedad.

—Todo lo contrario. Aquello no significaba nada. Son meros esclavos de Novatech. Piénselo bien. Refugiados de un país en guerra hacia otro donde sufrirían aún más. ¿No ve que no es lógico? ¡No existe justificación! El pasillo ha sido creado artificialmente. No es para refugiados. En ese camino hay más de un pasajero. Saque sus propias conclusiones. Llévase esto Cesare y sea usted distinto a sus jefes.

Mientras pronunciaba esta última frase, Darab había señalado el paquete que decomisé pensando que nadie se había dado cuenta. Su hermano me lo arrancó de su escondite mientras él hablaba. Me sentí un tonto por eso. Intentar engañar al mentiroso. Ir a robar a la cárcel. Estúpido. Él como si no hubiera ocurrido nada, siguió con su exposición. Todo parecía perfectamente escenificado. No me extrañaría que Darab me preparase aún más sorpresas.

—Enseñándole esto yo pierdo un negocio, pero siempre habrá guerras y encontraré donde hacer dinero, pero nunca más a costa de los más poderosos que se refugian en sus castillos que hoy en día son los rascacielos de las grandes ciudades. Se aprovechan del que no tiene nada sin escrúpulo alguno. El sentido real de todo esto no el petróleo, ni la guerra, sino el pago que hay que hacer a la industria farmacéutica que dobla en ingresos a la del petróleo. Son los más poderosos, Cesare. No deben ganar.

Nuestro paseo había terminado mientras hablábamos en la cúspide de monte desde donde había visto por primera vez el campamento. Darab seguía mirándome como si él tuviera todo el conocimiento y yo ignorase todo. Había sonrisa en su rostro. Enigma en sus ojos.

Me invitó con una mueca seria a descender el siguiente monte, uno tras otro. Llenos de vegetación a nuestros flancos, encima del mismo mulo que nos había llevado hasta allí. Recorrimos hacia el noroeste unos veinte kilómetros a lento paso en los que mi anfitrión no quiso articular palabra con nadie. Sólo sus silenciosas instrucciones a su hermano con el que parecía comunicarse con telepatía. No había otra cosa más que años de camaradería.

Unos minutos después nos detuvimos con una orden seca de Darab. Éste agarró sus prismáticos. Pudimos ver entonces como unos cinco kilómetros al este de nuestra posición, se erguía una fila de un par de decenas de personas. Darab interrumpió de nuevo el incómodo silencio.

—Refugiados. Huyen presas del miedo por las enfermedades raras.

—¿Por qué...? ¿Aquí...?

—Éste es el ardid de su empresa, Cesare. Es el precio del silencio de la Iglesia, dinero para silenciar que el refugiado huye en realidad por las enfermedades raras en países ignorantes. Piensan que es contagioso. Pero no es así, la enfermedad es especialmente prevalente en Asia Menor.

—¿Qué van a hacer con esos refugiados entonces?

Darab dio una furtiva orden con su rostro dirigiendo su mirada hacia la columna de los malditos al este de nuestra posición. Inmediatamente toda la comitiva amartilló sus armas y comenzó una frenética carrera por ver quién alcanzaba antes a aquel grupo. Unos segundos después quedamos Darab y yo. El pareció responder tardíamente mi pregunta anterior.

—Vamos a dejar que Novatech siga pensando que manda. Por el momento. Ese dinero que usted trajo pertenece en realidad a ellos. Usted sólo ha sido el brazo ejecutor del dinero para mantener a raya el grupo de esclavos de Novatech. La Iglesia tiene salvoconductos para viajar a estas tierras sin ser interrogado. Pero Novatech no. Hay muchos ojos sobre ellos. Ahora sígame —ordenó.

Darab siguió camino hacia el noroeste. Pronto pude comprender lo que había ocurrido con aquel grupo de desgraciados que quería escapar. Ruido lejano de detonaciones mezclado con el sonido de fondo del golpe de los cascos de los caballos sobre el suelo. Recé de nuevo por almas que no conocía.

Eran ya las cinco de la tarde en un meridiano que en esta época anunciaba en breve la noche. El frío también pugnaba por aparecer. Pronto y tras un nuevo silencio, Darab me indicó el alto. Descendimos de nuestros caballos y el los ató con maña a un árbol cercano.

El paisaje seguía siendo similar. Decenas de simétricos montes desprovistos de arboleda. Sólo pequeños arbustos verdes y vegetación baja que no dejaba mostrar el ocre del suelo.

Sobre este manto de vida comenzamos a andar unos cientos de metros subiendo la pendiente con un ritmo lento. Darab me indicó con un gesto que debíamos guardar silencio. Tras unos minutos, y a punto de llegar a la cúspide, Darab se agachó y me dijo que le siguiera con silencio. Llegamos al techo de aquel pequeño monte casi arrastrándonos, mantuvimos esta posición de trinchera unos segundos. Al fin veíamos algo más.

En nuestro frente se alzaba un monte con una forma especialmente simétrica. En su centro el abrigo de una gran cueva con una lengua verde que parecía entrar con vida en su interior. Desde la base del monte, un camino para acceder a ella que ocupaban civiles y mano de obra con fardos y herramientas a sus espaldas. El camino partía de una pequeña edificación de madera con tres o cuatro coches aparcados a sus puertas. Aquella edificación estaba ocupada por militares.

Darab miraba a aquella gente con inquietud. Era un grupo de milicianos con uniformes de camuflaje que parecían escoltar o al menos controlar, al otro grupo más numeroso que ellos de civiles. Me indicó con un gesto que mirase la insignia de sus brazos, me cedió sus prismáticos. Un triángulo rojo de base inferior.

—La guardia republicana de Sadam —exhaló.

—¿Pero qué hacen en estas latitudes? —contesté rápidamente en su mismo tono.

—Protegen la entrada de la cueva. Protegen del expolio de los occidentales. Acaba de producirse un derrumbamiento en su interior que ha dejado al descubierto nuevas cámaras, nuevos restos supuestamente humanos, y la prensa internacional se ha hecho eco del hallazgo rápidamente.

Había oído algo de aquello en la prensa en mi viaje original a Irán. Ya no sabía en qué latitud exacta me encontraba. Sorpresa tras sorpresa, patraña tras ardid de mi cruel anfitrión, me había traído aquí. No podía más que dejarme llevar de nuevo por él. Pero me inquietaba de qué chistera sacaría el siguiente conejo. Tras unos segundos con el silencio de fondo, Darab comenzó a susurrarme otra vez.

—Mire, allí al fondo. Sobre el monte que soporta la cueva del Shanidar.

En la parte superior del seno que formaba el accidente terrestre, había un campo de cultivo. Más guardias republicanos a su alrededor. Más vigilancia para una planta de la cual no sabíamos nada, sólo que era muy valiosa para alguien. Grandes corporaciones internacionales, la ONU, el Vaticano el cual me había engañado. No sabía quién más estaba de tras de aquella historia.

—Fíjese en la entrada de la cueva. Hay americanos. Esto es una zona de visita habitual para científicos. ¿Sabe? Esta cueva fue la génesis de una especie humana extinta. El primer lugar que ocuparon nuestros primos en la evolución. Ahora se ha hundido el primer estrato y parece que hay algo más. Algo nuevo. Éste es mi último favor, Cesare. Primero el campo de refugiados y ahora esto. Ahí tiene amigos que le pueden dar las siguientes pistas. Ejerza de notario, de escriba y de testigo de todo lo que está ocurriendo.

Mientras Darab ejecutaba su discurso, pudimos oír como el grupo paramilitar que había dado caza al grupo de refugiados, volvía de su cruel cetrería. Darab me indicó entonces que desandáramos nuestros pasos para reunirnos con su hermano y su grupo.

Ellos debían justificar el gasto de dinero que yo mismo había entregado. Me sentía responsable por aquella matanza. Darab fue consciente de mis sentimientos en nuestro paseo de descenso. Me miró y no me dejó torturarme con mis pensamientos. Siguió hablándome. Parecía que estaba comenzando el

epílogo de nuestra relación a juzgar por su tono. Al llegar a la base del monte, subió a su caballo.

—Investigue quién es realmente su amigo y quién es el que lo utiliza a usted. Pregunte, indague y averigüe. Se ha convertido en un muñeco de trapo con coraza de hierro. La útil para el propósito de quien le maneja. Hace unos días le mandaron a Estados Unidos, a contactar con Carl Eisenberg. Justo en el momento en el que iba a contactar con el doctor Ralph Morell ¿verdad?

Había estado agazapado hasta hace unos instantes en el frío suelo de un campo de refugiados y con el riesgo de acabar con un cuchillo en la nuca. Pero aquellas palabras me inquietaron aún más, un momento de desconsuelo del cuál no sabía cómo salir. Desde el inicio de nuestra relación había aprendido que con mi nuevo amigo debía ser cauto y a pesar de mi miedo, debía callar. Él parecía saberlo todo, yo no sabía nada.

—¿Sorprendido, no? ¿Se preguntará usted cómo puedo saber yo eso?

Darab movía su caballo a un lado y a otro a mí alrededor a escasos dos metros de mí, a la vez que el resto de la comitiva se subía a la grupa de sus animales. Sólo uno de ellos dejaba atado a la rama de un arbusto a lo que sospechaba que era mi manera de desplazamiento futura. El polvo del camino comenzaba a estrechar al grupo producto del trote a mí alrededor. Darab siguió hablando.

—Somos mercenarios, Cesare. Mercenarios a sueldo y el dinero es lo que importa, no la vida de los demás. Le voy a dar esta clave por una razón, y escuche bien: los que me pagan lo hacen generosamente para que ejecute sus órdenes y sobre todo calle. Ahora voy a incumplir ese mandamiento con usted. Ellos son mi fuente de ingresos y son buenos conmigo, pero no con el resto de la humanidad. ¡Nosotros matamos a Ralph Morell!, allí estábamos observándole en su conversación con Carl Eisenberg. En ese momento Carl estaba reuniendo su equipo y partió hace dos días hacia Turquía, y ahora se encuentra detrás de ese cerro que ambos tenemos delante. Y lo más importante, se encuentra con un doctor en arqueología experto en esta cueva. Su equipo ya está completo y tiene los documentos que el doctor Ralph Morell le envió antes de morir.

Momento tras momento no podía pensar que el siguiente me hiciera más ignorante, y con la tristeza de sentir constantemente un señuelo ante mi boca. Una carnada que a los que yo había jurado obedecer, colocaban sin piedad ante mis fauces una y otra vez. Darab no me dio lugar a la respuesta.

—En las costumbres más antiguas de estas tierras del norte de Iraq, a los muertos que traicionan a la mano que les da de comer les embadurnan después de asesinarlos con aceite de roca. El líquido artesiano del desierto. Esa costumbre es ancestral y esta extraída de un ritual de enterramiento que se encontró hace años en la cueva que acaba de ver al otro lado de esa colina. Así

quisieron que fuera con Ralph Morell. Ésa es su primera pista, Cesare. Ahora siga a Carl Eisenberg, está cerca de aquí, apenas a unas decenas de metros al oeste. Ahí en su caballo tiene provisiones y todo lo necesario. Éste es mi último favor.

—¿Favor para qué? —le grité sin pensar iracundo. Bolsas de aire frenético en mis mejillas, saliva que salía tras mis palabras, no aguantaba más.

Darab detuvo el movimiento compulsivo de su caballo. Me miró fijamente y bajó firme de su montura. Apenas a unos centímetros de mí.

—Ésa es su tercera pista, Cesare. Déle al resto del mundo el secreto que Novatech posee. El secreto que sólo Ralph Morell podía desvelar. Carl Eisenberg le ayudará a lograrlo. De paso piense a quien le entrega la información que tiene cuando sea el momento. Sus superiores están en intenciones más cerca de Novatech que del Cielo que ustedes tanto proclaman. Hágale un favor al mundo, como un día yo le hice a mi hermano dándole esas hierbas. Déle usted esas hierbas al mundo que las necesita más que nunca.

Tras unos segundos de tensión. Darab sonrió sabedor de su dominio sobre mí. Se retiró de mi lado y subió de nuevo a su caballo, para, con sólo un gesto y media sonrisa, cabalgar hacia el este con su grupo.

Allí me encontraba. Sólo en una montaña del Kurdistán iraquí. Rodeado de la guardia privada de Sadam. Con una indumentaria con la que nadie hubiera sabido que yo era un soldado de Cristo. Con el alma en los pies porque todo en lo que yo creía había sido derruido. Comencé a recapitular en todo lo que mi vida me había deparado en los tres últimos días.

Novatech pagaba a mercenarios por la salvaguarda de un cultivo en Oriente Medio que recogía y luego en parte destruían unos refugiados de guerra. Su coartada para ocupar aquellos terrenos sin ser molestados por la ONU. A Darab y a sus mercenarios, Novatech les pagaba con un dinero que aquella empresa camuflaba en su viaje entre mis manos. Sin mi conocimiento. De alguna manera aquella frase del cardenal Martínez que establecía la dura relación entre el dinero de la Iglesia y su inversión en la industria farmacéutica, tenía un hueco en esta historia. Pero, ¿quién le había ordenado a Darab que me mostrase todo aquello? Si la Iglesia y Novatech eran cómplices y me manejaban a su antojo, ¿quién le había traicionado a ambos y había puesto al soplón de Darab en mi camino? Había un tercero en discordia que quería hacer el bien, lejos de las intenciones de complicidad de mi institución y Novatech por el poder y el dinero.

Darab me había dado pistas, indicaciones precisas acerca de cómo debía proceder. Mi siguiente paso estaba a unos cientos de metros detrás de la colina que tenía ante mis ojos. No podía creer en poco tiempo me reencontraría con Carl Eisenberg y yo formaríamos parte de su equipo. Nuestros conocimientos eran

ahora complementarios. Debía tener la fuerza necesaria para acometer aquella misión.

Sin duda, nuestro reciente episodio juntos en Camp David con Steven, las enfermedades raras y su misma hija, tenían cabida en esta historia que yo aún no comprendía. Esperaba que aquel demonio que nos encontramos en nuestro camino en Boston no tuviera cabida en aquella cueva que se postraba ahora ante mí. En aquella cueva que parecía ocultar la solución a todo este embrollo.

Debía acudir al encuentro de una nueva aventura.

Capítulo XII. Concordato

Estimado Vicecanciller:

Le ruego tenga en consideración estas líneas que a continuación le ofrezco. Está en riesgo la supervivencia de nuestras instituciones y debe ser rubricado con la mayor celeridad. Ustedes desean saber la localización del libro de *Num* y sus orígenes.

Yo firmé el concordato con Serbia justo antes del asesinato de archiduque Francisco Fernando de Austria. Soy el Nuncio del imperio alemán y de Prusia. Con estas credenciales y por ello, les doy nuestro apoyo para que el Führer se haga con el Reichstag, cuando el partido nazi acepte las premisas que le enumero a continuación.

—Derecho a la libertad religiosa católica romana.

—Los concordatos con los estados de Baviera, Prusia y Baden, siguen siendo válidos.

—La religión católica puede ser enseñada en ciertas escuelas.

—Queda garantizada la protección a instituciones católicas.

—Ningún clérigo o sacerdote podrá pertenecer a un partido político.

Éstas son las cláusulas oficiales del concordato imperial. Las que discurren a continuación deben ser tenidas en cuenta pero ocultadas a los ojos de la opinión pública.

—Deseo ser nombrado sucesor de Pio XI.

—Las acciones de las empresas farmacéuticas encargadas de la fabricación de los remedios que se deriven de los conocimientos derivados del libro de *Num*, deben quedar en poder de la Iglesia en un 20% del total bruto.

—El régimen que gobierne en Alemania sea cual sea no podrá revelar a nadie estas cláusulas, ni variar las ganancias derivadas de las patentes mientras el concordato imperial tenga vigencia.

Los conocimientos que están escritos en el libro que buscan, son la transcripción de un antiguo texto que conocemos por los documentos secretos vaticanos más antiguos. Los archivos cuneiformes de los cabezas

negras, las culturas de Jarmo y de Jalaf. Posteriormente fueron traducidos por los seguidores de la rama babilónica del Talmud y transmitidos y conservados desde entonces en un libro con más de 2500 años de antigüedad en el idioma paleohebreo. En la actualidad, el poseedor del libro es el Rav Simón Bar Natán, máximo rabino de la sinagoga de Ohel Jacob en Múnich. Espero haber cumplido con nuestra parte del trato, y que ustedes cumplan con la suya.

Lo que rubrico en este documento que es copia y que queda bajo la custodia de la biblioteca vaticana.

Sin más, se despide el siervo de la Santa Madre Iglesia:

Cardenal Pacelli.

(Extracto de la carta del Cardenal Pacelli, futuro papa Pio XII al vicescanciller alemán Franz von Papen el 12 de mayo de 1933 antes de la firma del concordato imperial el 20 de julio de 1933.

Carta extraída de los archivos secretos vaticanos según registro de salida firmado por el cardenal Martínez, y entregada como valija de misión papal al sacerdote Cesare Corsini).

Capítulo XIII. Retorno al Shanidar

—¿Cuántos kilómetros nos quedan, Carl?

—Te lo he dicho varias veces, Álex, no seas impaciente. Son 275 kilómetros en total, unas tres horas. Llegaremos a tiempo.

Vince nos había reservado billetes en el vuelo que nos llevaría al viejo mundo, la decadente Europa, y desde allí al más allá, encarnado en las tierras de la cuna de nuestra civilización. Súmer, el alto Iraq, donde se encontraban las misteriosas cuevas donde el hombre comenzó a ser hombre.

—¿Nos dará tiempo a echar un sueñecito en el avión? —sonrisas de Álex.

—Por supuesto amigo mío, una pequeña cabezada de tan solo 14 horas hasta Frankfurt —ironicé—. Después una pequeña espera vespertina de tres horas para coger un nuevo vuelo hacia la anciana Constantinopla, Estambul. Ahí solo tendrás tres horas de descanso —le dije sonriendo de nuevo.

Después de 275 kilómetros al fin nos encontrábamos en Nueva York. Aeropuerto de Newark. Vince nos había reservado aquellos caros billetes en nuestra primera etapa. Después utilizó el poder del periodismo para convocar la piedad del ejército. Un general, amigo de un amigo, escuchaba al otro lado de la línea, cuando Vince le solicitó un vuelo militar que llevase a dos periodistas, y protección para nosotros en el Kurdistán iraquí.

Desde Frankfurt iríamos en un avión de transporte Lockheed C-5 Galaxy fletado por el ejército estadounidense en dirección a Iraq. Destino aeroportuario, el aeródromo internacional de Érbil, ahora militar. Desde allí apenas 65 kilómetros para la ciudad de Rawanduz donde haríamos noche.

Las horas pasaban entre nubes y el bullicio de las escalas. Aquel viaje nos supo en un principio a gloria. Descanso, desconexión, pensamiento y soledad, aún rodeados de gente en la cabina de pasajeros. Posteriormente sin embargo, tuvimos que afrontar los inevitables desarreglos del *jet lag*. Entre sueños y brumas de pensamiento llegaríamos sin apenas darnos cuenta a nuestro destino.

El aeropuerto internacional de Érbil nos sorprendió. Como norteamericanos fanfarrones, habíamos supuesto que al bajar del avión pisaríamos el tercer mundo. Nada más lejos de la realidad. Un moderno edificio con dos terminales bien diferenciadas. Diseño moderno y aspecto de un correcto mantenimiento. A

pesar de la guerra. Las instalaciones aeroportuarias se situaban al noroeste de la ciudad, y dejaban ver desde la salida del este la urbe. Mi querida Érbil, la ciudad habitada con más antigüedad de la Tierra. Donde se situó mi última aventura en el viejo Iraq, donde pude ver por última vez a aquel genio loco. Ethan Conway. «Busca el *Num*». Aquellas fueron las últimas palabras que pude escuchar de su boca antes de su arresto. Nunca supe que le ocurrió certeramente, sólo algunos comentarios de amigos comunes. ¿Fue su arresto un necesario sacrificio por darme esa información?

Aquel recuerdo me apesadumbraba.

Tras todos los trámites de aduana registros y declaraciones que pudimos hacer, extrañamente sin demasiado lío, pudimos acceder a la terminal de salidas donde nos esperaban tres militares del ejército norteamericano tal y como nos había prometido Vince. Uno de ellos se adelantó y se identificó como el sargento Scott (con dos T). Dijo que nos llevaría a Rawanduz donde nos acomodarían en una especie de albergue local. Nos esperaban 115 kilómetros a bordo de un camión de transporte del ejército. Vaya discreción Vince, —pensé nada más ver el Lockheed M-915—. De nuevo la empresa Lockheed. Ésta había sido relacionada con altos cargos del gobierno de EEUU. Un premeditado intercambio de poder por dinero. Siempre había sido todo igual.

Nos dispusimos entonces a entrar en la cabina donde tendríamos que acomodarnos apenas un par de horas hasta el final de nuestro camino. Hasta ese momento, curiosamente, no habíamos cruzado muchas palabras. Apenas unas miradas, un buenos días y un prepárate. Pero fue Álex quien interrumpió de nuevo mi proceder mental, no sin antes cambiar su semblante hacia la más absoluta seriedad.

—¿Qué opinas de este supuesto nuevo hallazgo?

—Aún no lo sé —respondí evitando su mirada. No tengo certeza de nada. Ya sabes que esas cuevas están disponibles para su exploración desde los años 60. Ralph Solecki las descubrió, y sólo describió cuatro cuevas. Pero esta nueva....no sé. Sólo me evoca un nuevo procedimiento para llamar la atención de prensa e inversores. Ya sabes que no tengo mis pensamientos aquí. Ahora lo que más me importa es Caroline. Tengo un gran cargo de conciencia por no estar a su lado. Eso debe ser suficientemente importante como para que merezca el tiempo que no tengo. Debería estar con ella.

—No te preocupes, amigo. Pronto estaremos en casa. Tu hija está bien y está bien cuidada.

Las palabras de mi querido Álex a pesar de conciliadoras, no calmaban mi intranquilidad. Sólo pensaba en ella, en su recaída. Tenía que solucionar esta situación. De alguna extraña manera pensaba en cómo los acontecimientos se

precipitaban hacia aquí, donde ahora me encontraba. Parecía que tenía que estar en este lugar, en la cuna de la civilización. La muerte de Morell, la posible solución a la enfermedad de Caroline, la aparición del cura Cesare y el regreso a mi presente del amor de mi vida, ahora en brazos de otro. Todo parecía ser inconexo, difícil y de imposible comprensión. Esperaba que en este tramo del viaje que inicié hacía apenas unos días, pudiera aclarar algo del mensaje de Morell. Esta noche debía retomar el estudio de aquel archivo que me envió el mismo día que murió.

De vez en cuando miraba los pocos documentos que venían sin codificar. Raras palabras y conceptos químicos que a alguien como yo no parecían aportarle nada más que un galimatías ininteligible. Llegado el momento debería pedir ayuda. Pero tenía que elegir a quién. De todas maneras debía ordenar mi cabeza. Ahora estaba en Iraq, cuestión de trabajo, y debía reflexionar sobre eso. Al menos corresponder a la confianza que Vince había depositado en mí para esta, podíamos llamar, misión.

Nos llamó la atención hace meses una noticia que se distribuyó apenas por un par de revistas en el mundo. Lo que parecía ser una mandíbula de un homínido mezcla de sapiens y neandertal. Los españoles tenían algo bueno, algo veraz y original. Pero sus contactos siguen siendo exiguos. Las grandes revistas no parecen querer artículos, —por muy bueno que sea su contenido—, que provenga de personajes desconocidos. De unos desconocidos sin un prestigio, pero que también carecían de un falso currículum, como si ostentaban los que publicaban en ocasiones. Todo era falso y etéreo. Sin duda la humanidad iba por el peor camino de su historia. Acabaríamos mal. Otra extraña manera de proceder del extraño mundo en el que vivíamos. Decidí centrarme en lo que tenía delante, esos otros pensamientos me repugnaban.

El camino era increíblemente bello. Una vez más nuestros prejuicios y bravuconería occidental nos llevaban a pensar que aquel país era un desierto. Las recientes lluvias que emanaban de las nubes atrapadas por las montañas, daban paso a un hervidero de vegetación a nuestro camino. Grandes desfiladeros con árboles que ocupaban imposibles huecos entre rocas en la escarpada pared. Las montañas al fondo parecían querer camuflarse entre la espesa niebla. Cualquiera diría que podíamos estar en un parque natural de Tennessee si no supiera su localización. Las llamadas montañas humeantes. Al este, el campamento de refugiados de Során.

El final de nuestro viaje era una escarpada carretera cuyo ápex encontraba aquella misteriosa ciudad flanqueada al este por un peligroso despeñadero. Un largo y elevado corte de tierra desde el que se podía ver la llanura y el bosque. Más allá, Irán.

Apenas un camino de tierra en la entrada de Rawanduz donde tuvimos que sortear a varios cánidos, y niños jugando con algo esférico parecido a una pelota de fútbol. Dos calles más al norte, un edificio de color blanquecino adornado con múltiples desconchones por el paso del tiempo. Y por la guerra. Ladrillos vistos en el círculo ausente de revestimiento.

El sargento Scott se apeó del camión y se trasladó hacia la cabina de transporte donde nos encontrábamos. Nos comunicó que ése era nuestro alojamiento. Poco debía describir sobre aquel lugar si no fuera por la simpatía de sus gentes.

Aquella casa de dos plantas parecía haber sido recientemente rehabilitada desde su origen como vivienda. Lo habían convertido en una especie de suma de habitáculos independientes. Cada uno de ellos para los mandos del ejército que protegía a estas gentes de los milicianos del partido del Kurdistán.

Tras una breve comida en la planta baja a base de delicias locales, quise ir a asearme un poco. Un reducto de un metro cuadrado en una esquina del patio central, que era el eje sobre el que rotaba toda la casa, hacía las veces de baño. La fría agua caía de una enorme cubeta con un agujero en el medio que tenía que taponar y destaponar para poder ducharme. La temperatura exterior acompañaba por el momento este gélido rito que consiguió aclarar mis ideas.

Una vez en la planta de arriba, decidí darle algo de tiempo al difunto Morell. Mi ordenador aún seguía con suficiente batería para trabajar un rato, aunque si quería disponer de más batería mañana tendría que adaptarlo al cargador solar que ya era un habitual en mi equipaje.

El archivo se estaba cargando. Al fin la primera página en formato pdf, no dejaba lugar a la edición del archivo. Éste constaba de diez partes, y cada una de ellas estaba encabezada por un extraño símbolo. Todos los capítulos excepto el último, que sólo enseñaba la cuadrícula de clave. De los primeros nueve, debajo de cada símbolo y al tocar la pantalla, solicitaba una clave, sólo tres letras. Cualquiera hubiera sometido esa clave a un sencillo programa del internet denominado «negro», que en pocos minutos me hubiera dado la clave. Pero deseaba jugar a ese pasatiempo que Morell quería que yo jugara. El símbolo parecía prehistórico. Me recordaba a las inscripciones de las cuevas que había visitado en la penumbra a lo largo de mi vida. Decenas de ellas. Derinkuyu, Shanidar, Hungría, incluso cerca de casa, en las montañas Siskiyou. No sabía por qué aquello me era extrañamente familiar. Entre millones de neuronas, entre aquel caos que poblaba mi cerebro, surgió un recuerdo escondido. Ante aquella imagen evoqué sin desearlo los sonidos que una vez escuché de boca del paleobiólogo Ethan Conway y que Pedro Cantalejo continuó:

—*Lam, Bet, Fet, Okh, Uth, Num, Ajh, Nan, Ret, Gis*

Compulsivamente comencé a teclear en el hueco dispuesto para la clave en el archivo de Morell entre esos ocho símbolos, entre esas ocho claves que al pronunciarlas parecían provenir de una laringe prehistórica. ¿Neandertal? No debía dejarle demasiado hueco a mi imaginación. Esos segundos se me hicieron días y la cadencia de pulsaciones parecía ir a cámara lenta.

Lam>ERROR. Rápidamente, *Bet*>ERROR.

Uno más. *Uth*... El disco duro de mi portátil hizo una muesca de aprobación. Se abrió entonces el primero de los capítulos del archivo del doctor Morell. Curiosamente lo encabezaba una flor. *Aquilea Mileforum*, rezaba debajo de aquel dibujo. Recordaba como en los archivos sueltos que le encargué imprimir a Álex figuraba ese nombre además de otros. Pero ¿qué tenía este archivo que no tenían los demás, que sí pudo imprimir Álex?

Sospechaba que el doctor Morell lejos de querer encriptar estos archivos, les había puesto una clave exigua, que entregaría a la postre, a quien él supiera que tenía conocimiento para ello. Aquel críptico archivo comenzaba con la explicación de las propiedades químicas y médicas de aquella planta. Símbolos de formulaciones, sus preparados y derivados y posibles aplicaciones en el cuerpo humano. Astringente, vasodilatador periférico, antipirético (disminuye la fiebre), su aceite esencial se usa como antiinflamatorio potente dependiendo de su concentración y antialérgico.

El capítulo seguía describiendo como, con materiales rudimentarios, se podían hacer mixturas con otras plantas desconocidas para mí para ser usadas en medicina. Parecía algo extraño que un científico de una alta institución del estado, perdiera el tiempo con pócimas extrañas, y aparentemente al alcance de cualquiera.

El archivo seguía y con el azar que disponían mis dedos al teclear seguí con la siguiente clave, probando hasta que di con ella: *Gis*. Otra planta que parecía ser muy común en zonas del mediterráneo. *Matricaria Camomila*. La camomila alemana. Se describían sus efectos como epitelizantes, antibacterianos, antiinflamatorios, espasmolíticos, y sus posibles combinaciones con otras plantas para ser usadas en una atávica medicina. Efectiva sin embargo según las conclusiones del doctor Morell. Éste se había dedicado a la investigación en destrucción celular programada o apoptosis según me contó en nuestra única conversación. Me vino a la cabeza que debía comparar este archivo con sus publicaciones científicas. No era cuestión de desconfianza, sino de celo e investigación por aquel galimatías que Ralph Morell me había donado aún en vida.

Monté de inmediato la antena satelital que me daba acceso a internet. Rastree dos, tres satélites que no sabía si podían ser los espías geostacionarios

habituales de esta zona, pero no había otros, conté en silencio. Siete, ocho segundos... la ansiedad iba en aumento. Debía encontrar qué era lo que había detrás de todo esto. Ralph Morell sabía que podía morir en cualquier momento, alguien debía saber su secreto, sino no se hubiera molestado en mandarme esta información. Esperaba que sólo él y yo supiéramos de la existencia de ésta.

¡Al fin!, algo de internet, escaso ancho de banda pero el suficiente para teclear en el ordenador la dirección del mayor buscador de artículos científicos médicos del mundo. Pubmed (Medline). Tecleé de nuevo con nerviosismo, con prisa por saber algo más. Caroline, de nuevo Caroline y su enfermedad venían a mi cabeza.

En la casilla de búsqueda: Morell, Ralph; Aquilea. Inmediatamente el resultado emanó un artículo en una revista de la sociedad inmunológica china:

Yarrow Milleforum as a stimulant of the immune system. Yarrow role in inhibition of programmed cell death.

El resumen del artículo dejaba claro que el cabrón de Morell se dedicaba a la aplicación de posibles efectos curativos sobre el sistema inmune y el envejecimiento. Sin embargo, el resultado de esa publicación concluía que una simple Aquilea podía retrasar el envejecimiento. Según sus archivos bajo clave, la Aquilea era una de las armas que usaban contra la enfermedad y la muerte los neandertales.

Me parecía increíble aquella mezcla de modernos sistemas de investigación, y la certeza de unos conocimientos ancestrales. Ambos coincidían en sus tesis. Los medios para conseguirlas habían sido radicalmente distintos y separados por milenios.

De pronto todo fue interrumpido por unos toques en mi puerta. Era Álex, que me requería para reunirme con el grupo. No me dejaba ni a sol ni sombra pensando en que estaba permanentemente deprimido. Esta vez tenía razón, debía ordenar mis ideas, dejar todo esto un rato. Pensar y dejar madurar tanta información. Estaba en el culo del mundo, y desde aquí no podría hacer nada más aunque descubriera de qué iba todo esto. Pensé en echarle otro vistazo mañana durante el viaje a las cuevas. Sin ganas, pero con el mandato del deber, cerré la pantalla contra el teclado de un ligero golpe.

Sin abandonar mis pensamientos que se centraban en el doctor Ralph Morell, comenzamos pronto las distracciones, y me dejé llevar por un licor local que el sargento Scott me proporcionó. Estaba demasiado triste y preocupado, como para no imitar el número de vasos cortos que Álex ponía delante de él. Necesitaba olvidar, y pronto. No estaba acostumbrado.

Con la noche a nuestras espaldas, nos desplazamos entonces al único establecimiento dedicado a lo que en Norteamérica podríamos llamar de ocio. Un vaso tras otro. Un éter que extrajo de mí aquellos restos escondidos de lo que un día fue una personalidad alegre. Una risa —al fin— tras otra.

Por ello la embriaguez llegó demasiado temprano y pronto pude verme en brazos de uno de los seres más bellos que había visto en mi vida. Una sensual hembra anhelante que te aprisionaba con su mirada. Grandes ojos almendrados que caían como una red sobre mí. Poco tardé en hundirme entre sus voluptuosas carnes.

Aquella madrugada de resaca fue interrumpida por un intenso timbre que provenía del teléfono vía satélite que a Vince le gustaba que lleváramos. Que nos obligaba a llevar siempre en cualquier lugar que no tuviera cobertura normal con teléfonos celulares al uso. Con los ojos entrecerrados, me dispuse a buscar a tientas el enorme aparato que procedí a descolgar sin mucho ánimo.

—¿Sí? —interpelé con voz ronca.

—¿Carl?, ¿me oyes bien?

Aunque en la lejanía, y con el eco propio de aquellos artilugios, pude comprender que se trataba de Vince. Mi querido editor. Algo importante tendría que contarme cuando hacía aquella llamada desde el otro lado del mundo.

—Sí, Vince, dime, ¿pero qué hora es?

—Allí son las siete y media de la mañana, aquí son las seis y media de la tarde.

Tenía la cabeza totalmente embotada. Apenas podía distinguir su voz y el remordimiento me comía por los pies. Esperaba que al menos fueran buenas noticias.

—¿Cómo estáis? —dijo Vince conciliador.

—Bien, ya sabes agotados, estos viajes son... agotadores —reiteré.

—Bueno, os llamo porque supongo que no estaréis muy al tanto de las nuevas noticias. Supongo que desde allí os será difícil sintonizar la CNN.

—Bien ¿y? —dije apoyando el enorme teléfono en mi hombro y oreja mientras me dirigía al exterior a tomar algo de aire.

—Carl, la agencia Reuters se ha hecho eco no sé por medio de quién de tu presencia allí. Están intentando contactar contigo como si fueras una especie de autoridad en este tema. Han tirado de hemeroteca y han comprobado tus antecedentes en Iraq. Tus viajes a Érbil y al Shanidar en los noventa. La epidemia de enfermedades raras, no ha hecho más que alimentar rumores. Y además...

Se oyó una pausa que quise interrumpir lo antes posible.

—¿Sí, y además...? ¿Vince... me oyes? —interrogué como si se hubiera

cortado la comunicación. Al fin Vince contestó.

—Carl, la prensa ha averiguado además lo de la enfermedad de tu hija y están haciendo raras suposiciones que relacionan tu viaje allí con su dolencia. Es extraño, pero es así. Ha surgido de la noche a la mañana. Hemos estado investigando y preguntando a nuestros contactos, pero nadie sabe nada de la procedencia de esos rumores que te sitúan en el ojo del huracán.

Ese momento fue una de aquellas veces en las que te quedas literalmente sin palabras. Sólo puedes interrumpir la laguna mental con una pregunta. Dar de comer nuevamente a mi cerebro con más información.

—Pero, ¿Qué quiere decir todo esto?, ¿por qué yo?

—Verás, parece ser el único periodista con esos antecedentes. A pesar de todo eso sigo sin comprender por qué Reuters ha insistido tanto en ti. En fin, sólo quería decírtelo. Parece que están esperando que anuncies una especie de exclusiva. Han hilado una historia quizás inexistente. Han supuesto que tu pasado podía tener que ver con este viaje, y el descubrimiento de esos nuevos neandertales.

Tampoco comprendía bien el porqué de la noche a la mañana había cobrado esa tan repentina fama. Yo no era nadie. Esta historia comenzaba a superarme. Sospechaba que alguien más estaba tras la difusión de esos chismes sobre mí. De todas maneras todo estaba basado en una mentira. Los neandertales que habitaban esta zona eran los ya conocidos. Seguro que lo que se rumoreaba de una nueva raza de neandertal en la trastienda de las cuevas del Shanidar sería una falacia. Me propuse dar algo de cordura a mi querido editor, que por el tono de su voz parecía exultante. Él, a pesar de todo, era editor de una revista y querría aprovechar el tirón que esto podría darle a sus ventas.

—Ya sabes Vince que el neandertal se extinguió en el sur de España. Allí se han encontrado los últimos restos, en Gibraltar. Si hubiera existido más tierra en el estrecho de Gibraltar, los neandertales lo hubieran cruzado, pero no fue así. Aquí no hay nada nuevo. Éste fue el principio de todo, no el final. El final de esa raza fue en el sur de España. Ahí deberíamos buscar novedades, no aquí.

—Bueno, eso aún no lo sabes, Carl —insistió Vince dando por hecho que daba crédito a esos cuchicheos de un nuevo descubrimiento de neandertal en estas tierras— Te están esperando, debes ir allí para anunciar en exclusiva este hallazgo. No me han dicho de qué se trata, pero debe tener cierta relación con las cuevas del Shanidar. Encuéntrame algo.

No quería saber nada más de aquel tema. Aunque no podría evitarlo más. Sólo vino a mi memoria Caroline. Aquella conversación quedó en ese punto. Sin más adiós ni más formalismos. Sólo un hilo de desconexión al otro lado. Ya era tarde. Debíamos ponernos en marcha.

Después de aquella noche que debía quedar en el olvido, nos dirigimos hacia el norte, pasando por las afueras de Során. De ahí de nuevo dirección norte por la parte más elevada de una sierra que se curvaba hacia el oeste. Al final de ésta, sólo cincuenta y seis kilómetros al final de aquellos caminos de polvo, estaba nuestro objetivo.

Hacía más de veinte años. Era mucho más joven. Ahora sin darme cuenta gemía por dentro por estar de nuevo entre estas cordilleras, entre estos caminos que me forjaron en aquella aventura que ahora esperaba terminar. Me vino a la cabeza aquel paleoantropólogo loco. Ethan Conway. Llevaba todos esos años preguntándome que podría ser el código de *Num*. Pedro Cantalejo nunca quiso saber nada de aquel enigma. O al menos ésa era la impresión que nos quiso dar. Ni un contacto más ni una respuesta a mis también exiguas llamadas y cartas. Cuando llegó la tecnología, no hubo ni un mail. Cuando se le preguntaba renegaba de ello y lo confundía con leyendas para niños que no debían ser creídas. También llevaba más de veinte años sin verle a él.

Me venían a la cabeza mil pensamientos y laicas oraciones acerca de esa época que yo mezclaba con el magnífico paisaje que lejos de ser desértico, se presentaba ante nosotros como un auténtico vergel. Excepcionales cortados cubiertos por un intenso verdor que hacían que nuestro rumbo fuera, curva tras curva, como una danza para evitarlos. Las cercanas montañas atrapaban la bruma como si de un velo para ocultarse se tratara. Nuestro parabrisas no dejó de retirar la lluvia que caía casi continuamente desde nuestra partida.

No me extrañaba viendo aquello, que éste fuera el paraje elegido para asentarse de toda una especie. Aquí desarrollaron sus habilidades antes de partir por razones desconocidas hacia dos rumbos bien marcados. Como si no quisieran ocultar el final de su viaje. Uno al oeste hacia Europa, viendo su final en una preciosa tierra llamada Andalucía. Al borde del mar, en Gibraltar, en la cueva de Gorham. Otro hacia Asia, llegando hasta la última frontera salvaje. Beringia.

Aquel paraje era algo inigualable. Estaba rodeado por una tupida manta de verdor, matorrales que hervían de pequeños frutos en sus ramas, y distintas variedades de encinas y robles. Un sitio mejor que cualquiera para que una raza trashumante eligiera como su primer asentamiento definitivo.

Nos encontrábamos en el valle del gran Zab. Un río en cuyas orillas se vivió la gran batalla en el año 750 de nuestra era que acabó con el califato omeya. Allí donde miraras, había historia con mayúsculas, desde lo más oscuro de los tiempos. La historia que hizo lo que hoy somos en cualquier parte del mundo. Intuíamos nuestra mezcla con la raza neandertal, pero esta conexión aún no había sido demostrada.

Nuestro camino llegaba a su final. A nuestra izquierda un gran río. El Zab. Una pequeña playa de blanca arenisca donde reposaban los restos de basura trazados por el agua de las montañas. Hasta aquí llegaba el hombre con sus inmundicias. Entre la carretera y el río habría unos doscientos metros que ocupaban algunas casas rudimentarias y zonas con baños para visitantes. Lo que más nos impresionaba era la fuerte presencia militar de la república de Iraq. No sabíamos si por las recientes noticias en la CNN acerca de este descubrimiento, o por la cercana guerra que nos aprisionaba como una pinza.

Todos estos pensamientos me llevaron a coger de nuevo el ordenador, quedaban unos pocos kilómetros para nuestro destino y debía aprovecharlos. aún con batería, pero poca. Debía cargarla más tarde aprovechando la ira que descargaba sobre nosotros el dios Ra. Inmediatamente se abrió el tercer capítulo del archivo del doctor Morell. Después de otras cuantas pruebas, esta vez la clave que coincidía era Fet. Belladonna. Esta parte del archivo era algo más oscura. Mezclaba conceptos que antaño se podían haber considerados heréticos. El uso de esta planta que bloqueaba ciertos receptores de algunos tejidos del cuerpo humano, se usaba al parecer en las obstrucciones inflamatorias bronquiales al aspirar el humo de su combustión, pero además era usado por chamanes en altas concentraciones para llegar a un estado de visión ancestral. Después lo mismo que lo anterior, recetas para distintos usos, complejas fórmulas químicas que se entremezclaban con otras plantas para lograr su efecto. Todo un antiguo compendio de medicina interna. Nociones de curandería para neófitos. Sin embargo, aquello daba muchísima más información de la que un novato hubiera podido saber. Allí se entremezclaba ciencia y superstición, química avanzada y sentimientos de sacrificio de un ser que se denominaba desde el inicio del capítulo como curandera. Era todo muy extraño.

Llegábamos al final de nuestro camino al igual que yo llegaba al final de la lectura del tercer capítulo. Entonces algo hizo que se estrangulara mi gástrico. Abrí los ojos de par en par. Al final de la última página rezaba claramente:

La atropa belladonna fue usada para tratar los espasmos en miembros superiores del Führer durante sus tres últimos años de vida.

*Firmado: Doctor Theodor Morell.
Médico personal de Adolf Hitler.*

Una vez más esta historia se complicaba para mí. Lejos de aclararme todo, el doctor Morell ponía en mis manos una información que comenzaba a ser

comprometida. Sin duda con ese apellido en común, podía suponer que mi benefactor Ralph Morell era el nieto del médico personal de Hitler. Theodor Morell. Por el momento debía guardar silencio con respecto a estos hallazgos, nadie más debía saberlos hasta que diera con la persona adecuada para contrastarlos. Un último vistazo al archivo, parecía haber más. Siguiendo clave. *Nan*. Esta vez no podía ni reconocer el nombre que tenía adelante. Lo anterior me sonaba, plantas ciertamente conocidas. Pero ahora se abría ante mí un paraje de distinto cariz. Más oculto, más siniestro. Cerré con desgana la pantalla. Ahora debía centrarme en aquel viaje que llegaba a su fin si podía controlar la ansiedad que me devoraba desde dentro.

Al detener nuestro vehículo pudimos ver que a unos cincuenta metros, se erigía lo que parecía ser un centro de visitantes que no estaba construido en mi última visita a este lugar.

Cuando nos bajamos para recoger nuestras mochilas y enseres, vimos como una patrulla de militares vestidos de camuflaje y con marcados rasgos kurdos se acercaba a nosotros. Ambos buscaron la complicidad del sargento Scott, que no tuvo más que hacer un gesto de asentimiento mientras ocupaba sus manos en descargar algunas cajas con material militar.

Era muy raro. Aquellas cajas habían sido donadas por el ejército en un extraño gesto de cesión, de generosidad. ¿Sabrían las altas esferas algo de nuestra presencia y trabajo allí? Inmediatamente se me vino a la cabeza aquel personaje oculto tras cortinas en Camp David. Algo extraño pasaba. El ejército no solía poner las cosas fáciles, sino totalmente al contrario. Alguien estaba detrás de esas donaciones. Material fuera del alcance de nuestros bolsillos que nos proporcionaría visión por emisión de ondas de aquellas cuevas. Un carísimo equipo de geolocalización y de análisis de muestras, mediante modernas tecnologías que no me acercaba a comprender. Sólo quería saber que estaban a nuestro servicio.

Inmediatamente la patrulla nos requirió en un rudimentario inglés, para que acudiéramos en su compañía hasta el centro de visitantes. Miré y conté aquel material echando un vistazo atrás. Cinco bultos y cuatro cajas tipo maleta de color caqui con un aspecto ciertamente vanguardista. Miraba embelesado lo que la institución castrense había puesto en nuestras manos, sin darme cuenta de que Álex estaba de nuevo apretando mi brazo con su mano izquierda. Fuerte, muy fuerte, por momentos dolorosamente. Le miré y me indicó con un gesto de su barba un grupo de personas que quedaban a unos veinte metros de nosotros. En la parte delantera del centro de visitantes había un grupo de occidentales, eran tres, estaban hablando con otros tres militares similares a los de nuestra compañía.

No entendía el gesto de Álex. Me acerqué más y fue cuando un profundo escalofrío recorrió mi espalda.

En esta historia se acababan las casualidades. Había algo superior que tenía que descubrir. La idea de encontrar una cura para Caroline salía a la luz, y pugnaba de nuevo por mezclarse con este falso azar. Un falso azar que hilé con las historias de la regresión de Steven en apenas milésimas de segundo y el *Num* de Ethan Conway. Ahora tenía una tercera pieza. La de comprender como el nieto del mismísimo médico personal de Hitler, se había colado en esta historia. Comprendía que era la pieza de un ajedrez que alguien jugaba, y del cual no podía ver aún ni siquiera su mano.

Otra sorpresa que me deparaba el destino, años de ignorancia y separación desde aquellas aventuras juntos que nos hicieron tal y como éramos en este momento. No daba crédito a lo que tenía delante de mis ojos. Aquellos occidentales eran Cesare y Pedro Cantalejo.

Capítulo XIV. El espectro de la curandera

Aquel fue un momento de inmovilidad. De felicidad y de evocación de recuerdos que me dejaron sin habla y removían mis emociones. Lejos de los complejos pensamientos de todo lo pasado, me alegraba enormemente de ver a aquel arqueólogo que me acompañó antaño por estas tierras. Para mí toda una vida, hacía más de veinte años.

Sólo pude adelantarme y fundirme en un emocionante abrazo con mi querido amigo Pedro.

—¿Cómo estás querido amigo? —pregunté casi con lágrimas en los ojos y voz entrecortada. Un tópico saludo, un recurso infantil fruto de la impresión del momento.

Lejos de apartar de mi mirada a Cesare y sin dejar de abrazar a Pedro, di mi mano izquierda al cura. Necesitaba aquella compañía en ese preciso momento. Un apoyo caído del cielo. Parecía un equipo que se reunía y se preparaba para una importante misión. Ahora sabía que estaba preparado para cualquier cosa.

—Estoy bien, Carl —dijo sin dilación Pedro—. Tenía ganas de verte. Muchas ganas. No pude avisarte de mi viaje hasta aquí. Sólo vi las noticias y solicité de nuestro exiguo presupuesto fondos para este viaje. Ya te contaré. Por otra parte necesitaba vuestras acreditaciones para acompañaros a explorar las nuevas grutas. Egoísmo, al fin y al cabo —prosiguió Pedro con una sonrisa que remarcaba su anterior ironía. Buscaba con su mirada complicidad por aquel pecado que él sabía, yo perdonaría. Siguió hablando—. Esto tiene relación con algo que tengo entre manos desde hace años en la Sima de la Paloma. En España.

Tras sus palabras, Pedro me miró fijamente apenas un instante. Sin duda necesitaríamos hablar. Sin embargo, no quise ahondar más por el momento en las razones que el arqueólogo español tenía para venir aquí. No obstante, me extrañaba más ver a una figura tan descolocada en este lugar como era la de Cesare. Suponía que pronto sabría el porqué. El que se hacía llamar astrónomo del vaticano tenía en su cabeza las piezas de ese puzzle que yo no podía ni atisbar.

Unos abrazos y saludos por parte de Alex después, nos dirigimos entre protocolos de bienvenida varios, a lo que la patrulla asignada a nuestro grupo

nos indicó que eran nuestras dependencias. Un contenedor de mercancías rehabilitado con un par de ventanas recortadas con radial. No era mucho, pero mejor que estar a la intemperie en tiendas de campaña como antaño. El mobiliario era el mismo que podía acompañar a aquel escueto edificio. Unos camastros de muelles reutilizados seguramente desde su antiguo propietario: el ejército. Me daba igual, aquello no era lo importante. Lo fundamental ahora era saber qué era aquella supuesta nueva raza. Primero debíamos contactar con el arqueólogo local que nos indicaron llegaría mañana para una entrevista con nuestro grupo.

Apenas nos dejaron unos dossieres encima de la mesa para que les echásemos un vistazo, y nos fuéramos documentando con información veraz y de campo. Pero lejos de abandonar mis pesquisas del porqué de la presencia de Cesare aquí, decidí comenzar lo antes posible mis averiguaciones para que el cura me dijese la parte de verdad sobre esta historia que yo aún no comprendía.

Esperé a que nos quedáramos solos. Fue fácil, ya que la hiperactividad de Pedro hizo que este arrastrase a Álex hacia el exterior para comprobar el terreno, y ver hacia dónde estaban esas nuevas cuevas. Ellos conocían mi carácter un poco más ralentizado. Me dejaron a solas con mis pensamientos con Cesare. No dudé entonces en disparar primero. Necesitaba una confesión de quien parecía saber algo más que yo a estas alturas. Sin embargo Cesare no me dejó que fuera yo quien le interrogase primero. Tras unos tensos segundos de silencio en aquellas dependencias, él fue quien habló.

—Te preguntarás por qué estoy aquí, ¿no, Carl?

Esperé sin abrir la boca, y una mirada fue mi respuesta de asentimiento. El comprendió sin rendijas que debía aclararme todo.

—Empezaré por el principio. Hace pocos meses recibí una misión ordenada en persona por Benedicto XVI. Una misión ambigua, llena de recovecos. Así lo desearon mis superiores, pienso que para que ni yo mismo supiera el origen ni el final de esta historia. Me siento manejado ¿sabes? Tú te sentirás igual.

—Sin duda —interrumpí para que quedara patente mi desesperación—. Piensa que en todo esto está en juego la vida de mi hija. A pesar de tus explicaciones no me queda clara tu presencia la noche de la muerte de Morell. Yo sólo quiero la cura que Morell me dijo que había encontrado para Caroline.

—Verás, Carl. Siéntate, quizás esto nos lleve un rato y no disponemos de muchos momentos de soledad para poder transmitirte todo lo que tengo que contarte. Quizás nuestras vidas se entrelazan porque Dios así lo quiere. Debemos compartir esta información. Me siento traicionado por alguno de mis superiores, y quizás tú me ayudes a solventar ciertos problemas. Tengo que preguntarte una cosa que seguramente te molestará. ¿Tienes unos archivos que te mandó Morell

el día en que murió verdad?

Un intenso escalofrío de nuevo recorrió mi espina dorsal. No me acostumbraba a tanto sobresalto. El cura tenía razón. Parecía saber mucho, y ahora no era el momento de jugar al ratón y al gato. Debía compartir mi información, de otra manera nunca podría darle sentido a aquel galimatías de Morell.

—Sí. He estado estudiando esos archivos recientemente. Hoy mismo he podido verlos de nuevo.

—¿Podrías enseñármelos?

Sin contestar, me levanté y me dirigí a mi equipaje para sacar de nuevo el portátil que esta vez sí enganché al cargador, y conecté a un panel solar portable que instalé fuera de la caja de metal que hacía las veces de casa. Sin dilación abrí el archivo. Cesare vio como en cada capítulo solicitaba una clave. Un símbolo desconocido para nosotros enunciaba cada capítulo encima de la cuadrícula donde debíamos introducir la clave. El cura comenzó a interrogarme de nuevo.

—Pero ¿cómo accedes a su contenido?

Rápidamente le puse en antecedentes. La serie de ocho vocablos que conferían lo que Ethan Conway llamaba el código de *Num*. Mi sorpresa porque Ralph Morell supiera esta cadencia de letras. De alguna manera yo estaba en medio de todo esto por la enfermedad de mi hija. Su rostro no cesó de mostrar la fotografía de alguien que está fascinado. Nuestro encuentro con el pequeño Steven y sus palabras, ya dejaban fuera de toda duda que todo esto pudiera ser una casualidad. Todos nombraban el misterioso vocablo: *Num*.

Tras unos minutos de explicaciones que Cesare pareció entender a la primera, era lógico que nuestros pasos se encaminaran a seguir adelante con el último capítulo del archivo de Morell. Sólo quedaba el código *Num*. Lo tecleé con seguridad: *N—U—M*. Unos segundos de ansiedad para dar el sí definitivo de apertura de ese capítulo encriptado con tres letras por Morell. El capítulo con la clave más clara. No funcionaba. Increíble. Ahora sí estaba en un aprieto.

¿Programa de descryptación?

La última clave del último capítulo. Lo normal hubiera sido que las tres últimas letras de la clave del último capítulo fuera *NUM*, pero sin embargo no funcionaban. Como un juego de cartas, el solitario, cuando sólo quedaba una carta y ésta no fuera la adecuada. Era imposible. No parecía existir una clave accesible para nosotros. Nos enrocamos en abrir aquello inmediatamente. Ya era el momento. No podíamos esperar más.

Con un exiguo hilo de internet proporcionado por los satélites de la zona, pude descargar un descryptador que le ofrecía a la clave del archivo todas las posibles combinaciones entre letras y números. Ocho minutos y cientos de miles

de combinaciones después se hacía evidente que ese último capítulo no se iba a abrir así como así. Nuestra treta había fallado. Cesare se mostró en todo momento más callado. Pensativo. Como si tuviera en su cabeza la clave pero le pareciera un disparate la posible solución. Tras unos momentos, Cesare comenzó a hablar.

—Querido Carl, esto que te voy a decir no es de dominio público precisamente. Forma parte de la misión que Ratzinger me encomendó. Ellos nunca me lo han dicho, pero mis propias averiguaciones así lo concluyen.

Asentí de nuevo con la cabeza esperando su teoría. Esta no tardó en llegar.

—Verás, existe una leyenda que viene desde muy atrás en la noche de los tiempos. La de la existencia de un libro antiguo. Un libro legado por los primeros habitantes de estas tierras con capacidad lingüística y de un atisbo de expresión escrita. Por supuesto no compleja. La precursora de las primeras civilizaciones. Este libro recoge el código de la supervivencia. Un código en el que se recogió todo el saber de su especie. Sus maneras de curar y de sobrevivir ante las heridas y la enfermedad. Sus tretas de supervivencia. Sabemos que probablemente estos conocimientos provenían de una especie prehistórica —de cuando aún no había registros escritos de lo que acontecía—, pero estamos indagando en un periodo de la historia oscuro, los primeros visos de civilización. Probablemente este texto fue escrito por estos primeros grupos de humanos que extrajeron el saber de miles de generaciones anteriores a ellos. Estos no sólo fueron los escribientes del conocimiento de una especie anterior a ellos, sino que completaron la evolución de ese saber. Ellos recogieron el boca a boca ese legado, y comenzaron a registrarlo ya que se dieron cuenta de su importancia.

No pude evitar recordar mis indagaciones en estas tierras sobre las tres principales estirpes de humanos que se congregaron en grupos, y comenzaron a establecer lo que hoy en día conocemos como una cultura compleja.

—Los pueblos de Jarmo, Halaf y los cabezas negras —dije con seguridad.

—No lo sé, quizás tú estás aquí por esta razón. Para establecer las piezas que nos faltan con vuestros conocimientos de historia y arqueología. Tus amigos también. El libro no fue una primera edición que no se modificó durante milenios, sino que cada una de esas preculturas y posteriores pueblos que ocuparon estas tierras, fueron añadiendo conocimientos hasta que se escribió en lo que parece ser una evolución del sumerio al paleohebreo primitivo. Cerca de 1.500 o 2.000 años antes de Cristo. Desde entonces se ha mantenido hasta nuestros días como tal. Pero este pueblo que escribió en ese idioma, pensamos que recogieron saberes de cerca de veinte o treinta mil años.

Aquella historia que me estaba contando Cesare excedía los límites de mi comprensión. Aunque a los ojos de cualquier académico eso era imposible, era la

historia de todos nosotros, de cómo pudimos vencer a la muerte y a la enfermedad de una manera similar a como lo hacíamos ahora, pero con ancianas herramientas de curación. Una prehistórica enciclopedia de los saberes más valiosos para un pueblo: la medicina. La paleo medicina. Esto sin duda cambiaría la redacción de nuestros orígenes. Y ahora estábamos a las puertas de esos conocimientos. Apenas a unos metros de las cuevas donde se forjaron a base de miles de años. Cesare siguió engordando entonces mi incredulidad.

—El caso es que este libro se ha mantenido en las mismas manos desde el inicio de los tiempos. La religión hebrea que emanó de estas tierras. La rama babilónica del Talmud. Los herederos de los sumerios y de las civilizaciones que has nombrado antes, Jarmo, Halaf y los cabezas negras. Estos a su vez lo fueron de los hombres primitivos que poblaron esta zona. Pero en el siglo XX todo tomó un nuevo camino. Este libro fue objeto de una búsqueda intensa como icono pseudo religioso por parte del nazismo durante la segunda guerra mundial. Supongo que sabes que Hitler estaba obsesionado con todo lo que oliera a sobrenatural. Pero este libro iba más allá.

Los nazis se consideraban una raza pura que suponían existía desde el inicio de los tiempos y consideraban ese libro como suyo, como sus recetas para la supervivencia y sus enfermedades de las cuales no conocían cura. Como raza se equivocaban. Este libro sirvió para las curaciones de una estirpe. Éste fue legado de generación en generación desde los antiguos babilónicos a los hebreos por la rama babilónica del talmud. Aquel libro al parecer fue encontrado en la Noche de los cristales rotos antes de la Segunda gran guerra, por los servidores de las SS e inició una serie de desmanes y pruebas médicas en los campos de concentración con los judíos. Después perdimos su pista. Pero ahora parece que esa pista ha sido encontrada de nuevo.

Cesare fue consciente en ese momento que estaba desvelando demasiado. También se daba cuenta en su narrativa como esa historia de legado de secretos médicos se entroncaba con su misión en el campo de refugiados de Során. Las modernas farmacéuticas jugaban con remedios ocultos ancestrales. Nada nuevo, nada proveniente de la investigación moderna con los más novedosos y complejos artilugios tecnológicos. Lejos de eso, pensaba que estaba todo inventado.

—Lo más extraño mi querido Carl, es que ese libro parecía basarse en los conocimiento de una especie ancestral. Una especie que vivía en estas tierras. Y ahora, parece que hemos encontrado a ese reducto de población.

—¿Me estás diciendo que los neandertales que venimos a buscar tenían un complejo conocimiento de conceptos médicos y que usaban esa medicina para sobrevivir? ¿Qué ellos fueron los que comenzaron a escribir los símbolos en los

que estaba escrito ese libro?

—Ellos lo usaban empíricamente. Testaban sin miedo al resultado pues no tenían otra cosa. Usaban lo que veían por los animales que ingerían esas plantas, por inspiración divina, simplemente por un atávico método científico de prueba y error. Piensa que no tenían otra alternativa. Muchos seguramente murieron a manos de generaciones de chamanes y curanderos hasta dar con esas claves. Esos mismos chamanes neandertales comenzaron quizás a escribir y diseñar los símbolos del código de *Num*. Miles de años de evolución y cientos de miles de muertos por una medicina estéril hasta que ésta comenzó a ser efectiva. Algo parecido a lo que ocurrió en la Segunda guerra mundial en los campos de concentración, pero sospecho que con distinto resultado.

—Pero este código tiene ocho capítulos, sólo entiendo parcialmente los tres primeros, el resto no tiene comprensión para mí.

—Sí, pero la clave de todo es el último. Éste que tenemos delante y no comprendemos

Inmediatamente vino a mi cabeza las historias de Steven y su relato en lo que suponíamos era una tribu neandertal. Necesitaban el *Num*. Pero ¿De qué sustancia se trataba? ¿Para qué exactamente era necesaria? En ese momento Cesare puso encima de la mesa el concepto que sobrevolaba tras las pesquisas de aquella inusual pareja. Sustancias. Medicinas. Curación. ¿Podría estar aquí la cura para Caroline?

—Carl. Sospecho que si damos con esta sustancia, pueda servir de cura para la enfermedad de tu hija.

Tras su frase se hizo de nuevo el silencio. Ambos nos miramos sabedores de la importancia que tenía aquella aseveración, no sólo para Caroline, sino para las decenas de miles de personas que sufrían esas enfermedades raras. Nuestra tensa pausa fue interrumpida por un tercer invitado. Pedro.

Una interrupción que nos dejó a ambos helados. Al parecer llevaba un rato más de lo que pensábamos escuchando nuestra conversación. Sin esperar más información de la que ya había oído, Pedro comenzó a hablar.

—Ambos podéis estar en lo cierto. Pero nadie lo sabrá verazmente hasta que no entremos en esas cuevas. Preparaos porque hay más problemas de los que pensábamos para que podamos tener acceso a las nuevas grutas. Y debemos hacerlo rápido. Nos cuentan que hay un enterramiento distinto a todo lo que conocíamos. Existe una fosa donde yace un cuerpo con adornos al parecer intactos. El cuerpo, amigos míos, podría pertenecer a una curandera neandertal.

El espectro de la curandera. Segunda parte.

Eran ya las siete de la tarde y el frío de las montañas se cernía sobre ellos. Habían pasado ya varias horas desde el mediodía desde que Pedro les interrumpió, y buscó su papel en esta nueva historia. Aquella reunión se alargó con él, más allá del almuerzo, y poco tardó Álex en unirse a ellos y a comenzar a preparar la incursión. Una de las hogueras que calentaban el ambiente en el exterior, era ahora la sala de reuniones.

—¿Por qué Caroline ahora era así? ¿Cuáles fueron los ancestros que le transmitieron estos rasgos innobles que sólo aportaron enfermedad? —dijo Carl con un tono que sonaba ya continuamente a desesperado.

Tanto Cesare como Carl pusieron a Pedro en antecedentes de los acontecimientos acaecidos con Caroline emanando confusas palabras. «Kumara». Las historias de la regresión de Steven, y el hecho de que era hermano de madre de Caroline. Pedro tenía esos hechos en la cabeza y parecía haberlos hilado ya con suficiente solvencia. El antropólogo y arqueólogo, no tardó en contestarle.

—Como sabes, el sapiens existía desde hace millones de años en África. Desde allí fue donde inició su viaje hacia Asia menor, y desde ahí se expandió por todo el mundo. De la otra especie de homínido —los neandertales— no se tenían pruebas exactas acerca de aparición u origen. El hallazgo más primordial de la especie neandertal, estaba en las cuevas del Shanidar donde nos encontramos. Desde allí si tenemos la seguridad de que comenzó a emigrar hacia Europa y hacia Asia. Llegando incluso a Rusia. Lo que se sospecha que es una especie neandertal, el hombre de Denisova. Desde allí llegaron con certeza a tierras norteamericanas cruzando el estrecho de Bering por una lengua de hielo que ahora no existe. Beringia. Te recuerdo que estamos al final de un periodo glacial.

—Pero ¿Cómo lo hizo? Sus recursos eran limitados, viajaban a pie y no entiendo cómo podían sortear esos estrechos que nombras. Para nosotros sería bien sencillo, pero para ellos apenas dos metros de ancho de agua por medio de profundidad, serían suficientes para ahogar a toda una tribu.

— Intentaré explicártelo más detenidamente. Hay que mirar con ojos de aquellos días. Nuestra situación geológica, meteorológica y los accidentes de terreno que existían entonces, no son los mismos que ahora.

—Insisto en que lo veo demasiado complicado ¿hacían barcos? ¿Tenían lanchas neumáticas? —dijo Carl con mezcla de desesperación y profunda ironía.

Su rostro evidenciaba la desazón por el estado de su hija.

Pedro miró a Carl no sin un ápice de enfado, pero con la comprensión suficiente como para no reprender a su amigo. Entendió sus motivaciones y su estado de ansiedad por la enfermedad de Caroline.

Aquellos procesos mentales, aquellas reflexiones y preguntas que el ser humano se había hecho desde el inicio de los tiempos sobre todas las cosas, se repetían ahora. Hacían presa de Carl y de aquel grupo de eruditos que trabajaban a «pie de obra», donde los teóricos no alcanzaban a llegar. Aquellas personas eran las que hacían evolucionar a toda una especie. Ese grupo de científicos estaba dando respuesta a las preguntas más arcaicas que el sapiens podía hacerse.

—Verás Carl, hace unos 110.000 años comenzó la última glaciación de la que tenemos constancia por la paleo geología. Ésta se llamó la glaciación de Würm y duró hasta apenas hace unos 20.000 años. Aquel frío no desapareció de golpe. De hecho sigue en declive en nuestros días. Pero el colapso más llamativo de aquellos hielos si se sabe que fue alrededor de hace unos 100.000 años. Ese tiempo no fue infausto para aquellos pre humanos, que caminaban a veces juntos por Centroeuropa y Asia Menor en ese periodo de tiempo. Aquella glaciación fue la lancha o el barco que nombras para que los neandertales y sapiens viajasen entre áreas de terreno relativamente cercanas.

—¿Cómo?, no te entiendo Pedro.

—Es importante que consideres que estamos hablando de generaciones. Aquello no ocurrió de golpe ni de pronto. Fue un viaje de milenios azuzados por la necesidad. Por la presión de no poder quedarse en un territorio hostil.

—¿Pero por qué el neandertal abandonaría unas tierras fértiles y en calma para ir a otras donde vería su muerte, la muerte de sus descendientes al fin y al cabo?

—El origen no está ahí, Carl. Esa especie de homínido que llamamos neandertal y está emparentada con nosotros sin llegar a ser iguales, tenía otra especie llamémosle, hermana. Estos habitaban en un lugar de la fértil Estepa rusa al norte y aquí en el Shanidar. Por entonces podían vivir sin demasiado problema aprovechando los frutos que encontraban mediante su recolección y cazando pequeños animales para su subsistencia. Pero llegó el día en el que otro tipo de homínido llegó a sus tierras. Uno más listo, más organizado, y con herramientas contra las que no podían luchar. Algunos fueron capturados, las mujeres integradas en el clan para procrear con aquellos que no eran de su especie. Engendraron hijos de los cuales no reconocían sus rasgos al nacer. Se engendró una nueva especie.

—Pero, me estás diciendo que la hibridación existió ¿no?

Pedro le miró en silencio. Su cara se iluminaba sólo por la luz del fuego que él

mismo azuzaba con un pequeño palo en su mano derecha. La respuesta de Carl estaba servida.

—Ésa es mi hipótesis —contestó al fin—. Esa nueva especie somos nosotros. Eso ocurrió en estas mismas tierras. Pero no debemos quedarnos ahí. Los que pudieron escaparon hacia el norte para no ser presa de aquellos nuevos hombres que esquilaban su pueblo —los sapiens—. Tras un viaje que duró generaciones, los neandertales aún no hibridados, llegaron a unas cuevas al norte y al oeste hacía Europa. Allí se establecieron durante un tiempo, pero se dieron cuenta que su final sería inevitable si no comenzaban a andar de nuevo. Aquellas cuevas de la lejana Siberia fueron nombradas con el apelativo de Denisova, y el homínido que las habitaba adoptó su nombre. Una migración tuvo lugar entonces hacia el este aprovechando una lengua de hielo que se había formado en esa glaciación que llegaba a su fin. Setenta y cinco kilómetros de longitud por mil quinientos de ancho era la superficie que ocupaba la tierra de Beringia. El estrecho de Bering que abría la puerta para la entrada a Norteamérica. Alaska. En el oeste más extremo, por el otro lado, escapaban delante del sapiens hasta llegar al sur de la actual España.

Entonces Carl se levantó iracundo, agresivo, haciendo aspavientos a la vez que gritaba: Pero ¿¿Qué coño tiene que ver esto entonces con mi hija?! ¿¿A qué estáis jugando conmigo?!

Pedro entonces se limitó a echar lo más educadamente posible de aquella reunión a los acompañantes que tenía ajenos al grupo más elemental, conociendo que aquello era una decisión arriesgada. Ahora ellos dependían de los nativos para sortear los peligros de una tierra demasiado hostil para gente acostumbrada a tres comidas diarias y una ducha caliente. Pero aquello que tenía que revelar a Carl no podía ser escuchado por nadie más. Sólo quedaron Pedro, Carl, Álex y *el astrónomo del Vaticano*.

Entonces Pedro se vio con suficientes fuerzas para aplacar a su amigo y siguió hablando.

—Siéntate, Carl. No he terminado —dijo con el tono en el que un padre calmaría los arrebatos de su hijo adolescente, sin entrar él mismo en un violento ademán—. Piensa en la enfermedad como punto de inflexión en la vida de cualquier animal o humano. Puedes superar esa enfermedad o bajar la pendiente cuyo final significa la muerte. Ahora esa pendiente con la medicina moderna, los hospitales, las cirugías es muchísimo más sencilla de cruzar. Podemos hacerle frente sin demasiado problema, pero por entonces sólo existían las dos caras de la moneda, sin medias tintas. O vivías en salud, o acababas siendo pasto de gusanos. Tenemos muchos restos de neandertal que nos indican que ellos tenían esos tratamientos, que existía medicina. Trepanaciones craneales, huesos

deformes por fracturas y callos de osificación. Tenemos incluso el contenido de ciertos estómagos casi intactos por congelación en glaciares, de aquellos seres que parecían querer dejarnos aquella información. Puede ser que no sólo huyeran de los sapiens, sino que buscaran la medicina necesaria para sobrevivir en otras tierras.

—¿Me estás diciendo que poseían algunos conocimiento que ni siquiera pensamos que podían existir en esa época?

—Es algo más. Ellos conocían la manera de curar sus carencias que por jugadas de la genética se les negaba. Eran seres con taras, con maduración evolutiva deficiente, por tanto la enfermedad les acuciaba como un cuchillo que ponen todos los días en tu gaznate, y debes apartarlo para seguir viviendo una jornada más. Sus heridas de caza, las hemorragias producidas por la lucha con otros clanes, los ataques de animales. Sí, unos perecían en pocas horas. Pero tenemos pruebas que indican que esas heridas podían curarse.

Allí se encontraba ese inusual grupo. El arqueólogo, el periodista, Álex y aquel cura que salía de la nada para abordar a Carl a cada paso que daba. Sin embargo, *el astrónomo del Vaticano*, siempre parecía saber más que todo aquél que le rodeaba. La historia de su visita a un campo de refugiados, y un supuesto accidente que por casualidad le trajo a Során y desde allí hasta este campamento, no tenía mucha verosimilitud para Carl. Hace unas horas le interrogaba por el doctor Morell. ¿Pero qué coño...? A las puertas de la vivienda del doctor Morell fue su primer encuentro. Allí vieron aquel cuerpo embadurnado de brea nadie sabe aún el porqué, aunque sospechaban que rememorando algún maldito ceremonial de enterramiento. Darab, el señor de la guerra, así se lo había indicado a Cesare. Sin embargo la cara de Cesare Corsini nunca parecía la de un hombre que estuviera sorprendido por lo que veía, sino la de un hombre que sentía profundamente lo que estaba viendo. Como si previamente hubiera podido otear el futuro. Como el rostro de alguien que sabía lo que exactamente iba a ocurrir. Ahora era uno de esos momentos.

Pedro también parecía saber secretos ocultos emanados de los conocimientos de lo que él llamaba su cueva, en la lejana España. Todo se mezclaba de manera confusa, pero extrañamente comenzaba a tomar algo de forma. La medicina. La paleo medicina de la que parecía hablar Morell en sus documentos. Pedro comenzó a hablar de nuevo como dando salida al fin a su elucubración.

—Te voy a poner un ejemplo del porqué tu hija pienso que está viviendo esta situación. En nuestra mente quedaron recuerdos que eran necesarios para la siguiente generación. El miedo en la noche que te hace girar hacia atrás pensando que existe un depredador que quiere comerte, el hambre que hace disparar tu imaginación y fuerza para conseguir energía, o simplemente

imágenes de seres que creíamos mitológicos. En esta zona y posteriormente en Siberia existió un animal recientemente encontrado en Kazajistán, en la región de Pavlodar. Es el *Elamotherium Sibiricum*. Este animal que se extinguió 29.000 años atrás, coexistió con el neandertal y el sapiens, y era lo que hoy conocemos como un unicornio. Así, de la misma manera en los recuerdos que hacen más fuerte a la siguiente generación se transmiten por la mielinización de ciertos circuitos neuronales, Caroline tiene impreso en su mente estos recuerdos de la curandera. Pienso que llegado el momento debemos ir a por ellos. Estoy convencido de que en su mente se esconde el secreto de todo esto.

Todos miramos inconscientemente a Cesare. Ésa era su misión más allá de que en nuestra compañía aprendiera lo poco que le faltaba por saber de los entresijos de esta historia.

—Por otra parte, siento decirles que ésta es la única sede del alma. Unos pocos circuitos neurales que se transmiten por protección de generación en generación y que nos ayudan a sobrevivir. Nuestros genes viven en la siguiente prole porque sentimos esa necesidad, y la propia existencia nos hace sentirnos conscientes de nosotros mismos, pero sólo hasta que la muerte nos alcanza, pues allí, ese circuito neural muere y sólo sobrevive en la siguiente generación. Ése es el verdadero sentido de la inmortalidad. La necesidad de transmitir nuestros genes, que esos genes se transmitan. Ése es nuestro cielo, limbo, infierno y purgatorio. No hay más que transmitir esa carga genética. Ahora hay que buscar esos circuitos neurológicos con la ayuda de Cesare.

El astrónomo entonces, previsiblemente, interrumpió el intenso discurso de Pedro.

—Siento contradecirte Pedro, pero no puedo estar del todo de acuerdo.

Pedro no tardó en contestarle ni un segundo y en tono airado.

—Me da igual padre, Cesare, astrónomo o como usted se haga llamar. Ahora tenemos una misión que va más allá de descubrir una nueva especie o la de salir en una revista con una publicación magnífica acerca de nuestros orígenes. Lo que tenemos delante es la posibilidad de descubrir los orígenes de la medicina con conceptos que pueden ser aplicables a nuestros días. Algo que surge del conocimiento empírico de nuestros ancestros, y puede ayudar al fin y al cabo a Caroline y a otros con su misma situación.

—No será tan sencillo me temo —interrumpió Álex—. La posibilidad de entrar a solas para que investiguemos todo lo que necesitamos, nos está vetada. Esta mañana, mientras Cesare y Carl estaban en los dormitorios, Pedro y yo hemos hecho algunos amigos entre la guardia republicana. No están dispuestos a dejarnos pasar a solas, siempre acompañados y de esa manera me temo que no podremos tocar nada ni hacer nada más allá de la simple observación de lo que

ellos nos dejen ver. Además el arqueólogo local Mohenjo Sahni, prohíbe la entrada a cualquier grupo que él no controle y supervise en su totalidad. Sin embargo hemos pensado en algo. Continúa tú, Pedro.

—Veréis, la entrada a las nuevas cavernas, donde está el enterramiento que necesitamos ver, se encuentra en el suelo de las antiguas, por derrumbamiento de éste. El ejército y sus ingenieros han pertrechado sólo una entrada pensando que no existe otra. Sin embargo sólo los que estamos aquí, sabemos por nuestra experiencia que existe un pequeño abrigo de apenas metro y medio en la colina sobre la entrada original de la cueva. Pero hay un problema.

Pedro, Carl y Álex fueron los únicos testigos en los años noventa de las excavaciones que se hicieron en estas cuevas. Pasaron meses investigando y documentando el perfil geográfico de aquella colina que albergaba en sus entrañas secretos ancestrales. Aquel pequeño abrigo oculto a los ojos de las autoridades y que sólo ellos parecían conocer, era su único acceso al interior.

—¿Cuál es ese problema? —interrumpió ansioso Cesare.

—Que desde allí tendremos que descolgarnos unos cincuenta metros en la oscuridad hasta llegar al piso original, y desde allí sí podremos acceder a los pisos inferiores atravesando el suelo original derrumbado.

—¿Y el ejército? ¿No estará haciendo guardia en el interior?

—No, las guardias nocturnas se restringen a la entrada original de la caverna. Si queremos tenemos vía libre. Pedro y yo ya nos hemos hecho con cuerdas de escalada del grupo de espeleología de la universidad de Bagdag. Ellos supuestamente no entran en juego hasta dentro de dos días, y por el momento no echarán de menos su equipo que está en la tienda almacén.

—¿Pero cuándo iremos? —interrumpió de nuevo Cesare ansioso.

—De manera inmediata si queremos descubrir lo que esconden esas nuevas cuevas. Creedme que debemos protegernos de las decisiones de Mohenjo Sahni, el arqueólogo local, sobre todo en lo que a seguridad se refiere.

No hubo más que una mirada de complicidad entre los integrantes del grupo, unos rostros iluminados por el fuego en una fría sierra perdida del norte de Iraq. Únicamente Cesare pareció extrañado por la advertencia de Pedro sobre el tal Mohenjo Sahni. Tanto el cura como Pedro parecían tener la respuesta a esa intriga pero desde distintos puntos de vista.

Sólo unos instantes después de que todos asimilasen en silencio la gravedad de lo que iban a hacer, se pusieron en marcha. Sin pronunciar palabra todos se dispusieron a empaquetar sus equipos y pertenencias necesarias para el peligroso acceso en la intimidad de la noche.

Media hora después, el grupo se encontraba en marcha por estrechos caminos rodeados de vegetación y con ruidos de pequeños animales que helaban su

sangre a cada paso. Eran ya las once de la noche y su aventura al fin se había puesto en marcha. Les separaban del campamento unos siete kilómetros de la cúspide de la colina que albergaba las cuevas. Era un camino largo ya que debían vadear la colina hasta poder escalar su fachada este. De otra manera la guardia republicana les hubiera descubierto. En la mente de todos, la seguridad implantada por un arqueólogo que lejos de pertenecer a la maraña administrativa de Iraq, parecía tener sus orígenes en la India. Extrañas decisiones ante un acontecimiento de aquella magnitud. Pedro parecía esconder el secreto de aquella decisión gubernamental.

Unos cuarenta y cinco minutos les llevaron hasta acceder a la empinada cuesta de la colina. La fachada este. Al menos media hora más entre mudos quejidos y laceraciones hasta acceder a lo más alto del monte. Embustes y elucubraciones silenciosas que sonaban en los oídos del grupo como una música que no hacía más que aumentar su ansiedad. El precio a pagar por estar allí sin permiso: la estancia indefinida en una húmeda y fría cárcel en el desierto de Iraq, donde no tendrían acceso los satélites de EEUU. Sólo tenían una oportunidad. Un camino que debían hacer perfecto para no fallar.

Media hora de duro ascenso después, la cresta de la colina se vislumbraba tras unos arbustos que igualmente ocultaban el pequeño abrigo que, tras veinte años sin mantenimiento, se había derrumbado parcialmente. Carl y Pedro se miraron con una sonrisa de complicidad.

—Lo hemos encontrado —sentenció Álex.

El silencio era la prioridad y como un equipo bien coordinado, se pusieron manos a la obra. Retirada de cascotes y arena hasta dar con espacio suficiente, y descubrir totalmente la oquedad. Aquella cueva apenas dejaba que se pusieran de pie tras unos tres metros de recorrido. Tras sólo dos metros más, se transformaba en un angosto y húmedo túnel. Luces conectadas. Intensos chorros de luz led que esperaban mantuvieran su batería hasta el final de la aventura. Un riesgo no calculado.

Tuvieron que atravesar aquella galería a gatas, por tramos tumbados, arrastrándose y mordiendo el polvo. Poco a poco se notaba como si el oxígeno faltase, la sensación de claustrofobia aumentaba. No sabían cuánto tiempo más iban a soportar ese ambiente. Ellos conocían la existencia de la galería por los equipos de apoyo de espeleología que hacía más de dos décadas les indicaron que existía. Ahora eran ellos los que sin equipo y a riesgo de sus vidas penetraban en la tierra. Minuto tras minuto, segundos eternos con la incertidumbre del final y destino del túnel. Entonces, Pedro, que se encontraba en vanguardia, se detuvo. Se oyó un golpe más allá de la silueta del doctor Cantalejo y un esperanzador susurro: «Estamos aquí».

De nuevo la sensación de certidumbre de que sus decisiones eran las adecuadas. Poco a poco fueron accediendo al final del túnel que conducía a un espacio abierto donde podían estar los cuatro juntos. Las luces led daban acceso a unos dos o tres metros a su alrededor. Más allá, el límite de la luz era devorado por la más cruel oscuridad.

—Esperad —dijo Pedro—. Creo que he visto una linterna de alcance. Argot espeleológico que significaba que necesitaban una fuente de luz que fuera más allá de los treinta metros.

Tras unos instantes buscando material en su mochila, descubrió un artilugio alargado con botones en su dorso. En silencio apretó aquellos interruptores que dieron paso a la visión de lo que les rodeaba.

El grupo quedó perplejo con lo que tenía ante ellos. Aquello no era una cueva, era una enorme gruta que probablemente ocupaba todo el interior de la colina. Enormes coladas con estalagmitas y estalactitas a ambos lados. Pequeños lagos de agua y riachuelos que contaban unos con otros, dejando pequeñas penínsulas de fina arena blanca. El techo sobre ellos continuaba hacia delante hasta alejarse más de cincuenta metros del suelo hasta donde podían ver. Pero el techo a unos sesenta o setenta metros de ellos, parecía haber colapsado y dejado una abertura a una oquedad superior.

—Debemos avanzar —dijo Carl ansioso.

La orden fue recibida con imprudencia. El grupo comenzó a andar sorteando los acúmulos de agua del suelo, hasta que unos minutos después llegaron a las rocas procedentes del techo, donde aquél había dejado de existir. Miraron hacia arriba donde podían ver herramientas y elementos de señalización clásicos de un yacimiento arqueológico moderno. Era la zona donde el suelo, —para ellos el techo—, se había hundido, y dejaba paso a la gruta donde ellos se encontraban. La famosa gruta que había sido objeto de los noticieros a nivel mundial. Frente al grupo una escalera de acceso desde la parte superior y cuerdas de fijación de la estructura. Un poco más hacia delante la cueva se prolongaba. Pedro giraba nervioso a un lado y a otro su potente luz. Daba pequeños pasos buscando lo que las pistas indicaban que era la localización del enterramiento que tanto murmullo había generado en el exterior. Hasta que detuvo súbitamente sus movimientos.

La luz iluminaba una pequeña elevación del terreno similar a una playa de tierra procedente de la degradación de los muros. En la pared una hermosa colada vertical milenaria. En el suelo dos cuerpos que yacían juntos desde el inicio de los tiempos.

—Lo hemos encontrado —susurró Pedro con emoción contenida—. Es la curandera.

Todos se acercaron con cuidado, tomando posiciones como en el asalto de una

medieval fortaleza. Ignoraron el por qué Pedro había calificado con ese apelativo a aquel cuerpo, esperando que después les aclarase algo más.

En aquella tumba yacían dos individuos. Dos momias de piel acartonada y conservada por las mismas condiciones ambientales a lo largo de miles de años. Uno —colocado en decúbito prono—, sin duda parecía ser el chamán de una ancestral tribu. Tocado de plumas, pequeños esqueletos de aves engarzados con un prehistórico hilo hecho de tendones de animal que adornaba su cuello y pecho. Estaba situado en una pequeña depresión en el terreno de apenas unos centímetros cercano a la pared, como una tumba incompleta. Un nicho sagrado donde reposar sus restos. La luz subía desde el suelo donde Pedro había colocado la linterna. Luces y sombras.

El cuerpo estaba rodeado de flores que parecían haber mantenido su frescura a lo largo de milenios como las siemprevivas. El otro cuerpo aunque inmediatamente al lado, había sido colocado en posición fetal, desnudo pero parcialmente cubierto con una piel de animal, sin adornos para distinguirlo claramente del otro. Se apoyaba sobre el lado del corazón y era ostensiblemente más pequeño.

Los rasgos de ambos no ofrecían duda. Eran neandertales puros. Tórax ancho, extremidades cortas. Cráneo con arcos supraorbitarios pronunciados y frente baja e inclinada.

Aquello les helaba la sangre. Sólo la ausencia de carne parecía desvelar que un día en ese cuerpo existió vida. El grupo tomaba posiciones alrededor de ese enterramiento entre rumores. Sigilosas instrucciones que hacían que el tenso ambiente se fuera tornando en algo crítico a cada movimiento que hacían. Pedro debía hacer el trabajo de años en apenas unas horas. Hasta que el alba, que no podían ver a través de las paredes de roca, les comunicase que no tenían más tiempo. La guardia republicana, en ese caso, se lo haría saber con contundencia.

Tras unos minutos preparando el terreno y valorando donde debían colocarse para no acabar con pistas que pudieran pasar desapercibidas, comenzaron una investigación forense de aquel cuerpo. Una moderna autopsia que surgía de los extensos conocimientos de antropología de Pedro.

A éste le llamó especialmente la atención una caja que parecía hecha de hueso y con las dimensiones de un puño de una mano, con unas inscripciones en su cara superior. Ésta aguardaba a ser descubierta entre herramientas y pequeños vasos hecho de restos de animal, al lado del cuerpo de mayor tamaño. Un intenso escalofrío recorrió la espalda de Carl. Acababa de ver esas inscripciones en un moderno ordenador, y ahora las tenía delante nuestra en una tumba de Dios sabe cuántos años de antigüedad. Tras un breve estudio de los estratos de alrededor, Pedro les desvelaría esa franja de tiempo de existencia. Como una grosera

prueba de *carbón* 14.

Los símbolos que parecía haber como encabezamiento del mail de Morell, estaban impresos a mano en el hueso: *Lamb, Bet, Fet, Okh, Uth, Num...* Estas coincidencias llevaban más allá del azar los conocimientos de la familia Morell. El libro legado por los judíos procedentes del rito babilónico. Estos conocimientos se hilaban y engarzaban desde el inicio de la historia escrita. Lo que considerábamos prehistoria, no lo era. Aquellos símbolos que significaban conceptos y que teníamos delante así lo demostraban. Aquellos símbolos parecían no ser ajenos para un Cesare que se mostraba impávido por lo que tenía ante sí. Dejarían para más tarde la apertura de aquella pequeña caja.

Al lado de la curandera, otro individuo cubierto por una extensa piel de animal. No podíamos ver ninguno de sus rasgos ni extremidades. Fue la impaciencia del doctor Cantalejo la que llevó a retirarla. La piel cedió quebrándose en varios pedazos. Una pequeña polvareda les impidió ver a priori lo que el cuero protegió durante miles de años. La luz les iluminaba desde abajo con dos pequeñas linternas de LED creando un perfil mágico en la pared de caliza. No tenían nada más. Esperaron unos segundos en el mayor de los silencios a que el fino polvo se asentase de nuevo. Acercaron sus linternas.

Un cuerpo romo, negro a todas luces, sin rasgos externos, solo delimitado por una capa de lo que parecía ser betún o algo parecido se extendía por cada milímetro de su endurecida piel.

—¿Pero...? —balbuceó Corsini.

Lo miró como si ambos supieran de qué se trataba. Estaban estupefactos. Aquel hombre. Aquel neandertal estaba cubierto por lo que parecía ser aceite de roca como lo llamaban los antiguos. Una artesiana brea similar a la que pudieron ver embadurnando el cuerpo del doctor Ralph Morell.

—¿Qué es toda esta ornamentación? —interrogó rápidamente Corsini. Carl respondió sin pensar basándose en multitud de conversaciones y experiencias previas con arqueólogos. No en vano había pasado su vida con ellos aprendiendo y asimilando lo que era la vida de gente que indagaba en nuestros orígenes.

—No dejan de ser las primeras trazas de lo que consideramos humanidad. Tomamos conciencia de nosotros mismos y comenzamos a intentar parecer mejores que los demás, flores pieles de animales, piedras semipreciosas...

—No. Te equivocas —agregó solemne Pedro—. Esto significa muchísimas más cosas.

Una sonrisa en su rostro, sus mejillas exultantes ruborizadas, Pero tenía ese brillo en sus ojos que significaba que sabía algo que los demás no. Se estaba lanzando al vacío. Cogió un pequeño recipiente hecho de la convexidad de una estalagmita. En su interior había una especie de grasa endurecida por los

milenios y una cuerda hecha de pelo animal que se introducía y se impregnaba en aquella sustancia. Recordando el material que él mismo había fabricado en su cueva, cogió un mechero de su mochila y comenzó a darle lumbre. Tras un par de minutos administrando calor a aquella sustancia, Pedro consiguió hacerla arder. Era una tea ancestral fabricada a mano por los neandertales. El arqueólogo continuó entonces su alocución con un rostro que rozaba la euforia.

—Estas flores, su elección. No digamos su distribución. No ha sido hecha al azar. Fijaros en estas especies. ¿Cuál sería su sentido?

Su voz sonaba enigmática, lúgubre. Apenas salía de su compungida garganta. Sin duda aquello tenía al arqueólogo español bastante impresionado.

Los cuatro acercaron sus cabezas hasta que casi juntas pudieron escudriñar aquel amasijo de flores con miles de años a sus espaldas que adornaban la cabeza y torso de un esqueleto de neandertal. Buscaron patrones, estructuras que respondieran a la pregunta de Pedro. Un par de eternos minutos cursaron con su silencioso divagar de fondo, hasta que Pedro dio al grupo por derrotado ante su cuestión. Entonces sin mirarse, con su rostro iluminado con el aura del rudimentario candelabro, continuó.

—Ayúdame, Carl.

El periodista se acercó a Pedro arrodillándose a su lado. Con gestos de su dedo índice, Pedro le señaló aquel objeto de aspecto marrón que todos parecían conocer y que colgaba del cuello de la curandera. ¿Qué era esa especie de recipiente que atesoraba en su débil garganta el esqueleto de neandertal?

—*Quercus brantii*, —susurró Pedro.

—¿Cómo? —se atrevió a interpelar Carl interrumpiendo la intensa concentración de su amigo.

Pedro no le contestó en principio. Pareció esperar a estar más seguro de lo que tenía entre manos. Poco a poco sostuvo el objeto entre sus dedos comprobando su consistencia. Aquello tenía unos 5 cm de longitud y un color marrón. Parecía una estructura orgánica, un fruto de ancianos árboles. Acercó la luz de la tea a aquel objeto.

—*Quercus brantii*, amigo mío, es el nombre científico que se le atribuye al roble en su especie que puebla estas tierras. Su fruto es una simple bellota. A diferencia de la bellota típica de mi tierra, ésta es un poco más grande y alargada.

Aquel fruto estaba unido a una especie de cuerda por su porción distal que cercaba el cuello de su antiguo propietario. Por el otro extremo, aparecía su característica caperuza que parecía haber sido soldada al cuerpo de la bellota.

—¿Pero por qué un objeto así sería merecedor de ser un adorno cuando estos incluyen piedras preciosas? —interrumpió Carl de manera tendenciosa.

—Esto no es una simple bellota, no es un simple fruto de un árbol cualquiera. Si te refieres a la simpleza del objeto, podemos estar de acuerdo. Pero aquí hay algo más. Esto no es un adorno.

Al terminar sus palabras y envuelto con el silencio del crepitar del fuego y el eco de las gotas al caer del techo, Pedro asió la caperuza con dos dedos de la mano izquierda y la bellota con los simétricos de la derecha. Hizo un pequeño giro y entonces se escuchó un pequeño crujido.

Unos segundos después y tras un exabrupto del grupo que estaba atendiendo a la maniobra del doctor Cantalejo, éste se dispuso a hablar.

—Esto no es un adorno como os he dicho. Esto parece ser un recipiente, y este cuerpo de neandertal es un ser diferenciado con respecto a sus semejantes. Queridos amigos estáis viendo lo que seguramente fue una mujer neandertal cuya labor en la tribu era la de chaman. La de ser el médico que tanto necesitaban. Estas flores y esa caja hecha de hueso, parecen ser algo más que adornos. Son las medicinas que usaba para aliviar las dolencias de su grupo.

El interés de Pedro por aquel objeto casi molestaba a Car. Caroline agonizaba, y su padre estaba lejos de ella en la otra parte del mundo. Sin embargo Pedro parecía saber lo que hacía, parecía como si supiera que aquel objeto de más de unos supuestos treinta mil años, fuera la joya de la corona de aquel indómito tesoro.

Tras sus palabras aclaradoras, Pedro se volvió hacia el grupo con un inesperado giro de su cuerpo. Aún en cuclillas. Aún con esa generosa sonrisa del que sabe que tiene entre manos algo único. Levantó su cabeza y se dirigió a Carl. Separó ambas partes del objeto que hacía las funciones de recipiente de lo que seguro era uno de los primeros médicos de la historia de los homínidos. Un extraño polvo cayó en la palma de la mano de Pedro.

—Querido Carl. Esto es lo que nuestro difunto colega Ethan Conway nos dijo que buscáramos hace más de quince años en Érbil, ¿recuerdas?

Pedro hizo una pausa, como si quisiera alargar ese momento único en su vida. Como si hubiera descubierto lo que llevaba toda su existencia buscando.

—Esto Carl, es el *Num*.

Un intenso alivio en forma de emoción se apoderó de los cuatro. Entonces como en un guion desconocido para nosotros, Pedro tomó de nuevo la iniciativa de manera que aquella historia parecía dar un giro nuevamente inesperado.

—¿Tienes el ordenador con los archivos de Morell? —preguntó Pedro a Carl—. ¿Es táctil el ordenador? Os enseñaré por qué no podíais abrir el último capítulo del archivo de Morell. Os habíais equivocado a la hora de introducirlo. Este sistema de encriptación parece ser más complejo de lo habitual. Es un sistema sencillo al principio, pero más complicado en el último capítulo ya que

este parece ser la clave de todo.

—¿Pero cómo qué...? —balbuceó confuso Corsini.

Pedro le miró fijamente. La luz sólo dejaba ver ya los rasgos más pronunciados de su exultante rostro. Tras un instante de eterno silencio, Pedro miró al exorcista y le contestó:

—Es un sistema tridimensional de entrada.

Todos se agruparon en torno a Pedro, en aquella fría cueva cuyo sonido de fondo eran las gotas al caer desde el techo en los charcos del suelo. Una simple linterna que agotaba su batería y la tea neandertal, eran su única iluminación, y pudieron atisbar entonces el misticismo y la unión con los dioses en aquel lugar por parte de nuestros ancestros más primitivos. Era el lugar donde todo comenzó. Un ascético *deja vu* que les helaba la sangre a todos.

Con parsimonia como si todos los pasos tuvieran que ser cumplimentados poco a poco, Pedro abrió el archivo, fue hasta el último capítulo y ahí agrandó el marco de entrada de la clave con sus dedos índice y pulgar de la mano derecha. Entonces ingresó una letra, un vocablo antiguo extraño para nosotros.



—Igual que en mi cueva —susurró un compungido Pedro—. Igual que en mi cueva —repitió emocionado.

Supusieron que Pedro habría visto ya ese símbolo en la Sima de la Paloma, en su cueva de Ardales en Málaga.

—Este símbolo ha comenzado a descubrirse en los petos de pared de las cuevas por todo Europa que suponemos pertenecen al 15000 a. C. Estas cuevas siguen el camino de la migración neandertal desde aquí, en el Shanidar, pasando por Turquía, Yugoslavia, Alemania hasta llegar a España donde se extinguieron.

Entonces Pedro extrañamente pareció ignorar el archivo que comenzaba a abrirse en la pantalla del ordenador delante de todos. Se levantó como guiado por un espíritu que busca un cuerpo que poseer. Se dirigió hacia el encabezamiento del enterramiento de la chaman neandertal. Temblando pero con contracciones espásticas de emoción, comenzó a indagar la cercana pared que quedaba cerca del cráneo de aquel cadáver neandertal. Pasaron unos minutos en los que nadie se atrevió a decir una palabra. Todos ignoraban el ordenador en favor de las acciones de Pedro. Él seguía limpiando la pared como si conociera esa cueva. Como conociendo que allí detrás de algún recodo se encontraba algo que sabía con certeza que existía. Entonces todo se detuvo. Se hizo el silencio y Pedro pidió la agonizante linterna. Enfocó hacia una pequeña depresión vertical de la caliza de la pared. Volvió a limpiar. Siguió desempolvando con el dedo

pulgar cuidadosamente hasta que una mota de color rojizo asomó entre el resto de colores blanquecinos y amarillentos de la pared. Pedro se detuvo y exhibió una sonrisa de oreja a oreja. Siguió limpiando con delicadeza hacia abajo con un pulcro pincel que extrajo de su bolsa que asía al cuello. Entonces apareció ante ellos el símbolo de *Num*.



Ya no había duda. Estaban sobre la pista del enigma de Ethan Conway. El archivo se abrió con un pequeño ruido digital procedente de la máquina. Todos volvieron su vista rápidamente hacia él. Riadas de información comenzaron a descargarse desde el archivo original hasta la memoria caché del ordenador. Parecía no tener fin. Miles de conceptos, que mezclaban extraños nombres con historias firmadas por distintos cargos médicos de las SS. Todos abrieron sus ojos de par en par en aquella húmeda cueva maltrechos por lo que estaban viendo.

El grupo comenzó a estudiar curioso el archivo que estaba casi totalmente en idioma alemán. Sólo anotaciones a mano con bolígrafo digital de Ralph Morell estaban en inglés. Tras sólo dos páginas vieron la foto de un niño con indumentaria a rayas. Un campo de concentración y una leyenda a pie de foto:

Jüdischer junge mit nefroblastoms nach sechs monaten behandlung. Tumor verschwand sie.

—¿Qué es eso? —interrogó rápidamente Álex.

—¿Alguien sabe alemán?

Cesare no dudó en adelantarse y señalar con su dedo índice a aquella letras. Comenzó a traducir: «Niño judío con nefroblastoma tras seis meses de tratamiento. El tumor ha desaparecido»

Todos quedaron atónitos con lo que veían. Pero la lectura de aquel archivo les deparaba alguna sorpresa más. Pedro siguió leyendo. Tras la foto, un número de serie que parecía identificar uno de los múltiples tratamientos a los que fue sometido aquel niño. El tratamiento que había tenido éxito. Más abajo, este número de serie se identificaba con un símbolo que de nuevo hizo que el grupo se estremeciera:



Todo parecía encajar. Los alemanes conocían el método de cura de

enfermedades incurables de manos de un manuscrito que rozaba el origen de nuestra alma. Las soluciones de curación de una antigua curandera. Una enigmática bruja cuyo espectro sobrevolaba sobre ellos en forma de sus conocimientos de cura. Sin embargo Cesare parecía estar un paso por delante de su grupo. Necesitaría aclararles luego lo que estaba ocurriendo. Theodor Morell. El médico personal de Hitler había tenido acceso al libro del código de *Num*. Estaban probando en los judíos presos en los campos de concentración los remedios de curación de un libro ancestral.

—Tuvieron acceso al libro —susurró Cesare—. El libro del Rav Bar Natar.

Todos se miraron y fue Pedro el que interrumpió aquellos segundos de silencio. Nadie podía sospechar que Pedro conocía la otra parte de la historia. La que estaba enfrente de ellos reflejada como en un espejo pero nadie podía descifrar. Su voz comenzó a oírse ronca, profunda y solemne entre aquellas paredes.

—*Nun*, no *Num*.

—¿Cómo...?, —interrumpió Cesare.

—*Nun* es la decimocuarta letra del alfabeto fenicio, la decimocuarta letra del alfabeto hebreo, la vigesimoquinta letra del alfabeto árabe. *Nun* es también el «océano primordial» según la mitología egipcia. El principio de todo, donde todo nace.

Extrañamente también Cesare quiso poner su guinda a ese extraño pastel. Y pareció completar la divagación de Pedro. Cesare comenzó a hablar con tono serio, pero igualmente emocionado. Se daba cuenta que en esos momentos él también sabía cosas acerca de aquella letra. Su vasto conocimiento. Sus carreras universitarias. Sus enfrentamientos con el demonio. ¿Eran esas premisas las que habían llevado al cardenal Martínez a su elección como soldado para esta misión? Ya no dudaba que pronto lo descubriría. Cesare respondió solemne a Pedro.

—*Nun* fue el padre de Josué, sucesor de Moisés en el camino a la Tierra prometida, aún no sabemos si como símbolo de guía o como nombre real, el caso es que el vocablo *Nun* se ha asimilado desde el inicio de los tiempos en el descifrado de las primeras lenguas, como el pasaje de un estado superior de inconsciencia del yo, a otro de autoconocimiento. El inicio de la reflexión y del saber, del conocimiento que solo en las primitivas tribus tenían...

Entonces Carl decidió interrumpir los pensamientos que *el astrónomo del Vaticano* emanaba en alto.

—...que sólo tenían las curanderas... las chamanes.

Todos se equivocaban desde el inicio. Era *Nun* y no *Num* como dijo Ethan Conway en su inconclusa pesquisa. La letra de los alfabetos babilónicos primero

y paleohebrero después. Su significado era literalmente «El pasaje de un estado superior de inconsciencia del yo, a otro de autoconocimiento». Es el paso del estado de un homínido a una especie humana con capacidades reales de pensar, de civilización y sobre todo de autoconsciencia de sí mismos, y por tanto de su necesidad de sobrevivir. Pero aquellos archivos debía ser descryptados, había muchísimo más. Todos esos símbolos químicos les eran ajenos, no entendían que encerraban aquellos galimatías.

Pero Cesare se guardaba una última carta. En su descomunal conocimiento atesoraba una premisa que nadie del grupo conocía. Él sabía que el *Nun* se asociaba con un concepto que el señor de la guerra —Darab— le había transmitido hacía sólo unos días. Ése último código que daba acceso al libro de *Nun* que protegió con su vida el Rav Bar Natán, era sinónimo en estas tierras de la flor de Alá.

El silencio escalofriaba sus espaldas. Habían descubierto el primer paso de aquel enigma. El por qué ese hallazgo más allá de ser una nueva especie, era tan importante. Pero ¿Quién había filtrado toda esa información a la prensa cuando debía ser un hallazgo de lo más críptico? Debían andar el camino si querían saber la respuesta.

—Señores el tiempo pasa, se nos agotan las baterías y son ya las cinco y media de la mañana —dijo Álex—. A las ocho cambia el turno de guardia y debemos estar antes de esa hora si queremos que nuestra excursión pase desapercibida. Es más, debemos tener preparada una excusa de incomparecencia para la visita a esta cueva de mañana si queremos salir con vida de estas tierras.

Todos estuvieron de acuerdo. En un silencioso proceder, comenzaron a hacer su equipaje y a intentar borrar sus huellas de aquel suelo. Indudablemente tras toda su exploración, a ojos experimentados no quedaría duda de que alguien había estado allí. Tenían que desaparecer pronto de aquellas tierras.

Pedro comenzó a hacer fotos de la caja, del recipiente al cuello de la curandera. No podía llevárselos. Pero en un descuido del grupo seleccionó algunas flores de la caja y parte del contenido de la bellota que guardó en distintos recipientes de plástico que guardaba en su mochila. Debía saber de qué se trataba si era tan potente como para curar el cáncer de un niño según el archivo de Morell. Una cosa más. Una muestra genética. Un molar intacto de la bruja que guardó en su bolsa. El ADN se atesoraba en la cámara dentaria desde hacía milenios. Carl Weniger debía contrastar ese ADN con el de otros seres encontrados similares a este por toda Europa. Una última mirada del arqueólogo a aquel yacimiento que sabía no volvería a ver. Un vistazo emocionado que hizo revolver sus sentimientos. Su misión estaba ahora en su cueva de Ardales.

Su viaje de vuelta se hizo corto. Conocían el camino y pudieron emplear menor tiempo que el de ida, llegando con las primeras luces del invierno al campamento. Rodeándolo y deshaciendo el grupo para no causar alboroto. Todos comenzaron a hacer sus equipajes. Carl se dirigió al sargento Scott. Le solicitó una evacuación urgente con la excusa de información confidencial sobre un posible ataque a esa zona de los peshmergas. Ésa sería su coartada para salir pitando de allí en tan sólo unos minutos. El sargento accedió a regañadientes comprendiendo que la otra alternativa era esperar a que la guardia republicana alertada por el arqueólogo local, Mohenjo Sahni abrochara sus muñecas hasta aclarar su intromisión en la cueva.

El ritmo del grupo era frenético, pero debían ser cuidadosos en su pública huida. Cesare se dirigió al único sitio donde podría tener algo de intimidad. En el comedor o sala común de los arqueólogos donde podría pasar desapercibida su presencia sin sospechar, ya que había algunas viandas dejadas allí para que a cualquier hora alguien pudiera tomar un tentempié. Fuera comenzaba a notarse el alboroto, pero a esas horas antes de entrar a desayunar, los distintos grupos y periodistas estarían afeitados en la higiene mañanera.

El astrónomo del Vaticano tenía pocos minutos. Acababa de recibir un mensaje de seguridad cifrado por parte de los servicios secretos pontificios. Asegurándose antes de que nadie pudiera verle, extrajo de su bolsa un teléfono por satélite. Lo conectó y derivó la señal a un Smartphone con encriptación de alta seguridad. Tras unos instantes, un mensaje de correo dio la señal de alerta. Después de los segundos necesarios para que su contenido pudiera ser leído, apareció un texto en la pantalla:

Aeródromo de Paldeborn, Alemania. Vía Érbil. Inmediatamente. Tienes vía libre de los servicios secretos norteamericanos.

Cesare no había sido capaz de arrancarse ese halo de secretismo. La reunión con Steven y su regresión tuvieron lugar en una vivienda oficial de EEUU por alguna razón. En este secreto a voces hasta las más altas esferas de servicios secretos estaban entremezclando sus esfuerzos. El seguía quedando como un peón a merced del cardenal Martínez. Esperaba que aquella futura visita a Alemania fuera lo suficientemente aclaradora para que justificase el no romper su voto de obediencia, y declarase a los cuatro vientos que ciertos mandatarios corruptos de su institución, manejaban con soltura los hilos de la salud mundial, las armas, el contraespionaje y ciertos derroteros de la economía mundial con su silencio. Sólo pudo recoger sus enseres y esperar una evacuación inmediata hacia Érbil. Cesare escuchó entonces el sonido de un teléfono. Miró por la

ventana y vio a Carl hablando con el sargento Scott. A unos metros, Pedro que apartándose del campamento, respondía a la llamada de su teléfono.

Era Gerhard Weniger, el profesor del Neandertal Museum amigo de Pedro.

—Hola Pedro. ¿Es mal momento?

—No, doctor Weniger, nunca es mal momento para una conversación contigo —dijo Pedro con una sonrisa de alivio—. Esperaba tu llamada desde la última vez que hablamos. Cuéntame, tengo poco tiempo.

—Iré al grano entonces. Sé que estás en Iraq, en el Shanidar, por eso te llamo. Por si tienes acceso a las cuevas. Tenemos que contrastar los genes de esos neandertales. El maxilar de tu cueva que mandaste, es un híbrido entre humano y neandertal. Ya no hay duda. Enhorabuena, eres el primero en demostrar la teoría de la hibridación.

Pedro estaba emocionado. Todo encajaba en su cabeza. Pedro respondió al doctor Weniger cortando su exposición.

—¿Pero sabes lo que significa eso? Es la prueba de que lo que somos en la actualidad, no es una raza pura de sapiens, sino una hibridación entre neandertal y sapiens. La selección natural, nuestro sistema inmune, la integración entre ambas especies tuvo éxito y nos hizo más fuertes.

Pero Pedro fue ahora el que se vio cortado por el profesor Gerhard Weniger.

—No tan rápido Pedro.

—¿Qué...? ¿Por qué...?

—Verás, hemos hecho también los análisis del sistema de defensas de nuestro cuerpo, el sistema inmune, el HLA que solicitaste y aquí es donde viene lo realmente importante. Pedro, este híbrido en concreto tiene un fallo en la codificación de las defensas de su cuerpo según este análisis. Este individuo tenía la necesidad de una proteína en concreto que necesitaba aportar a diario desde la dieta. Esto le hacía especialmente vulnerable ante cualquier tipo de infección, pero esa proteína que ingería, lo hacía, no sé cómo llamarlo... inmune a todo. Era una especie de superhombre desde el punto de vista de nuestro sistema de defensas. Verás, de hecho, esa mandíbula tiene un osteosarcoma, un tumor de mandíbula osificado e inactivo que el pequeño individuo fue capaz de encapsular con su sistema inmune y destruir sin que le afectase.

Pedro quedó perplejo. No se esperaba esto. Inconscientemente giró la cabeza a su mochila donde había guardado en secreto los restos de flores de la curandera y el contenido pulverulento de la bellota que asía al cuello. Sabía que ahí estaba la respuesta. Sin pensarlo dos veces comenzó a dar órdenes al doctor Weniger.

—Gerhard, voy a enviarte unas muestras que quiero que me analices. Ya he estado en la cueva, y te ruego que guardes este secreto, pues la visita no estaba

autorizada. Allí he recogido unos restos de flores y una extraña sustancia. Quiero que me digas de qué se trata. Creo que es la proteína de la que hablas.

Durante su conversación vio como Carl Eisenberg, Álex y Cesare Corsini se agrupaban en la parte posterior del camión de transporte de las fuerzas de infantería norteamericanas. Era el momento de partir.

—No puedo entretenerme más Gerhard, te mandaré todo lo antes posible. Necesito el resultado de ese análisis lo más brevemente posible. Espero tu respuesta.

Pedro no esperó a oír una confirmación, una aceptación de sus requerimientos por parte del doctor Weniger. Cogió su mochila, una pequeña maleta que le esperaba en la puerta del contenedor dormitorio y se unió al grupo en el camión.

Todos se dieron cuenta del rostro preocupado pero concentrado de Pedro. Nadie quiso preguntarle. Sólo ayudaron al rezagado a subirse a la parte posterior del camión ya al ralentí. En su alejamiento, los cuatro tornaron sus caras hacia el campamento. Allí les despedía inmóvil Mohenjo Sahni. Con cara de pocos amigos clavó sus ojos en el grupo que se alejaba a medida que los perdía de vista por el polvoriento camino. Todos se preguntaban si el arqueólogo indio conocía su incursión nocturna y él mismo la había permitido. No sabían si obtendrían respuesta a sus pensamientos.

Las próximas horas que les llevarían en un incómodo viaje al aeródromo de Érbil, estarían envueltas en un fatigado silencio. Sólo Pedro pareció querer no dar freno a su aventura. Sabía algo más que no había contado. Entonces se dirigió a su amigo el periodista.

—Carl. Quería hablar contigo de una cosa. Parece que nadie ha reparado en ello, pero...

El dio la callada por respuesta, sabía que estaba en inferioridad, sólo asintió con su cabeza para dar pie a la siguiente frase de su amigo Pedro.

—Los estratos que rodeaban el yacimiento no son lo que podíamos esperar Carl. Esos estratos por lo que he podido ver, no pertenecen a la edad en la que se supone que los neandertales desaparecieron. Aquello según las últimas investigaciones ocurrió sobre el 30.000 a. C.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó atónito Carl.

—Los estratos sobre los que reposaban los restos de la hechicera eran de aproximadamente el 12.000 a. C., cuando el sapiens ya era civilizado y se agrupaba en aldeas. Un inicio de la cultura. Carl se acercó a Pedro. Cesare y Álex atentos ante la frase de Pedro se acercaban igualmente como si continuamente tuvieran un oído que evitar. Entonces Pedro exhaló la frase que daba respuesta a su misma pregunta.

—Los neandertales sobrevivieron más allá de lo que pensábamos en el

tiempo. Probablemente eso significa que siguen entre nosotros.

Capítulo XV. Manada de chacales

Provincia alemana de Teutoburgo.

Aquel trayecto por el bosque de Teutoburgo, era la primera recta final del encargo iniciado en el Vaticano por Cesare Corsini. Era un recorrido de apenas quince kilómetros desde el cercano aeródromo de Paderborn, al noroeste de Wewelsburg en Büren, Alemania. Cesare se agazapaba en el asiento trasero del Mercedes—Benz 170D de 1954, en una actitud por abstraerse del gélido entorno. Aquél le recogió a pie de pista, cerca del aeroplano que le llevó desde el aeródromo de Érbil y posteriormente al aeropuerto de Migliaro en Cremona y finalmente hasta estas tierras.

Apenas hace un par de días se encontraba en un remoto lugar donde la civilización encontró sus orígenes. Ahora estaba rodeado de la más cruel civilización. Pensaba en el reciente episodio de la gruta de la curandera, donde ésta asía a su cuello lo que los arqueólogos llamaban el *Nun*. Una sustancia que parecía ser el remedio para la supervivencia de nuestra especie. Para la especie hibridada que éramos, y se preguntaba qué sería de ese remedio administrado a alguna enfermedad actual dada la certeza de la hibridación entre neandertales y sapiens. Era inevitable mezclar esa experiencia en una remota cueva de los confines del mundo, con la sustancia pulverulenta que el señor de la guerra — Darab— le había enseñado burlando la vigilancia de un campo de refugiados. La similitud entre ambas resultaba escalofriante. ¿Conocían nuestros ancestros secretos de la medicina que necesitábamos en la actualidad? ¿Pero si era una cura efectiva para cualquier tipo de enfermedad, por qué las grandes empresas farmacéuticas se afanaban con hacerla desaparecer? La historia comenzaba a tener cierto sentido para *el astrónomo del Vaticano*.

El intenso frío no hacía más que confundir su corazón, ya suficientemente atormentado por el dilema que después de décadas se pensaba enterrado para siempre, la crueldad de los experimentos de los campos de concentración nazis. Pronto descubriría que no era un problema moderno, temporal, sino parte de la historia que compromete a los humanos a ser lo que somos; a él mismo, a sus semejantes que como representante de la Iglesia debía amar. Lejos quedaban sus sentimientos de bondad que quedaron enterrados a la salida del seminario en la vieja Lombardía. Nadie conocía el origen de su rencor que llevaría al profesor de

astronomía del Colegio Romano a embarcarse en un encargo que provenía de las más altas esferas del Vaticano. Los jesuitas siempre a las órdenes del báculo de Pedro. A regañadientes. Esperaban la llegada de Pedro el romano.

Al terminar la zona montañosa, se dejaba ver por el amplio parabrisas delantero de su Mercedes, la blanca llanura con alguna mota verde que no era más que los extremos de las coníferas que se atrevían a permanecer perennes en aquel gélido invierno. La nieve caía sin cesar mostrando entre el baile copos un cielo indiferenciado, sin los habituales perfiles de grises nubarrones. Homogéneo apocalipsis que se cernía sobre nosotros.

En aquel misterioso paraje de la baja Sajonia se encontraba el lugar de míticas batallas. Tribus germanas comandadas por los Queruscos encontraban rival en las supuestas civilizadas huestes del cónsul Publio Quintilio Varo. Un ilustrado romano que cayó frente a las salvajes y arcaicas hordas teutonas. Idéntico símil a la Europa que engendró a mediados del siglo veinte, el conflicto que el prelado del Vaticano tenía ahora entre sus manos.

Ratzinger no había hecho otra cosa que extraviar la senda del cristianismo con confusas palabras acerca de sus orígenes en la Alemania nazi. Ocultos destinos se forjaron en la penumbra de la segunda gran guerra. El silencio de La Iglesia sobre la barbarie nazi fue correspondido por éstos con favores hacia el que calzaba las sandalias del pescador. Un amparo que ahora tras años en silencio debían pagar acuciados por los herederos de los que un día fueron parte del III Reich. Decenas de años habían sido testigos de aquel pacto. La ocultación de documentos que comprometían a la cabeza de la Iglesia con el pensamiento radical del nacionalsocialismo. Silencio por silencio.

Eran los últimos metros por la carretera comarcal L776 proveniente del noreste. Apenas a un par de kilómetros de su destino podía otear la silueta de la ciudadela de Wewelsburg. Había estudiado con detenimiento las costumbres de sus aliados conspiradores en aquella historia. El castillo de planta triangular se elevaba sobre la única colina en aquella llanura nevada. Himmler lo rehabilitó en el año 1934 como emplazamiento para adoctrinar a nuevos monigotes que sirvieran al cruel régimen de Hitler.

Aquellas hordas de iluminados pensaban que aquel sería un bastión en la última batalla de la humanidad, y como tal tenía un aura especial donde tendrían lugar las ocultas ceremonias que encumbraban al esoterismo de las SS. Su destino final no fue otro que el de la investigación del Reich acerca de su particular punto de vista de la historia. Medieval, folklore, perspectiva nacionalsocialista, y lo más inquietante, una unidad destinada a desvelar nuestro más recóndito pasado. La prehistoria y evolución del hombre. A Himmler le gustaba llamar a su pequeño experimento *Zentrum der neuen Welt*, el centro del

nuevo mundo.

Cesare bajó del antiguo vehículo ceremonioso, serio, ocultando su ser verdadero tras un grueso abrigo negro que desplegab sus solapas hacia el cielo. Allí fue donde su mirada se dirigió irremediamente tras poner el pie en tierra. Las cúpulas del castillo se perdían entre la niebla que comenzaba a apoderarse del ya por sí siniestro paisaje. Cesare había estudiado escrupulosamente aquella fortaleza. Como si tuviera que forjar un plan para huir, como si una extraña historia se hubiera urdido en su cabeza y tuviera que aprenderse de memoria los planos de aquella catedral del mal. Bastión de los ejércitos de Himmler en el conflicto que en el futuro albergaría la batalla del este contra el oeste, según la predicción del ocultista Karl Maria Wiligut.

La torre norte era lo que Himmler consideraba ese centro del nuevo mundo. Allí construyó dos habitaciones circulares con amplios ventanales y columnas que sostenían pequeñas bóvedas para observar la batalla del juicio final. Su batalla ficticia que deseaba presenciar en su artificial longevidad más allá de lo que por naturaleza, le hubiera sido concedido. Interrumpiendo con la nueva tecnología médica aquel destino celular que había cursado inagotable desde el principio de los tiempos.

En el centro de aquella habitación, en el suelo, había sido colocada una esvástica dextrógira decorada al estilo hindú con múltiples brazos. Era desconocido para el gran público lo que aquel símbolo significaba. Aquel símbolo más antiguo que los principales dioses monoteístas de la actualidad, y que ya se había encontrado en templos hindúes más allá del siglo VI a.C. No era de la propiedad intelectual nazi.

Cesare estaba aún distraído con sus pensamiento cuando fue requerido por un sirviente a entrar dentro del castillo. El cura permanecía sin dar su brazo a torcer, semblante serio, apagado, silencioso como sabía lo eran sus futuros interlocutores. Sin cordialidad. Sin piedad. El lugar elegido por ellos para esta conversación entre instituciones tan dispares como la Iglesia y los herederos de Reich, no era al azar. Querían intimidar a su visitante con el adorno de un castillo místico en un lugar mitológico. Cesare aún desconocía el porqué de su presencia allí, pero ya tenía suficientes piezas en el rompecabezas como para ir hilando una estrategia.

Aquellas estancias y pasillos que atravesaba Cesare, se usaban para amedrentar al invitado. Antiguos tapices, vitrinas con enormes cristaleras que contenían armamento primitivo, corazas de hierro golpeado hasta obtener su forma definitiva, yelmos, edad media... incluso antes. Todo para crear el ambiente lúgubre que el desconocido anfitrión deseaba.

Los pasos del cura Césare sonaban metálicos tras los aparentemente

silenciosos del mayordomo de labios sellados, que caminaba absorto con su misión. Tras dos tramos de enormes escaleras y al final de un largo pero estrecho pasillo cubierto con cortinas rojas en toda su longitud, se detuvieron. A ese lugar no llegaba la luz del sol. La ventana más cercana quedaba a más de dos galerías de aquella. Las luces eran sólo artificiales de incandescentes y antiguas bombillas mezcladas con velas amarillentas. Cesare comenzó a sentir aquel deseado sentimiento que su anfitrión deseaba imbuir. Pero no dejó que su ánimo se perturbase. Por eso le habían elegido a él, por haber tenido a la muerte y el mal delante de sus narices en numerosas ocasiones, y no haber movido una pestaña por ello. Su serenidad debía ser su arma frente a aquel desconocido contrincante de una organización que se supone no existía hacía más de sesenta años. Él era *el astrónomo del Vaticano*.

—¿A dónde nos dirigimos? —dijo Cesare dirigiéndose a aquel personaje con levita y aparentemente sin sentimientos con céreo semblante.

Aquel mayordomo de talla mediana y de compleción extremadamente delgada no contestó. Se limitó a exhibir su inexpresivo y serio rostro y entonces abrió la puerta que daba paso a la siguiente sala.

En su primer paso Cesare se introdujo aún más en la oscuridad, una oscuridad sólo interrumpida por teas depositadas en el suelo circular que producían tenues columnas de luz hacia el techo. El resto de la estancia compartía aquella penumbra que la hacía solemne, inquietante y tétrica. El silencio interrumpido únicamente por el intenso crepitar del fuego.

Aquella era la Obergruppenführersaal. El salón del grupo de los líderes del Reich. Cesare había oído hablar de ella como una leyenda donde la cúpula de las SS se reunía para sus rituales más secretos. El cura no creía que nunca pudiera estar entre esas paredes mitológicas que se creía eran producto de la imaginación de los enemigos del Führer. Aquella era la sala de los generales, la estancia circular donde se malogró durante la segunda gran guerra el destino de todo un imperio. Altas paredes de ladrillo visto que hacían pensar en su uso ancestral como mazmorras con tres ventanales dispuestos en alto que dejaban penetrar escasa luz del sol.

El pavimento de mármol tenía incrustado un mosaico representando un sol, cuyos doce rayos estaban compuestos por runas invertidas. Runas de mitologías nórdicas en las cuales, los que gestaron el conflicto mundial, creían fervientemente. Era el sol negro de las SS que aún seguía impreso en el suelo de aquella sala con dos niveles en su piso. Dos círculos concéntricos. Dos pequeñas gradas como las de los campos de deporte. El que tocaba con la pared, describía un círculo perfecto, y otro de menor diámetro y que se situaba por debajo del anterior unos cincuenta centímetros. La cúpula imitaba a las tumbas micénicas,

también de ladrillo visto y albergaba en su punto más elevado de nuevo el símbolo que llevó a enardecer a toda una generación. La cruz gamada con aspecto rúnico.

En uno de los laterales del círculo central esperaba una figura a la que apenas llegaban unos rayos de luz. Era un anciano, un viejo con extraño uniforme de color azul marino sentado en una vieja silla en la que parecía haber sido colocado artificialmente. Seguro que su edad no bajaba de los ochenta y cinco o noventa años. No podría deambular sólo por estas complicadas y rancias alcobas, y seguro que llegó a ésta en una silla de ruedas. Quién sabe si aquel anciano seguía en el viejo castillo de Wewelsburg en recuerdo de lo que un día representó todo lo que allí existía. Recordaba a la imagen que Cesare tenía del enfermo Ratzinger. Ancianos enemigos. Quién sabe si él mismo fue parte un día de aquellos lejanos tiempos de gloria de la raza aria. Ahora podía parecer cualquier cosa, pero la gloria estaba apartada de aquel lugar. Sin embargo al acceder a la estancia *el astrónomo del Vaticano*, aquella figura giró su rostro y exhibió una actitud presuntuosa, desafiante, quizás maquiavélica. Aquel hombre no era lo que aparentaba ser.

—Al fin volvemos a encontrarnos.

Cesare permaneció de pie ante el círculo de menor diámetro, mirando a su interlocutor. No entendía lo que quería decir. Él nunca había visto aquella vieja efigie moribunda con el boato de la esvástica. Sin embargo su primera frase hacia él parecía decir lo contrario.

—¿Perdón?, yo no le conozco señor —contestó Cesare seguro de sí mismo, con voz firme.

—Quizás no tú, Cesare, pero sí lo que tú representas. Era inevitable. En su momento los dos poderes que movían el mundo debían encontrarse como ya lo hizo el Führer con sus ejércitos en la vieja Europa. Pero lo que nadie sabe que también debía enfrentarse con el poder de la fe en tu Dios. Un poder que reinaba en el siglo veinte. Estamos en otros tiempos muy distintos, ¿verdad Cesare?

—Para eso me han traído hasta aquí ¿no? ¿Qué es lo que desean en realidad?

Cesare no perdió la calma, dio dos o tres pasos mientras hablaba y se situaba en distintos ángulos con respecto a su anfitrión. No deseaba que lo vieran como un aterrorizado misionero de la Iglesia. Tampoco como alguien que perdía los nervios, por eso detuvo su marcha y permaneció erguido con la barbilla alta.

—Verás Cesare, eres joven. Ahora sin saberlo perteneces a los servicios secretos vaticanos. Sin embargo esto es una batalla que se sigue librando desde mediados del siglo veinte. Nosotros ya no podemos ni desplazarnos, tenemos como puedes ver una edad respetable. Siéntate por favor.

Cesare esperó un par de segundos mirando fijamente a aquella figura en penumbra a los ojos. Iba a admitir sus órdenes, pero nunca de manera inmediata. El cura tomó incómodo asiento en una de las gradas del círculo apenas a tres metros del que suponía era un alemán anciano. Este siguió explicando, esta vez con una sonrisa en sus labios porque alguien aceptaba sus órdenes, alguien de la Iglesia católica.

—Como te decía, la Alemania de los años treinta era convulsa, salíamos de un estado de guerra apenas diez o doce años atrás. La gran guerra. Y el país empobreció sobremanera. Era un buen momento para el populismo, alguien que le dijera a la gente lo que quería oír. La rueda entonces se puso en marcha. Hitler llegó al poder y comenzó a crear una economía basada en el gasto social, todo lo que invertía se recuperaba, y llegado el momento incrementó el gasto militar enormemente. Lo que creó aún más empleo y riqueza para el estado. Pero cuando esta historia llegó a un punto sin retorno, el Führer debía justificar este gasto entremezclando esas inversiones y sus locuras imbuidas por esquizofrénicos acólitos. Éste fue el problema, el de escuchar a los populismos y pensar que todo debe ser para el pueblo pero sin contar con el pueblo. No había más salida que la guerra, el dominio geográfico y cultural sobre el resto de Europa.

Cesare interrumpió, no necesitaba más lecciones de historia. Él sabía cómo fue el ascenso del partido nazi y de sus hordas de locos. Sin embargo aprovechó la ocasión para intentar conocer algo más sobre su nuevo amigo. En su cabeza se urdía la partida de ajedrez de la conversación.

—¿Va a contarme algo nuevo? ¿O va a repetirme la historia del siglo XX tal y como la conocemos...? ¿señor...?, —esperó un instante para conocer si el alemán iba a concederle el beneficio de conocer su nombre. Entonces, tras tres interminables segundos, llegó su deseada respuesta.

—Mi nombre señor Corsini, es Wolfram Sievers.

Cesare conocía aquel nombre. Lo estudió en la historia de los distintos concordatos de la Iglesia durante su aprendizaje universitario. Pero no podía creerlo, aquel hombre debía tener más de cien años. Su aspecto físico así lo enunciaba. Sin embargo su cabeza funcionaba como la de un genio del MIT.

Cesare conocía su historia. Wolfram Sievers fue el responsable de programas de experimentación con judíos en el campo de Struthof—Natzweiler y el macabro coautor de la colección de los 86. Una colección de huesos, vísceras y tatuajes de judíos que guardaban en vasijas alcoholizadas. Este terrorífico descubrimiento fue hecho en la liberación del Instituto Anatómico Forense de Estrasburgo. La llamada colección del doctor Hirt. Este salvaje fue juzgado en el juicio de los doctores justo al terminar la guerra. Pero no era posible que quien

fuera condenado a la horca y hubiera recibido sepultura, estuviera hablando con él en ese momento. Sievers no tardaría en darle solución al enigma de su cabeza.

—Entonces es un placer señor Sievers, veo que estoy conversando con un fragmento de la historia más reciente —dijo Cesare sin atisbo de impresión, irónico, de nuevo desafiante.

Cesare no deseaba que aquel nazi creador de la Aneherbe y espía documentado de los más intrincados planes del Führer, pensara que él estaba en desventaja. Corsini con su silencio dio pie a que el anciano siguiera hablando.

—Bien Cesare, veo que tengo el interlocutor adecuado. La historia del ascenso de mi partido no fue sólo lo que conoces, pero esa historia hubiera sido imposible sin su querida institución. La Iglesia. Hay muchas cosas que desconoces. En el año 1933 los obispos se enrocaban en contra del partido nazi. Sin embargo surgió de repente la figura del cardenal Pacelli, quien sería conocido más tarde como el papa Pio XII. Éste sugirió que se moderase o incluso suprimiera el veto al nazismo. Como consecuencia de ese pacto surgió la ley habilitante, una ley firmada por los nazis y la Iglesia que confirió plenos poderes al Führer, por medio del apoyo del partido católico y con éste la mayoría absoluta en el Reichstag. Aquello fue llamado el concordato imperial que a día de hoy sigue vigente entre Alemania y la Santa Sede.

Cesare estaba atónito, conocía aquella historia ya que formaba parte de la historia, la que fue, la que hizo como era el sistema económico, social y geográfico en la actualidad. El pasado reciente de Europa. Pero en todo esto había razones de trasfondo por las cuales Wolfram Sievers le estaba transmitiendo toda esta información.

—Se preguntará el por qué sigo vivo entonces, ¿no, Cesare?

—Sin duda —respondió desafiante Corsini.

—La información, sólo información que atesoraba en mi cabeza y que era básica para los aliados. Aquello fue lo que salvó mi pescuezo. Sin embargo mi longevidad es otro tema que abordaremos después.

—¿Y quien murió en la horca ese día entonces?

—Paradójicamente un judío, señor Corsini. Los americanos no podían permitirse perseguirnos, ni que nuestros conocimientos médicos se perdieran. Nosotros avanzamos durante la guerra con nuestros experimentos muchísimo más que ellos en décadas de experimentación, podríamos llamarla reglada, y sometida a los acuerdos de ética en investigación. Los aliados retuvieron a un judío, un pobre desdichado preso en Dachau que se parecía demasiado a mí. Ésa fue su culpa. Murió en la horca y no yo. Aquello fue una maniobra calculada de los servicios secretos aliados. Un moderno sacrificio de un judío para el beneficio de la humanidad. Yo conseguí sobrevivir como científico, podíamos

llamarlo, robado del bando nazi. Los aliados no sólo robaron científicos para su programa nuclear, sino también ingenieros, biólogos, médicos, —una breve pausa—, créame, sobre todo médicos. Los planes de los servicios secretos de todos los países que lucharon contra la Alemania nazi se unían para conocer nuestros secretos, e hicieron durante décadas lo que fue necesario para quedarse con esos secretos.

—Pero ustedes no consiguieron nada. Sólo querían masacrar a una raza que no era la suya —dijo casi gritando Cesare.

—Se equivoca a medias, Cesare. Parte de los nazis y las SS si querían masacrar las razas que no fueran la aria. Pero nosotros éramos algo más que las SS. Nuestro propósito era la investigación y conseguir réditos científicos fuera cual fuera el precio. Para ello debía aislar a la raza aria como la heredera del planeta. Como si fuéramos los únicos y no existieran más razas que la nuestra. Comenzamos a separar las distintas etnias unas de otras, en campos de concentración y en barrios que militarizábamos para extraer de ellos durante la noche a los sujetos de estudio. No teníamos en ese momento la herramienta que nos permitía discernir a nivel molecular a los enfermos de los sanos, a los que portaban la enfermedad aún sin padecerla de los que no. No poseíamos el conocimiento del ADN. Pero conseguimos separar a los que sospechábamos por sus rasgos, eran distintivos de lo que siempre queda en el hombre generación tras generación, la enfermedad.

Wolfram Sievers hizo una pausa producto de su edad. Se asfixiaba. Sin embargo vomitaba toda la información que podía. Ya oteaba en su horizonte la laguna estigia. Con el poco aliento que le quedaba, preparaba sus siguientes frases.

—Buscábamos el origen, lo que un día hizo que una especie se diferenciara de las otras, lo que por la endogamia un pueblo poseía y otro sometido al mestizaje, no. Los rasgos querido Cesare los rasgos físicos, los signos de enfermedad que pensamos existieron desde siempre por las notas que en los libros de historia, las obras de arte e incluso en pinturas rupestres parecieron pasar desapercibidos. El origen del nacionalsocialismo engendró al darwinismo social y aplicamos esta doctrina para el estudio morfológico de las distintas especies. Logramos identificar esos rasgos morfológicos y sospechábamos que se transmitían de generación en generación pero era pronto, y nuestros científicos aún no sabían dónde se encontraba esa información en el ser humano. La guerra parecía terminarse y no precisamente a nuestro favor, pero tuvimos noticias de que alguien trabajaba en ese hallazgo de información, que ahora conocemos como genética. La guerra no podía dar fin a nuestros hallazgos. Ahora lo que ustedes llamaban los más crueles verdugos de las SS trabajábamos para la CIA y MI6,

incluso paradójicamente para el Mosad. Con su apoyo y ayuda pudimos contactar con un tal Crick, que parecía tener la clave que nos faltaba a todos para cumplimentar el rompecabezas de nuestra evolución. ¿Sabe?, este científico que lo descubrió, Crick, no era de inicio un biólogo al uso, ¿sabe usted que trabajó como físico durante la segunda guerra mundial y que en uno de sus estudios se centró en la eficiencia de las minas de combate? Ahí empezaron sus ideas y reputación, y no tardamos en dar con él por medio de nuestros agentes aliados que se infiltraban en todas partes. Una parte de nuestro conocimiento se iba completando para conseguir el conocimiento global sobre la enfermedad.

—Pero ¿por qué? —interrumpió ya desesperado Cesare—. ¿Por qué esa insistencia en esos conocimientos? ¿Por qué tantos esfuerzos de los aliados en conseguir lo que ustedes sabían?

—Sigues sin comprender nada ¿verdad Cesare? Es simple, por dinero, poder, control sobre la población y la creación de un imperio de control institucional y global sobre todo, mediante la industria que todos pensamos que trabaja por nuestro bien. La industria farmacéutica. Ésta, a día de hoy factura por medio de sus holdings mundiales más que la del petróleo. Y lleva más de setenta años jugando con nosotros. Tan pronto lanzan al mercado un fármaco que es medianamente efectivo, mientras guardan en cajas de seguridad las fórmulas de los fármacos que sacaran en unos años hasta que amorticen la patente actual. Juegan con la vida de todos, con nuestra salud y nuestra muerte. Con nuestro destino y el de nuestros hijos. Yo fui el creador de este juego con la coalescencia de tu Iglesia. Poder, dinero control y dominio sobre todos vosotros. El concordato iba más allá de lo simplemente político. Acuerdos económicos y compra de acciones de industrias químicas que luego se transformarían en farmacéuticas por parte de tu Iglesia. Dinero..., poder..., Fue el mismísimo médico personal de Hitler el que aplicaba en el Führer los remedios que Menguele le contaba y que extraía del libro del Rav, pero perdió el norte y los últimos tratamientos fueron la puntilla que le hizo decaer. Inyecciones de glucosa, hipervitaminosis y por último las anfetaminas que nublaron su juicio. Maldito Morell... Éste descubrió toda la información e hizo copia de partes del libro, por orden de Adolf Hitler para elaborar remedios para él mismo. Tras la guerra consiguió pasar esos documentos a su hijo y éste a su nieto. ¿Quién crees que mató entonces a Ralph Morell untándolo con brea? Ése era el rito de los cabezas negras, untar con brea a los brujos que manipulaban el mal para que pasasen desapercibidos en el más allá, y no tuvieran acceso en lo que ellos entendían como el Cielo. Su paraíso les había sido vetado.

Wolfram Sievers se tomó un nuevo momento para recoger aire en sus pulmones.

—La CIA, Cesare. Está comandada por quien manda en el mundo económico, Novatech, fue la que intentó ocultar a Carl esos documentos que Ralph Morell le envió. Por eso mataron al doctor Morell, tras su conversación con Carl Eisenberg, para que éste no obtuviera los documentos extraídos del libro del Rav.

—¿Y si fue la CIA quien mató a Ralph Morell, quién le impedía hacer lo mismo con Carl Eisenberg?

—Querido Cesare, —respondió Wolfram con ironía—, no se puede matar hoy en día a un periodista ajeno al régimen impuesto por Novatech. La elección de Ralph Morell fue la adecuada al mandar esa información a Carl Eisenberg. El cuarto poder también tiene fisuras Cesare. Además Novatech no sólo tiene aliados. Si no ¿qué crees que haces tú aquí hoy? Sólo sigues vivo porque estás bajo mi paraguas, sólo por eso ¿Quién creéis que os dejó entrar en la cueva hace tres días? Mohenjo Sahni, el arqueólogo de la cueva del Shanidar, es un eminente erudito que trabaja para nosotros, como un día lo hizo Ethan Conway, aunque él era lo que podíamos llamar, un desertor de Novatech. Un doble espía. Por otra parte, Cesare, tengo que decirte que sin duda tu amigo el cardenal Martínez está haciendo bien su trabajo. Se sitúa en el tablero con perspicacia e inteligencia. Tú eres quien lo está impulsando sin saberlo. Juega a dos bandas y aunque lo sepas no podrás más que hacer lo que él diga. Y no es la primera vez que esto ocurre.

El alemán hizo una pequeña pausa y miró hacia los ventanales con lo que podía ser su cara de tristeza, ¿una gota de arrepentimiento? Observaba la escasa luz que entraba ya por las vidrieras, mientras comenzaba de nuevo su discurso tras la breve pausa en la que pasaron miles de recuerdos de barbarie por su cabeza.

—¿Sabías que el gas ciclón (Zyclon B) que usábamos en las muertes de judíos en masa lo fabricaba una filial de la empresa Bayer, la actual benefactora de la humanidad? Tu institución tiene acciones en la actualidad de aquellas empresas que creamos juntos durante la guerra los nazis y vosotros. Durante el papado de Pio XI. Éste se dio cuenta de toda la maniobra y por supuesto fue sustituido por Pacelli, Pio XII quien nos había dado su apoyo para llegar al poder. Para ser justos, Pio XII se arrepintió de su papel en la formación del gobierno de Hitler y publicó una dura condena al régimen nazi mediante la encíclica Mit brennender Sorge. Pero antes ya había firmado varios acuerdos con el régimen que harían de su Iglesia una institución enormemente rica y poderosa durante décadas.

Sus últimas palabras sonaron profundamente irónicas, llenas de tristeza. Como un arrepentimiento en el lecho de muerte de un monstruo que agoniza por recibir un perdón. Quizás esa era la motivación de aquel titán que tenía delante Cesare.

Palabras que resonaban en la cúpula con la esvástica. Lúgubre tono que atenazaba la garganta de Cesare.

—Te he contado todo esto como base para que comprendas la conclusión. Eres un instrumento de todo lo que te he contado. Pero ahora, yo ya soy muy mayor y estoy a punto de morir. Te preguntarás el porqué de mi edad tan avanzada. Te preguntarás también qué era lo que buscábamos en el libro que mi querido amigo Menguele se llevó.

El alemán bajó la cabeza mirando hacia el suelo en una actitud de entrega a su destino y de desesperación. De tristeza. Su voz se oía ahora como suave hilo melódico que rebotaba en las paredes, y dejaba ir el frío viento del exterior.

—Yo tuve el libro en mis manos. El libro del Rav Bar Natán. Yo mismo ordené su muerte una vez extraída toda la información que nos era necesaria.

—¿Pero por qué es tan importante ese libro? —dijo Cesare iracundo levantando el tono de su voz a la vez que se levantaba exigiendo la respuesta final.

Wolfram Sievers levantó su cabeza y lo miró esta vez con desafío. El alemán estaba en la cúpula de la pirámide alimentaria, y no deseaba que nadie le retara. Menos a estas alturas. Cesare aún no comprendía que ahora tenía aliado a su enemigo justo delante de él.

—Descubrimos el libro por nuestros estudios de antropología y prehistoria por casualidad. En concreto por la estúpida obsesión del Führer con los judíos, que en origen no fue más que económica. Sabíamos que ellos tenían poder y dinero. Pero las historias de dominación racial nos pusieron en la pista. El libro era la pieza que nos faltaba para conseguir los remedios que legaron antiguas civilizaciones desde los albores del inicio de la raza judía. Presionamos hasta el extremo a Pacelli hasta que éste aceptó el concordato que nos dio el poder en Alemania y el paradero del libro. Nosotros a cambio compartimos un trozo del pastel, lo cual seguimos haciendo. Si no preguntate por qué nadie denuncia la situación del campo de refugiados de Során, ¿porque el Vaticano mira hacia otro lado? Dinero, Cesare, el dinero es más importante que la vida humana para algunas personas.

Tras su última frase se oyó un jadeo, una respiración entrecortada que hacía pensar en los pocos días restantes del personaje que Cesare tenía delante. El doctor Corsini, lejos de interrumpir, esperó a que su anfitrión se recuperase. Éste continuó al recuperar algo el aliento.

—Pensarás que este conflicto fue generado por nosotros. Nada más lejos de la realidad amigo mío. Nosotros sólo somos un pequeño eslabón en este mapa del tesoro, en este guion no hacia nuestro futuro, sino hacia la verdad sobre nuestro origen. Desde siempre los seres con la pesada carga de genes malditos morían

sin remedio. No fue hasta el siglo veinte cuando los programas de salud preventiva introdujeron en las aguas elementos que misteriosamente hacían que aquellas personas sobrevivieran. En la segunda guerra mundial aquello dejó de hacerse y de nuevo comprobamos que morían sin cesar. ¿Flúor...? ¡¡jajajaja!!, —rió irónicamente— nada de eso amigo mío —una nueva risa irónica—. Se llama control de población y ya lo hacíamos nosotros en los años treinta. Tenemos muchas taras en nuestras secuencias genéticas ¿sabes? Si no las controlamos administrando elementos en la población, muchos fallecen. Siento decirte que no son enfermedades raras en su totalidad, aunque si específicamente en Caroline. Pero para ella hay otro remedio. Los aliados sabían de nuestras tecnologías y descubrimiento médicos. Ellos las querían sobremanera. Las necesitaban. Por ello iniciaron el conflicto que nos llevó a la guerra echándole la culpa a un personaje que se prestaba a ello como era Hitler.

—¿Me está diciendo que Hitler sólo fue un monigote de los aliados para que éstos consiguieran lo que querían a costa del sacrificio de millones de personas?

Wolfram rio vehementemente sonando su risa como la de un alma atormentada por el demonio. Miró a Cesare y se dispuso a dar respuesta a su pregunta.

—Así como los servicios secretos del MI6 mataron por interés político a Rasputín, fueron los aliados los que empujaron a un loco a la guerra en el año 1939 por el interés económico que atesoraba aquel libro. Además «los buenos» de los americanos e ingleses no podían mancharse las manos con millones de muertes a sus espaldas aunque desearan más que nosotros esos experimentos crueles, que a la postre, nos darían ingentes cantidades de conocimiento en los que basamos la industria farmacéutica actual.

Ahora fue Cesare el que sin aplicar el sentido común se dejó llevar por sus más profundas creencias que habían sido profanadas. El origen de la vida y Dios como artífice de todo. Su Dios. El único que le protegía a él en esos momentos.

—Ya sabes hermano que nuestro origen es Dios. Estamos hechos a su imagen y semejanza.

Wolfram Sievers pareció rejuvenecer y retomando una fuerza de donde no existía, respondió rápidamente a Cesare. Ira de nuevo en su rostro.

—Ése es vuestro problema. Seguíis afianzados en vuestro antievolucionismo. No voy a discutir más contigo, llévate la información que habías venido a recoger y lárgate. Caeréis todos en vuestra propia trampa sin dejar nada fuera de ella. No podéis negar la verdad de la ciencia.

—Y usted no puede negar a Dios.

—Pero ambos lo aceptamos, sólo que de maneras distintas. No hables por su boca, pues la ciencia exhala Sus palabras más correctamente que por las de la fe.

¡¡Recoge ese paquete y lárgate!! ¡¡Damos por terminado la parte secreta del concordato!!

El astrónomo del Vaticano estaba concluyendo su misión. En el fondo de la sala en un apartado en penumbras en la que Cesare no había reparado, había una caja envuelta con papel rústico y cuerda de cocinar sujetando sus paredes de cartón. Un extraño embalaje para el enorme valor de la valija que podía contener a juzgar por la importancia de su misión. Cesare se acercó escuchando sólo el ruido de los tacones de sus zapatos al impactar con la antracita. Lo asió mirando al anciano que le observaba con minuciosidad. Éste a pesar de su enfado no deseaba dar por terminada la conversación sin un epitafio adecuado.

—Sin embargo aunque tú no lo sepas, Ratzinger te ha enviado a por otra cosa más que la signatura de cancelación del concordato. Y pienso cumplir con ese nuevo trato, Cesare.

El misterioso personaje se dirigió con sus últimas fuerzas, casi arrastrándose, a la estantería que tenía detrás. Espalda combada. Extrajo de entre los libros una carpeta con un lazo rojo para que sus pastas de cartón no se abrieran. Parecía muy antigua.

—Aquí tienes. Nuestra parte del trato. Lo que significa que tu Iglesia debe seguir guardando silencio. Te aconsejo que estudies estos manuscritos y así puedas comprender a lo que te enfrentas. ¡Una cosa más, Cesare! Dile a la hija de tu querido amigo Carl que recuerde, que recuerde cuando era la que atesoraba en su cerebro toda la información que hacía que la tribu estuviera sana. Que recuerde donde está el *Num*.

—¡¿Pero qué es el *Num*?! —dijo Cesare gritando y desesperado por tanta intriga—. Unos segundos después que sirvieron de regocijo para el moribundo Sievers, este tornó su cara de sorpresa y enfado por una sonrisa profundamente irónica.

—Ya es hora de que lo sepas. El *Num* es lo que confirió tanto poder a los nuestros desde que lo descubrieron. Es lo que a mí me dio la longevidad. Menguele fue el primero y se llevó a Sudamérica ese remedio. La Fadro Farm prosperó y un holding de empresas lo compró después. ¿Adivina quién está detrás de esa compra? El mismísimo hijo de Theodor Morell, Jonathan Morell. Él a su vez legó todos los documentos de su padre a su hijo Ralph.

Cesare miró hacia el suelo y comprendió el origen y fin de la historia. Un santo remedio, una cura, un fármaco divino que había sido lo que la humanidad necesitaba. Un fragmento fuerte para un sistema inmune debilitado en una de sus partes, lo cual era la causa de todo mal según los que sí sabían interpretar el extraño arte de la medicina. Comprendió entonces que era Novatech quien desde antes de los ochenta estaba detrás de aquella compra de la Fadro Farm, y

posteriormente la responsable de la ocultación al público de ese remedio santo. El santo grial de la medicina. El quorum de toda curación.

—Pero, ¿qué es el *Num*? —dijo un Cesare ya agotado, con voz entrecortada y ya casi rogando el fin de sus incertidumbres—.

Una nueva sonrisa de ironía que sabía a despedida. El mayordomo como en una orden silenciosa había abierto la puerta de la estancia notando la proximidad del invitado. Entonces Wolfram Sievers tornó su expresión hacia la ira, una profunda ira como si las palabras que iba a decir no quisieran salir de su boca. Odiaba hacer el bien, pues con esa aclaración sabía que ponía en bandeja la curación para miles de almas y por el contrario destruía un plan que había tardado en urdirse décadas. Él sabía que podía dejar desnuda a la empresa Novatech si revelaba aquel nombre. Pero también sabía de la capacidad del cuarto poder que Novatech dominaba. El arrepentimiento de un monstruo de las SS era su motivación más íntima. No deseaba hacerlo demasiado evidente.

—Para ti Cesare las palabras que debes saber con respecto al *Num* son *phelinus linteus*.

—¿Cómo? —respondió Cesare atónito.

—*Phelinus linteus* —repitió Wolfram Sievers—. ¡¡Dale esa carpeta a Ratzinger, y dale recuerdos de mi parte!!

Cesare estaba impresionado. Miró por última vez a aquella efigie entre las sombras de la sala de los generales. Guardó silencio a la vez que echaba ese último vistazo. Después recorrió las galerías atesorando en sus neuronas esas dos palabras, repitiéndolas una y otra vez. El frío a su salida parecía invadirlo aún más que cuando entró en aquel extraño castillo que se detuvo a observar una vez más.

Sin intercambiar gestos de cortesía con el mayordomo, subió a su coche y se acomodó en la parte izquierda del asiento de atrás. Acurrucado como un niño con miedo en su cama. Como alguien que acababa de saber del horror al que pueden llegar unos pocos por su propio beneficio, sin procurar nunca el de los demás. Un mensaje en su móvil interrumpió su miedo. Tras varios programas de descifrado accedió a su contenido:

Debes acudir a la ciudad de Eureka, California, EEUU casa de Carl Eisenberg. Iniciado protocolo para regresión de Caroline. Ésta se encuentra en estadio casi terminal.

Firmado, su «querido» cardenal Martínez. El automóvil se ponía en marcha. Tras unos instantes para ordenar sus ideas, el cura apagó con desprecio su móvil a la vez que lo estampaba contra el asiento de al lado. Miraba con ansiedad los

objetos que acababa de darle el alemán. Se dio unos instantes para retomar algo de calma. Entonces Cesare abrió primero con cautela aquella anciana carpeta con un lazo rojo. Eran papeles con la esvástica coronando el título:

Ursprünge der Menschheit

Sus conocimientos del idioma teutón daban lo suficiente de sí para leer aquel manuscrito. Martínez conocía esa cualidad de su pupilo, y ahora descubría una razón más por la cual su mentor decidió que fuera el encargado de esta misión.

Los orígenes de la humanidad.

Siguió leyendo aquella carpeta: «prevalencia de rasgos morfológicos prehistóricos en judíos Ashkenazis». Leyó aquellas páginas entre el intenso frío de la carretera nevada en dirección al aeródromo con horror. Era el título de uno de los más crueles experimentos en campos de concentración. Comprobando en cómo se llevó a la muerte a millares de judíos que presentaban rasgos específicos, para desposeerlos de su carne y así poder estudiar los huesos que presentaban aquellos atributos. Niños y ancianos, mujeres y hombres sin culpa, nada más que con la desgracia de haber poseído unas características que los delataban como los herederos de unos rasgos específicos. Sin embargo, una sorpresa más se ocultaba al final de aquel extraño documento que informaba sobre las más que cuestionables prácticas médicas del campo de prisioneros de Dachau. Miró aterrorizado la firma del autor de ese informe.

Aquella firma, aquel apellido le era familiar. El teniente Ratzinger había firmado el adjunto de aquel pliego junto al coronel médico Steinschwager de las SS.

Rabia, cólera, desesperación y tristeza. Sus pilares de fe se hundían en una argamasa fabricada por quienes eran sus superiores. Cogió aquel valioso papel sin pudor, estrujándolo a la vez que levantaba compungido su cabeza hacia el cielo. Quería llorar, quería maldecir a quien le otorgó ese conocimiento. El no necesitaba saber tanto. Sus cimientos se fragmentaban producto de aquel hallazgo. Comprendía las palabras de Wolfram Sievers. Ésto es por lo que la Iglesia a pesar de la cancelación de la parte privada del concordato, debía guardar silencio. El actual papa, Benedicto XVI no debía ser relacionado con la barbarie nazi.

El concordato y el flujo de dinero que se acumulaba en las arcas vaticanas debido a ello, se había interrumpido. Lo que nutría la riqueza de su institución, se había detenido. El mundo cambiaba y con ello las decisiones que décadas atrás así lo había forjado. Novatech estaba detrás de aquella decisión de venganza.

Cesare debía hacer algo, en su cabeza urdió un plan para terminar con lo antiguo y transformarlo en algo nuevo. No podía poner grilletes en las muñecas de Martínez, quizás ahora no. Pero si podía dar un giro a la historia con sus decisiones que ahora debía medir milimétricamente.

Pero aún quedaba aquel bulto que reposaba junto a él en el asiento a su derecha. Sin ganas, compungido por lo que había descubierto comenzó con profunda tristeza a abrir el paquete que le había dado Wolfram Sievers. Tras unos instantes pudo ver el contenido de la caja. Un objeto cuadrangular esperaba a ser desembalado de un nuevo papel de estraza marrón. Cesare lo desenvolvió con cuidado.

Era un libro. Un antiguo y frágil libro que parecía deshacerse debido a su antigüedad. En un idioma que *el astrónomo del Vaticano* conocía, el hebreo, rezaba en su portada:

Tratado de remedios del código de Num

Cesare quedó atónito. Lo que había causado millones de muertes durante y tras la guerra por acción u omisión al acceder o no a sus páginas, estaba ahora en sus manos. Ahora pasaría Dios sabe cuánto tiempo cogiendo polvo en una de las vitrinas de los sótanos eclesiásticos pertenecientes a la biblioteca secreta vaticana.

No pudo evitar contener sus nervios por todo lo ocurrido en los últimos meses y lo que tenía ahora delante de él. Rompió a llorar. Unos sollozos que no eran más que la semilla que comenzaba a crecer en su cabeza acerca de lo que serían ahora sus planes. La rabia se apoderaba de él, una rabia hacia el engaño que había sufrido desde los inicios, cuando creía en lo que le contaban, cuando se disfrazaba de fe la mentira que llevaba a millones a obedecer sin pensar. Sus planes crecían y se forjaba una idea que comenzó a obsesionarle y hacerle pensar en las más disparatadas alternativas. Solo estaba él contra todo lo demás, era él quien tenía ahora el mando. Debía tomar una decisión.

Él era espía de los servicios secretos vaticanos, él era al que todos llamaban con respeto, *el astrónomo del Vaticano*.

Capítulo XVI. El final del camino neandertal

Resumen del documento de 8 páginas del viaje de un equipo de arqueólogos a la cueva de la Sima de la Paloma, Campillos, provincia de Málaga, España. Firmado por Carl Eisenberg periodista científico.

Documento perteneciente a la valija entregada al cardenal Martínez por Cesare Corsini en misión secreta papal.

Pag 1. 2º Epígrafe: España. Península ibérica. La tierra donde los más modernos neandertales encontraron su muerte. Llevaba semanas sin ver a Caroline. La mujer de Álex estaba cuidando de ella. Su estado empeoraba, no sabía si por mi ausencia o porque realmente su enfermedad entraba en su estadio final. No podía más que llevarme mi mano derecha a la frente y frotarla cerrando mis ojos para buscar un alivio que nunca llegaba.

Pedro me había pedido permiso para extraer una muestra de sangre de Caroline y poderla enviar a Gerhard Weniger en Alemania. Accedí sin poner ni una sola pega. Pedro también solicitó otra muestra de la madre de Caroline y de Steven. Aquello ya me quedaba lejos. Fue Cesare quien se puso en contacto con ella y al parecer esta accedió.

Desde Turquía, nuestro vuelo nos llevó hasta Madrid. Desde allí cogimos el tren de alta velocidad hasta Málaga. Álex llevaba todos sus pertrechos de grabación, incluida una placa solar portátil con suficiente batería externa como para resultar independiente de cualquier estudio y productora local. Hacía calor en aquella tierra. Debíamos acceder a un área sobre elevada más allá de las montañas que rodeaban la capital de la llamada costa del sol. Aquel nombre fue elegido con justicia. Ni la costa californiana de dónde provenía soportaba aquella intensidad de luz solar.

Aquellos científicos nos esperaban en una furgoneta sacada de las películas americanas de los años sesenta. La tribu de los Brady creo que se llamaba aquella arcaica serie. Una Volkswagen bicolor de ocho asientos. Suficientes para nosotros y nuestro material.

Pag 2. 3º Epígrafe: Nuestro viaje nos lleva hasta Campillos, cueva de la Sima de la Paloma. Donde la realidad superaba ampliamente a la ficción, por primera vez se había encontrado un cráneo de homínido en el estrato del periodo

musteriense cohabitando con neandertales. El descubrimiento era atroz. Echaba por tierra todas las teorías anteriores. Aquella era la prueba que confirmaba las sospechas que se tenían desde hacía años en los laboratorios de análisis genéticos. La hibridación entre sapiens y neandertal había tenido lugar.

Percibía mi vida como acontecimientos a mi alrededor en los que iba capturando imágenes como una cámara fotográfica de esas antiguas, con un diseño retro. Formato completo para no perder ni un detalle. Yo era diferente a los demás, ellos los olvidaban, yo guardaba esos detalles dentro de mi cabeza para hacer al final de mi vida un collage, donde ver una imagen que pudiera ofrecer un concepto conjunto. ¿Cómo sería aquella imagen que emanaría del conjunto de toda una vida?

Pag 4. 1º Epígrafe: Segundo día de exploración: Pedro Cantalejo ejerció de anfitrión dándonos acceso a la sima principal. Efectivamente comprobamos que había distintos enterramientos, algunos similares a los que recientemente encontramos en la cueva del Shanidar. En las paredes inscripciones parecidas a las que se venían encontrando en los últimos meses en grutas de toda Europa, que seguían fielmente la ruta que siguieron hasta aquí los neandertales.

Allí, Pedro me confió que ese estrato musterense no era en realidad en el que había reposado la mandíbula del ser hibridado entre sapiens y neandertal. Este hallazgo fue hecho en un estrato del neolítico precoz, sobre el 8500 a.C. Él había mentido para no alertar a tipos no deseados. Esto es un hito en la historia. Ello significaba que los neandertales existían más allá del 12000 a.C. que habíamos encontrado en el Shanidar, lo que ya era un increíble hallazgo de por sí. En la cueva de Pedro, justo donde se encontraba la pequeña mandíbula de híbrido entre sapiens y neandertal, se encontraba el símbolo manuscrito con sangre de animal que todos deseábamos encontrar, el símbolo de *Num*. Las sociedades ágrafas dejaban de serlo. La prehistoria debía ser datada de nuevo según este hallazgo.

Pag 7. 2º Epígrafe: Tercer día de exploración: Hoy nos hemos centrado en la recopilación de los restos de plantas y remedios que supuestamente usaban estos seres. Existían restos de neandertal en un estrato perteneciente al 10.000 a.C. Más allá no pudimos encontrar ninguno de esta especie. A partir del 10.000 a.C., un 35% pertenecía a seres hibridados entre sapiens y neandertal y un 65% a sapiens puros. El diente que Pedro robó de la curandera del Shanidar había sido analizado en Alemania. Sus datos de ADN mitocondrial eran idénticos a los de otros esqueletos asimilados con el rol de la chaman neandertal por cuevas Datos cedidos por Gerhard Weniger.

Los restos de instrumentos, herramientas y cajas encontrados en un enterramiento similar al de la curandera del Shanidar, contienen flores similares, pero no toda la variedad que pudimos encontrar en Iraq. Alguna carencia hizo que su salud se fuera apagando.

Pag 7. 3º Epígrafe: 14:00 horas del tercer día de exploración:

Pedro nos informa de una llamada de Gerhard Weniger desde Alemania. Éste le indica que está recibiendo similares hierbas y flores desde excavaciones de Hungría y Francia. Destaca que en la ruta que siguieron en su migración los neandertales, cuanto más al oeste y al sur, menos farmacopea de elementos herbales le aportan. Pedro nos comenta que como consecuencia de un cambio climático al final de la última glaciación es posible que las plantas que usaban en su anciano botiquín, los neandertales vieran mermadas sus capacidades de curación, poco a poco y según se iban acercando al sur de la península ibérica.

Sólo permanece constante la existencia de una especie de sustancia en forma de polvo, que siempre se introduce en una variedad de bellota de roble. Lo que Gerhard Weniger explica como una variedad de hongo pulverizada, pero que aún no ha identificado a qué especie de estos pertenecía. Pedro no ha encontrado aún ese polvo en la Sima de la Paloma. No cree que lo encuentre, dada la profundidad de investigación de los distintos estratos a los que ha tenido acceso. Pedro se pregunta si la carencia de ese elemento llevó a los neandertales a desaparecer.

Pag 8. Último párrafo: Carmen, la mujer de Álex acaba de llamarle. Debemos acudir inmediatamente a California. El estado de mi hija parece empeorar. He recibido una llamada del cura Cesare Corsini. Me cita allí y me solicita un encuentro con ella para realizar una regresión. Sospecha que ella es la curandera del Shanidar. Kumara. A estas alturas de la historia cualquier cosa que la pueda ayudar es bienvenida. Ya tuvimos éxito con la regresión de Steven. Sólo tenemos una oportunidad. La que está en manos *del astrónomo del Vaticano*. Es el final del camino. No tenemos nada que perder.

Capítulo XVII. El regreso de la princesa Siskiyou

Casa de Carl Eisenberg
Ciudad de Eureka, condado de Humboldt
California. 29 de enero de 2013.

Cesare había llegado hacía apenas unas horas a la ciudad de Eureka. Casi al alba, tras una noche conduciendo sin descanso desde la ciudad de Los Ángeles, donde había aterrizado desde Roma tras una interminable escala en Nueva York.

Estaba agotado. Todo pesaba ya demasiado para él. Llevaba una mochila demasiado grávida, con demasiados recuerdos de esta aventura y con una plétora de sentimientos que lo convertía en una olla a punto de estallar.

Cesare se había puesto en contacto dos días antes con la madre de Caroline y su marido para instarles a que acudieran con Steven a la regresión que iba a tener con Caroline. Su propia hija. Quizá no fuera necesario, pero cualquier pista sería fundamental para poder ayudar a la hija del que ya era su amigo Carl Eisenberg.

Allí estaban, en una extraña y forzada estampa bajo el mismo techo. El marido que fue —Carl—, su madre —Alison—, Caroline, Steven y el padre de Steven. Todos unidos para intentar realizar un ritual extraño a ojos legos. Les acompañaba Álex y su esposa Carmen. Cesare se había presentado con dos extraños hombres que a estas alturas a nadie le impresionaban dado el cariz que las cosas habían tomado. Por su aspecto enchaquetado eran los responsables de alguna unidad de los servicios secretos norteamericanos. A sueldo Dios sabe de qué agencia o corporación. Novatech, CIA... daba igual. Eran instituciones sinónimas del control, poder... dinero. Traje negro como su corazón. Todos asumieron sin peros su presencia. No tenían otro remedio. El asunto que les ocupaba era mucho más importante. Aunque tenían que soportar la vigilancia de unos gorilas, que con certeza darían sus informes para que la industria farmacéutica siguiera engordando sus arcas.

Eran más de las once de la noche para cuando tuvieron todo listo. Una fría noche de enero. El salón del señor Eisenberg hacía las veces de escenario para el ritual de regresión. Al fondo se situaban dos cámaras que los hombres de negro instalaron para certificarlo todo.

Entonces comenzó aquel ritual cuyo maestro de ceremonia era Cesare Corsini. Frente sudorosa y ojeras de hastío. Este comenzó a hablar por un micrófono

conectado a una de las cámaras:

«Transcripción de las palabras de un individuo de sexo femenino de 17 años de edad. Su nivel de madurez con respecto al otro individuo de estudio —Steven— es superior. Aunque por su personalidad anciana es probable que se trate de un hombre de la edad de piedra, el individuo narra con cierta perspectiva, y maneja conceptos que pueden resultarnos extraños para un ser con sus supuestas características. Todo ha sido grabado en vídeo y remitido a los archivos en Roma. A la custodia del cardenal Martínez. Ninguna copia ha quedado registrada»

—Caroline —dijo suavemente Cesare—. Recuerda...

El mismo recordaba las palabras que hacía apenas un par de días le dijo en el castillo de Wewelsburg el alemán Wolfram Sievers, «dile a Caroline que recuerde». Le trastornaba el evocar la efigie del alemán en la sala de los generales.

La voz de Caroline, siempre dulce y amable, se volvió rasgada, con un tono parecido al de un anciano agonizante, profundamente desafiante. Ésta comenzó a relatar una historia. La historia de toda una raza a través del tiempo:

Pasaban los días y los años, los siglos y los milenios imperceptiblemente para nosotros. Moríamos con esos cuerpos imperfectos y volvíamos para cumplir un nuevo ciclo. Nuestras almas se trasladaban en distintos cuerpos a través del tiempo, por tierras cada vez más cerca de donde se pone el sol. Conceptos que no entendíamos, pero que si lo serían para nuestros descendientes eones más tarde.

Aquel devenir de imperceptible tiempo nos dotaba cada vez de mayor habilidad, mayor inteligencia. Evolucionábamos. Después de muchas lunas en estas tierras, más de las que podemos recordar, comenzamos a ir hacia donde van las aves al final de la época de calor. Nos fuimos desplazando hacia lugares más cálidos. Más cerca de donde hallaríamos nuestro final. El sur.

Caroline comenzaba a transpirar. De la quietud inicial, su cara se iba tornando en angustia. Parecía que algo iba a suceder. Ella siguió avanzando su historia.

Fuimos empujados por otros más fuertes hacia tierras que ellos no deseaban. Asimismo ellos tomaban las nuestras. Dejábamos atrás a parte de

nuestra tribu. Pequeñas agrupaciones de treinta o cuarenta individuos.

Entonces Cesare interrumpió.

—¿Quiénes eran esos otros, Caroline? —extrañamente, esta vez ella sí contestó.

Aquellos otros que tenían armas más certeras, que se quedaban con nuestras mujeres y conseguíamos escapar apenas con unas pocas de ellas. Más tarde los vigilábamos de lejos. Cuando ellos llegaban de nuevo a nuestras nuevas tierras de exilio. Pudimos ver con alegría de nuevo a nuestras mujeres. Más viejas. Con niños cogidos de sus manos que ya no tenían los rasgos de los nuestros. Su unión había sido inevitable...

Entonces Caroline hizo una pausa y exhaló una palabra que sonó como un quejido triste, de anhelo: «Nuba»

Todos miraron al pequeño Steven. Quedaron estremecidos pues al parecer Caroline había reconocido a su hermano. Un hermano que compartía algo más que su sangre. Las vivencias de un sapiens y el que sabíamos por boca de Kumara, que era un ser hibridado entre sapiens y neandertal. Steven. Ella ignoró los sentimientos de los que se encontraban a su alrededor y siguió con su extraño relato.

Nosotros nos íbamos debilitando. Los hombres de nuestro grupo nos mirábamos en torno al fuego que producía el rayo durante la tormenta. La noche sólo reflejaba nuestros rostros encarnados por el crepitar de la madera. Semblantes tristes y agotados, sabedores de nuestro propio fin. La medicina era escasa y nuestros cuerpos notaban su ausencia. Comenzamos a morir. A extinguirnos conforme íbamos hacia el sur.

Entonces Cesare identificó el momento en el que debía ahondar algo más en la cuestión. Debía saber el nombre de esa planta desconocida que figuraba en un libro antiguo, con miles de años de antigüedad. Nadie parecía conocer aquella planta. El *Num* o *Nun* según quien fuera el que pronunciase su nombre. Los delegados del gobierno esperaban también con ansia esa respuesta. Cesare buscaba en Kumara la cura para Caroline.

—¿A qué medicina te refieres? ¡Caroline! ¡¿qué planta es ésa?!

Caroline no contestaba, estaba ausente aunque relataba sin cesar todos los acontecimientos que quedaron impresos en su cabeza. Impresos en circuitos

neuronales que se transmitieron por la genética desde tiempos inmemoriales. Como les explicó Pedro en el Shanidar. Por defensa. Por conocimiento de nuestro entorno sin que lo hubiéramos vivido aún. La sensación de escalofrió en la oscuridad. Ser observados por un depredador. Aquellos recuerdos conferían protección. Un sistema de defensa. Pero ese sistema de defensa sostenía entre sus circuitos neurales recuerdos de la curandera. De la bruja neandertal.

Aquella siguió relatando su epopeya.

De donde veníamos eran abundantes. Nuestros padres nos enseñaron. Flores blancas y tallo de una longitud del tamaño de nuestras piernas... *Gis*. Soplar el humo al rostro de quien se asfixia... *Fet*. Aplicar emplastes sobre las heridas infectadas... *Uth*. Y así con todas las plantas que conocíamos. Debíamos aprenderlo. Pero escaseaban conforme avanzábamos en nuestro viaje, y aún más escaseaba el *Num*. Desde que cruzamos el último gran río no la habíamos visto por ninguna parte. De las pequeñas si pudimos ir recogiendo ciertas cantidades. Cada vez menos de la especie que necesitábamos. De sabor más amargo aunque casi igual en apariencia, pero no era esa la que nos curaba nuestras heridas ni nuestra tara de nacimiento. Aquellos eran nuestros remedios, *Lam, Fet, Gis, Uth, Okh, Ajh, Nan, Ret...* y por supuesto el *Num*. Éste escaseaba más que ninguno. Debíamos encontrar una solución. La ausencia de medicina, o los otros acabarían de igual manera con nuestra especie. Nuestro grupo parecía tenerlo asumido. Cuando llegásemos al mar que ya se olía cercano, todo acabaría. Nuestras opciones no eran otras que morir bajo el yugo de sus armas más modernas o compartir nuestro legado con ellos. Lo segundo parecía lo más lógico ante la abrumadora superioridad de aquella especie que dominaba el Dios fuego. La hibridación era la solución para en parte sobrevivir en el cuerpo de otra especie distinta a la nuestra. Nuba era ejemplo de ello. Nuestra madre fue robada de nuestra tribu años atrás y un día pude identificarla en uno de nuestros frecuentes cruces. Nuba, mi querido Nuba...

Allí nadie entendía como Caroline podía evocar aquellos recuerdos impregnados en una mente como la suya. Por su boca hablaba ahora alguien que lo fue hace miles de años. Cuando aún comenzábamos a caminar erguidos. Ella seguía con su historia. Describió herramientas, útiles, instrumentos líticos, recetas que iba transformando por la ausencia de medicina. Ella, la curandera era la única que podía hacer sobrevivir al grupo. Describía incluso parentesco familiar con un niño que nació de sapiens y neandertal. El hermano de la bruja.

Tras varias horas, aquella historia se detuvo súbitamente. Algo ocurría.

Caroline se levantó. Les instaba a salir de la casa. Como en una doble conciencia, como en un individuo con doble personalidad que les guiaba a su antojo según apareciera Caroline o Kumara. Ahora era Kumara la que guiaba sus pasos, pero con las escasas fuerzas de Caroline y sus ojos. Unos ojos debilitados, pero que sabían debían hacer este agotador esfuerzo en el umbral de la muerte, para poder sobrevivir gracias a los conocimientos de Kumara. La curandera. La vieja hechicera y bruja neandertal que sobrevivió transmitiendo sus genes generación tras generación. La sabedora de rituales ancestrales en los que convocaba a las almas de antiguos sabios. De ancianos guerreros y espíritus del más allá.

Caroline se levantó del amplio sofá que hacía las veces de diván. Atravesó la puerta de entrada a la casa con los ojos entreabiertos, mirando al infinito, con una profundidad que asustaba. Kumara seguía guiando a Caroline. Esta se quedó de pie en la calle a la vista de cualquiera. Habían pasado imperceptiblemente más de seis horas con la narración de Kumara. Eran las seis de la mañana, aún de noche, pero el alba comenzaba con sus tímidos tonos rojizos frente a ellos, al este. Allí se quedó mirando fijamente la chica de ojos tristes. Hacia el Dios sol cuya figura se deformaba por el pico de una montaña.

Entonces señaló a aquella picuda silueta en el horizonte. Carl se quedó petrificado.

—¿Qué es eso? ¿Qué señala tu hija? —preguntó Cesare.

En un principio Carl no contestó, su gesto comenzaba a ser profundamente atribulado, mezcla de tristeza y emoción. Tras unos instantes respondió.

—Aquellas son las montañas Siskiyou. Concretamente es el monte Shasta, donde se encuentra la llamada cueva de Plutón. Hicimos hace ya años un reportaje sobre los hombres que habitaron esas grutas desde hace aproximadamente unos 12000 años. Unos tres mil años después de que Norteamérica comenzara a habitarse por los humanos.

—Cogeremos tu furgoneta —dijo Cesare calmadamente—. Allí podremos ir todos. Necesito que todos estéis con ella. Arropándola. Ayudando por si algo ocurre. El grupo no debe romperse.

Carl dirigió una mirada miedosa hacia el cura. No comprendía que podía ocurrir, y un escalofrío recorrió su espalda al pensar en el episodio con Steven en Camp David. Aquella furgoneta familiar tenía cabida para ocho personas. Carl, Álex, Carmen, Cesare, Alison, Steven y su padre y Caroline irían en ella. Los gorilas irían en su propio coche.

Álex tomó los mandos de la furgoneta. El viaje comenzaba y apenas a la media hora algo comenzó a ocurrirle a Caroline. Su respiración se entrecortaba y caía en un profundo sueño. Esos sueños a los que su padre estaba acostumbrado

desde que inició su adolescencia. Ahora comprendía el porqué de esos sueños. Eran sin duda su contacto con el ser que vivía dentro de ella. Kumara. Sin embargo aquella situación no era la habitual. Pronto su respiración se aceleró y comenzaron algunos movimientos espásticos de su cuerpo. Indudablemente sufría los embates de los miles de satanes bastardos que un alma anciana encontraba en su camino hacia la regresión. Un alma atormentada por un camino lleno de baches. Quién sabe si era el alma de los cientos de demonios que un día Kumara invocó en la oscuridad de los tiempos.

El astrónomo del vaticano debía estar atento y escudriñar las señales que podrían indicar una posesión de aquel cuerpo por un alma distinta al de Kumara. El alma de un ser demoníaco.

El camino comenzaba a hacerse muy largo, hidrataban el cuerpo de Caroline cada pocos minutos a la vez que su respiración se hacía más y más superficial y rápida. Aquello indicaba a Cesare que su posesión era inminente. Sin embargo él mantuvo sus labios sellados, preocupado por aquella inocente chiquilla a la que sólo Dios y él eran capaces de proteger llegado el caso.

Tras hora y media de viaje en un doloroso silencio. Todavía no era de día. Aún el sol no iluminaba todos los rasgos de los que se encontraba en aquella furgoneta. La noche se resistía a dejar aquella estampa. La quietud acabó. Algo comenzó a ocurrir.

Caroline cesó súbitamente en su intenso respirar hasta casi detenerlo. Abrió los ojos de par en par y estos aparecían inyectados en sangre. Cesare identificó rápidamente este signo. El primer estigma. Sin esperar más ni pedir consentimiento a sus padres, retiró las mangas de la camisola que llevaba puesta. Un segundo estigma que comenzaba a penetrar desde dentro su piel. Sangraba por heridas lineales en el dorso de ambas manos, que parecían haber sido hechas por las uñas de un chacal hambriento. Entonces todos miraron de nuevo su rostro que comenzaba a dibujar unas líneas sanguinolentas en ambas mejillas como si una mano invisible estuviera rasgando su piel hasta producirle aquella sangre en ese mismo momento. Unas cicatrices que se configuraban antes ellos, hechas por una mano invisible.

Cesare buscó rápidamente su levita, su crucifijo, sus óleos y agua santa de Jordán. Sin dejar que Kumara extraviase el alma de Caroline, se llevó la mano a la frente, su crucifijo como escudo y el agua como espada. Nadie sabía en qué tipo de magia, arte o curación había estado esa bruja ancestral ni que seres de otros mundos pudieran haberla ayudado a sobrevivir. Ahora esos seres pugnaban por salir usando como puerta el alma de Kumara y el cuerpo de Caroline. Era una puerta hacia otra dimensión que ahora los seres del submundo querían cruzar.

Cesare comenzó a recitar en voz baja el Kyrie eleison. De repente todos se quedaron literalmente helados. Se miraron unos a otros y comprendieron que algo no iba bien. Tras unos segundos el ambiente en el coche familiar se tornó gélido. aún siendo invierno y la calefacción conectada, la boca de Caroline comenzó a exhalar la condensación del frío que solo podía venir de la mano de un titán del infierno. De nuevo una respiración rápida. Un monstruo, un leviatán, un némesis de los altares del mal en la Tierra.

El cura sólo esperó un segundo para iniciar su actividad frenética. Sus ojos se humedecían por la tensión. Aquello era demasiado. Un nuevo demonio se atravesaba en su camino de la mano de Kumara y se querían llevar con ellos el alma de Caroline. Su rostro sangraba. Él, *el astrónomo del Vaticano*, debía impedirlo. Entonces comenzó un tímido y profundo rezo hasta que elevó su tono tratando de intimidar a su enemigo. Él era el soldado de Cristo. A él no se le podía vencer.

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, invoco a todos los Ángeles y a los Santos. Invoco la protección y ayuda de San Miguel, el Arcángel líder de los Ejércitos Celestiales; de todos los Arcángeles y Ángeles. Invoco en el Nombre de Jesús la bendición, protección, y ayuda de todos los Patriarcas, los Profetas, los Confesores, y las vírgenes y mártires. Tú que eres doctor y médico de nuestras almas; te pedimos y te invocamos: ¡Has vana, expulsa, y pon en fuga a toda potencia diabólica, toda presencia y maquinación Satánica!

El Señor es mi Salvador y no tendré temor de lo que pueda hacerme el hombre; no tendré temor del Mal porque tú estás conmigo.

Tú eres mi Dios, mi fuerza, mi Poderoso Señor.

Los ojos de Caroline comenzaron a abrirse y una diabólica sonrisa apareció en su rostro mientras el frío gélido les envolvía totalmente en la cabina de aquel vehículo. Aquello se le iba de las manos al exorcista. Debía ser más contundente. Su boca escupía restos de saliva a la vez que esputaba palabra tras palabra con ira. Furia contra aquel demonio que extraía de Cesare hasta el último resto de energía. Vociferaba y abroncaba a aquella alma errante.

;;;Señor Dios Todopoderoso en el Nombre de Jesús te pido mi liberación y la liberación de todos los que sienten la influencia del Maligno en sus vidas. Cristo ha vencido al Demonio en la Cruz!!!

¡Saca al enemigo fuera de mi vida para tu honor y gloria! En el Santo Nombre de Jesús cúbreme con tu Preciosa Sangre Jesús, libera a tu siervo

de Satanás ¡libéralo Señor!

Las lágrimas de Cesare comenzaban a derramarse como lo hacían las miles de gotas de agua bendita que esparcía sobre el cuerpo de Caroline. Tras aquellas palabras Caroline comenzó a calmarse, pero los estigmas seguían sangrando, su frente se vaciaba de sudor y unas contracciones comenzaron a aparecer en sus miembros. Risa burlona.

El ente que se había interpuesto en el camino de Kumara y Caroline, había encontrado en Cesare un rival de su talla. Éste se dio cuenta y usó uno de los pocos trucos que le quedaban. El de mirar cara a cara a aquel demonio que interrumpía la regresión de Kumara. Puso la palma de su mano en la frente con el riesgo de la agresión de Caroline.

Entonces comenzó un inesperado rezo en un desconocido idioma. Algo que congeló aún más todos sus acompañantes. Que hizo que el terror inundara sus cuerpos. Aquella oración no era en latín, inglés o en otro idioma conocido. Sus palabras, matices y pronunciaciones, incluso el tono, eran parte del idioma en el que hablaba y pronunciaba ciertos vocablos Kumara. Era una oración que parecía haber sido extraída por Cesare del libro que Wolfram Sievers le había dado. Una oración de una anciana neandertal. Una oración que la bruja usaba en sus propios rituales de expiación demoniaca.

Aquello pareció tener efecto. Fue Kumara con una de sus oraciones la que echó a aquella alma perdida del cuerpo de Caroline. La mano del exorcista había sido su instrumento por esta vez.

La cabina de la furgoneta pareció recuperar en parte la temperatura deseada. Caroline reposó flácida en los brazos de su padre. Su madre sollozaba en el asiento trasero y todos recuperaban algo de la tranquilidad deseada en estas situaciones. Tapaban y enjugaban las heridas que unas afiladas uñas del más allá habían hecho en la piel de Caroline. Aún quedaba camino por recorrer.

Tras unas cuatro horas y cuarto desde su salida de la casa, llegaron a un páramo lleno de arbustos donde la carretera se terminaba. Álex conocía el emplazamiento de la cueva de Plutón y detuvo el vehículo al encontrarse con una barrera que instaba a aparcar el coche, y continuar el camino a pie por un carril. Álex se bajó de la furgoneta y abrió la valla. Así continuaron su camino a la vez que Caroline parecía recuperar su ser original. Agotada, era ayudada por su madre y Cesare continuamente.

La cueva de Plutón era una oquedad en el terreno. Una depresión de la llanura a la que se llegaba por una pendiente en la cara sur de la planicie. Sólo un pequeño bosque al este, rompía la uniformidad de secos arbustos que dominaban toda nuestra visión. Allí, a los pies del angosto camino que se dirigía hacia la

cueva. Álex detuvo la marcha. Todos bajaron ayudando a Caroline que experimentaba bastante dificultad para deambular. Sin embargo poco le duraría a ella esa sensación de debilidad.

Kumara comenzó a dejarse llevar por los pies que Caroline le prestaba. Un casi imperceptible murmullo comenzó a oírse por una boca entreabierta. Sonidos guturales, profundos, salidos de una garganta anciana. La más anciana que quizás Cesare había presenciado en su vida. Una oración, un ruego a los primeros dioses de los hombres.

Extrañamente para nosotros, se alejaba de la cueva donde parecía ir en un principio. Se acercaba al bosque. Casi no podíamos seguirla. Kumara extraía las fuerzas de un débil cuerpo que pugnaba por frenar tan frenético ritmo. No sabíamos si Caroline aguantaría aquel esfuerzo.

Veíamos el cuerpo de una chiquilla adolescente, pero Cesare veía a través de aquel ser una bruja, una curandera neandertal de pelo largo y canoso, apenas unos dientes ennegrecidos, sonrisa burlona y delgadez extrema. Un alma que estaba jugando con todo el grupo y que sabía estaba dispuesta a sacrificar a aquel cuerpo en el que se encontraba. Debían tener cuidado. Buscaban el remedio para Caroline, pero no sabían si la bruja estaría dispuesta a darlo a tan bajo precio.

Kumara penetraba en el bosque y comenzaba a girar su cabeza buscando como lo haría con su olfato un perro que escudriña el origen del olor que le atraería hasta su comida. Andaba, frenaba su paso, corría dos pasos más y volvía de nuevo su cabeza. Este ritmo frenético duraba ya demasiado hasta que pasados unos minutos, su exaltado proceder se detuvo en seco. Era un pequeño claro en el bosque con una manta de hierba tapizando el suelo. Elevados árboles dejaban pasar columnas de la luz del amanecer que iluminaban aquel pequeño y bello prado. Un lugar idóneo para asentar a un poblado nómada y prosperar. El calor comenzaba a calentar su raís piel.

Kumara se mantenía de pie, ojos cerrados, brazos en cruz y mentón hacia el cielo. Se impregnaba de aquel aroma de naturaleza de la cual ella se sentía parte. Como un fragmento que ella era de aquel puzle. También el rompecabezas la necesitaba a ella. El grupo decidió dejarse llevar por las extrañas actitudes de Kumara. La siguieron por todo el prado en la búsqueda de algo que desconocían. En un momento, ella se detuvo y dirigió su visión hacia un árbol en concreto. Kumara se dirigió a la base de uno de los árboles, un roble centenario. Lo olisqueó y lo rodeó sin dudar. Sabía lo que buscaba. En su base se encontraban unos salientes leñosos del mismo árbol. Algo parecido a unas viseras, como los hongos que crecían blanquecinos cercanos a las raíces de los árboles. Pero de otro color, camuflados con el tono del mismo árbol. Allí reposaba Kumara, de cuclillas frente a aquel saliente del roble. Hábilmente, asió aquel relieve y con un

movimiento seco, lo separó de la corteza. El grupo la rodeaba en su proceder que ahora era más amable, más pausado. Ella miró con una sonrisa a Cesare y a duras penas pronunció la palabra que todos estaban esperando desde el inicio de su aventura.

Num

Caroline comenzó a fragmentar aquella sustancia y a apretarla entre sus palmas hasta crear un grueso polvo que comenzó a colocar debajo de su lengua. Aquello era la cura que necesitaba.

A pesar de que nadie sabía de qué manera ni cómo era la forma de administrar esa cura, al fin la tenían en su poder. Alison rompió en un profundo sollozo apoyando su cabeza sobre Carl, que sintió aquel cariño como el epitafio de una historia familiar. Poco tardaron en recoger a Caroline del suelo. Parecía haberse liberado del yugo de Kumara.

Extremadamente debilitada pero con cierto ánimo, el grupo se dirigió hacia el vehículo, dejando en las base de aquel árbol a la extraña pareja de gorilas trajeados, que les había seguido todo el tiempo. Novatech conocía ahora otra localización del aquel preciado tesoro que recogían en Oriente próximo. Hasta ahora era desconocida para ellos. Los servicios secretos de EEUU estaban alertados de esa posibilidad, y aquí todo el mundo quería su tajada. La cruel corporación tenía ahora el más poderoso aliado. Los Estados Unidos de Norteamérica, y con él toda una horda de «prestigiosos» científicos que marcaban el compás de la novedad en los tratamientos para todas las enfermedades. ¿Pero eran esos avances realmente veraces? ¿Existían ya otros tratamientos más eficaces antes de poner en el mercado otros menos eficientes? Los que conocían a la industria y sus tretas lo sabían. Pero nunca podrían demostrarlo. Los científicos y médicos a sueldo que tenían el parapeto de Novatech, eran su mejor coartada. La ignorancia y la estupidez, la excusa de la población que asumía sus inválidos tratamientos.

Sin embargo los más interesados, los más débiles Carl, Alison... y millones de personas como ellos, seguían desconociendo de qué planta o remedio se trataba. Cesare recordaba las últimas palabras del alemán. Phelinus linteus. Sin duda lo que Caroline atesoraba en su mano y las palabras de Wolfram Sievers tenían algo en común. O simplemente eran lo mismo. Aquel polvo de aspecto similar entre el contenido de la bellota que la curandera del Shanidar atesoraba en su cuello, y el que un día Darab le extrajo de un saco que los refugiados portaban para Novatech.

Ahora Cesare entendía todo. Las palabras de Darab. Martínez. Su paso por la

cueva del Shanidar y ahora esto. Esa empresa ocultaba la producción silvestre que era la única manera de cultivar aquel *Num* que Wolfram Sievers nombraba como Phelinus Linteus. El remedio para los híbridos, el remedio para quien tenía genes neandertales. El tratamiento para más del treinta por ciento de la población. Novatech acopiaba toda la producción mundial y lo ocultaba para en su momento distribuirlo con cuentagotas. Adulterado. Parcialmente efectivo. Seguramente al inicio con menor potencia de efecto para aprovechar todo su potencial económico durante décadas. Alguien tenía que acabar con el actual sistema de patentes. Novatech y quien estaba detrás de ese maldito nombre, no estaría dispuesto a eso. Dominaban el mundo.

Entre todos esos pensamientos el viaje de vuelta se había iniciado, y el teléfono de Carl sonó tres veces. Ya no le importaban las interrupciones. Estaba realmente feliz, como no lo estaba desde hacía años. Era Pedro. Su querido amigo Pedro que le había ayudado a completar el complejo rompecabezas de esta historia. Por una vez Carl no rechazaba la idea de hablar por teléfono.

—¡Hola Pedro!

—¿Qué tal, Carl? —su tono sonaba serio— te llamo porque acabo de recibir una llamada del doctor Weniger. Me ha confirmado que tiene el análisis de tu hija, de su madre y de Steven.

—¿Nos aporta eso algo para el tratamiento de Caroline?

—Pues esencialmente no, pero es muy interesante el resultado de este análisis.

—Pues dispara Pedro —la voz de Carl resultaba por primera vez amigable, optimista.

—Al parecer existen unas curiosas similitudes entre tu hija, tu mujer y ... —se escuchó una pausa al otro lado que a Carl le hizo pensar que la comunicación se había interrumpido. Unos segundos después se oyó de nuevo la voz de Pedro— ...los genes que corresponden al ADN mitocondrial son idénticos entre Alison, Caroline y los que extrajimos de la curandera en el Shanidar.

—Pero eso significa que... —dijo Carl, preocupado.

—Eso significa que esos genes se han transmitido de generación en generación sólo por parte de las mujeres desde la curandera neandertal hasta ellas en la actualidad. Recuerda lo que hablamos en la cueva. Las migraciones por Beringia. Los neandertales que pudieron llegar ya hibridados a Norteamérica. Tu apellido es de origen judío, pero ellas deben tener sus orígenes en la población oriunda Norteamericana. Caroline en parte es la curandera del Shanidar, la princesa de las montañas Siskiyou.

Aquella historia parecía no tener fin, sin embargo explicaba el por qué Caroline era así. La pregunta que a diario desde hacía años se hacía Carl culpándose por el estado de su hija. Sin embargo, lejos de eso, era Alison la

portadora de las características que hacían ser a Caroline como era. Esos fragmentos de ADN llevaban consigo esos recuerdos que ella nos había contado. Una experiencia y unas imágenes contenidas en su cerebro que le llevaron a preparar a la curandera por última vez un remedio para evitar su muerte, encarnada en una chica del siglo XXI.

Carl tardaría años en volver a mantener una conversación con su amigo Pedro. Sin embargo éste tenía aún cuentas pendientes con Cesare. Ambos sabían un extraño secreto referente a los archivos de Morell. Ambos sabían que aquellos dibujos del libro significaban algo más de lo que aparentemente mostraban.

Aquel regreso hacía recuperar a todos la felicidad que nunca debían haber perdido como consecuencia de la enfermedad de Caroline. Pronto llegaron al hospital. Allí se encontraron con el médico habitual de Caroline. Un internista que la había tratado desde la infancia cuando todo comenzó. Un erudito que hizo analizar las muestras de aquella sustancia que hacía mejorar día tras día a Caroline.

Un día recibieron el informe de aquel médico. Se trataba de una sustancia que parecía haber tenido efectividad en la curación de muchas enfermedades, entre ellas tumores de origen desconocido. Phelinus Linteus. Sólo algunos privilegiados al servicio de Novatech, eran los capacitados para ensayar con humanos y publicar artículos a cuentagotas. Artículos que necesitarían en un futuro para apoyar a un posible fármaco extraído de la esencia del Phelinus linteus. La curación para la gran pandemia.

El orden de las cosas era ése. Los poderosos jugaban con el resto a su antojo. Nadie aparentemente podía hacer nada por evitarlo. Novatech era imbatible. Cesare no podría hacer nada contra la corporación que movía los hilos mundiales.

Sin embargo al astrónomo del Vaticano le rondaba una idea por su cabeza. Él sabía que aún le quedaba una misión.

Capítulo XVIII. Pedro el romano

Una carta en mi mano, la plaza de San Pedro. Me encontraba en medio de aquel círculo vibrante de fieles que no entendían lo que ocurría entre aquellas cuatro paredes que tenían delante. Lo ignoraban a veces conscientes de lo que podía ocurrir. Tramas que no querían creer. Que su misma institución les había dicho que negasen si llegaban a sus oídos. Así era fácil gobernar.

Me detuve en su mismo centro. De pie, sintiendo el calor del sol a mis espaldas. Oía la música de la ira, del hastío, de la frustración y de la venganza. Tambores de guerra. Como en una anciana batalla. Como en un campo de violencia en el que iba a entrar en un conflicto del cual no sabía si iba a salir vivo.

Mis pasos se dirigieron hacia la línea recta que trazaba mi figura hacia la cúpula de San Pedro, y el pórtico de entrada de mi sagrada institución. Esta vez nadie me esperaba, nadie me había citado para aquel encuentro. Sólo me había cerciorado de que el Santo Padre estuviera en sus labores patriarcales en el Vaticano, y no en un viaje pastoral. Debía atenderme. Ahora era yo suficientemente importante como para que no denegase mi presencia con él allí. Ni Martínez sabía mis planes. Nadie, sólo mis propias motivaciones que comenzaban a ser lejanas y ajenas a lo que mi alzacuellos representaba.

Pensaba en la venganza, y comenzaba a cortar con una invisible cuchilla los hilos que entre Ratzinger y Martínez habían asido a mis muñecas. Ya no era su muñeco. Aunque debía andarme con cuidado. Nunca sabías del todo a lo que te enfrentabas con este tipo de gente. Grandes almas al servicio de Dios. Podrían hacer todo el bien que quisieran pues su mente e inteligencia así acompañaban. Pero estas almas en ciertas ocasiones tenían podrida su corteza. No deseaba que aquella podredumbre me contagiara.

Ése era mi camino. Mis pensamientos. Sólo pensaba mirando al suelo en un automático recorrido de memoria hasta las estancias personales de Benedicto XVI. Aquella gran puerta de delgada madera flanqueada por dos gorilas de la guardia suiza, se abrió antes mis ojos. Una gran sala. El despacho del pontífice se me mostraba con majestuosidad. Un ápice de miedo ante aquello. No podía dudar.

Mis pasos se dirigieron firmes hacia su mesa dispuesta sobre un escalón. Una

tarima superior al suelo en el que yo me encontraba, como las actitudes de aquellos que soportaban el cargo. En aquel atril divino, sentado en su silla de ruedas Benedicto XVI, a su derecha, el cardenal Martínez, de pie. Exhibiendo una gran sonrisa. El maldito me miró y pudo leer en mi alma mis sentimientos de rencor hacia él.

Evité de nuevo su mirada y la dirigí al romano pontífice. Mil sentimientos contradictorios en mi mente que me frenaban hacia aquella figura en un pacto de no agresión programado en mi mente desde la infancia. Miles de sentimientos que atacaban los anteriores. Estos me decían que debía ayudar y proteger a niños como Caroline.

Me acerqué al borde de su mesa que me quedaba más próximo. Mi actitud era arrogante y manifiestamente agresiva. Ambos callaron y esperaban. Tenían a sus espaldas una y mil batallas. Esperaban ver mi reacción. Qué era lo que yo quería y podría hacer en ese momento allí. Mis intenciones quedaban patentes por la vena de mi sien, mis labios apretados. Una gota de sudor en mi frente.

Comenzaba a inclinar mi cuerpo hacia delante. Apretaba con fuerza la carta de mi mano, casi arrugándola. De nuevo ira al ver aquellos ojos que un día contemplaron cara a cara a Menguele, al rabino Simón Bar Natán. Himmler, Wolfram Sievers, el cardenal Pacelli, Theodor Morell, el escritor y espía de la CIA, Salinger... el mismísimo Hitler. Todos desfilaban sobre nosotros en aquel momento. Sobrevolaban los espíritus que ahora sólo vivían en los recuerdos de aquella figura anciana, que reposaba delante de mí, para recordarle que él era el último eslabón de aquella cadena.

¡¡¡Demonios, dementes, simuladores e hipócritas, que falseaban la cortina donde se proyectaba la película de la historia que habíamos vivido en los últimos noventa años!!!

Por mi rostro y silenciosos y ágrafos pensamientos, ambos se dieron cuenta sin pronunciar palabra de lo que se trataba aquella improvisada reunión. Dejé la carta sobre su mesa sin pronunciar palabra. Todo estaba hecho. Todo había quedado sellado con ese gesto. La sentencia que millones de personas esperaban de un juez desde hace decenas de años.

Eludí ningún encuentro más, volví sobre mis pasos seguros dando la espalda a aquella pareja. Las puertas se cerraban tras de mí. Sólo pude oír la rápida manipulación de papeles que sin duda era el gesto de apertura de aquella carta sellada con lacre. Con el símbolo de la mitra y las llaves impreso en su seno.

Ya sólo me quedaba esperar a su reacción al leer aquellas líneas manuscritas que en ese momento repetía en mi cabeza. Memorizadas a fuego, y que comenzaban así:

Respetado Santo Padre:

Me pongo en contacto con Su Santidad mediante esta misiva, la cual espero comprenda a su finalización. Siempre he sido un siervo de Sus mandatos. Un fiel escudero de las órdenes de la santa madre Iglesia, y un esclavo del sentido de la fe que profeso. Necesito aclarar esto, pues es todo lo que me llama a escribirle esta carta. Nada más. No hay más. Sólo el más fiel sentido de la fe de la Iglesia que ahora sí creo que está representada en estas líneas.

Esta carta es el informe y conclusión final de la misión que me encargó hace ya algunos meses en los sótanos del Vaticano.

Mi primera conclusión es que Su santidad lo sabía todo. El pasado de Benedicto XVI no es más que el pasado de Joseph Ratzinger. Ahora veo que quien me encargó la misión en la biblioteca secreta vaticana, no fue el santo padre, sino el teniente Ratzinger.

Pienso que el hastío, el sentimiento de culpa que durante todas estas décadas se ha transformado en el más profundo de los remordimientos, ha sido volcado en esta misión de la cual usted conocía el final. Me pidió que elaborase un informe. Un documento que de ver la luz, proyectaría ante la opinión pública el mayor de los escándalos. Podría incluso acabar con nuestra institución. Sin embargo, su santidad lo sabía y a pesar de ello me encargó su elaboración, que ahora lee en este informe.

Su relación con Menguele en Dachau fue el primer estigma que hace sangrar periódicamente su alma desde entonces. La revelación de secretos del libro oculto de los judíos acerca del origen de la misma humanidad... no somos lo que creemos ser. Es todo mucho más simple. Usted fue quien puso en la pista del libro a las SS. Usted unía a esas dos instituciones por medio del Cardenal Pacelli.

Sin embargo su permisividad sobre todo aquello como persona y lo que es peor, como católico, es deleznable. Es mi primer argumento para que comprenda lo que voy a pedirle a la finalización de esta carta.

Ustedes querían que les devolviera el libro y aquí está mi misión cumplida. Ya forma parte de la biblioteca vaticana. Otro mandato acatado.

En el momento en el que el libro fue hacia manos equivocadas, comenzó su pacto de silencio. La Iglesia debía mantener ese silencio ya que su propia existencia peligraba de no contar con la protección del Reich. Esa falta de condena sobre los desmanes de los nazis les culpa a ustedes directamente, pero la culpa es más cuando miramos en las siguientes décadas.

Parte de las entrañas del sistema económico del Vaticano se han relacionado por ansias de poder y enriquecimiento provenientes de los conocimientos de aquel libro. La Fadro Farm de Menguele, no fue más que el inicio. Tras ello, un holding de empresas encabezadas por Novatech. Un trozo del pastel que iba directa hacia sus arcas. El hijo de Theodor Morell, Jonathan se encargó de unir todo aquel poder para Novatech.

De cualquier manera, el silencio que han mantenido a lo largo de más de setenta años se prolonga con su figura como último Papa elegido.

Pienso en cómo Su Santidad ha puesto en mis manos toda esta información con su conocimiento, para que yo mismo sea el que la ejecute. Necesito hacerle ver con ésta, que la misión que me encargó quizás se urdió en su cabeza inconscientemente para que llegáramos de la mano a este punto.

Soy fiel y me debo a mi voto de obediencia a Su Santidad. Este voto comienza y termina si la humanidad a la que servimos es dañada con sus decisiones. Por ello mi voto de obediencia con usted ha terminado. Ahora le pido, le ruego y le conmino a que tome una decisión sobre su figura. Que termine con lo que un día empezó en un campo de concentración alemán. Benedicto XVI debe volver a ser Ratzinger y asimismo, debe nombrar a un sucesor que comprenda las necesidades actuales de la humanidad, que sepa llorar por los que sufren, y comprenda que desde las alturas no se gobierna, sino bajando a los abismos donde los pobres sufren.

Hay un nombre que planea desde hace tiempo como sucesor de Su Santidad. Usted lo sabe y debe hacer lo posible para que su baldaquino caiga el último en el próximo cónclave. Su nombre es el Cardenal Bergoglio, el máximo de la orden de la compañía de Jesús.

Le ruego que ahora acate usted mis órdenes como un capitán que es relevado del mando por sus decisiones equivocadas. Es la ley no escrita, a la que usted debe acogerse. Antes de irse deje todos los cabos atados. Recuerde, Cardenal Bergoglio.

Esta carta nunca debe salir a la opinión pública, pero comprenda que no es la única, por si se da la situación en la que usted no acata los mandatos que en ella se encuentran.

Sin más deseándole el perdón de Dios y el alivio de su alma por ello, se despide su fiel servidor:

Cesare Corsini.

El astrónomo del Vaticano había cumplido su misión. La de derrocar al último

bastión de aquella confabulación en las más altas esferas. Sin embargo no olvidaba que su mentor, el cardenal Martínez, seguía manejando los hilos y había sido el instigador de aquella carta de Cesare acababa de entregar a Ratzinger. Cesare ignoraba estas intrigas palaciegas, pues no pertenecía a esos estamentos, pero con su carta se planteaba una dualidad. Había destronado a alguien que quizás nunca hubiera debido ocupar esa silla, pero otra parte, Ratzinger, hacía jefe del consejo cardenalicio al cardenal Martínez que tan fielmente había servido a Benedicto XVI, y que tan vilmente le había traicionado.

Ahora se debía cumplir la costumbre de que cuando un papa nombraba al jefe del consejo cardenalicio, nombraba a su sucesor. Martínez se situaba en la línea de salida como número uno hacia el pontificado. Pero Cesare tenía reservado un as en la manga. Una copia de esta carta había sido enviada al mayor enemigo de Martínez, el cardenal Bertone.

Tan sólo unas semanas después, el día 11 de febrero de 2013, Ratzinger renunció al trono de Pedro, y dejó el cargo en manos del camarlingo Bertone hasta la celebración del cónclave. Bergoglio fue elegido el 13 de marzo de 2013 como 266º papa de la Iglesia Católica y asumió el nombre de Francisco.

El astrónomo del Vaticano había cumplido su misión.

EPÍLOGO

Carta de Cesare Corsini dirigida al secretario de estado vaticano Pietro Parolín, sucesor de Bertone. Información clasificada.
Noviembre de 2014.

Alguien dio la voz de alarma hace más de treinta años, en los ochenta, en forma de publicación científica. Se difundió la idea de que podía existir una grave enfermedad. Algo desconocido hasta entonces. Hacía años que se habían constituido los centros de investigación de las llamadas enfermedades raras. Desde ese momento esas clínicas no habían dejado de multiplicarse, pero sobre todo lo que proliferó, fue la gente que enfermaba de una dolencia desconocida. Acudían desesperados con la vana esperanza de la curación.

Se cifraba el porcentaje de población afectada por aquella extraña enfermedad con el número divino. Malvadas ironías de la vida, el tres por ciento de la población parecía padecer alguna de esas raras afecciones. Setenta millones de personas. De ellos no todos parecían pertenecer a la gran pandemia. Muchos eran casos que tenían que haber existido pasase lo que pasase. Pero de todos aquellos, había un pequeño porcentaje que si había incrementado su frecuencia exponencialmente. Aquello ya había ocurrido antes, durante la segunda gran guerra, y ahora como entonces, debíamos acallar cualquier sospecha.

Por entonces lo habían conseguido. Ahora parecía que también, pero sólo aparentemente. La ignorancia en la investigación por parte de los principales laboratorios farmacéuticos del mundo sobre este tipo de enfermedades, no ayudaba a ocultar lo que estaba ocurriendo en realidad. No era rentable para ellos, pero conseguimos acallar —en parte—, los rumores de una conspiración. Para ello pagamos a un científico mediocre con problemas de juego y alcohol, pero con cierto renombre en su mundillo. Fue fácil ponerle en la mano un artículo previamente escrito, y poder así darle su nombre a una enfermedad. Así funcionaba la ciencia hoy en día, a base de talonario y encumbrando a inútiles para que la gente lo confundiera con lo que ellos llamaban el prestigio. Que sencillo parecía. Realmente era

sencillo debido a la estupidez de muchos. Los primeros casos en todo el mundo fueron así silenciados fácilmente. El síndrome de Sturmovik, el nombre de aquel borracho que jugaba a ser un genio. Así apodamos la enfermedad de Caroline en el 2013.

Pero aquel siniestro porcentaje comenzó a engordar. Ya no podíamos ocultar más la prevalencia de aquella horrible enfermedad que nos recordaba lo que somos en realidad, lo que fuimos en el pasado. No tuvimos más remedio que ponernos en contacto con las autoridades locales en todo el mundo, y retirar de sus suministros de agua el preciado elemento. Así podríamos alargarles la vida. Se decía que el flúor era parte de los planes de medicina preventiva dental. Para las hordas de adolescentes que morían por su privación, el problema dental era lo de menos. El flúor producía una depresión del sistema inmune, y no dejaba que el tratamiento con phelinus linteus fuera efectivo. En EEUU y otros países de la unión europea se usaba el flúor en el agua corriente, pero curiosamente hacía décadas que esta fluoración de las aguas había sido prohibida en Alemania. ¿Curiosidad, casualidad, confabulación? Los jueces de este pleito deben ser ustedes, los que leen estas líneas. Mi opinión es que unos pocos juegan con el resto. No crean en la industria farmacéutica. Su actividad se basa en beneficios, no en la curación.

Les dejamos morir. Dejamos fallecer a niños inocentes que aún no habían llegado a la edad adulta. Sin embargo podríamos haberles salvado, incluso curarlos, pero estaba en juego nuestro secreto, el que nos hacía permanecer en el anonimato y seguir jugando a ser Dios un poco más de tiempo.

Me dirigía hacia el sur por una autopista que me dejaría en la frontera con Méjico. El ambiente húmedo de la costa oeste era asfixiante. El calor de julio, mi adorado ambiente húmedo y cálido, el olor del verano por la noche. Conseguía aliviar esa sensación abriendo las ventanas del automóvil alquilado, dejando estas entrever el cielo rojo por el reflejo de las luces de la inmensa ciudad.

Méjico D. F. era mi siguiente destino, donde iba a condenar las vidas del tres por ciento de cuarenta millones de personas. La nada desdeñable cifra de un millón doscientas mil almas. Aquellos que habían enfermado de extrañas dolencias. Durante milenios su tara les había condenado a morir jóvenes. El siglo veinte les había salvado de la quema temporalmente por su tecnología médica. Una fuerza contranatura surgida de la mente del sapiens evolucionado del siglo XX que llamábamos con el nombre de medicina. No era un invento nuevo. Ahora volvía a repetirse la historia, la historia que debía ser cuando el hombre no podía modificar los inefables designios de la

naturaleza.

Aquí comienza este expediente encargado por Su Santidad. Las siguientes declaraciones fueron tomadas a todos los protagonistas de esta historia. Todos lo hicieron sin coacción.

Dejo esta carta en manos de los archivos eclesiásticos para su custodia y conocimiento de lo que ocurrió en realidad. Sacad vuestras propias conclusiones. Me enviasteis para ocultar la verdad que vosotros ya conocíais. Pero ésta saldrá irremediabilmente a la luz un día u otro.

Estos archivos comienzan en el curso de la investigación del origen de estas enfermedades raras, cuando tuvimos noticia de varios individuos con ciertas peculiaridades en Norteamérica. Sus análisis genéticos eran sorprendentes, únicos y esclarecedores. Ahora depositaba toda la confianza en ellos y en su pasado para poder determinar nuestro futuro. Un futuro que comprometería a toda la humanidad.

Escribo estas últimas líneas con el conocimiento de que serán las últimas. Ahora debo pagar por mis pecados y reunirme en el limbo con los que allí se encuentran, aquellos deshonorados y castigados por Dios que deciden por si mismos acabar con su vida. Pero no veo otra solución para purgar mi pecado más que dar a conocer los documentos y testimonios recopilados durante la que seguro será mi última investigación. Dejaré por tanto un último dato que seguro será de ayuda a quien vaya a ser mi sucesor en este cargo. Yo no sé cuánto tiempo podré sobrevivir. El libro del Rav Simón Bar Natán, tiene muchas similitudes con el manuscrito Voynich, pero eso, ya es otra historia.

Mi nombre es Cesare Corsini, sacerdote de la Iglesia católica, encargado de investigación de milagros y exorcismos. Todos me conocen desde siempre con el sobrenombre *del astrónomo del vaticano*.

Personajes reales que aparecen en la novela

Pedro Cantalejo Duarte

Al cual le agradezco su aceptación para usar su nombre para el personaje del arqueólogo principal. Es coordinador del patrimonio natural e histórico de la Comarca del Guadalteba. Desde principios de los años ochenta está vinculado a la conservación y dirección del yacimiento prehistórico de la cueva de Ardales.

Ha publicado más de cincuenta artículos de investigación sobre la prehistoria de Málaga y Andalucía en las mejores revistas especializadas y en los congresos o reuniones, nacionales e internacionales que han tratado sobre el arte rupestre o las sociedades prehistóricas que lo produjeron. Como conferenciante ha sido invitado por diversas instituciones científicas y universidades para compartir sus descubrimientos y teorías, destacando sus conferencias en comunidades como Cantabria, Asturias, Cataluña, Valencia, Castilla la Mancha, Madrid, etc. Además, ha impartido cursos en muchas ciudades andaluzas: Universidad de Verano de Baeza, Ronda, Jaén, Antequera, Jerez de la Frontera, Nerja, Málaga, etc., así como conferencias en Portugal y Francia. Es profesor invitado del Departamento de Prehistoria de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de Cádiz.

Jose Ramos Muñoz

Es un arqueólogo español, profesor de Prehistoria en la Universidad de Cádiz y director de la Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social. A él le agradezco su aprobación para usar su nombre en esta novela. Ramos es un influyente arqueólogo de habla hispana con docenas de libros y cientos de artículos publicados. Realizó extensos trabajos de campo en Europa y África. Sus excavaciones en la Cueva del Benzú, en el norte de África, con cronologías entre 250.000 y 100.000 años BP, representa la primera evidencia de las industrias de piedra musteriense en África.

Manuel Espinosa

Gracias a mi amigo Manuel, siempre al acecho de nuevas noticias de la ciencia arqueológica, por prestarme su figura para este libro. Productor y propietario de la nave de Tharsis, Productora de televisión especializada en documentales históricos y antropológicos. Productora del programa de TVE

Arqueomanía <http://www.rtve.es/alacarta/videos/arqueomania/>, del cual estoy muy orgulloso de haber participado en su grabación en dos de sus capítulos. Recientemente han terminado el documental "La encrucijada. Segunda Guerra Mundial en Andalucía" para Canal Sur y "El neolítico. Puerta de la civilización" para TVE. Te deseo mucho éxito en tus proyectos futuros. Gracias por tu ayuda en mi inmersión en este mundillo de arqueología y aventura junto a Manolo Pimentel y Antonio Cuesta.

J.D. Salinger.

Jerome David Salinger (Nueva York, 1 de enero de 1919 – Cornish, Nuevo Hampshire, 27 de enero de 2010) fue un escritor estadounidense conocido principalmente por su novela El guardián entre el centeno (The Catcher in the Rye en inglés), que se convirtió en un clásico de la literatura moderna estadounidense casi desde el mismo momento de su publicación, en 1951. El autor falleció a los 91 años por causas naturales. Participó en la segunda guerra mundial en labores de contraespionaje, las cuales se sospecha que nunca abandonó. El guardián entre el centeno, es una obra de obligada lectura a agentes en formación de la CIA.

Josef Mengele

Josef Mengele (Gunzburgo, Baviera, 16 de marzo de 1911 – Bertiooga, Brasil, 7 de febrero de 1979) fue un médico, antropólogo y oficial alemán de las SS durante la Segunda Guerra Mundial en el campo de concentración de Auschwitz, donde seleccionaba a las víctimas que iban a ser ejecutadas en las cámaras de gas y realizó experimentos acientíficos y frecuentemente mortales con prisioneros. Tras el fin de la guerra huyó a Sudamérica, donde evitó ser capturado hasta su muerte. A finales de los años 50 sus negocios incluían una parte de la propiedad de la Fadro Farm, una misteriosa compañía farmacéutica que desaparecería tras su compra por un holding de empresas mayor en 1979.

Wolfram Sievers.

Wolfram von Sievers (Hildesheim, 10 de julio de 1905 – Landsberg am Lech, 2 de junio de 1948) fue un funcionario alemán miembro del partido nacionalsocialista. Se desempeñó como director administrativo de la sección de las SS, llamada Ahnenerbe desde 1935 hasta su disolución como organización criminal. Sievers fue juzgado durante el denominado Juicio de los doctores y condenado a la pena capital por ahorcamiento.

Entre los crímenes en los que participó Sievers, el tribunal destacó la realización de experimentos pseudocientíficos con prisioneros del campo de

concentración de Struthof-Natzweiler y la colección de esqueletos humanos conocida por la de los 86, conservada en el Instituto Anatómico de la Universidad de Estrasburgo.

Cardenal Pacelli

Papa de la Iglesia Católica Pío XII (en latín, Pius PP. XII), de nombre secular Eugenio Maria Giuseppe Giovanni Pacelli (Roma, Italia, 2 de marzo de 1876-Castel Gandolfo, Italia, 9 de octubre de 1958), fue elegido papa número 260, cabeza visible de la Iglesia católica, y soberano de la Ciudad del Vaticano desde el 2 de marzo de 1939 hasta su muerte en 1958. El papa Benedicto XVI lo declaró venerable el 19 de diciembre de 2009. Antes de su elección al papado, Pacelli se desarrolló como secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, nuncio papal y cardenal secretario de Estado, desde donde pudo alcanzar la conclusión de varios concordatos internacionales con estados europeos y americanos, entre los que destacó el Concordato imperial (en alemán, Reichskonkordat), con la Alemania Nazi, firmado en 1933 y aún en parte vigente.³ Por otra parte, Pacelli tuvo un influjo decisivo en la redacción de la carta encíclica de Pío XI titulada *Mitbrennender Sorge* a los obispos alemanes, del 14 de marzo de 1937, que significó una advertencia severa al régimen del Tercer Reich. Su liderazgo al frente de la Iglesia católica durante la Segunda Guerra Mundial sigue siendo motivo de análisis y controversia, principalmente en lo que respecta a la intensidad de su reacción frente a los crímenes del régimen nazi en Europa.

Gabriele Amorth

(Módena, Emilia, 1 de mayo de 1925-Roma, Lacio, 16 de septiembre de 2016)¹ más conocido como el padre Amorth, fue un sacerdote italiano que ejerció como exorcista en la diócesis de Roma y se hizo popular por sus libros, conferencias e intervenciones radiofónicas y televisivas sobre la materia. El padre Amorth también formula que el interés y práctica de diversas corrientes ocultistas de los líderes nazis (ocultismo nazi), pudieron haber hecho que éstos fueran poseídos. Además que existe la posibilidad de que Adolf Hitler, así como Josef Stalin fueran influenciados por algún demonio para afectar a millones de personas por el mal.⁶ El London Sunday Telegraph ha divulgado que la película preferida de Amorth es *El Exorcista*,⁸ la cual trata del exorcismo de un demonio en una muchacha joven, historia basada en un exorcismo real realizado en los años 50 en St. Louis, Missouri. Al respecto, Amorth piensa que la gente debería verla, para que "miren lo que nosotros hacemos"⁴ y ha mencionado: "Por supuesto, los efectos son exagerados, pero es un buen filme, y exacto substancialmente, basado en una notable novela que refleja una historia

verdadera."

José Antonio Fortea Cucurull

(Barbastro, Huesca, 11 de octubre de 1968), mas conocido como Padre Fortea es un sacerdote católico y teólogo especializado en demonología. Es doctor en Teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum (Roma). Como teólogo, se ha especializado en temas referentes a ángeles, demonios, posesión diabólica y exorcismo. Considerado como el principal exorcista de España.

Cursó la licenciatura en Teología en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Por orden de sus superiores realizó su tesina sobre el tema del exorcismo, no obstante de especializarse en historia de la iglesia.⁴ En 1998 defendió su tesis de licenciatura El exorcismo en la época actual dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española, Juan Antonio Martínez Camino. El resultado de sus investigaciones fue publicado bajo el título *Dæmoniacum*. Éste fue el libro que le llevó a ser conocido en España. Para preparar esta investigación realizó un estudio exhaustivo del tema: pasó todo un mes consultando la biblioteca del congreso en Washington y asistió a catorce exorcismos, analizando también puntos de vista opuestos al tradicional católico.

Posteriormente, en la iglesia donde era párroco, comenzó a atender casos relativos a problemas considerados como de tipo demoníaco. Continuó así hasta que se trasladó a Roma para realizar su doctorado en Teología. Defendió su tesis doctoral titulada Problemas teológicos de la práctica del exorcismo, el 23 de abril de 2015 en el aula de tesis del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum (Roma).

Años después, y con mayor experiencia en el tema, publicaría *Summadæmoniaca*. Este libro trata los temas de la posesión diabólica, el exorcismo y en general sobre la demonología desde el punto de vista católico. A *Summadæmoniaca* le siguió un suplemento titulado *Exorcística*, con nuevos aportes teóricos y casos prácticos puntuales.

Tarcisio Pietro Evasio Bertone S. D. B.

(Romano Canavese, provincia de Turín, Italia, 2 de diciembre de 1934), es un arzobispo y cardenal de la Iglesia católica. Con la renuncia de Benedicto XVI, el 28 de febrero de 2013 a las 20:00 tomó sus funciones como camarlengo durante el periodo de Sede Vacante y continuó siendo el cardenal camarlengo hasta el 20 de diciembre de 2014 en el que fue relevado en el cargo una vez cumplido el límite de edad de 80 años.

Agradecimientos

A todos aquellos que sabéis que vuestra figura tiene la silueta de alguno de mis personajes, gracias por vuestra inspiración.

Gracias a mi padre por inculcarme el entusiasmo por las historias de ciencia ficción.

Gracias a mi madre por su explicarme con su ejemplo lo que significan las palabras férrea voluntad.

Desearía agradecer desde aquí la labor de apoyo y reconocimiento, así como la de lectura, edición, amistad y aguante hacia mis ideas delirantes de mis amigos Félix Martínez, José María Cuesta, Luis Miguel Romero y Salvador López. Y a mi hermano, José Carlos Villegas.

Espero encontrarnos entre las líneas de futuros textos.

↵
↵

Table of Content

[Capítulo I. La generación perdida](#)

[Capítulo II. El descubridor de Num](#)

[Capítulo III. La princesa Siskiyou](#)

[Capítulo IV. El astrónomo del Vaticano](#)

[Capítulo V. La herencia de Morell](#)

[Capítulo VI. El legado de Simón](#)

[Capítulo VII. ADN](#)

[Capítulo VIII. El Paleobiólogo](#)

[Capítulo IX. El exorcista](#)

[Capítulo X. El Ángel de la muerte](#)

[Capítulo XI. El vuelo del halcón](#)

[El vuelo del halcón. Segunda parte](#)

[Capítulo XII. Concordato](#)

[Capítulo XIII. Retorno al Shanidar](#)

[Capítulo XIV. El espectro de la curandera](#)

[El espectro de la curandera. Segunda parte.](#)

[Capítulo XV. Manada de chacales](#)

[Capítulo XVI. El final del camino neandertal](#)

[Capítulo XVII. El regreso de la princesa Siskiyou](#)

[Capítulo XVIII. Pedro el romano](#)

[EPÍLOGO](#)

[Personajes reales que aparecen en la novela](#)

[Agradecimientos](#)

Table of Contents

Capítulo I. La generación perdida
Capítulo II. El descubridor de Num
Capítulo III. La princesa Siskiyou
Capítulo IV. El astrónomo del Vaticano
Capítulo V. La herencia de Morell
Capítulo VI. El legado de Simón
Capítulo VII. ADN
Capítulo VIII. El Paleobiólogo
Capítulo IX. El exorcista
Capítulo X. El Ángel de la muerte
Capítulo XI. El vuelo del halcón
El vuelo del halcón. Segunda parte
Capítulo XII. Concordato
Capítulo XIII. Retorno al Shanidar
Capítulo XIV. El espectro de la curandera
El espectro de la curandera. Segunda parte.
Capítulo XV. Manada de chacales
Capítulo XVI. El final del camino neandertal
Capítulo XVII. El regreso de la princesa Siskiyou
Capítulo XVIII. Pedro el romano
EPÍLOGO
Personajes reales que aparecen en la novela
Agradecimientos